

E. L. DOCTOROW

EL LIBRO  
*de*  
DANIEL

Lectulandia

Esta novela fue una profecía cuando apareció en 1971, probando que la verdad poética se adelanta a la verdad histórica y que los jueces no están por encima del bien y del mal. Hoy, cuando los servicios de inteligencia reconocen la inocencia de la pareja que fue ajusticiada en la silla eléctrica, aparece una nueva traducción del libro que probó esa inocencia cuando nadie creía en ella.

Los Rosenberg son aquí los Isaacson y el profeta Daniel del Viejo Testamento es simplemente Daniel, un hijo que no se resigna a ser el vástago de unos traidores que vendieron secretos nucleares a la Unión Soviética. Para paliar el dolor y poner orden en el caos de su mente, escribe un libro a varias voces, como el de Daniel el profeta, y paga un precio ingente por encontrar la verdad que construyen sus palabras, sus visiones, su inteligencia implacable.

Esta confesión, que también es un cuaderno de recuerdos, una obra de investigación y un fresco histórico que desnuda la crueldad de la sociedad americana, es la novela mejor lograda de E. L. Doctorow.

**Lectulandia**

E. L. Doctorow

# **El libro de Daniel**

ePub r1.0

armaurumque 17.04.2018

Título original: *The Book of Daniel*

E. L. Doctorow, 1971

Traducción: Jordi Arbonès

En esta edición de *El libro de Daniel* ha intervenido: Jesús María Cristobo (preparación del original)

Cubierta: J & B Ilustración: *Collage* de Bengt Oldenburg basado en *Fachada*, gouache de Zoran

Music

Editor digital: armaurumque

ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Todas las citas de la Biblia han sido extraídas de la Biblia de Jerusalén, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1975.

El heraldo pregonó con fuerza: «A vosotros, pueblos, naciones y lenguas, se os hace saber: En el momento en que oigáis el cuerno, el pífano, la cítara, la sambuca, el salterio, la zampoña y toda clase de música, os postraréis y adorareis la estatua de oro que ha erigido el rey Nabucodonosor. Aquel que no se postre y la adore, será inmediatamente arrojado en el horno de fuego ardiente». Con tal motivo, en cuanto se oyó sonar el cuerno, el pífano, la cítara, la sambuca, el salterio, la zampoña y toda clase de música, todos los pueblos, naciones y lenguas se postraron y adoraron la estatua de oro que había erigido el rey Nabucodonosor.

Daniel, 3;4

*With music strong I come, with my comets and my drums, I play not marches for accepted victors only, I play marches for conquer'd and slain persons.*

WALT WHITMAN, *Canto a mí mismo*

*America I've given you all and now I'm nothing...  
I can't stand my own mind.  
America when will we end the human war?  
Go fuck yourself with your atom bomb.*

ALLEN GINSBERG, *America*

*Para Jenny,  
Caroline  
y Richard*

# *Libro primero*

DÍA DE CONMEMORACIÓN DE LOS CAÍDOS

El Día de Conmemoración de los Caídos de 1967, Daniel Lewin viajó en autostop desde Nueva York hasta Worcester, Massachusetts, adonde llegó en poco menos de cinco horas. Lo acompañaban su joven esposa Phyllis y su hijo de ocho meses, Paul, que Daniel llevaba en un canguro que colgaba de sus hombros como una mochila. Era un día caluroso y nublado, con amenaza de lluvia, y el tráfico de la madrugada se preguntaba... quiero decir que el tráfico de la madrugada era escaso, pero pocos conductores pasaban por delante de ellos sin preguntarse quiénes eran y adonde iban.

Esto es un rotulador de trazo fino, negro. Esto es un cuaderno 79C, fabricado en Estados Unidos por la firma Long Island Paper Products, Inc. Este es Daniel que está probando una de las oscuras bóvedas de la sala de investigación. Los libros de consulta se hallan en los estantes. Estoy sentado a una mesa, con una lámpara de pie junto al hombro. Contigua a esta sala artesonada, en cuyas oquedades se amontonan los libros, está la hemeroteca. La hemeroteca está abarrotada de diarios sujetos con varillas, revistas de todo el mundo y las excreciones de las asociaciones de eruditos. Al final del pasillo se encuentran la sala principal de lectura y la entrada a los archivos. Los pisos superiores albergan las colecciones especializadas de las bibliotecas de las diversas facultades incluida la biblioteca de la Escuela de Bibliotecarios, En la planta inferior existe incluso una sucursal de la Biblioteca Pública. Me siento animado a seguir.

Daniel, un joven alto de veinticinco años, llevaba el pelo muy largo y rizado. Unas gafas con montura de acero, así como un bigote espeso y castaño como el cabello le daban la apariencia de una persona si no mayor de lo que era, sí más mesurada y terca. Reconozcámoslo: parecía un tipo frío, deliberadamente frío. De hecho, nada en su aspecto era accidental. Si hubiese vivido en los años treinta con aquel aspecto, habría sido un joven comunista. Un comunista de café. Iba vestido con una camisa de presidiario de color azul y unos pantalones de faena. Su esposa, nacida en Brooklyn, tenía diecinueve años y le llegaba a la altura de los hombros. Su cabello era largo, lacio y rubio natural, y ese día lo llevaba recogido en trenzas. Vestía unos pantalones de campana floreados y un poncho de color caqui y guardaba los enseres del bebé en un bolso pequeño. Por una cuestión de principios le encantaba charlar con desconocidos y eliminar sus recelos, y si bien Daniel no había querido que lo acompañase, ahora se alegraba de haber cedido. Las etapas se sucedían rápidamente. Ella hablaba por Daniel mientras él miraba por la ventanilla. Los coches, observó Daniel, eran muy grandes, amplios y mullidos. Sus conductores no se mostraban temerosos sino paternalistas. Eran curiosos y resultaba obvio que les parecía entretenido llevar a estos jóvenes norteamericanos, que seguramente fumaban marihuana a pesar de tener un bebé.

Alrededor de la una, los dejaron en la carretera 9, en Worcester, a un par de kilómetros de su lugar de destino. Elevaron la vista a lo largo de una empinada colina, en cuya cima, demasiado lejos para que pudieran verla, se alzaba la verja del Hospital Estatal de Worcester. Daniel nunca había estado allí, pero las indicaciones de

su padre eran muy precisas. El padre era profesor de Derecho en el Boston College, situado a sesenta kilómetros hacia el este.

Ni a él ni a mi madre les gustó que me casara con Phyllis, pero, por supuesto, no se atrevieron a decir nada. Los liberales ilustrados son así. Phyllis, que dejó los estudios antes de terminar el primer año, no cuenta para ellos. Los liberales también son así. Confunden el carácter con la educación. No creen que vivamos lo suficiente para convertirnos en hermosos ancianos que se sostengan mutuamente. Quizás olfatean el fuerte contenido erótico de mi matrimonio y lo encuentran desagradable. Phyllis pertenece a esa clase de chicas desgarradas de muslos gruesos, pechos grandes y rostro esbelto y adorable cuyas madres ancestrales debieron de criarse en harenas. La clase de hembra fecunda, desvalida, sin rasgos atléticos, que debía de gustar a los califas. La clase de duna de arena que invitaba a que la trataran a patadas. Quizá tengan miedo de que la trate a patadas.

Daniel consideró la posibilidad de coger un autobús hasta la cima de la colina, pero el tráfico era un rosario de parachoques, y casi con toda seguridad llegarían antes andando. Así que afianzó con los pulgares las correas del aparejo del bebé y, escoltado por Phyllis, que tenía la mano ligeramente apoyada en su brazo, comenzó el duro ascenso por la colina. La carretera estaba colapsada en ambas direcciones, y una neblina azulada formada por los gases de los escapes flotaba en el aire denso. Daniel imaginaba que se enroscaba en torno a sus tobillos, su cintura y por último, a su garganta. Junto a ellos discurría un muro de piedra que separaba la acera de los jardines del hospital. En el lado de la calle que daba a la pendiente había gasolineras, tintorerías de acceso en coche, túneles de lavado, envasadoras de alimentos, pizzerías. Por todas partes se veían banderas estadounidenses.

Cuando ya se acercaban a la cima, divisaron un kiosco de piedra en el que unas cuantas personas aguardaban el autobús. Llegó un autobús. Descargó a los pasajeros, cerró las puertas con un siseo y desapareció tras la cresta de la colina. Ni uno solo de los que esperaban en la parada había hecho el menor amago de subir al autobús. Una mujer iba vestida con un jersey demasiado pequeño, una falda larga y holgada, calcetines blancos sudados y pantuflas. Un hombre iba en camiseta. Otro llevaba zapatos con las puntas cortadas, una cazadora sucia de sarga azul y pantalones pardos. Había algo raro en aquella gente. Hacían muecas. Una boca sonreía a la nada y dejaba de sonreír, sonreía y dejaba de sonreír. Una cabeza negaba con violentas sacudidas. Casi todos aplastaban contra el vientre una bolsa de papel de color marrón. Era como si transportaran su vida en aquellas bolsas. Daniel cogió a Phyllis del brazo. Cuando llegaron a la parada del autobús, aquella gente rara se dispersó y comenzó a revolotear alrededor de ellos como una bandada de palomas: se apartaron a toda prisa de su camino, se abrieron en corro y volvieron a agruparse a sus espaldas, un incesante bullicio que agitó el kiosco siguiendo la estela de su paso. Todos excepto uno. Un hombre, el que iba en camiseta, los adelantó a todo correr y se quedó mirándolos por encima del hombro, mientras torcían hacia los jardines del hospital.

Corría por delante de ellos agitando los brazos como si fuesen aspas de molino, como si quisiera deshacerse de la bolsa de papel enrollada que aferraba en un puño. Más allá de él, al final del sendero bordeado de árboles (entre los cuales se aclaraba aire humoso) se erguían los torreones y los muros de ladrillo de color ocre del Hospital Estatal de Worcester, una institución para enfermos mentales.

¡DE MODO QUE ERA ALLÍ ADONDE IBAN!

De la Biblia de Dartmouth: «Daniel, Faro de la Fe en Tiempos de Persecución. Pocos libros del Antiguo Testamento encierran tantos enigmas como el Libro de Daniel. Aunque contiene algunas de las historias más conocidas de la Biblia, nueve de sus doce capítulos relatan visiones y sueños extraños que han desconcertado a los lectores durante siglos».

Cierto, podría haber comenzado esta historia la noche anterior, la víspera del Día de Conmemoración de los Caídos, en el momento en que sonó el teléfono. Cuando Daniel y su niña desposada se unen sexualmente en el cuchitril de la calle Ciento quince. La música de los Stones golpea el aire como el latido amplificado de mi erección. Y al fin he logrado que se ponga a cuatro patas, suspendida de su juventud y su vergüenza, con el cabello rubio que le cae sobre los ojos, y con las lágrimas que se deslizan como cuentas de amor por los mechones largos y rubios, de su pelo lacio. El teléfono está a punto de sonar. El problema de Phyllis es que cuando está drogada se manifiestan todas sus inhibiciones. Se pone completamente tensa y se torna vulnerable y nuestra relación sexual le resulta degradante. Phyllis se crió en un apartamento de Brooklyn, y su vida de adepta a la filosofía de la flor, su vida de chica-flor, una convicción, un principio. Su amor por la paz es un principio, su pelo largo, su amor por mí... todo principios. Decisiones políticas. Fuma hierba por una cuestión de principios, y es en esa situación cuando la poseo. Todas sus creencias instintivas no basadas en ningún principio surgen entonces a la superficie y junta las rodillas con fuerza. Se convierte en una mártir del sexo. Creo que por ese motivo me casé con ella. De modo que falta poco para que suene el teléfono, y ahí está la dulce Phyllis de Brooklyn sufriendo otra penetración, y su torturador Daniel le soba dulcemente el suave trasero mientras pone a prueba su virtud, su maternidad, su vacío, sus puntos débiles, su capacidad, su medida, y explora la reducida geografía de esas cadenas de islas distantes, esa geología de formaciones glandulares, estalinistas y trotsquistas, las estalinistas que crecen de arriba abajo, y las trotsquistas de abajo hacia arriba, o al revés... Y cuando ya debemos de estar a pocos instantes de un muy cruel orgasmo suena el teléfono. Es el teléfono que está sonando. El teléfono. Creo que es el teléfono.

Pero ¿cómo lograría que esta escena reflejase la hermosura adenoidea de Phyllis, su nariz afilada, su piel blanca y sus claros ojos polacos? ¿O su exagerada asunción de la existencia, una característica común a todas las adolescentes de la cultura de instituto? ¿Cómo podría connotar esta escena las deudas que todos los maridos tienen que pagar por sus propios excesos? Ya se agitaban entonces, en aquel matrimonio que

aún no tenía dos años, las señales de mi temible ternura, que se traslucían como acuarelas mágicas tras el manoseo que le infligía a Phyllis. Y si la primera impresión que la gente tiene de mí es ésta, ¿cómo lograré despertar sus simpatías? Si deseo representar la manifestación del desastre en el momento en que menos crédito me reportará, ¿por qué no comenzar por las pilas de papeles, Daniel revolviendo las pilas, buscando, demasiado tarde, una tesis?

El Hospital Estatal de Worcester está situado a escasa distancia de la carretera 9 a su paso por Worcester, Massachusetts, sobre la cima de una colina desde donde se domina el lago Quinsigamond, una extensión de aguas tan mansas que es famosa por sus carreras náuticas. El hospital se compone en realidad de dos hospitales, uno viejo y otro nuevo. El hospital nuevo, más cercano al bosque, no nos interesa. Al carecer de escaleras, se destina a los pacientes más ancianos. El hospital antiguo se construyó a finales del siglo pasado. Fue proyectado con la idea de que en un marco de belleza arquitectónica era posible mitigar la locura. Es sombríamente Victoriano, con puertas de roble rematadas en arco y ventanales divididos por portaluces. Otro hecho de considerable interés es que, al contrario de la creencia popular, se trata de un manicomio en el que los enfermos no se encuentran hacinados. De hecho, cuando llegó Susan estaba medio vacío. La razón estriba en que los métodos terapéuticos modernos, como por ejemplo los tranquilizantes, han eliminado la necesidad de encerrar a todos los chiflados que casualmente vivan en Worcester, Massachusetts, o sus alrededores. La idea actual consiste en internar únicamente a aquellos pacientes que no pueden valerse por sí mismos o que tienen inclinaciones asesinas. Aun para éstos existen programas de visitas de fin de semana al hogar, si lo tienen, y otros privilegios parecidos. La teoría subraya que un ambiente normal ejerce efectos terapéuticos sobre las personas. La teoría establece que las personas siempre desean marcharse a su casa.

Daniel encontró a su hermana en la sala de reunión de las mujeres. Allí las paredes son de color amarillo, ocre y canela. El techo es de color canela. Las sillas están tapizadas con cuero de imitación de color verde oscuro y tienen los brazos y las patas hechos de tubo cromado. Hay dos televisores, uno en cada extremo de la estancia, así como un casillero para las revistas. Susan era la única paciente del salón. Una asistente con uniforme blanco y medias blancas, que tienden a hacer que las piernas parezcan más gruesas de lo que son, se hallaba sentada en una silla de respaldo recto junto a la puerta, con las rodillas apretadas. Jugeteaba con un rizo de sus cabellos y leía Pantalla Moderna. Realmente, ¿ama Dick a Liz? Permitan que exprese mi buena fe formulándome esa pregunta a mí mismo. No creo que realmente la ame. Creo que sólo siente afecto por ella. Creó que disfruta comprándole objetos exóticos carísimos y, también, con un ocasional revolcón en la cama. Creo que él ama la vida, las atenciones de las cámaras, la profunda importancia de cada pedo que se tira. Creo que ama el fraude de dimensiones espectaculares. Creo que si un tribunal los juzgara por sus vidas, tal vez llegase entonces a amarla.

Habían vestido a Susan con una de esas batas de hospital sin cuello ni cinturón, y calzado unas pantuflas. Le habían quitado sus grandes gafas de abuela, que siempre parecían acentuar la vastedad de su inteligencia, así como la honestidad de su interés por todo cuanto atrajera su mirada. Miró de soslayo a Daniel con sus adorables ojos azules de miope. Al advertir que era él, dejó de forzar la vista y echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el respaldo de la silla. Estaba sentada en una silla tapizada con cuero de imitación de color verde, tenía los codos apoyados en los brazos de tubo cromado y sus pies chocaban en el suelo dentro de las pantuflas. Su aspecto era horrible. Le habían peinado el oscuro cabello hacia atrás, de una forma que ella nunca habría adoptado. Siempre lo llevaba con raya en medio y recogido en la nuca. Su tez parecía llena de pústulas. No era una persona pequeña, pero allí sentada se la veía diminuta. Sin mirar a su hermana levantó un brazo y le tendió la mano completamente estirada, en un gesto de burla y fastidio que llevó la zozobra al corazón de Daniel. Él le cogió la mano extendida entre las suyas y pensó, Oh, pequeña, mi pobre pequeña, y le besó el dorso de la mano, pensando, es ella, aún es ella, no importa lo que haga, y sólo entonces reparó en el vendaje que cubría la muñeca. Una vez que lo hubo contemplado durante un buen rato, ella retiró la mano.

Durante diez minutos Daniel permaneció sentado a su lado. Estaba encorvado, con la vista elevada en el suelo, mientras que ella seguía con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, de modo que ambos ofrecían el aspecto de dos mitades complementarias de un reloj en forma de escultura reguladas para cambiar de posición cuando éste diese las horas. Daniel se puso a pensar en que él conocía muy bien esa sensación de estar hundido. Te ahogabas. La angustia que eso suponía. Él ya había sufrido ataques parecidos. La gente te miraba con curiosidad y te decía cosas por los pasillos. No sabías qué hacer. Algo se había rasgado en tu interior, tus objetivos se dispersaban, olvidabas lo que podías esperar del hecho de estar vivo. No podías reír. Tenías miedo de ti mismo y era un terror tan puro que bastaba una sola mirada en el espejo para que se te abrasara el corazón y se te carbonizaran los ojos.

Posiblemente Daniel suspiró. Susan estiró el brazo y le dio una suave palmada en la espalda.

—Aún siguen jodiéndonos —dijo—. Buen día, Daniel. Ya estás metido en la escena.

Daniel escuchó con atención. No estaba seguro de si había dicho buen día o buen tío. Esperó por unos instantes, pero ella no dijo nada más ni mostró señal alguna de que notara que él estaba allí. Así que reclinó el hombro en el marco de la ventana y miró con atención a través de las rejillas. Pudo ver a Phyllis jugando con el bebé en la falda de la colina. En la cima se levantaba un muro de contención de ladrillo, tras el cual se extendía un aparcamiento lleno de coches de color pastel. Un Chevrolet color azul oscuro apareció en su campo visual y lo reconoció como el coche de los Lewin. Entonces su vista topó con la parte superior del pórtico de ladrillos que cubría la escalinata de la entrada principal del hospital.

Sin decir gran cosa acerca de nada, sin preocuparse siquiera de si él estaba allí o no, Susan tenía la virtud de restablecer en él la ancestral y empalagosa conciencia de familia, así como de inspirarle la idea de que su esposa no pertenecía a su misma clase y que su hijo era algo completamente irrelevante. Que aquel estado de orfandad era algo propio, y que ello borraba todo y los separaba de todos y que siempre sería así, sin importar lo que él hiciera para negarlo. De hecho, nunca he pretendido negarlo. Pero me reservo el derecho de vivir con esa carga a mi manera, si me es posible. En Susan reside el fatídico don distintivo de nuestra familia de poseer sentimientos perfectamente definidos. Siempre tomando partido, desde niña, incluso. Una moralista, una jueza. Esto está bien, esto está mal, esto es bueno, esto es malo. Su vida personal expuesta sin reservas, sus deseos, manifestados sin ninguna vergüenza, sin la medida y discreción características de la mayoría de la gente. Con su agresiva franqueza moral, con su chillona, inteligente y repugnante honestidad infantil. Y todo con el rumbo equivocado. Siempre con el rumbo equivocado. De la política a las drogas, y de las drogas al sexo, y antes del sexo, las rabieta, y antes de las rabieta, la fe en Dios. Aquí tenemos un ejemplo lamentable: hace muchísimo tiempo, una noche de junio de 1954, el 22 de junio para ser exactos, exactamente a las diez, Susan me reveló la palabra de Dios. Sucedió durante un partido nocturno entre los Yanquis y los Boston Red Sox. Allie Reynolds era el lanzador de los Yanquis y no había pasado absolutamente nada... nada en el punto crítico de la séptima entrada. Boston tenía un jugador fuera de juego y un hombre en la primera base. Jim Piersall era el bateador, y el marcador señalaba tres a uno. Reynolds cogió la bolsa de resina. Mel Alien comentaba que conseguir la base para que hubiera declarado bola siempre es señal de problemas y, mientras hablaba, se oyó el breve *bip* que en la televisión indica el cambio de hora. En ese momento, Susan, que tenía ocho años, y yo, de trece, sólo teníamos ojos para la pantalla. Allie Reynolds soltó la bolsa de resina, tiró de la visera de la gorra y se inclinó hacia adelante en espera de la señal. Y fue entonces cuando Susan me dijo que había un Dios.

—Él proveerá por todos —musitó—. Él proveerá por todos y cada uno de ellos.

Ah, Susy, mi Susyanna, ¿qué has hecho? ¡Eres una incauta que ha caído en las redes de la propaganda moralista internacional! ¡Te han convertido en un eficaz engendro moral! Te han arruinado el pelo, te han quitado las gafas de abuela y te han puesto la bata de las personas enfermas. Oh, mira lo que han hecho, Susan, mira lo que han hecho contigo...

#### LA NATURALEZA Y LA FUNCIÓN DE DIOS TAL COMO FIGURA EN LA BIBLIA

De hecho, eso es lo que Dios hace en la Biblia: provee por la gente, tal como dice la pequeña. Cuida de ella. Aplica esa justicia grandiosa. Oh, las maldiciones, las advertencias; las plagas, las dispersiones, las devastaciones, las muertes súbitas, las

rendiciones de cuentas y los despedazamientos. Los diluvios. Los fuegos. Es interesante observar que el personaje que Dios *interpreta* en el conjunto de historias que forman la Biblia parece casi siempre preocupado por la idea de que la humanidad lo reconozca. Declara constantemente Su Autoridad, con recompensas para quienes la reconocen y castigos para quienes no lo hacen. Realiza trucos fantásticos. Convoca la ayuda de los hombres juntos por naturaleza y les encarga la tarea de mensajeros, de realizar sus milagros, de liberar a los diversos pueblos elegidos mediante toda clase de pruebas, cada era del mundo debe lograr Su reconocimiento o, para expresarlo de otra forma, cada generación tiene que aprender de nuevo la lección de Su Existencia. El drama fundamental de la Biblia siempre reside en el conflicto entre los que han aprendido y los que no han aprendido. O en las pruebas que se imponen a quienes parecen capaces de aprender. En este contexto resulta instructivo detenernos por un instante en la carrera de Daniel, una figura (o figuras) decididamente secundaria, si no totalmente apócrifa, que sirvió, sin ningún placer especial a unos cuantos reyes de los imperios posalejandrinos. Es una mala época para Daniel y sus correligionarios, pues son ciudadanos de segunda clase en un entorno claramente hostil. Pero en esa peculiar simbiosis que suele establecerse entre los reyes paganos y los eruditos judíos sometidos a su yugo, Daniel es aparentemente capaz de suavizar los peores excesos de los gobernantes sobre sus vasallos al ponerse a su servicio para interpretar sus sueños, visiones y apariciones nocturnas. Por lo visto, la posibilidad de sufrir sueños, visiones y apariciones nocturnas constituía un riesgo inherente al cargo para los antiguos gobernantes. Es corriente que el rey (Nabucodonosor, Baltasar o Ciro) tenga un sueño que le resulta incomprensible. Consulta con los diversos adivinos a su servicio: magos, astrólogos, arúspices, sabios caldeos. De manera característica también, todos fracasan. Como último recurso se acude a Daniel, un judío. Este se nos presenta como un hombre modesto, valiente y más fiel a Dios que sabio, pues mediante la plegaria y la devoción sabe, por revelación divina, qué interpretación del sueño debe dar al rey para sobrevivir. En un caso, para interpretar el sueño tiene incluso que recrearlo, porque el rey estúpido, Nabucodonosor, ha olvidado de qué trata. A causa de esta sabiduría, se le otorga a Daniel rango de ministro, en la tradición de José y Moisés. Sin embargo, no se trata de ninguna prebenda. Pensemos en Charlie Chaplin cuando el borracho gordo y rico lo lleva todas las noches a su casa, de donde a la mañana siguiente lo echa a patadas porque ya está sobrio. Como una corriente alterna, si bien totalmente continua. En un momento dado, los tres hermanos de Daniel son acusados de sacrilegio por los astutos caldeos, y el rey los condena a morir en un horno ardiente. Dios se ocupa de que sobrevivan al fuego, pero la angustia de Daniel habrá sido considerable. En otra ocasión, Daniel, sentenciado asimismo a muerte, es arrojado al foso de los leones, pero sobrevive durante una noche entera sin sufrir ni un rasguño. La suya es una vida de confrontaciones, entre otras, y no la menor de ellas, cuando tiene que humillar a su amo delante de todo el pueblo: tú te lo has buscado, reyezuelo. «Dios ha medido tu reino y le ha puesto fin,

has sido pesado en la balanza y encontrado falto por peso...». Esta no es una tarea apropiada para hombres sensibles a los ruidos fuertes o a las luces brillantes. Daniel sobrevive a tres reinos, pero a un coste personal considerable. Hacia el final, sus intuiciones se tornan más difusas, apocalípticas, histéricas. Una noche tiene su propio sueño, una visión horrible y espantosa en la que se mezclan bestias, mares, cielos, fuegos, tormentas y un Anciano sentado en un trono e, irónicamente, no sabe qué significa: «Yo, Daniel, quedé muy impresionado en mi espíritu por estas cosas y las visiones de mi cabeza me dejaron turbado... quedé muy turbado en mis pensamientos, se me desnudó el color del rostro, pero guardé estas cosas en mi corazón».

Eso es todo en cuanto a Daniel, Faro de la Fe en Época de Persecución. (Uno tiene que estar muy desesperado para leer la Biblia). El Día de Conmemoración de los Caídos, cinco personas adultas tratan de sacar a una muchacha de veinte años de un manicomio público. No se puede. No es día laborable. No hay nadie para procesar el historial clínico, firmar el alta y efectuar la revisión final. No hay nadie autorizado para dejarla marchar. Empiezo a ponerme lívido.

—¡Llevémosla con nosotros y listo! —grito.

Pero no se puede hacer. Robert Lewin, profesor de Derecho en el Boston College, no quiere hacerlo. Lise, su esposa, me dice que sea serio. Y el doctor Duberstein, el odioso doctor Alan Duberstein, realiza llamadas inútiles desde la cabina del teléfono público. Es un hombre escuálido y de baja estatura, de voz aflautada. Resultó herido durante la Segunda guerra mundial y le rehicieron el rostro mediante cirugía plástica. Cabello lacio que parece cosido al cuero cabelludo. Piel estucada, y sin cejas. En ese desastre de cara introduce una pipa. Tiene manchas en la corbata a rayas, y los zapatos de color marrón reclaman un buen lustre.

—Me dijeron que no habría ningún problema —insiste ante la enfermera de recepción—. Ahí fuera tenemos una ambulancia que a estos señores les cuesta treinta y cinco dólares la hora.

—No puedo hacer nada al respecto —replica la enfermera de recepción.

Es una mujer corpulenta y jovial. Fue la policía del estado la que llevó allí a Susan desde la autopista de peaje, y eso la coloca bajo la custodia oficial.

—Antes es necesario el permiso de las autoridades —explica la enfermera pacientemente.

Esa ha de ser la manera en que habla a los dementes. Con melodiosa voz.

—Yo no puedo hacerlo y usted tampoco. Ni siquiera hemos pasado a máquina el diagnóstico de admisión.

Me pongo a deambular, por el vestíbulo, mientras me golpeo con el puño la palma de la mano. Phyllis está sentada en un banco, ajena al bebé que se desliza por sus piernas. Me persigue con una mirada expectante, agarra al bebé; la criatura se resiste, pero ella la devuelve a su regazo. La verdad es que no tengo ningún deseo de rescatar a Susan por la fuerza. Pero querría tener su capacidad para hacer las cosas a lo

grande, ese don para causar una conmoción pública, ese talento familiar. De hecho, el que Duberstein se mantuviese alejado de ella no ha servido de nada. Y, a ese respecto, lo mismo digo de nuestros padres. Susan ha estado yendo a ver a Duberstein durante años. En una ocasión me dijo que le había perdido el respeto cuando se enteró de que jugaba al golf dos veces por semana. Entonces, ¿por qué vas a verlo, Susan?

—Para aliviar las ansiedades parentales —respondió Susan, la estudiante universitaria.

Para aliviar las ansiedades parentales. Eso hace que me sienta culpable por los dos. Observo a los Lewin: pálidos, preocupados, bajo fuego una vez más. No puedo soportar el sentimiento de culpa. Comienzo a reprenderlos. Deberían haberme llamado antes. Yo habría tenido el sentido común de sacarla de aquí ayer.

—¿Qué tratábais de ocultarme? ¡Qué os proponíais!

Lise, mi madre, una mujer menuda que viste blusa y falda corta con zapatos de tacón bajo y lleva un bolso colgado del hombro, es una curiosa combinación de auxiliar del cuerpo femenino del ejército de 1945 y seductora vienesa ligeramente entrada en años y vestida a la última: moda. Se sienta en el banco, al lado de Phyllis y toma al bebé en brazos, un inconsciente gesto maternal que complace a Phyllis porque la introduce en la familia.

—¡Oh, Danny —exclama Lise—, no seas tonto! Nadie te oculta nada. Tú siempre andas por ahí abajo. Ya estamos aquí nosotros. Somos sus padres. Podemos hacernos cargo. Y si se puede prescindir de algún miembro de la familia durante veinticuatro horas, ¿por qué no vamos a hacerlo? ¿O acaso es indispensable que todos interrumpan sus actividades?

Al parecer se lo toma con más entereza que mi padre, que está hablando en voz baja con Duberstein, sugiriendo varias líneas de acción alternativas. Incluso el Día de Conmemoración de los Caídos tiene que haber médicos de guardia en el hospital. Busquemos al médico que esté a cargo. Hablemos con él. Si no se encuentra en el edificio, averigüemos dónde está y telefoneémosle. Mi padre quiere mucho a Susan. Ante sus excesos siempre daba la impresión de adoptar una actitud contemplativa. Pero esta es la peor situación por la que ella ha pasado, lo peor que ha hecho; y quizás haya intuido por fin que el modelo de vida de sus hijos está deteriorándose, que el curso de nuestra existencia se dirige irremisiblemente hacia la muerte.

Con toda justicia, se niega a recoger mi pusilánime acusación. Hace tiempo que he renunciado a mis derechos en beneficio de Susan. ¿Quién soy yo para decirles lo que hay que hacer o no hacer? Sin embargo, él reconoce mis derechos.

—Salgamos de aquí —dice.

Mientras Duberstein va en busca del administrador médico, los demás esperamos en el aparcamiento. Las mujeres y el bebé se instalan en el coche de los Lewin, un Impala de 1965 con caja de cambios manual, y dejan las puertas abiertas; mi padre y yo nos apoyamos contra la rejilla del radiador de espaldas al hospital y contemplamos la falda de la colina. Detrás de nosotros, cerca de la entrada, una reluciente

ambulancia pintada de rojo y gris permanece al acecho, mientras el conductor dormita tras el volante con la gorra caída sobre los ojos. La colina aparece salpicada de pacientes que sujetan bolsas de papel de color marrón.

—Sabíamos que estaba deprimida —dice Robert Lewin—. Queríamos que viniese a pasar el fin de semana a casa. Pero dijo que tenía que marcharse. No daba la impresión de estar tan mal. Ha acudido con toda normalidad a las clases. Ha seguido cumpliendo con sus tareas.

Cada minuto que pasa mi padre parece más viejo. Es probable que se considere culpable del intento de deserción de Susan. Si mi madre siente lo mismo, no lo demostrará. Tengo el presentimiento de que no me llamaron de inmediato porque temían mi reacción. No estaban seguros de lo que podría suceder, no estaban seguros de que Daniel no fuese capaz de cometer algo semejante, como si lo que hizo Susan fuera contagioso.

Todo lo que Robert Lewin puede esperar como padre de estos hijos es incertidumbre. Ni siquiera está seguro de sus propios genes. Experimento una triste ternura hacia el tipo y le paso el brazo por los hombros. No es ningún patán. Trabaja como un demonio, pertenece a diversos comités, ejerce de abogado en favor de los pobres y escribe para las revistas especializadas. Es un miembro activo de la Unión Norteamericana para las Libertades Civiles. Un personaje muy apreciado por sus alumnos, una espina clavada en el costado del decano, un asiduo manifestante contra los reclutadores de la Dow Chemical. Cuando dispone de tiempo, le gusta leer el *New Yorker*.

Ninguno de los Lewin comentará jamás lo que hicieron por Susan y por mí. A pesar de lo crueles que somos.

Y es verdad que somos unas personas terriblemente viles. Quiero decir, viles de verdad. Pero deben de saber que no les deseamos ningún mal, salvo el que podría causarles nuestro amor por ellos. Todos los miembros de la familia comprenden la carga mitológica que encierran unos actos mucho más insignificantes que sus consecuencias. Mi hermana y yo jamás podremos infligir un daño absoluto: ésa es la gracia salvadora. El derecho a ofender de manera irreparable es un derecho de sangre.

De repente, Daniel se sintió abrumado por una intensa y dulce sensación inspirada por la festividad. El sol trataba de asomar, la brisa suave y tibia del día nublado ondeaba sobre los ojos y él se encontraba allí, en Worcester, Massachusetts, sumido, con todos los miembros de su familia cercana, en aquella expectativa rutinaria. Agradecía a Susan por haberle aliviado del peligroso hastío de su vida de graduado. Susan se pondría bien. Mientras tanto se desarrollaba el drama, una dulce fatalidad que reactivaba los débiles y difusos impulsos de mandarlo todo al diablo. Robert Lewin apreció su gesto afectuoso y le correspondió, a su vez, cálidamente. ¿Estaba bien Daniel? ¿Habían comido algo, Phyllis y él, desde que salieron de casa por la mañana? Sacó de la guantera un puñado de caramelos.

—Milky Ways para todos —dijo con una sonrisa triste.

Y además había un coche del que hacerse cargo, el coche de Susan, que seguía en el aparcamiento del restaurante Howard Johnson's situado junto a la salida 11, de la autopista de peaje, a la altura de Westbound. Los dos hombres charlaban tranquilamente, confortándose el uno al otro en la tarde cálida, mientras Duberstein seguía intentando en vano que las autoridades del hospital permitieran la salida de Susan. Se interesaban mutuamente por sus vidas y luego, dando un amplio rodeo en aquel intercambio de banalidades, por sus respectivas esposas, por el inocente y rollizo bebé, y por todos aquellos que aún se encontraban dentro del círculo merecedor de su interés, por todos aquellos que pudieran salvarse gracias a aquel interés. La tarde se tornaba cada vez más festiva...

Bujarin no era un ángel, por supuesto. En el transcurso de su proceso se mostró partidario de tolerar los asesinatos de rusos blancos producidos al calor de la lucha revolucionaria. Cuando su papel político declinó ante la figura de Stalin, se sintió obligado a establecer una distinción entre el asesinato que era políticamente necesario y el terrorismo sectario. En 1928, diez años antes de su proceso, criticó la política de industrialización forzosa de Stalin y lo comparó con Gengis Jan. En septiembre de 1936 se convocó una reunión del Comité Central del Partido para considerar la expulsión de Bujarin, Tomski y Rikov, acusados de liderar una conspiración trotskista de extrema derecha. Bujarin sostuvo que el verdadero conspirador era Stalin, quien estaba dispuesto a destruir el Partido bolchevique con tal de lograr el poder absoluto; y por eso se hacía necesaria la eliminación de Bujarin y los otros de modo que ése era el origen de los cargos contra él. El Comité Central aceptó su defensa y votó por la no expulsión. El cargo de conspiración fue desestimado. Al cabo de un año, noventa y ocho miembros del Comité Central fueron arrestados y fusilados. (Conocemos estas noticias por el discurso de N. Jrushev en el XX Congreso del Partido). Entonces se reiteraron los cargos y Bujarin fue sometido a juicio.

De hecho, existen aquí varios misterios que deben ser examinados. ¿Por qué los acontecimientos del suplicio nacional ruso llenan de tanta satisfacción a los norteamericanos? ¿Por qué dos policías del estado, al encontrar a una joven desangrándose en el lavabo de señoras de un restaurante de la cadena Howard Johnson's, no la llevan al hospital más cercano sino que la ingresan en el manicomio más próximo? Si lo pensamos mejor, tal vez estos misterios estén más relacionados entre sí de lo que parece.

Elementos a tener en cuenta:

1. El viejo póster de una foto que encontré en el asiento delantero del Volvo de Susan, dentro de un cilindro de cartón.
2. La terrible escena acaecida la Navidad anterior en la casa de la familia judía del 67 de Winthrop Road, Brookline, un edificio para dos familias construido, según el estilo imperante en ese vecindario, con el aspecto de vivienda unifamiliar.
3. Nuestra abuela loca y el negro fornido del sótano.
4. Encarnizada persecución de los Lewin, tal vez hasta la autopista de peaje y

luego hasta Brooklyn. Recuerda que esa idea sólo se te ocurrió realmente cuando te metiste en el coche de Susan. Aún siguen jodiéndonos. Ya estás metido en la escena. Buen tío, Daniel.

5. Con tal de que no empieces a pensar que estás haciendo algo imprescindible. Quiero dejar esto en claro, tío. Eres un traidor. No existe pozo, no importa lo escaso que sea, por el que no apostarías tu patrimonio. Eres la clase de traidor que traiciona sin motivo alguno. ¿Quién se quedaría aquí sentado, escribiendo estas tonterías, jugando con sus recuerdos, en lugar de hacer su trabajo? ¿Qué te crees, que el profesor Sukenick va a venir a ver si realmente estás trabajando? ¿Crees que eso le importa? ¿O acaso sólo andas buscando otro padre? ¿Cuántos padres necesita un chico? ¿Por qué no vas y te buscas un trabajo? ¿Por qué no haces algo fabuloso? ¿Por qué no algo demasiado fabuloso? ¿Por qué no algo para demostrarle a Susan cómo se hace?

Silencio en la biblioteca. ¿Quién es ese gato que se levanta de un salto de la silla, choca contra la mesa de lectura y se precipita hacia el archivo, buscando cualquier cosa? ¿Acaso tiene la Universidad de Columbia necesidad de esta clase de graduados? ¡Revisando los estantes como un ladrón: saqueando todo cuanto atrae su mirada, regresando a tumbos a su puesto, con los brazos cargados de Fuentes Secundarias! ¿Cuál es su Facultad? ¿Cuál es su nombre?

6. El viaje hasta el centro para ver a Artie *el Revolucionario* y la sospecha de que hay embrollos financieros en marcha.

7. La Fundación Isaacson, ¿ES TAN ESPANTOSO NO GUARDAR EL ASUNTO EN MI CONCIENCIA, ARRANCARLO DE MI CONCIENCIA, VACIARLA? ¿QUÉ LE SUCEDE A MI CONCIENCIA?

El verano de 1967 acababa de comenzar. Habría una ola de quemas de cartillas militares. Se producirían disturbios en Newark y Detroit. Los jóvenes de Estados Unidos ensayarían una forma de protesta inventada en este siglo por los monjes budistas de Vietnam del Sur. Se rociarían con gasolina y se prenderían fuego con una cerilla. Se inmolarían en señal de protesta. Pero yo, Daniel, estaba afligido, las visiones de mi mente me turbaban y no quiero conservar el asunto en mi conciencia.

La manaza de Ascher era como una abrasadora de acero. Era un hombre educado, de voz suave, pero cuando se alteraba perdía el control sobre su enorme fuerza y no se daba cuenta de que la ejercía. Daniel trató de soltarse, de aflojar el anillo de dolor en torno a su muñeca, pero la reacción de Ascher consistió en aumentar la presión de los dedos y tirar con más fuerza todavía.

—Vamos, niños, vamos —decía el abogado.

Treparon penosamente por la escalera del metro, un empinado tramo que se

hallaba encajonado en la negra suciedad y cubierto de envoltorios de chicles y colillas aplastadas. Detrás de ellos subían los olores penetrantes de las palomitas de maíz, pizzas, donuts y pretzels que preparaban en las puertas subterráneas; todas las maravillas de la comida basura los seguían como los chillidos de los animales en una tienda de mascotas. Daniel siempre los imaginaba como ansiosos por que alguien los comprase.

—Vamos, niños, vamos.

Susan —más pequeña, más ligera, más corta de piernas— no podía seguirles el paso. Suspendida de la manaza de Ascher, sus zapatitos golpeaban los escalones, pero el apoyo que buscaba sólo servía para impulsarla de nuevo en el aire.

—¡Me hace daño! —gritaba.

¿Por qué los sujetaba de aquella manera? ¿Acaso pensaba que iban a escaparse?

—Está lastimándole el brazo, señor Ascher —protestó Daniel—. Si nos suelta, podemos subir por la escalera más rápido que usted.

—¿Ah, sí? Bueno, pues corred —dijo Ascher.

Frotándose las muñecas, treparon a todo correr, con lo que adelantaron fácilmente al pesado y gordo abogado.

—¡No os caigáis! —les gritó—. Quedaos ahí arriba.

Por fin calmados, curiosos, los niños se quedaron mirando al corpachón que se esforzaba por darles alcance. En el sitio donde esperaban junto a la boca de la escarpada entrada del metro, convergían dos corrientes de aire: la caliente del metro, que subía para acariciarles la cara, y la fría ventolera de la calle, que les azotaba la espalda. Polvo, papeles, hollín, se arremolinaban en la acera. El día era frío y ventoso. El brillo del sol los obligaba a entrecerrar los ojos.

Ascher subió los dos últimos peldaños tirando con las manos de las rodillas.

—No voy a vivir muchos años más —dijo, mientras trataba de recuperar el aliento.

Arrastró a los niños fuera de la trayectoria a la riada humana que se precipitaba escaleras abajo.

Permanecieron apoyadas contra el edificio, a la espera de que Ascher recobrase el aliento y se orientara. En el otro lado de la calle se encontraban el Bryant Park y la Biblioteca Pública. A la derecha, la Sexta avenida.

—Por ahí... es hacia el oeste —anunció Ascher, y tras cogerlos otra vez por la muñeca echaron a andar.

Esperaron a que el semáforo cambiase a verde, cruzaron la Sexta y siguieron por la calle Cuarenta y dos en dirección a Broadway. El vendedor de periódicos llevaba orejeras. El viento soplaba con fuerza. Los niños caminaban con la cabeza gacha; Daniel llevaba la visera de la gorra de lana caída sobre la frente. Le moqueaba la nariz y sabía que se le iba a irritar toda la piel. El viento se filtraba directamente por sus pantalones. Delante de sus ojos, el grueso abrigo de color gris del abogado se agitaba sin descanso. Bruscamente, la mano se desprendió de su muñeca y lo empujó

contra el costado de Ascher, donde lo dejó bien sujeto y protegido del viento.

—Arrimaos a mí y así podréis caminar —indicó el abogado.

Los dos pequeños apretujados contra los costados del adulto semejaban una extraña bestia de seis patas que avanzara por la cañada barrida por el viento que era la Sexta avenida.

—Al igual que nuestra suerte —musitó Ascher de cara al viento—. Tal como va toda nuestra suerte.

Con la cara enterrada en el abrigo del hombre, Daniel prestaba atención a todos los sonidos: bocinas, coches que arrancaban y paraban, el intenso y sin embargo amortiguado ruido de innumerables peatones, la música que salía de una tienda de discos. Y luego el resonar de unos cascos, que lo impulsó a retroceder y atisbar tras el abrigo. Dos policías a lomo de magníficos caballos pardos con la espalda bien erguida, altos, varoniles. Y se sintió culpable por admirarlos, pues sabía que eran reaccionarios.

El abogado habló.

—Ahora tenéis que permanecer a mi lado y hacer lo que yo os diga. Vamos algo retrasados. Por lo que puedo ver desde aquí se ha reunido una enorme multitud, es un gran homenaje. Deberíais sentirnos orgullosos. Cuando estéis allí arriba, mantened la cabeza erguida, con orgullo y altivez, y no os caigáis al suelo, ¿entendido? Permaneced derechos. Que todo el mundo pueda veros. *Vershtey?* No tengáis miedo. ¿Qué te ocurre, pequeña?

—Me ha entrado algo en el ojo.

—Ahora no tenemos tiempo, Susan. Venga, vamos.

Susan se echó hacia atrás para resistir el tirón de la mano de Ascher y no se movió de donde estaba.

—Tengo algo en el ojo —insistió.

—Ciérralos. De ese modo saldrá.

—¡No! Me duele —replicó ella.

Ascher le soltó la mano y empezó a gritarle con furia. Daniel se dio cuenta de que todos estaban nerviosos. Cogió a su hermana de la mano y la llevó hasta la entrada de una zapatería. Allí estaban protegidos del viento. Se quitó los guantes, levantó el faldón de su abrigo de lana y metió la mano en el bolsillo para sacar el pañuelo.

—Quítate las gafas —dijo—. No te lo frotes. Aparta la mano... eso es. Mira hacia arriba.

Tenía la carita colorada contraída en torno al ojo cerrado.

—¿Cómo quieres que vea lo que tienes si no abres el ojo? —dijo Daniel.

—No puedo abrirlo.

Daniel rió.

—Vamos, Susyanna... Tendrías que ver la cara tan cómica que estás poniendo.

—¡No pongo ninguna cara!

—Por favor, niños, que ya es tarde. ¡Esto es muy importante! ¡Daos prisa, daos

prisa!

—Aguarde un minuto señor Ascher —replicó Daniel—. Es sólo una niña, ¿sabe usted?

Susan se sintió tan afectada por la mordaz descripción que rompió a llorar. Daniel la abrazó y le dijo que lo lamentaba. Ascher musitó algo en yiddish y levantó los brazos al cielo. Luego, con un golpe sordo, los dejó caer sobre los costados. Se alejó unos pasos y regresó.

—Vamos, Susan, deja que te quite esa molestia y cuando volvamos a casa jugaré contigo. Jugaremos al Monopoly.

Una costosa indemnización, pues las partidas de aquel juego podían hacerse eternas.

Susan abrió el ojo lastimado y parpadeó un par de veces. Comprobó que la molestia había desaparecido.

—*Gottzudanken!* —exclamó Ascher.

—¿Aún quieres jugar conmigo? —preguntó Susan.

—Pues claro.

Daniel le enjugó las lágrimas, le sonó la nariz y luego se sonó la suya.

—¡Vamos, daos prisa! —dijo Ascher.

Cuando llegaron a la esquina con Broadway, la calle estaba tan llena de gente que ya no se notaba la fuerza del viento. Se abrieron paso entre la multitud. Más policías a caballo, en parejas, permanecían junto al bordillo de la acera. Otros agentes, a pie, desviaban el tráfico que venía, del este y del oeste de Broadway por la calle Cuarenta y dos, y ésa era la causa del embotellamiento. Atronaban los cláxones y un policía hacía sonar su silbato. Sumergidas en aquella marea humana, Ascher llevaba a Susan y Daniel sujetos por las muñecas mientras cruzaban por los espacios que quedaban entre los automóviles. Dos manzanas enteras de Broadway, de la Cuarenta a la Cuarenta y dos, estaban acordonadas. La gente ocupaba la calzada. La escena era impresionante. El centro de atención estaba situado en la Cuarenta: subido a una plataforma, un individuo hablaba a voz en grito por un micrófono. Dos altavoces colocados en lo alto de sendos camiones transmitían su voz a la gente, pero resultaba difícil entender qué decía. Era como si el gentío, por muy atento que estuviese ahogara el sonido por su propia inmensidad. Cualquiera que dijese algo en voz baja a su vecino anulaba las palabras amplificadas. Lo único que resonaba en los edificios eran los ecos de voces ininteligibles. Perdidas entre la multitud, varias personas enarbolaban pancartas; y en los momentos del discurso en que los aplausos tableteaban como canicas derramadas al suelo, las levantaban rítmicamente.

Ascher condujo a los niños por los extremos de aquella masa humana, manteniéndose pegado a los edificios donde había menos gente. Iban en fila india: Ascher delante de Daniel, a quien cogía de la muñeca, y Daniel arrastrando a Susan detrás de él.

—Perdone —iba diciendo Ascher—. Disculpe.

Pero a la altura de la calle Cuarenta y uno la muchedumbre ya era demasiado densa como para abrirse paso mediante aquella estratagema. La gente se apiñaba hasta llegar a las paredes de los edificios. Daniel sólo podía ver la acera del espacio que él ocupaba. La reacción de Ascher consistió en atacar sin contemplaciones al gentío, de modo que cruzó la calle en diagonal, y embistió como un toro aquel mar de abrigos.

—Déjenme pasar, por favor. ¡A un lado, a un lado!

El calor era ahora sofocante. Daniel sentía a la multitud como un peso que lo aplastaría hasta matarlo si la senda que Ascher iba abriendo llegara a cerrarse. Un codazo le ladeó la gorra. Como tenía las dos manos ocupadas, no podía enderezarla. Finalmente la gorra cayó al suelo. Susan se agachó para recogerla de tal manera que se soltó de la mano de su hermano. Y como Ascher seguía tirando de Daniel, al cerrarse las filas detrás de éste Susan desapareció.

—¡Espere! —gritó Daniel, mientras tiraba de la mano de Ascher.

La muñeca le ardía, atrapada en aquella cinta de acero.

—¡Daniel, Daniel! —lo llamaba su hermana.

Presa del pánico, Daniel gritaba y clavaba los talones en el suelo. Por fin logró soltarse. Retrocedió, luchando por abrirse paso a empujones entre los cuerpos que semejaban árboles, rocas inamovibles.

—¡Susan!

Los rostros se volvían hacia abajo con expresión airada.

—¡Shhh!

La gente le decía en voz baja que se callara. La voz amplificaba llenaba todo el espacio sobre su cabeza:

—¿Es ésta la tan mentada justicia norteamericana? ¿Es éste un ejemplo para el mundo del juego limpio y de la justicia en Estados Unidos?

—¡Esos son los niños! —oyó Daniel que gritaba el señor Ascher—. ¡Eh, los niños son éstos!

Daniel se topó con Susan antes de verla: la niña sujetaba la gorra de su hermano con ambas manos, con los brazos apretados contra el pecho, sin más espacio alrededor de ella que el que ocupaba su cuerpo. Él le pasó el brazo por los hombros y trató de orientarse de nuevo. El calor era insoportable. Levantó la vista y vio el cielo y luego la línea de tejados de los edificios que se alzaban a su izquierda. Llegó a la conclusión de que si lograban abrirse paso hacia la derecha llegarían a la acera, y después podrían desandar el bordillo hasta el lugar donde nacía la multitud. Ya sabría luego cómo regresar a casa.

—Esto no me gusta —se quejó Susan—. ¡No puedo moverme!

—¡Aquí están! —Al pie de Daniel un hombre lo observaba desde lo alto—. ¡Ya los tengo!

Y entonces llegó Ascher y volvieron a verse empujados hacia adelante.

—Estos son los niños —seguía diciendo Ascher—. Déjennos pasar, por favor. Ya

tengo a los niños.

Finalmente, la multitud lo comprendió.

—¡Tiene a los niños con él! —se gritaban unos a otros.

Daniel divisó una pancarta extendida entre dos partes situadas a ambos extremos de la plataforma que tenía delante. ¡DEJADLOS EN LIBERTAD! De repente alguien lo levantó y se encontró pasando de mano en mano sobre las cabezas de la muchedumbre, impulsado sinuosamente como un objeto sobre la superficie del mar. Estaba aterrado. Oyó la voz de Susan a sus espaldas.

—¡Bájenme! —gritaba la niña—. ¡Socorro! ¡Danny!

Y al fin fue la voz amplificada la que atronó en Broadway:

—¡Aquí están los niños!

Un fuerte rugido inundó los oídos de Daniel al tiempo que cientos de manos vacilantes los alzaban a ambos hasta la tribuna. Se sentía mareado. Cogió a Susan de la mano. Acalorados y sin aliento, aturcidos por el balanceo de las cabezas y por las miles de voces que vibraban como el bramido del mar, contemplaron a la multitud: un ser enorme y monstruoso con millones de ojos que parecían fluctuar en el cañón de la calle Broadway, al tiempo que proyectaban vitalidad, ruido y furia en grandes oleadas que se dirigían hacia la tribuna. Desamparado en aquella isla, Daniel sintió que el viento le azotaba los ojos. Por un instante tuvo la sensación de que tanto Susan como él habían sido traicionados y que aquella inmensa masa se precipitaría en un torrente sobre ellos y los arrastraría consigo. Sin embargo, el bramido, aunque dirigido hacia ellos, no iba dirigido a ellos; iba dirigido a otros que se hallaban en un ámbito tan misteriosamente simbólico que escapaba a su comprensión. Al pie de la tribuna, al pie de sus pies, el rostro de Ascher se alzaba desde la calle con expresión triunfante, beatífica. Estaba gritando algo, pero Daniel no podía oírlo. El hombre que había estado hablando por el micrófono pasó un brazo por sus hombros y el otro por los de Susan, afectuosamente pero con inconfundible autoridad, al tiempo que se situaba entre ambos. Ellos seguían cogidos de la mano. Y el bramido de la multitud se había convertido en un cántico, un clamor que resonó contra las paredes de los edificios hasta que se hizo continuo: ¡Dejadlos en libertad, dejadlos en libertad, dejadlos en libertad! y tanto Daniel como Susan quedaron estupefactos al ver las pancartas con los retratos gigantescos de su madre y de su padre, los cuales se alzaban por todas partes sobre la multitud, elevándose y descendiendo al ritmo del rugido de la muchedumbre: ¡Dejadlos en libertad, dejadlos en libertad, dejadlos en libertad!

Oh, nene, ahora ya lo sabes. Hemos estado jugando demasiado tiempo contigo ¿no es cierto? Jodido cabrón. Ya sabes de qué va la cosa, ¿no, papaíto? Ya estás metido en la escena. Ésta es la historia de un polvo, ¿verdad? ¿Tú, hijo de puta, acaso estás desplegando tu mapa literario? Ya sabes adónde vamos, ¿verdad, hijo de puta?

Muchos historiadores han registrado un fenómeno interesante ocurrido en la vida norteamericana durante los años inmediatamente posteriores a la guerra. En las reuniones del gobierno, el partidismo feroz sustituye a las coaliciones políticas que fueron necesarias en tiempo de guerra. En el gran ruedo de las relaciones sociales — el mundo de los negocios, el laboral, la comunidad— surge la violencia, el miedo y la acusación dominan el debate público, la pasión prevalece sobre la razón. Muchos historiadores han registrado ese fenómeno. Se atribuye a que la histeria de guerra persistió incluso después de finalizada la contienda. Lamentablemente, la fiebre emocional que tan necesaria resulta para librar una guerra no puede cortarse como si cerráramos un grifo. Hay que seguir buscando enemigos. La mente y el corazón no pueden desmovilizarse tan rápidamente como una compañía del Ejército. Por el contrario, al igual que un alto horno al rojo vivo, requiere un considerable espacio de tiempo para enfriarse.

Consideremos la Primera guerra mundial. Nada más finalizada esta contienda el ideal de una comunidad internacional del presidente Wilson naufragó a causa del feroz partidismo de los republicanos cuyo líder, el senador Henry Cabot Lodge, tenía puestos los ojos en las elecciones presidenciales de 1920. La negativa del Congreso a ratificar el sueño de Wilson de una Sociedad de Naciones fue absolutamente lamentable, por no decir otra cosa, en vista de los desgraciados acontecimientos que tiempo después se producirían en Europa. Puede decirse que el propio Wilson fue víctima de ese partidismo al sufrir una hemiplejía que le afectó el lado izquierdo de la cara y el cuerpo. Muchos historiadores han registrado este fenómeno.

En 1919 se sucedieron en el campo laboral una serie de huelgas sin precedentes, que implicaron a muchos millones de obreros. Una de las más importantes fue la que organizó la Federación Norteamericana del Trabajo contra la United States Steel Corporation. En esa época, los obreros de la industria del acero trabajaban un promedio de sesenta y ocho horas semanales a cambio de un salario de mera subsistencia. La huelga se extendió a otras plantas fabriles y desencadenó una violencia considerable: dieciocho huelguistas murieron, se movilizaron tropas para disolver los piquetes, etcétera. Al marcar a los huelguistas con el estigma de bolcheviques y, por lo tanto, al privarlos del apoyo social con el que contaban, la corporación reventó la huelga. En Boston, el Departamento de Policía se declaró en huelga, y el gobernador Calvin Coolidge reemplazó a todos los miembros del cuerpo. En Seattle hubo una huelga general que precipitó una «alarma roja» de alcance nacional. Fue la primera alarma roja. En vísperas del Primero de Mayo, se descubrieron dieciséis bombas en el edificio de Correos de Nueva York. Iban dirigidas contra prominentes personalidades de la vida norteamericana, incluidos John D. Rockefeller y el fiscal general Mitchell Palmer. Hasta la fecha sigue sin esclarecerse quién fue el responsable de dichas bombas —los terroristas rojos, los

anarquistas negros o sus enemigos—, pero el efecto fue el mismo. Otras bombas hicieron explosión durante toda la primavera y causaron numerosos daños a la propiedad privada, además de la muerte y mutilación de muchos inocentes. La nación respondió dando la alarma contra los rojos. Se temía que, al igual que había ocurrido en Rusia, se dispusieran a apoderarse del país y a violar con sus enormes pollas a todas las madres. Toma ya. La prensa exacerbaba los ánimos de la población. En las grandes ciudades, la Policía, el Ejército y la Armada cargaron contra las manifestaciones del Primero de Mayo. En el estado de Washington, la Legión Americana, recientemente fundada, atacó el cuartel general de la Unión Mundial de Trabajadores Industriales. Los cuerpos legislativos de todos los estados del país aprobaron leyes contra los discursos sediciosos que llevaron a la cárcel a miles de personas, incluido un diputado socialista de Milwaukee, que fue condenado a veinte años de prisión. Por no mencionar las leyes de 1917 por espionaje y sedición, que afectaron a varios miles más. Y qué decir de Eugene V. Debs... La víspera del 2 de enero de 1920, el fiscal general Palmer, que tenía puesto el ojo en la Casa Blanca, organizó una redada general contra las sedes del Partido Comunista de toda la nación. Con su mano derecha, J. Edgar Hoover, a su derecha, Palmer mandó arrestar a más de seis mil personas, algunas de las cuales eran comunistas extranjeros, otras sólo extranjeros, otras sólo comunistas, y otras ni comunistas ni extranjeros sino personas que sólo habían ido a visitar a los detenidos. Se confiscaron propiedades, la gente fue encadenada, esposada y obligada a desfilar por las calles (en Boston), o se la retuvo en los pasillos de los edificios federales durante ocho días, sin proporcionarle alimentos ni la debida atención médica (en Detroit). Muchos historiadores han registrado este fenómeno. Las razias contribuyeron sin duda a provocar la ola de justicieros que se extendió por todo el país. El Ku Klux Klan floreció en el sur y en el oeste. Se produjeron ataques nocturnos, flagelaciones, ahorcamientos públicos e incendios. En 1919 fueron linchados más de setenta negros, no pocos de ellos veteranos de guerra. Los oradores clamaban contra las «ideologías foráneas» y se hablaba sin cesar del «cien por cien americano». En Tennessee se prohibió la enseñanza de la teoría de la evolución. En otras partes se repudiaron varios libros de texto porque no eran lo suficientemente patrióticos. Las nuevas leyes sobre inmigración establecieron distinciones raciales y dispusieron cuotas restrictivas. Se acusó a los judíos de conspiración internacional, y a los católicos, de tratar de instalar al Papa en Estados Unidos. El país no tardaría en promulgar la Ley Seca, lo que creó el crimen organizado a gran escala en Estados Unidos. Los White Sox perdieron deliberadamente las Series Mundiales ante los Cincinnati Reds. Y el escenario estaba dispuesto para juzgar a dos anarquistas de origen italiano, N. Sacco y B. Vanzetti, por el presunto asesinato de un tesorero en South Braintree, Massachusetts. La historia de ese juicio es bien conocida y los historiadores se han ocupado de ella a menudo, de modo que no es necesario volver a contarla aquí. Ni qué decir de la Segunda guerra mundial...

El doctor Alan Duberstein sondeó el aire con la cucharita del helado. Tenía la certeza de que la crisis de Susan estaba relacionada, de alguna manera, con sus actividades extraacadémicas. No estaba seguro de que perteneciera a los Estudiantes por una Sociedad Democrática pero de lo que no dudaba era de que había sido miembro activo de la Resistencia Bostoniana. Ya le había advertido el invierno anterior, cuando acordaron terminar con la terapia, que no se implicara demasiado en actividades políticas. Estaba tomando un batido de vainilla con helado de melocotón. Éramos cinco en total, además del bebé, apiñados junto a la ventana de un reservado de un restaurante Howard Johnson's. Phyllis estaba sentada junto a Duberstein y la imaginé como su esposa. Había puesto un poco de helado en un plato y se lo daba al bebé. No me gustaba aquella criatura; era gorda, de mejillas coloradas y cabello rubio como el de su madre, y olía a vómito.

Aunque parezca increíble, nos hallábamos en el restaurante Howard Johnson's situado junto a la salida 11 de la autopista de peaje de Massachusetts, a la altura de Westbound. Sin embargo, resultaba bastante lógico. Habíamos ido a recoger el coche de Susan, que la policía había dejado en el aparcamiento. Era media tarde, y teníamos hambre y sed. Quizá también estuviésemos tratando de descubrir qué tenía un restaurante Howard Johnson's para que Susan deseara morir en él. Tal vez tuviéramos la impresión de que bastaba con que lográsemos comprenderlo para poder ayudarla. Sin embargo, yo sentía náuseas. Soy muy sensible a las situaciones embarazosas. Por ejemplo, a las bodas que se celebran en los salones de los restaurantes. No existen sitios decentes donde expresar la alegría o el sufrimiento. Todo nuestro entorno es inoportuno. Todo lo que nos rodea nos cohibe hasta ahogar nuestras emociones, hasta convertirlas en las azucenas de plástico que pueblan los reservados con ventanas de los restaurantes Howard Johnson's.

—El discurso político corriente ya le resultaba bastante complicado —dijo Duberstein—. Disentir se convertía en un acto traumático. Después de todo, es comprensible. Quien mucho abarca, poco aprieta.

—Es una persona voluntariosa —observó mi padre, en voz baja.

—Tengo gran fe en ella replicó Duberstein, mirando debajo de la servilleta en busca de una pajita.

Todas las mesas estaban ocupadas. A la entrada del comedor una multitud festiva se agolpaba detrás de la camarera, quien permanecía de pie junto al cordón de terciopelo. La mujer sostenía las hojas del menú contra el pecho y dejaba vagar la mirada por las mesas. Debía de tener unos cuarenta años y lucía un peinado estilo colmena de color rubio platino. Llevaba un vestido de crespón de color turquesa con cuello de tipo cogulla y miraba con expresión seria.

—Si no vas a terminar el sándwich —le dije a Phyllis—, pásamelo.

Estaba enfadado con ella por haber imaginado el sufrimiento de Susan con la típica actitud compasiva de las estudiantes secundarias para quienes todo son flores resplandecientes. Tenía fundadas sospechas de que le había parecido muy

emocionante casarse con un miembro de una familia célebre. Eso era algo que yo aún tenía que considerar.

—Bueno, escúchenme —dijo Duberstein—. Ofendería su inteligencia si no reconociera que éste es un asunto muy serio. Hay mucho por hacer. No obstante, ella posee tremendas reservas de energía. Ya ha estado deprimida otras veces.

—¿Qué has hecho, le has puesto ketchup a esto?

—¿Cómo? —pregunta Phyllis.

—¿Le has puesto ketchup a un sándwich de pollo?

Phyllis me mira con tristeza. Aún está esperando el día en que sus suegros, ya que no su esposo, la acepten. Mi madre, Lise, se da cuenta de ello.

—¿Por qué no puede ponerle ketchup? —interviene.

—Lo primero es conseguir que se calme —le dice Duberstein a mi padre—, y luego ya nos pondremos manos a la obra.

—¡Puah!

—¿Qué ocurre, Dan? —pregunta mi padre. Está sentado a mi lado.

—Ketchup en un sándwich de pollo. ¡Puah!

—¿Te apetece otra cosa? ¿Por qué no pides algo?

—No, gracias, papá. Aún debo quedarme aquí y seguir escuchando tonterías sobre mi hermana.

Sólo son unos pocos voltios, pero bastan para que hagan el efecto deseado. Lo característico de la familia Isaacson, lo característico de todos los miembros de nuestra familia, es que no somos buena gente. La cuestión, sin embargo, no admite réplica. Quiero a mis padres adoptivos, pero para ocuparse de esta emergencia han elegido a Duberstein. Duberstein es su hombre. Sabe Dios de dónde salió originalmente, he olvidado las circunstancias, pero para mí no es más que otro de los miles de intrusos que se han entrometido en mi vida, en la vida de mi hermana... otro más de los miles de guías, comentaristas, consejeros, simpatizantes y forjadores de opinión.

—Daniel, espero que estés dispuesto a pedir disculpas —dice mi madre.

—¿Qué tenemos Susan y yo para que todo el mundo se crea con derecho a decir lo que se le ocurra sobre nosotros? ¿Por qué tengo que quedarme aquí sentado escuchando a este lameculos? ¿Quién lo necesita?

—He llamado al doctor Duberstein porque creo que lo necesitamos. Creo que Susan lo necesita. Y no creo que te estés comportando muy bien.

—Papá...

—Esperaba más de ti.

—Papá, ¿puedes decirme...?

—No levantes la voz, te lo ruego. Hablas de derechos, pero me gustaría saber qué te da derecho a ti a ser un malhablado.

Para los Lewin, la educación es la esencia del ser humano. Es lo que hace posible la comunicación. La falta de educación les perturba, porque puede significar

cualquier cosa, desde los malos modales en la mesa hasta el suicidio. O el genocidio. No entraré ahora en detalles sobre el particular, pero es algo relacionado con el amor de Robert Lewin por la justicia. Sabe que, para la gente que vive al margen de sus entresijos, la justicia es algo vulnerable, pero se preocupa por verla evolucionar hacia la perfección. Se preocupa por ser ético. Mi madre también; es una refugiada, cuando era niña los nazis la persiguieron a través de toda Europa. ¿Quién soy yo para reclamar privilegios por mis sufrimientos? Después de todo lo que han hecho por mí sin habérmelo echado jamás en cara, ¿cómo es posible que siempre esté dispuesto a avergonzarlos?

—¡Ni siquiera puede sacarla de allí! —les grito—. Es incapaz de sacarla de un manicomio público para enfermos bajo la custodia del Estado y mendigos que encuentran por la calle.

—A su hermana no le hará ningún mal permanecer veinticuatro horas más en una de las mejores instituciones del Este —dice Duberstein, fríamente—. He mantenido una larga conversación con uno de los directores, quien resulta que fue médico residente en el Jacobi cuando yo trabajé allí. La ingresaron por error, pero la situación ya está bajo control.

—Hace que parezca una especie de triunfo personal.

—Danny. —Mi madre saca un pañuelo de su bolso—. Todos estamos muy nerviosos. Danny, por favor.

—¿Por qué siente animadversión por todos los que tratan de ayudar a Susan? —le pregunta Duberstein.

Me lanza una mirada perspicaz, como corresponde a su pregunta.

—Ande y que lo jodan, matasanos. Yaya a buscar los palos de golf y juegue un partido con Dwight David Eisenhower.

Réplica anacrónica, sin ingenio, que incluso a mí me sorprende. Debo de tener los nervios de punta. Todo el mundo está pálido. Hasta el bebé ha percibido la descarga eléctrica. Se pone a llorar. Me levanto de la mesa.

Mientras abandonaba el salón comedor del Howard Johnson's, Daniel advirtió que delante de él, en dirección a la multitud de personas que aguardaban por una mesa, avanzaba el culo revestido de pliegues de color turquesa de la camarera. Y era un culo majestuoso, por cierto, bien ceñido y sostenido por unas piernas aún jóvenes. La colmena dorada oscilaba sobre su cuello, y en la nuca, unos mechones de cabello sueltos insinuaban momentos indecentes para la verga que tuviera la fortuna de estar presente cuando toda aquella cabellera se desparramase. La mujer levantó el brazo, y por un instante Daniel pensó que hacía el signo de la paz con los dedos. Pero simplemente indicaba una mesa para dos.

Daniel se abrió paso entre las familias hambrientas que aguardaban de puntillas. Un enjambre de niños hormigueaba delante del mostrador de las golosinas. La alfombra estaba cubierta de palomitas de maíz. En todos los retretes del servicio de caballeros, a excepción de dos, había que introducir una moneda en la ranura para

poder entrar. Al otro lado de aquel tabique, Susan se había abierto las venas y luego se quedó apoyada sobre el lavabo hasta que se desmayó. Intentó imaginar la escena. El chorro incesante de los urinarios acabó por distraerlo. Vio en la pared una máquina expendedora que por veinticinco centavos ofrecía al cliente selecto la posibilidad de elegir una toallita de papel humedecida e impregnada de jabón, un peine de bolsillo esterilizado, una brújula hongkonesa con forma de neumático, o bien dos perros magnéticos de plástico, uno blanco y otro negro, unidos dentro del envoltorio por sus patas imantadas.

Daniel salió del restaurante. En el aparcamiento deambulaban varias personas que tomaban cucuruchos de helado. Una mujer corpulenta vestida con ropa de casa paseaba un bulldog de los neumáticos de un automóvil a los de otro. Unos cuantos vehículos hacían cola ante los surtidores de gasolina. Ahora que declinaba la tarde se había asomado por fin el sol, y el aire estaba viciado y denso a causa del humo de los escapes. No le des más vueltas, Robert y Lise Lewin no pertenecen al mundo de las áreas de servicio de las autopistas. Traerlos a escena fuera de su verdadero ambiente puede inducir a engaño. Sobre todo cuando no pasan por su mejor momento.

Daniel caminaba entre las hileras de vehículos aparcados. Encontró el Volvo. Era negro y estaba cubierto por una capa de polvo. Se hallaba estacionado entre una vieja furgoneta de amortiguadores vencidos, por cuya puerta trasera unos chicos entraban y salían a saltos, y un Futura descapotable de color azul en cuyo interior una adolescente vestida con blusa y pantalones cortos estaba colocándose unos rulos tras haber ladeado el retrovisor para poder ver lo que hacía. Daniel sacó las llaves del bolsillo. Tenía la sensación de que la joven del descapotable y los niños de la furgoneta no lo consideraban, evidentemente, el propietario del Volvo. A través de la ventanilla vio que en el asiento del acompañante había una maleta a cuadros. Y junto a ella, medio escondido el envoltorio de celuloide y cartón de un paquete de cuchillas de afeitar Gillette Superinoxidable. Esta escena corresponde al momento anterior a que Daniel se metiera por fin en la escena. Para ser justo, debía reconocer que había provocado aquella otra escena en el restaurante con el fin de llegarse hasta el coche de Susan. Necesitaba ver el vehículo. La sensación de que lo acosaban se apoderó de él. Aún siguen jodiéndonos. De alguna manera sentía que lo importante no era la antigua expresión de doloroso ardor en la mirada de Susan, o la flamante desesperación de alguien que ha intentado cometer un acto devastador y ha fracasado; no, no importaba la pena que ella me inspirara, ni el que estuviera angustiado por su angustia, ni la convicción de que yo suministré parte de la energía que impulsó la cuchilla de afeitar. Nada importaba... ni aunque imaginase la escena con todo detalle: cómo cerró con llave la puerta del retrete, sacó su cuchilla Gillette Superinoxidable recién comprada, se cortó las venas y las dejó abiertas sobre el lavabo de un baño público, hasta que se desmayó a causa de la pérdida de sangre o del valor que había tenido, o de ambas cosas, mientras oía tal vez el grito de una mujer corpulenta vestida con ropa de casa, o de un niño; y cómo al final, ya en estado de coma, sintió que se

abría la puerta, y apareció la rubia platino del peinado en forma de colmena, con la llave maestra introducida en un pomo de madera a la vez que levantaba los dedos, ¿haciendo la V de la Victoria o la V de la Paz? Es un error, repito, tanto hurgar en la herida como entregarse a la compasión, de igual manera que obstinarse en recordar cuán penosa es la situación actual, y cuán peor es de lo que fue, y que es definitivamente peor y se vuelve cada vez peor, cuando acuden a la memoria aquellos momentos en que los Lewin aún estaban solemnemente encantados con los dos recién estrenados huérfanos a quienes habían confiado su vida, y los huérfanos, encantados con la paz recuperada.

Y cómo solían llevarnos a Boston en el tranvía de la calle Beacon y nos montábamos en los botes en forma de cisne y recorriamos a duras penas el Parlamento, y veíamos la tumba de Paul Revere, y la de Sam Adams, mientras sentíamos que la carne sanaba, que la carne del alma sanaba en paz e ironía... ¡Oh, el Camino de la Libertad! Entonces todo era mejor. Entonces no ponían a prueba tus esperanzas... semejante actitud, vuelvo a insistir, era un error porque no venía al caso, y carecía de la menor importancia porque Susan se había comunicado conmigo; justamente por eso; y si ahora sólo era posible en nuestras vidas una comunicación cargada de extremismo y peligro, sin embargo nuestras almas respectivas habían enviado por fin una señal, disparado podría incluso añadir, merced al espasmo que se les había demandado...

Y esa impresión de que me estaban llamando era la que sentía arrastrarse a través de la tarde como una sábana de espacio quemado que fuese ciñéndome las orejas. Susan y yo éramos los únicos que quedábamos. Y durante toda mi vida he estado tratando de escapar de mis parientes, y en la huida he quedado enredado; pero de una manera u otra siempre son ellos los que te encuentras a la vuelta de la esquina, y el Señor Dios, a quien el ansia de reconocimiento pone tan frenético, te exhorta a preguntarles los que cómo están, y si les apetece una bebida fría, y qué puedes hacer por ellos en esta ocasión.

¡VENTA DE RESTOS DEL INCENDIO!

¡HASTA AGOTAR LAS EXISTENCIAS!

El póster de una foto, de treinta y seis por veinticuatro, de los que se utilizan en las manifestaciones. ¡Como nuevo! Un doble retrato en blanco y negro ofrece las caras de los Isaacson una curiosidad histórica barata muy barata sin valor viene en su propio canuto para metértelo por el las esquinas ligeramente deterioradas con bases de yeso divierte a sus amigos con esta curiosidad histórica dejadlos en libertad. Recuerdo su polla. Reconócelo: si lo recuerdo es que lo recuerdo. Siempre se afeitaba

desnudo. También ella era una desvergonzada, intencionadamente. Recuerdo los pelos en torno a su raja, ralos y desiguales. Una de las teorías para aspirar a la modernidad. Trata el cuerpo sin vergüenza. Deja que el niño lo vea, que aprenda a ser natural y desinhibido. No llegaron tan lejos como para dejar que los viera follar, pero, de una manera u otra, lo hacía: yo era un pequeño delincuente de la percepción, y eso no significa que sólo los viera o los oyese, sino que sabía cuándo lo habían hecho y a veces hasta cuándo iban a hacerlo. Pero todo era teórico. Todo lo hacían por una razón, y por lo general no de la misma manera que el resto del mundo. Todo por un motivo superior. Todo formaba parte del plan. La idea que yo tenía de la vida era que se trataba de un entrenamiento. Todos nos entrenábamos para algo. Existía una especie de premio moral, intelectual y físico que sólo podrían obtener quienes se prepararan a fondo para conseguirlo y que además lo merecieran. El Premio a la Perfección. Y no tenía por qué sorprenderme de que nosotros fuésemos serios candidatos a la victoria final, ni tampoco que nuestro esfuerzo por lograr tal perfección nunca nos hubiese acercado más a ella. Y no me sorprendía, sino que lo aceptaba íntegramente. ¿Por qué no habría de aceptarlo? Éramos como éramos.

Como aquellas excursiones a la playa. Dios mío. Avanzada la mañana del domingo, llegaba el doctor Mindish en su automóvil; lo recuerdo: un Chrysler New Yorker, modelo 1942, elevado del suelo, con ventanillas pequeñas y la tapicería rasgada. Y nos apretujábamos dentro y bajábamos por Concourse, a través de Triborough Bridge, hasta el Grand Central Parkway, y luego seguíamos hacia Jones Beach (se la llamaba así en honor al hombre corriente) y el tráfico se atascaba, y con suerte llegábamos a las tres de la tarde al inmenso aparcamiento repleto de coches y autobuses que se cocían al sol, a veinte kilómetros de cualquier playa, y todos sudaban, gruñían, discutían y se increpaban mutuamente: el doctor Mindish, su estúpida esposa y la cretina a su hija, de casi un metro ochenta de estatura, junto con mamá y papá, yo y la niña, Susan, todos apretujados en aquel coche sofocante, mareados a causa de los gases de los escapes. Y no, decía mi padre, este aparcamiento está demasiado lejos, y dábamos la vuelta y nos escabullíamos de los cuidadores, y una vez más discutíamos y sudábamos, protestábamos y jurábamos que no volveríamos a hacerlo nunca más; mi madre acusaba a mi padre de torturador, los Mindish estaban furiosos porque querían aparcar y recorrer a pie los malditos mil kilómetros que separaban el aparcamiento de la playa, mientras el sol achicharraba el techo del automóvil y la niña vomitaba una especie de papilla de plátano y el pequeño bastardo de Daniel, que siempre se mareaba en los coches, se quejaba también (Mindish conducía de manera asesina, frenando y arrancando constantemente). Y entonces mi padre saltaba del coche y reservaba un espacio para aparcar, que milagrosamente habíamos encontrado cerca de la playa, y mientras ignoraba el estrépito de los cláxones y las amenazas de algún otro conductor, él, Paul Isaacson, sudoroso y triunfante, guiaba como un poli el enorme Chrysler abollado hasta el espacio libre; y luego una larga caminata hasta la playa a través de absurdos parterres

de césped, destinados al disfrute del hombre corriente: sembrados de tifridias y geranios increíblemente feos que se abrasaban bajo un sol de fuego hasta la playa, tan atestada de gente que parecía imposible encontrar un espacio donde desplegar una lona. Y detrás de Paul, nuestro safari de bebés, toallas, lonas, enormes bolsas de papel con sándwiches, termos, el *Sunday Worker*, el *Workers* de la semana, el *Times* del domingo, biberones, iba cruzando la arena que nos quemaba los pies, hasta que llegaba por fin al místico lugar escogido por Paul, inevitablemente el mejor lugar; y entonces venía todo el alboroto, las exclamaciones y el intercambio de instrucciones mientras se abría la sombrilla alquilada y se extendían las lonas y se disponían sobre ellas las vituallas y todo el mundo se quitaba los zapatos, y la ropa; y por fin, sudoso, lleno de incredulidad, horas después de que se nos hubiese empezado a ocurrir la idea de ir a la playa aquel domingo, me encontraba al borde del océano y contemplaba las olas.

Y entonces mi padre decía:

—Algunas cosas merecen el esfuerzo.

De modo que si andaban desnudos o compraban la mejor carne al precio más bajo, o se afiliaban al Partido, era para conocer la verdad, para saber discernir lo que era o no verdad; era como manifestaban su negativa a ser víctima; y era lo que daba disculpa a su vida: su pobreza, su fracaso, su infelicidad, así como el hecho de provenir realmente de familias de tercera clase. Tenían la fiebre del amor propio. Si uno era capaz de distinguir una película de Humphrey Bogart como la basura que realmente era, significaba que tenía cultura. Si uno descubría a la clase trabajadora, significaba que encontraba las raíces de la democracia. En la justicia social es donde se descubría la propia virtud. Desear la justicia social era una forma de vivir sin envidia, que es la emoción que distingue al perdedor. Constituía una manera de transformar la envidia en una manifestación de odio constructivo.

Pero ellos se aferraban a su idea, ¿no es cierto, Daniel? Cuando se produjo la llamada, respondieron. Mostraron los huevos que tenían, ¿verdad, Dandan? Sí, así es. Hubo momentos en que creí que él se derrumbaría; tenía mis dudas acerca de su capacidad de aguante. Pero sabía que ella resistiría hasta el final, hasta el último voltio, con el egoísmo más absoluto, con una furia increíblemente inflexible. Sin embargo, tratándose de Paul, uno no podía evitar la impresión de que le resultaba imposible establecer la relación definitiva entre lo que él creía y el modo en que el mundo reaccionaría. Era incapaz de decidirse a establecer esa relación violenta. Rochelle era la realista. Su política era la política de la penuria, las cosas que nunca consiguió, las oportunidades que nunca tuvo. Si mi madre hubiese sido cualquier otra cosa a excepción de pobre, no creo que se hubiese hecho comunista. No puedo decir lo mismo de él. Era notoria su fría capacidad analítica; proclamaba que la experiencia personal era algo insignificante dentro de un contexto histórico. Incluso lo puso por escrito cuando estaba en la cárcel. La silla eléctrica como metodología de la economía capitalista. Pero a mí no me engañó. Estaba asustado. Carecía de verdadera

firmeza de carácter, como la mayoría de los intelectuales. Era un joven impetuoso, inexperto, el que salió del City College de Nueva York en la década de los cuarenta y se encontró con que nadie lo seguía. Nadie seguía a mi papá allá donde él iba. Era un hombre egoísta. O tal vez no: quizá fuese tan rudo, físicamente hablando, que parecía egoísta. Todo lo hacía con tanta energía personal, que resultaba ofensivo. Como cuando sacaba la lengua para mirársela en el espejo. O como cuando se afeitaba delante de mí, sin dejar de charlar, mientras mis ojos seguían la hoja de la navaja en su camino a través de la delgada capa de espuma de afeitar. Y cuando terminaba, tenía el mentón tan azulado como antes. Resultaba ofensivo. Era un egoísmo recóndito. No conservaba limpia la navaja. En el lavabo dejaba copos pringosos de espuma de afeitar. También dejaba mal cerrado el grifo de la ducha. Y las toallas desordenadas. Sabías en el acto que él había estado allí. Poseía la capacidad de hacerse notar. Nada de lo que hacía pasaba inadvertido: ¡qué espectáculo tan bonito! Hasta su respiración era ruidosa. Inclinado sobre aquellos aparatos de radio. Podías oír la concentración que ponía en la tarea por el modo en que dejaba escapar el aliento, como si fuera su manera de asegurarse de que estaba trabajando arduamente y que había algo importante en juego. Solía acercarme a su mesa de trabajo para oírlo respirar; la colocación de un tornillo o la soldadura de un cable le permitía recompensarse con otra exhalación. Esa era precisamente su forma de existir en cualquier espacio que ocupara. Justo más allá de los límites. No se ocupaba mucho de mí. Como si el hecho de que fuera mi padre le pareciese raro. ¿Por qué me daba por pensar eso si no era así? Mientras fumaba uno de aquellos cigarros que no iban con su cara, observaba a su hijo como lo haría un psicólogo a través de un cristal. No lograba comprender mis intenciones cuando flirteaba con él como una mujer, del modo en que todos los niños flirtean con sus padres, y tampoco mis rabietas, ni qué era lo que andaba buscando cuando lo complacía. Con las largas piernas cruzadas y aquellos ojos de expresión severa que los cristales de las gafas hacían aun más grandes de lo que eran. Como los ojos de Susan. Y su delgadez, y las mismas facciones que yo tengo, con los labios gruesos y los dientes grandes, así como la redonda y bulbosa nariz de ruso. Y las mangas del mono de color azul levantadas hasta los codos, hasta debajo mismo de los codos. Recuerdo sus brazos flacos, cubiertos de vello por aquel entonces negro como el azabache, y también los tendones moviéndose bajo la piel. En el dorso de las manos el vello le crecía hasta los nudillos. Era más delgado que yo. Su pelo parecía alambre.

Pero esto sólo describe la extraordinaria percepción de un instante de un pequeño delincuente de la percepción. Era un hombre afectuoso y cálido. Lo que recuerdo ante todo son las lecciones. Quería que creciese de la manera correcta. Se peleaba con la sociedad por conseguir mi alma. Actuaba sobre mí para contrarrestar la mala influencia de mi cultura. En eso se basaba nuestra relación: me enseñaba a ser un extraño psíquico. Una parte del entrenamiento consistía en eso. Tenía que exorcizar las influencias, los malos espíritus. ¿Me había preguntado alguna vez por qué los

programas que oía por la radio llevaban anuncios comerciales? Si a la hora del desayuno me encontraba leyendo el dorso de la caja de cereales, analizaba el reclamo publicitario y me explicaba su intención oculta, cómo pretendía hacerme creer algo que no era cierto: que comiendo aquel producto me convertiría en un atleta. Había alimentos que no debían comerse, como los plátanos, porque eran el fruto de una explotación notoria. Había compañías cuyos productos boicoteábamos a causa de su política o historia laboral. Como las galletas de la National Biscuit Company. Detestaba a la National Biscuit Company. Detestaba a la Standard Oil. Detestaba a la General Motors, aun cuando nunca estuvimos en condiciones de comprar un coche. Detestaba a la General Motors porque pertenecía a Du Pont, y Du Pont había establecido convenios con la I. G. Farben de la Alemania nazi.

Todo aquello impacientaba a mi madre. Era una mujer pragmática. Probablemente pensara que mi padre se carcomía en exceso, y que me contagiaba su obsesión, por algo que deberíamos considerar rutinario. Era una tontería diferenciar una perfidia capitalista de otra. Ella las metía todas en el mismo saco y listo. Pero mi padre se mantenía inflexible porque no podía tolerar los abusos contra la justicia y la verdad, ya que constituían un insulto a su natural inocencia. No podía quitárselos de la cabeza. Le proporcionaban una especie de goce amargo. Me daba panfletos con títulos como *Quiénes son los dueños de Estados Unidos* o *Los magnates de la prensa norteamericana*, cuando yo apenas sabía leer. Me contaba detalles que nunca lograba encontrar en mi libro de historia de Estados Unidos acerca de la política del carbón y el acero de Andrew Carnegie, los atropellos de Jay Gould y la auténtica vida de John D. Rockefeller. Me contaba que para construir el Oeste se había utilizado mano de obra importada de China como si fuese ganado, y que en el Sur se criaba en cadena a los negros para luego obligarlos a trabajar hasta que dejaran la piel. Me hablaba de su tortura. De John Brown y Nat Turner. De Thomas Paine, cuyo ateísmo se convirtió en un estorbo para los líderes de la Revolución Norteamericana. De ese modo conocí la conspiración de que fue víctima Tom Mooney y la ejecución de Joe Hill, así como la existencia de todos los héroes obreros muertos o mutilados en los primeros tiempos del movimiento de los trabajadores. El destino increíblemente brutal al que se enfrentaba todo aquel que tratara de ayudar al obrero. Me describía las condiciones laborales y los sueldos de los trabajadores del acero y de los mineros del carbón en la época previa a los sindicatos: cómo los hombres podían quedar tullidos para siempre o enterrados vivos, porque los propietarios estaban tan ocupados exprimiendo hasta el último centavo de su trabajo, que ni siquiera tomaban las más elementales medidas de seguridad para evitarlo. Me hablaba de Henry Ford, de los gorilas de Harry Bennett y de las sentadas, de la Gran Depresión que se abatió como un huracán sobre la Norteamérica capitalista, al mismo tiempo que la Rusia socialista daba de comer a todos sus súbditos y distribuía entre ellos la parte que les correspondía de la riqueza del país. Me habló de Sacco y Vanzetti. De los muchachos de Scottsboro. Recorría la historia como un pianista recorre el teclado cuando

practica las escalas. Me leía los hechos y las cifras de la explotación económica, de la esclavitud en los siglos XVIII, XIX y XX. Reunía todas las injusticias históricas y me mostraba el esquema que seguían y cómo de acuerdo con el análisis marxista todo cuanto había ocurrido era inevitable. Todo encajaba. Todo tenía una explicación: incluso mis tebeos, que examinaba conmigo para enseñarme a identificar y clasificar los estereotipos insidiosos de los villanos amarillos, los villanos semitas, los villanos rusos. Incluso la función de deportes populares como el béisbol. Cuál era su *verdadero* propósito. La clase económica de los fanáticos del béisbol. Por qué necesitaban el béisbol. Lo que sería de aquel juego si la gente tuviera suficiente dinero y disfrutase de libertad absoluta. Yo le prestaba atención, porque ese era el precio que debía pagar por merecer la suya.

—Y esta situación todavía sigue Danny. —Una expresión célebre—. En el periódico de hoy puedes ver que todavía sigue. Sigue al otro lado de la puerta de esta casa. En esta misma casa.

Decía que Williams, el portero que vivía en el sótano, era un hombre al que la sociedad norteamericana había destruido a causa del color de su piel y a quien nunca se le permitiría prosperar de acuerdo con sus méritos.

—La batalla no ha terminado, la lucha de la clase obrera todavía sigue. No lo olvides nunca, Danny.

Y entonces presentí que yo estaba marcado. Porque *ellos* tenían muchísimo más poder que *nosotros*. Y tenía la impresión de que ese poder residía incluso en las nubes que pasaban por encima del patio de la escuela, las cuales poseían el poder de destruir y aniquilar, el poder para vengarse de las ideas que tenía en la cabeza, de la peligrosa información que mi temerario padre me metía en la cabeza.

Pero yo era un chico listo, no era tan inocente. Aceptaba lo que él me ofrecía a cambio de tenerlo para mí solo. Los domingos por la mañana lo acompañaba a vender suscripciones al *Worker* de puerta en puerta. Se trataba de la Movilización Dominical. Era una tarea ardua: mi padre se hartaba de charlar con todo el mundo, no sólo conmigo. ¿Cuánto de lo que decía me entraba por un oído y salía por el otro y sólo prestaba atención a su voz? Me resulta difícil recordar su cualidad, salvo que era nasal, cantarina, una voz que siempre asocio con la expresión de absoluto ensimismamiento que enmarcara su rostro. Sí, así es como lo recuerdo: charlando, desarrollando alguna tesis con gran entusiasmo, y con palabras muy claras; hablaba con la boca húmeda, como si en ocasiones tuviese la lengua cubierta de burbujas; era de esa clase de conversadores que en su excitación a veces salpican con saliva a su interlocutor. Cuando exponía una idea, la desarrollaba hasta el aburrimiento, o al menos eso indicaba la cara que ponía mi madre, aunque a mí pudiera parecerme interesante. ¡Era tendencioso! ¡Sí! Precisamente un término que le encantaba aplicar a los demás. Tendencioso. En su incansable discurso, prestaba atención de manera indiscriminada a toda clase de ideas y problemas, desde los más mundanos a los más serios, les otorgaba a todos el mismo tiempo de exposición, ya fuesen elevados o

vulgares, sensatos o estúpidos. Era Rochelle quien se preocupaba de conseguir los alimentos necesarios. *¿Cuántos como él habría en el Black Tennis Court?* Ella quería que ganara más dinero. De acuerdo con la mitología familiar Paul Isaacson era poco menos que un niño irresponsable en lo referente a los asuntos prácticos del mundo. No podía confiarse en él. No podía esperarse que supiera ganarse la vida, encontrar las gafas, recordar que debía regresar a casa a la hora de comer, sacar la basura o ponerse botas de goma cuando llovía. Entre mi madre, la tía Frieda y la tía Ruth existía una rivalidad maternal por cuidar de aquel corazón irresponsable. Frieda y Ruth, sus hermanas mayores y únicos parientes vivos, consideraban que era un genio, y que su genialidad nunca había tenido ocasión de manifestarse porque se había casado demasiado pronto y las responsabilidades familiares lo habían abrumado. Aquella acusación encubierta amargaba a Rochelle. Tenía que demostrarles que podía cuidarlo mejor que ellas. Esa joven que había conocido en el City College antes de la guerra, y con quien se había casado durante la guerra, la joven que se había ido a vivir con él a Washington D. C. aun *antes* de que hubieran contraído matrimonio, era la mujer que le convenía y la que lo ayudaría a realizarse. En este sentido, a pesar de ser comunista, se mostraba completamente burguesa, ¿no creen? Sé que tácitamente aceptó el juicio de las hermanas, que consideraban a Paul un fracasado; pero quién tenía la culpa: ése era el verdadero dilema. Le quedó por cursar un año de la carrera de ingeniería. A diferencia de Rochelle, Paul no había terminado sus estudios universitarios. Se había marchado a la guerra y había vuelto convertido en un hombre casado, padre y cabeza de familia: ¡su Pauly! Jamás le perdonaron a Rochelle el que Paul Isaacson tuviera que ganarse la vida reparando aparatos de radio, ni el que le hubiese inculcado sus ideas políticas. Estaban convencidas de que, si no hubiera sido por ella, Paul habría superado aquel acceso de radicalismo.

Yo contribuía a fomentar el mito de mi irresponsable padre. Me divertía. Lo arrastraba conmigo a la infancia. A veces tenía la sensación de que Rochelle era la madre de ambos. En ocasiones, tenía la impresión de que, en lo referente al conocimiento práctico de lo que había que hacer en un momento dado, yo era su hermano mayor. Imaginaba a mi padre sujeto a la disciplina de Rochelle, a la ira de Williams cuando arrastraba los cubos de la basura por el sótano, a las maldiciones de la abuela. Igual que yo. Había algo de verdad en todas estas fantasías, y eso me hacía reír.

Sin embargo, cuando se encontraba en el taller de su tienda, se restablecía el orden natural de las cosas. Mi padre era delgado, nervioso, egoísta, inestable, lleno de ardiente pasión radical, insolente en su fe, leal al marxismo-leninismo, de mirada severa, y tendencioso. Me causaba temor. Pero cuando estaba reparando aparatos de radio, me relajaba. La presión que ejercía sobre mí se aflojaba y me sentía libre al verlo concentrado. En aquella tienda piojosa era capaz de quererlo. Siempre deseaba ir allí. Los días de lluvia, mi madre me mandaba al taller cuando acababa por irritarla. O, cuando él aún no había llegado, a la hora de comer, me daba una salsa con un

sandwich y el termo del café para que se los llevara a la tienda antes de regresar a la escuela. Otras veces tenía que ir para traerlo a casa a la hora de la cena. Seguía la verja de la escuela hasta la calle Ciento setenta y cuatro, luego bajaba por esa calle, siguiendo todavía la verja de la escuela, hasta la avenida Eastburn; cruzaba la Eastburn y caminaba otra manzana, pasando por delante de la zapatería, la lechería, la pescadería de Irving, la tintorería Spotless, hasta la avenida Morris; cruzaba la Morris, y a la mitad de la manzana, entre la pastelería que a mí no me gustaba y la barbería de Berger, se encontraba Venta y reparación de radios Isaacson.

En el escaparate, un anuncio en forma de figura recortada perdía su color por efecto del sol. Representa a una moderna ama de casa, elegantemente ataviada con un vestido que le llega casi a los tobillos. Tiene la mano apoyada en el mando de un aparato de radio, pero en vez de fijar los ojos en él, al tiempo que lo enciende mira hacia la calle. Sonríe y lleva un peinado de la época. No es fea, tiene los dientes bonitos y parejos, y resulta evidente que está dotada de un buen par de tetas, aunque no trata de incrustártelas en la cara. Viste de verde, un verde pálido. Su vestido, su rostro, su sonrisa, todo es de color verde. La radio es de color anaranjado. La mesa en que ésta reposa es anaranjada. Es una esbelta mujer de color verde para quien el acto de encender una radio anaranjada constituye un enorme placer. Quizá fuese una radio defectuosa y le provocó una sacudida. Quizás estuviese apagándola. Nunca pensé en ello. Sobre la base del escaparate, encima de un viejo papel de crespón arrugado, de color gris blanquecino, se exhiben dos aparatos de radio: un modelo de mesa y una consola con puertas tapizadas y provista de tocadiscos automático. Cuando uno entra en la tienda, se da cuenta de que los dos aparatos que se ven en el escaparate no tienen nada en su interior. Son cajas vacías. Poca gente compra radios allí. La mayoría lleva sus viejos aparatos para que se los reparen. No resulta irónico el hecho de que Paul Isaacson tenga un negocio propio, porque no obtiene ningún beneficio. No tiene empleados y, por consiguiente, no explota a nadie. Venta y reparación de radios Isaacson no es un buen negocio. En ese barrio vivía mucha gente pobre y de la clase media baja. Todos conocían a alguien que vendía más barato. Y tampoco podían afrontar elevados gastos por reparaciones. Paul era un hombre honrado y nunca cobraba precios abusivos. Era de suponer que Rochelle, quien se encargaba de la contabilidad del hogar, debía ingeniárselas todos los meses para pagar el alquiler.

A partir del mostrador, la mayor parte de la tienda se destinaba a taller. Justo detrás de él se alzaba una estantería con cajones de madera contrachapada sin pintar. Había una abertura, atravesada por una barra de la que colgaba una vieja cortina de Rochelle. Al cruzarla uno se encontraba en el taller. Allí se hallaban los casilleros de las válvulas, marcadas con su número respectivo.

Y sobre la mesa de trabajo, los polvorientos aparatos de radio, cada uno con su etiqueta. Un cielo raso con dibujos geométricos que se abombaba en el centro. Me encantaba aquel lugar. Era un sitio donde sentirse seguro. Completamente cerrado. Y además, si estaba ocupado, mi padre no decía una palabra. Y yo me concentraba en el

misterio que encerraba el problema, en cómo mi padre rastreaba el origen del fallo a través de las entrañas del aparato. Este emitía un zumbido, o un silbido agudo, o chisporroteaba, o no se encendía la luz o bien no hacía ruido alguno. Y él lo arreglaba. Con su primorosa respiración lo arreglaba. En ocasiones me dejaba limpiar el interior del aparato, quitar el polvo acumulado en el motor a lo largo de los años con una pequeña y potente aspiradora que parecía una linterna. Y, totalmente concentrado en el problema, no decía una palabra. En aquellos momentos la Historia no seguía ninguna pauta. No tenía que preocuparme de nada. El imperialismo, la última fase del capitalismo, no existía. Había válvulas y condensadores, y altavoces, soldadores y cables: una tecnología que era neutral y no poseía significado ideológico alguno. No; eso no es verdad. Sencillamente, mi padre ya no reparaba en ello. Cuando estaba ocupado, yo podía sentir secretamente lo que sentían los demás chicos hacia sus padres. Y no tenía que preocuparme por las Fuerzas que se confabulaban contra nosotros en nuestra lucha.

Sin embargo, en ocasiones le apetecía escuchar la radio mientras trabajaba. Y le gustaban los comentaristas, sin importarle cuál. Éstos hablaban durante quince minutos por separado. John W. Vandercook, Raymond Gram Swing, H. V. Kaltenborn, Johannes Steel, Frank Kingdon, Quincy Howe, Gabriel Heatter, Fulton Lewis Jr. Eran los más destacados de la época de la Segunda guerra mundial, cuando la gente deseaba de verdad saber lo que ocurría. Constituían una industria. Mi padre los escuchaba mientras trabajaba. Sacudía la cabeza. Metía el soldador en el corazón del aparato de radio como si tratara de reparar la voz, de corregir los errores de análisis e interpretación. Hundía el soldador en las válvulas, al igual que haría un ser primitivo, como si fuera el aparato el que hablara, como si intentase reprogramar una caja de mentiras. Recuerdo el programa *Encuentro en el aire en la Ciudad de la Radio*. Solía sintonizarlo en casa. Al escucharlo, se enfurecía. El tema de debate siempre tenía segundas intenciones. El comentarista más destacado era, invariablemente, de derechas. El pregonero de la Ciudad de la Radio hacía sonar la bocina y anunciaba el programa, y mi padre se sentaba y escuchaba hasta que ya no podía soportarlo más. Era el rito de devorarse el corazón. Así lo describía mi madre:

—¿Qué consigues destrozándote el corazón, Pauly? Ya sabes quiénes son los dueños de las emisoras. Ya sabes que todo está orquestado. ¿Por qué tienes que destrozarte el corazón?

Su contribución al amor propio de mi padre consistía en advertirle que su sensibilidad acabaría por arruinarle la salud. ¿Quiénes dominan las ondas? ¿Quiénes son los dueños de la prensa norteamericana? ¿Quiénes gobiernan Estados Unidos? Como Du Pont cuando comerciaba con la I. G. Farben. Pruebas, nunca había pruebas suficientes. Mi padre nadaba en esa ciénaga. Así era: entrenamiento físico, ésa era la manera de estar en forma. Así tiene que ser. Te carcomes el corazón con el fin de mantener la tensión revolucionaria. En cambio, Rochelle, no tenía que hacerlo. Ella no tenía que repasar el abecedario una y otra vez. Se sabía la lección. Su modo de

actuar se ajustaba más a la Idea. A su manera, era la más radicalmente comprometida. Porque, mirad, la inferencia de todas las cosas que utilizaba para flagelarse era que la democracia norteamericana no era suficientemente democrática. Seguía sintiéndose asombrado, insultado, ultrajado, por el hecho de que no fuera más pura, más libre, mucho mejor, más ideal. Descubría pruebas de ello constantemente —¡la lucha todavía sigue, papá!—, como si estuviera buscando su confirmación por adelantado. ¿Qué otra confirmación necesitaba? ¿Por qué esperaba tanto de un sistema que ya sabía que, por definición, jamás podría satisfacer su modelo de justicia? Un sistema al cual estaba condenado a oponerse porque tenía otro mejor en mente. Es absurdo. Infinidad de ellos eran así. Eran stalinistas, y sin embargo cada vez que el capitalismo norteamericano cometía una barbaridad, se salían de sus casillas. ¡Mi patria! ¿Por qué no sois lo que afirmáis que sois? Si los arrestaran y llevaran a juicio, no dirían: *Claro, qué otra cosa podíamos esperar*, sino que dirían: *¡Os estáis burlando de la justicia norteamericana!* y era algo más que una mera estrategia, mucho más que el consejo de Lenin de utilizar el aparato reaccionario para defendernos: era una pasión.

Mi padre nunca creyó que fuera a suceder realmente. Mi madre, a partir del día en que los procesaron, ya no se sorprendería de nada. En cambio, él nunca creyó que fuese posible. Creía en la bondad de sus ideas, y no podía imaginar que alguien llegase a encontrarlas lo suficientemente perjudiciales, lo suficientemente peligrosas como para hacer... eso. Sus ideas constituían una extensión de sí mismo, y lo único a lo que él aspiraba era a hacer el bien. Porque la otra cara de la búsqueda interminable de confirmación, de exigir pruebas, era que él nunca llegaría a creer en ellas. Jamás llegaría a creer que Estados Unidos no era la cafetería del City College, y cuantas más veces se lo demostraban, más lo olvidaba.

Pauly. A veces le cortaba el pelo a mi madre. No recuerdo que sucediera al revés. Rochelle se colocaba una toalla sobre los hombros, extendía papeles de periódico por el suelo de la cocina y se sentaba en una silla. Entonces él ponía manos a la obra: con las tijeras y un peine en sus largas manos, empezaba por peinarle todo el pelo; luego, cogía un mechón y lo sujetaba entre los dedos, y tras colocarse el peine en la boca como si fuera una armónica, echaba manos de las tijeras y se lo cortaba. Era muy diestro. Mi madre tenía un cabello grueso que tendía a rizársele, y le gustaba llevarlo corto. No creo que disfrutara por ahorrarse dinero; antes bien, diría que le causaba satisfacción. Diría que era un placer casto. Llevaba vestidos sencillos y pensados para durar. Toda nuestra ropa se compraba para que durase. Siempre adquiría prendas demasiado grandes.

—Quería que nos acostumbráramos a la ropa —le expliqué a Susan en una ocasión en que hablábamos del tema—. Quería que creciéramos dentro de ella.

Pero Susan replicó:

—También a papá le compraba prendas demasiado grandes; y las tuyas también lo eran. Parecíamos sacos de patatas. ¿Por qué siempre tienes que pensar que era perfecta? ¿Por qué no reconoces que sencillamente no sabía comprar ropa?

Creo que era una mujer sensual, a pesar de su austeridad, del pelo cortado en casa, de los vestidos holgados, de la falta de maquillaje, a excepción del carmín que se aplicaba en su pequeña boca de labios fruncidos, flanqueada por mejillas regordetas. A pesar de su huraña visión de la vida. Tenía pechos grandes y caderas anchas, y llevaba corsé; yo la observaba cuando se lo ponía o quitaba al tiempo que me decía algo así como: «Danny, ve a apagar el fuego que el café ya debe de estar listo». Era muy exigente con respecto a la limpieza y nos mantenía a todos más aseados de lo que nosotros mismos considerábamos necesario. En la época en que trabajaba, antes de que naciese Susan, limpiaba la casa a altas horas de la noche y durante los fines de semana. Aquella casita miserable. Cuando yo estaba en la cama y ella venía a arroparme, podía oler el aroma que exhalaba después del baño: olía a limpio, a vapor de agua, a piel enrojecida y empolvada. Confeccionaba ella misma las cortinas, clavaba el linóleo del suelo y no paraba de buscar gangas en los locales del Ejército de Salvación: siempre estaba martilleando, clavando, encerando, puliendo y fregando. Lavaba nuestra ropa sobre una tabla de lavar colocada en la mitad más profunda del fregadero de la cocina. Poseía una energía enorme. Todo el empeño de Rochelle iba orientado a defenderse de esa trampa traicionera y maligna a la que llamamos vida. Los ingresos constituían una defensa. Una casa aseada. Una mente políticamente evolucionada. Los hijos. Sus debilidades no me resultaban tan evidentes como las de Paul. Si alguien proclama que sólo negocia con la vida en términos de supervivencia, todo el mundo considera que posee un carácter fuerte. Sin embargo, mi madre era tan voluble como él. En sus siniestras expectativas. En su negativa a tener ilusiones. En su ira fría y dogmática. Como si añorase en su vida algo muy profundo que nunca podía olvidar. Alguna promesa no cumplida. No se trataba del sexo. No podía ser insatisfacción sexual. Pues solían hacer temblar toda la casa. Realmente disfrutaban, siempre estaban follando.

En prisión, mi madre empezó a escribir.

Su actitud política no era teórica ni abstracta. No tenía dificultad a la hora de relacionar sus ideas con los hechos. Sus creencias políticas eran equiparables a las religiosas de la abuela: una apuesta por el futuro en contra de la terrible existencia del presente. La abuela encendía los cirios la noche del viernes, se cubría la cabeza con un chal y se tapaba el rostro con las manos mientras decía sus oraciones. Cuando bajaba las manos, sus ojos, sus ojos azules, estaban llenos de lágrimas, y su cara aparecía arrasada por el dolor. Así era el comunismo de mi madre. Era algo cuya promesa tenía tanta fuerza que uno soportaba cualquier sacrificio por alcanzarla. Como la mujer que sufre el embarazo y el parto con el fin de tener un hijo. Ese hijo lo vale todo. La llegada del socialismo santificaría a los que habían sufrido. Uno iba y ocupaba su puesto, y hacía lo que tenía que hacer, no porque esperara conseguir algo con eso, sino porque algún día habría una retribución, y deseaba que una pequeña parte llevara su nombre. Si ella hubiese sido una mujer religiosa como su madre, habría concebido este premio como una placa conmemorativa clavada en el respaldo

de uno de los bancos de la sinagoga. Pero era ilustrada, independiente, graduada universitaria, una joven que leía y comprendía, que se había unido al grupo progresista de la escuela, había escandalizado a su madre y se había ido a vivir con su novio cuando a éste lo movilizaron y trasladaron a otra ciudad. Era una mujer moderna.

—¡Rochelle! —oigo el tono de reproche de mi abuela—. ¡Imagínate a Rochelle! —Y luego en yiddish—: Raquel no es lo bastante buena para ella.

Pero ésta no es la pareja del póster. Aquella pareja se marchó. Bien provistos de dinero, así como de pasaportes falsos, se fueron a Nueva Zelanda o a Australia. O al cielo. En cualquier caso, mi madre y mi padre, que ocuparon su lugar, fueron al encuentro de la muerte por delitos que no cometieron. O tal vez los cometieron. O quizá mi madre y mi padre se escaparon con pasaportes falsos por delitos que no cometieron. ¿Cómo se deletrea cometer? De una cosa estamos seguros. Todo es esquivo. Dios es esquivo. La moralidad revolucionaria es esquivo. La justicia es esquivo. La condición humana. Monedas de veinticinco para la máquina de cigarrillos. Eres tú quien ha colocado a esas dos personas en el poster, Daniel, y ahora ¿cómo vas a sacarlas?

Y tienes una abuela a la que has mencionado un par de veces, pero no sabemos nada acerca de ella. Y un hombre de color en el sótano: ¿qué es todo esto? ¿Qué tiene esto que ver con todo lo demás?

## PEEKSKILL

Es domingo, una cálida mañana de domingo del mes de septiembre. Todo el mundo se levanta temprano. El teléfono está sonando. Me exhortan a que me lave y me vista a toda velocidad. Tengo que dar de comer a la estúpida de Susan mientras los adultos se visten. Empleamos el tiempo de manera eficiente y cooperativa, para ahorrarlo, al igual que el dinero. Detesto ese concepto de la vida ante situaciones como ésta. Mi madre nos dirige como si fuese un comandante. Susan introduce la cuchara entre sus rollizas mejillas y sostiene el mango con su mano regordeta. No quiere soltarlo. El teléfono suena de nuevo. Me ordenan que responda. Es alguien que quiere conocer el programa. Tienen que reunirse todos en nuestra casa. Comienzan a llegar a las nueve y media. El primero, por supuesto, es el doctor Mindish, acompañado de su esposa y su gigantesca hija. Detesto a Mindish. Me parece un hipócrita. Nunca creo nada de lo que dice. Es el mejor amigo de mi padre y el dentista de toda la familia. Es un hombre alto, de calvicie incipiente, nariz gorda y una cara perpetuamente sin afeitarse. Tiene los ojos pequeños e incoloros. Habla con acento extranjero. Su hija es idéntica a él; es alta y tiene una nariz grande, pero posee una larga cabellera que le cae por ambos lados de la cara. Su esposa parece una intrusa en la familia.

—Vaya —dice Mindish cuando les abro la puerta—, veo que tienen mayordomo

nuevo.

Muy gracioso. Cuando Linda Mindish, la hija, pasa junto a mí, me hunde el dedo en las costillas. Sintiendo desprecio por mí mismo, sonrío ante el nauseabundo ingenio de Mindish y rehuyó la mano de Linda. Tiene doce o trece años y es muy fuerte.

Al cabo de un rato comienza a llegar en tropel el resto de la gente. Nate Silverstein y su esposa, que es maestra de escuela en el centro. Silverstein, un hombre elegante de voz ronca, es peletero. Y luego Henry Bergman, que es músico profesional; toca sobre todo el violín, pero también la trompa con la suficiente pericia como para haber pertenecido durante una temporada a la orquesta sinfónica de la NBC bajo la dirección de Toscanini. De todos los amigos de mi padre, a quien prefiero es a Ben Cohen, un hombre delgado, simpático, con bigote y pipa aromática. Si mi padre muriera, me gustaría que mi madre se casara con Ben Cohen. Cuando habla, cosa que no sucede muy a menudo, siempre lo hace en voz baja. Nunca me trata con paternalismo. Es callado y contemplativo, y también me gusta lo que hace: trabaja en el metro, facilitando cambio a los usuarios. Me parece una tarea realmente estupenda. Estás bajo tierra, dentro de una fortaleza con ventanillas enrejadas y una sólida puerta de acero que se cierra por dentro. Resulta un lugar muy seguro e inexpugnable. Puedes almorzar allí dentro y dedicarte a leer cuando hay poco trabajo. Todo lo que tienes que hacer es proporcionar cambio, lo que es muy sencillo. Si cae una bomba, seguro que ni te enteras. Si se desencadena una tempestad, no te mojas. Lo único que tiene de malo es que Ben Cohen nunca está en el mismo sitio. Siempre lo trasladan de un lugar a otro. Si tuviese ese empleo, querría que me asignaran a la cabina de la estación de nuestra calle, la Ciento setenta y cuatro. De ese modo estaría muy cerca de casa.

Y luego las hermanas Kantrowitz, que trabajan para la asistencia social, una rubia y la otra morena, ambas solteras. Y después otras personas, además de las de siempre, personas a las que no conozco demasiado, gente que ocupa la periferia del grupo de amigos íntimos de mis padres. Son un par de docenas en total y algunos tienen hijos; incluso una pareja lleva a un niño en brazos. Todos han traído su almuerzo en bolsas de papel de color marrón.

La casa está atiborrada de gente, y todos hablan al mismo tiempo. De vez en cuando mi abuela sale de su habitación y grita unas cuantas maldiciones desde lo alto de la escalera. Parece que todos saben que está loca y tratan de no prestarle atención. Rochelle se encuentra en la cocina, preparando nuestro almuerzo: sándwiches de huevo y lechuga. Los huevos exhalan un olor cálido y visceral. Mindish ronda por allí, echando un vistazo al contenido de la nevera, sin que nadie se lo haya permitido y ante el fastidio de mi madre, según advierto por la expresión de su rostro. Nunca me ha gustado la manera que tiene Mindish de mirar a mi madre.

Mi padre está llamando a la compañía de autobuses para confirmar que han enviado el autobús tal como aseguraron. Se detendrá delante de nuestra casa. Nuestra

casa es el punto de reunión, lo que me llena de orgullo. Salgo al porche para ver si viene. Uno de los niños me sigue. Me hago el importante delante de él, apoyado contra la barandilla del porche mientras asomo la cabeza para mirar hacia la esquina.

—Yo voy a ir —dice—. ¿Y tú?

No había pensado que existiese ninguna duda al respecto. Han añadido a mi tía Frieda a la lista para que se siente al lado de Susan. Al otro lado de la calle, en el patio de la escuela, que está situado por debajo del nivel del suelo, los chicos mayores juegan al béisbol. La base meta se halla a una manzana de distancia, en el otro extremo del patio, donde hace esquina con la avenida Eastburn. En ocasiones, muy raramente, una pelota golpea la valla que da a la avenida Weeks. Más raramente aún pasa por encima de ella y cae en la calle, enfrente de casa. Ahora mismo una pelota se está elevando sobre el patio de la escuela, sobrepasa la línea de los tejados de los edificios que dirige hacia el cielo, mientras una figura recorre las bases; la pelota traspone la valla, rebota en la calzada y va a parar a la acera, delante del porche. Es una pelota de *softball*, milagrosamente entera e intacta después de haber recorrido aquella fantástica distancia.

La cojo y corro hasta el medio de la calle. En el patio de la escuela todos permanecen absolutamente inmóviles, con la cabeza vuelta hacia mí, como si estuviese sonando el himno nacional. Arrojo la pelota por encima de la valla. Cae en algún lugar fuera de mi vista. Por un instante se hace el silencio, y a continuación veo la pelota volar otra vez hacia el campo, tras haber sido lanzada por el oculto jugador de campo de la izquierda que había atrapado mi tiro. Siento una viva emoción, un contacto eléctrico con aquella pelota, así como una aguda sensación de haberles hecho saber a esos fornidos atletas que estoy vivo.

Mientras tanto, un autobús escolar de color amarillo ha doblado la esquina. El conductor está inclinado sobre el volante para examinar la numeración de las casas. Ya hay algunas personas dentro del autobús. Pasa por delante de nuestra casa, frena con un chirrido y retrocede.

Quiero anunciar la llegada del autobús, pero para cuando llego a la puerta, ésta ya se halla abierta y la gente está saliendo de la casa. Encuentro a mi madre en la cocina y le pregunto si yo también voy. Lo pregunto para confirmarlo. Espero que responda por supuesto, y el corazón me da un vuelco cuando ella aprieta los labios y dice:

—Tu padre es quien manda.

—Por favor, Rochelle —replica éste—, no empieces con eso.

Siempre que mi madre dice que quien manda es mi padre, él se queda muy turbado. Está metiendo los envoltorios de papel encerado que contienen los sándwiches de huevo y lechuga en una mochila de color caqui. Le encanta llevar las cosas como si fuera de acampada, pues así tiene las manos libres para leer el periódico o un libro. Se ajusta las gafas con el dorso de la mano.

—¿Es que no quieres que tu hijo oiga a una de las voces más grandes de nuestro tiempo? ¿No quieres que tu hijo conserve ese recuerdo? No creo que para un niño sea

algo tan terrible ver a Robeson, un gran artista del pueblo.

—Pauly, ya te he dicho lo que me parecía. Tú haz lo que quieras.

—¿Hay algún problema? —inquire Mindish, mordisqueando un trozo de queso.

—No hay ningún problema —responde mi madre.

Guarda la mayonesa en la nevera, limpia la mesa y sale de la cocina.

—¿Yo también voy? —le pregunto a mi padre.

—Sí, sí —contesta, irritado.

Nada es realmente oficial sin el visto bueno de mi madre. Todos nos sentimos inquietos cuando hemos decidido algo sin su aprobación. Mi padre la sigue escaleras arriba.

—Prepárate —me dice, una de sus órdenes vagas que demuestran su falta de autoridad.

Su verdadero significado es que no debo seguirlo hasta el piso superior.

Aguardo en el vestíbulo. Y aunque la puerta principal está abierta y no para de salir gente al porche, y los amigos que son como Mindish van de un lado a otro con impaciencia, y todo el mundo habla excitado ante la perspectiva de la excursión, puedo oír lo suficiente de lo que se dice arriba como para comprender lo que ocurre. Es una casa muy pequeña.

—¡No hay nada que temer, Rochelle! Si creyera que existe la menor posibilidad de que se produzcan actos de violencia, ¿crees que permitiría que vinieses tú y mucho menos el niño? Sé razonable.

—No soy yo quien debe mostrarse razonable —replica mi madre—. El niño sólo tiene siete años.

—Oh, dejemos eso de una vez —dice Paul—. Mindish lleva a su hija. Hay una docena de niños abajo. Por el amor de Dios, contamos con una orden judicial que garantiza la celebración del acto.

—¡Las órdenes judiciales! —exclama Rochelle con amargura.

Callan por un instante.

—¡Y tú te consideras progresista! —dice mi padre, cambiando de táctica.

A continuación inicia un discurso sobre las fuerzas reaccionarias y su poder creciente. Mi madre le replica, con fastidio:

—¡Oh, Pauly, a veces eres tan tonto!

La gente grita desde la puerta principal:

—¡Eh, nos vamos! ¡Venga, que nos vamos!

En realidad, yo estoy más interesado en aquel conflicto de voluntades que en saber si acudiré al concierto o no. La verdad es que la idea no me entusiasmaba en absoluto; ahora que se le ha agregado una nota de misterio, me siento más dispuesto a armar un escándalo si me prohíben que vaya.

En algún momento de los silencios que jaspean la conversación que se celebra en el piso de arriba, mi madre cede por fin.

—Danny —dice mientras baja por la escalera— ponte la chaqueta azul. Y átate

los cordones de los zapatos, y súbete los calcetines. Y ve al lavabo aunque no tengas ganas.

Lleva el ceño fruncido y parece enfadada. Se ha pintado los labios de rojo. Mi padre baja detrás de ella, al tiempo que enciende un cigarro.

Una semana antes, Paul Robeson tenía que cantar en los Lakeland Picnic Grounds de Peekskill, en Nueva York. Una muchedumbre de la localidad cerró los accesos, prendió fuego a las sillas plegables y atacó al público que allí se encontraba, de modo que el concierto nunca se celebró. Después de una semana de manifestaciones de protesta, y de una orden judicial, Robeson iba a intentar cantar de nuevo en Peekskill. Robeson era comunista, un orgulloso comunista negro. Miles de personas se sentarían al aire libre, en el campo, y darían testimonio con su presencia del derecho de Robeson a cantar y del suyo a escuchar. El gobernador Dewey había convocado a la policía del estado para mantener el orden en el predio. En esa época de caza de brujas, en la que se encarcelaba a la gente por sus ideas políticas (como en el caso de Foster o de Gene Dennis), ese concierto significaría una victoriosa afirmación del derecho de reunión, sería un gran triunfo para las fuerzas progresistas y para la civilización en suma. De todo eso me entero en el autobús. Mi padre me lo cuenta. Está exultante, feliz. Todo el mundo entona las canciones de Robeson, saboteando por anticipado la emoción de oírlo cantar. Es un espectáculo precioso. Me alegra que mi madre me haya permitido venir. El autobús ruge en su camino a lo largo del Bronx, que lleva hacia el norte a través del Van Cortlandt Park hasta el Saw Mill River Parkway, mientras todo el mundo va cantando *Peat Bog Soldiers*. Eso somos nosotros, los soldados del pantano de turba y hacía allí marchamos con nuestras palas. Mi madre es la única que no canta. Estoy sentado en su regazo, junto a la ventanilla. A mi lado, mi padre canta. Todo el autobús canta; parece como si avanzara siguiendo las fluctuaciones del ritmo. Las ventanillas están veteadas de regueros de lluvia seca.

El viaje es largo. Los párpados me pesan de tanto mirar un paisaje que se desliza hacia atrás. Antes de llegar a Peekskill, el canto ha cesado. Todo el autobús permanece callado. Al llegar a Peekskill, veo a varios hombres de pie junto a la carretera que gritan y agitan los puños. Un cordón policial los contiene.

—¡Marchaos a casa, judíos de mierda! —grita alguien al pasar nuestro autobús.

Oigo una marcha militar. No sabía que participaría una banda en el concierto de Robeson. Pero mi padre, que se levanta para mirar por la ventana trasera del vehículo, dice que se trata de una banda de la Legión Americana. Desfilan para protestar contra el concierto.

En el lugar del concierto hace calor y estoy incómodo; pasa el tiempo y el concierto no empieza. Hace rato que me he comido el sándwich de huevo y lechuga y vuelvo a sentir hambre. La multitud es enorme. Estoy sentado entre mis padres. Ellos a su vez están rodeados por sus amigos. En torno a los amigos se encuentran miles de personas. Si algo malo fuese a suceder, ya tendría que haber sucedido, según razonan

todos. No logro imaginar qué daño podríamos sufrir aquí, entre este gentío tan amistoso. Es como un ejército. Los míos permanecen tranquilos. Serenos. Se gastan bromas mutuamente. Mi padre lee en voz alta párrafos de un libro, algún pasaje gracioso, y todo el mundo ríe y hace comentarios. Mi madre sonríe. Está sentada sobre el césped, con las piernas cruzadas, ocultas bajo la larga falda plisada que ondea al compás de la brisa. Me mantiene sujeto contra su costado. Mi padre agita el cigarro mientras habla. Habla sin parar. De tanto en cuando se acomoda firmemente las gafas sobre el puente de la nariz. Ben Cohen, tendido a su lado sobre la hierba, se queda con la pipa en la mano y lo escucha. El doctor Mindish escucha. Nate Silverstein, el peletero, escucha. Es evidente que todos sienten respeto por él. No, no tanto respeto como afecto. Afecto por él y respeto por su energía. Parece incansable, cargado de electricidad, inquieto, mientras expresa constantemente sus pensamientos y postula sus ideas.

Por fin, a mucha distancia, se oye un grito, un viva, un vocerío masivo al tiempo que aparece Robeson. No puedo distinguirlo bien. Percibo su voz con apenas mayor nitidez que su pequeña figura en la distancia, pero es una voz grave, una voz resonante, increíblemente profunda, y me hace recordar al Williams que vive en nuestro sótano. Ambos son negros. Me pregunto por qué Williams no ha venido con nosotros. Robeson canta espirituales. Entona *Old Man River*. Canta *Peat Bog Soldiers*. Canta *I dreamed I saw Joe Hill last night, alive as you and me*. Lo acompaña un pianista. Me pregunto si también vivirá en el sótano de su casa.

Cuando el concierto termina, lo aclamamos frenéticamente. Mientras nos dirigimos hacia el autobús todo el mundo habla con gran animación. Ha resultado un día fantástico. Han nacido sentimientos ennoblecedores. Pero al llegar al aparcamiento, mi madre me coge de la mano y veo que caminamos deprisa.

El autobús arranca y se une a una fila de autobuses y coches. La policía de Peekskill dirige el tráfico.

—Este no es el camino por el que vinimos —comenta Mindish, al tiempo que se inclina hacia adelante en el asiento posterior al de mi padre.

Mi padre se incorpora a medias extrañado. Vamos cuesta arriba por una carretera angosta y sinuosa que atraviesa un bosque. Los autobuses van en primera, la velocidad del esfuerzo, la marcha que torna humanos los motores. Advierto algo extraño: tres o cuatro individuos que corren a lo largo de la linde del bosque. Corren más deprisa que el autobús. Cuando me inclino hacia adelante para ver a dónde se dirigen, distingo a más hombres saliendo del bosque. Comienzan a arrojar objetos a la carretera.

—¡Cuidado! —exclama mi padre.

En ese momento, el autobús se detiene tan bruscamente que el motor se cala. El conductor levanta los brazos. Se oye ruido de cristales rotos. Un grito recorre el interior del vehículo, la avanzadilla de la percepción que brota involuntariamente de las gargantas. Mi padre se agacha, sin dejar de aferrarse a la barra del asiento

delantero. Todos nos quedamos atónitos, como si presenciáramos un espectáculo que no tuviese nada que ver con nosotros. El rostro del conductor está manchado de sangre. De improviso, desde la parte delantera del autobús hasta la trasera la gente empieza a agacharse, como fichas de dominó que cayeran en hilera. Un hermoso dibujo formado por cristal astillado surge de pronto en la ventana que hay junto a la cabeza de mi madre. Un instante antes de que me obliguen a agachar la cabeza veo a un hombre que levanta una piedra enorme, con la que se pone a golpear la luna trasera del autobús que nos precede.

La gente pide a gritos que el autobús avance. Pero el conductor no está en su puesto, y aunque estuviera en él, no podría avanzar. Hay autobuses por delante y por detrás. El estrépito que causan las piedras al golpear contra los costados y el techo del autobús es tan fuerte que perfora los tímpanos. Los cristales estallan como si siguieran el compás de una partitura. La gente grita.

—¿Qué significa esto? —pregunta la voz de mi padre por encima de mi cabeza—. ¿Qué significa esto?

Junto con las piedras, como notas atadas a ellas con un cordel, entran volando palabras tales como judío, comunista hijo de puta, comunista judío, rojo. Escucho atentamente. Judío. Comunista. Rojo. Negro. Hijo de puta. Amigo de los negros. Rojo. Judío hijo de puta. Esas son las palabras que gritan. Arrojan las piedras, algunas de ellas tan grandes como mi cabeza, con propósitos educativos. «¡Os vamos a enseñar!», gritan las voces airadas. «¡Que os sirva de lección, comunistas judíos hijos de puta!».

Mi madre y yo estamos apretujados entre nuestro asiento y el respaldo del asiento de delante. Nos hallamos de rodillas. Cada ruido, cada golpe, opera como una máquina de vapor que aumenta la presión de los brazos de mi madre en torno a mí. Imagino una especie de sistema de poleas que se activa mediante los gritos, los golpes de las piedras, el estallido de los cristales.

Centímetro a centímetro voy enterrándome más firmemente debajo de ella, hasta que llega un momento en que mi cabeza reposa sobre sus piernas dobladas, y sus pechos y brazos me cubren la espalda, y sus manos se cierran sobre los huesos de mi trasero. A través de la tela de su falda noto cómo los músculos de sus muslos palpitan bajo mi boca y mi mandíbula, cómo se estremecen por... ¿el miedo?, ¿la rabia?, ¿el esfuerzo...? Luego apoya la cabeza en mi espalda y murmura con la boca hundida en mi columna. Asesinos. Perros. Canallas. Son los mismos epítetos que musitaba mi abuela, pero en inglés. Chusma fascista. Cerdos nazis. Asesinos.

El terror me embriaga. El recuerdo de mi abuela ha otorgado un nuevo significado a sus famosas maldiciones: no eran los delirios de una vieja loca, sino la interiorización precisa y poderosa de ciertos grados de predestinación en nuestra vida. El autobús se balancea. Vamos a morir todos. El corazón me late con furia, pero de lo único que soy consciente es del material del que está hecha la falda de mi madre: una tela áspera de lana, que me dejará la sensación de un sarpullido en la mejilla.

Oigo que Mindish le grita a mi padre que se agache.

—¡Pauly! —exclama mi madre por encima de mi espalda—. ¡Qué estás haciendo! ¡Paul!

Mi padre, agazapado en el pasillo, ha visto algo por la ventanilla. Pasando por encima de la gente y esquivándola, se abre paso penosamente hasta la parte delantera del autobús.

—¡Agente! —grita—. ¡Agente!

Mi larguirucho padre se dirige como un ciclón hacia el frente. A la guerra. Esto no se puede tolerar.

—Esto no se puede tolerar —repite, a modo de explicación.

A renglón seguido se halla delante de la puerta, y le ordena al conductor que la abra. El autobús se balancea. Tiene que sostenerse de la barra del techo, pero sigue insistiendo al conductor que abra la puerta del autobús. Sin embargo, los demás gritan que la mantenga cerrada. Mi padre se vuelve para decir:

—No podemos tolerarlo. No podemos tolerar este atropello.

Mindish lo ha seguido. El corpulento dentista sonrío.

—Agáchate, Paul. ¿Qué te propones? ¡Vuelve aquí!

Mi padre ha divisado al policía de nuevo y está intentando abrir la doble puerta del vehículo con las manos.

Grita a través de la abertura que se forma en los rebordes de goma de las hojas de la puerta, grita a través de la abertura que forma con sus manos.

—¡Agente! ¿Por qué permite que hagan esto?

Pugna por abrir las puertas plegables, se esfuerza con sus delgados brazos como si fuera Sansón entre las columnas. Ha llamado la atención de los comandos del exterior, que ahora tratan de ayudarlo a abrir las puertas. Vivimos un momento de locura disparatada. Todo el brazo izquierdo de mi padre desaparece entre las puertas. Queda estirado hacia adelante, en una inclinación ridícula. Parece uno de los cordones de mis zapatos cuando queda tieso al hacer el nudo. ¿Cómo puedo saber todo esto? Si estoy agachado detrás del asiento, ¿cómo puedo recordarlo? Con calma, mi padre se quita las gafas con la mano derecha y, tras doblar las patillas contra su pecho, se las entrega a Mindish. La determinación que encierra ese acto me aterra. Veo algo que no reconozco, algo que mi fe infantil en la percepción que tenía de mis padres nunca me dio a conocer. Estoy aturdido. El autobús deja de balancearse. Los patriotas se concentran en su nuevo objetivo. Todos se han reunido delante del vehículo, frente a la puerta. Contemplamos en silencio cómo le rompen el brazo a mi padre. No pronuncia ni una queja. El sudor baña su frente. Se le contrae el rostro.

—¡Abrid la puerta! —grita mi madre—. ¡Abrid la puerta antes de que lo partan por la mitad!

Cuando la puerta se abre al fin con un siseo, mi padre se esfuma ante nuestros ojos. Se eleva un bramido. Dos de los hombres que han estado tirando de él en aquel juego insensato se desploman a continuación. Resulta cómico verlos salir despedidos

por la puerta, unidos como salchichas. No puedo ver lo que ocurre en el exterior. Se oyen ruidos espantosos.

—¡Detenedlos! —exclama mi madre al tiempo que se lanza al pasillo.

Su empujón me estampa contra el asiento. La gente baja en cascada del autobús, para librar batalla o para huir, no sabría decirlo. Por encima de las cabezas veo delante del autobús a Mindish, que sostiene en alto las gafas plegadas de mi padre. Ha crecido en estatura, y muestra una expresión transfigurada, turbada, como si estuviera sonriendo ante la absurda idea de tener que estar a merced de alguien.

No recuerdo cómo llegamos a casa. Sonaron las sirenas de la policía, y la carretera que atravesaba el bosque se inundó de gruñidos y gritos. Llegó una ambulancia. Pero recuerdo muy bien a mi padre tendido en el viejo sofá de la sala de estar. Tenía el brazo fracturado, y el cráneo envuelto con una venda que parecía un sombrero antiguo. Su cara estaba cubierta de rasguños. Pero me miraba a través de las gafas, que no habían sufrido daño alguno. A pesar de tener los labios hinchados y cortados, trataba de sonreír. No podía hablar. Lo miré y me asusté. Tenía lágrimas en los ojos. Mi madre estaba sentada, a su lado, en el suelo, donde clavaba la vista mientras le sostenía la mano. Estaban con las cabezas juntas. Ofrecían un aspecto tan desolado que me eché a llorar. Hasta ese momento no había vertido una lágrima, pero entonces lloré, y mi madre me atrajo hacia ella y me sentó en su regazo, y tras estrecharme contra su pecho se llevó la mano de mi padre a los labios y la besó.

De modo que existían límites para su fracaso. Había ocasiones en que ese ser apasionadamente inestable, ingenuo, infantil, se encontraba con que el mundo seguía un orden perfecto. Mi madre tenía razón con respecto al concierto de Robeson, pero mi padre era muy cabeza dura. Comencé a valorar el misterio que encierran las oscuras relaciones de los adultos. El teléfono no cesaba de sonar, esa noche, el día siguiente. Todo el mundo estaba de acuerdo en que, si Pauly no hubiese hecho lo que había hecho, habrían acabado por volcar el autobús y sabe Dios cuántos habrían muerto aplastados. Lo cierto es que en todo el autobús él fue el único que hizo algo. Nadie más fue capaz de moverse. Pensé mucho en ello. El simple hecho de que se hubiese levantado para hacer algo ya era motivo de orgullo. Pero *lo que* había hecho era misterioso y complicado, y no tenía nada que ver con lo que decía la gente. Durante mucho tiempo pensé en ello. Llegué a la conclusión de que mi padre trataba de llamar la atención del policía porque realmente creía le brindaría su ayuda. La Ley arrestaría a los matones fascistas. Eso fue lo que lo empujó hasta la puerta y lo hizo vulnerable.

Mucho tiempo después de que todos dejaran de hablar del incidente, intenté resolver mentalmente aquel misterio. Rochelle estaba nerviosa porque mi padre no iba a trabajar. Resultaba perturbador tenerlo todo el día rondando por la casa. No entraba dinero. Mi padre se quejaba de dolores de cabeza. Las facturas del médico eran criminalmente elevadas. No regresó a la tienda hasta que la escayola del brazo no estuvo sucia. Pero yo no podía olvidar la serena ferocidad de su decisión cuando

plegó sus gafas contra el pecho y se las entregó a Mindish. No podía olvidar la expresión de compromiso con la historia que brillaba en sus ojos absurdamente francos, ni el carácter de sacrificio revolucionario serenamente ensayado y planeado que poseía su acción.

En el juicio que se celebró durante la purga de 1938, Bujarin efectuó la más interesante de las defensas. Se confesó culpable, y en varias ocasiones hizo todo lo posible por afirmar que era responsable de la suma total de los delitos cometidos por el bloque «derechista y trotskista» que se sentaba en el banquillo, y del que se lo consideraba dirigente. Reconoció con vehemencia que era culpable de conspiración, traición y contrarrevolución. Y habiéndolo reconocido, recusó durante el juicio todos y cada uno de los cargos específicos que se presentaron contra él. Coaccionado a testificar en secreto, se las ingenió sin embargo para señalar, con el énfasis peculiar que adquirieron las voces soviéticas bajo el mandato de Stalin, que no sólo él sino Rusia entera estaban siendo inmolados. Y no le sirvió de nada, excepto para que los soviólogos lo convirtieran en héroe de novela y modelo de nobleza desconsolada. Podemos decir de Stalin, a su vez, que los grandes procesos públicos que tuvieron lugar entre 1936 y 1938, así como los miles de exterminios menos estructurados que se llevaron a cabo bajo su égida, reflejaban su determinación de sellar una alianza con Hitler. Kennan afirma que Stalin tenía que asegurarse de que no encontraría ninguna oposición a su impopular maniobra conocida por el mundo como el Tratado de No Agresión de 1939. Bujarin y muchos de los otros procesados eran antifascistas. Sean cuales fueren las razones de Stalin para desear una alianza con Hitler —ya fuera porque no veía ninguna esperanza en seguir promoviendo los intereses rusos en los países occidentales, o un poderoso impulso que lo animaba a establecer una hegemonía soviético-fascista, o bien porque necesitaba tiempo para preparar a su país para la guerra con Hitler, que él sabía inminente (pero entonces, ¿por qué mandó matar a los oficiales de más alto rango del ejército?)—, puede decirse que esta decisión, al igual que la mayor parte de las maniobras políticas de los años treinta de la Rusia soviética, lo que se denominó el Gran Experimento Socialista, fue llevada a cabo sobre la base de la supremacía del Estado-nación, la postergación del sueño marxista y el sacrificio del individuo. E. H. Carr sugiere que el genio de Stalin consistió en restablecer el nacionalismo ruso, que bajo el occidentalizado e internacionalista Lenin había permanecido aletargado. «El socialismo en un solo país» era el modo en que Stalin afirmaba el orgullo de su país, siempre fiero pero a la vez acosado por el sentimiento de inferioridad ante la histórica y trágica hostilidad de Occidente hacia la Rusia de las estepas.

«El marxismo internacional y el socialismo internacional, plantados en suelo ruso y dejados a su aire, se encontraron con que las raíces de su carácter internacional eran constantemente socavadas, y su savia arrebatada, por parte de la tradición nacional rusa, que suponían liquidada desde 1917. Diez años después, cuando Lenin estaba muerto, todos los dirigentes que de manera más clara habían representado los

elementos internacionales y occidentales en el bolchevismo —Trotski, Zinoviev y Kamenev, por no mencionar a figuras menores como Radek, Krasin y Rakovsky— habían desaparecido; el blando y dócil Bujarin no tardaría en seguirlos. Las fuerzas ocultas del pasado ruso —la autocracia, la burocracia, el conformismo político y cultural— tomaron cumplida venganza, no mediante la destrucción de la revolución, sino enganchándola a ellos mismos con el fin de llevarla a cabo en un estrecho marco nacional...».

Esta visión de Carr resulta útil para entender esos momentos atroces del socialismo internacional, como la negativa soviética a brindar apoyo a la coalición entre comunistas y fuerzas de izquierda en Alemania, que podría haber evitado la ascensión de Hitler al poder; la traición soviética a la causa republicana en España (muchas de las víctimas de la purga eran veteranos de la campaña española); la cínica explotación del frente popular y la seguridad colectiva en beneficio de la diplomacia soviética; y por último, el pacto de no agresión. Así, ante los críticos que ven en Stalin a un nuevo «Gengis Jan», como lo llamaba Bujarin, o a un paranoico extremado, como los actuales dirigentes soviéticos reconocen tristemente que fue, debemos decir: ninguna revolución es traicionada, sino sólo realizada.

Termidor.

Daniel Termidor encontró un considerable juego en el volante del Volvo.

y qué decir de Kronstadt: ¡no debemos olvidarnos de KRONSTADT! Y tampoco de Gorki, con sus ideas extemporáneas.

#### NOTA PARA EL LECTOR

Lector, ésta es una nota para usted. Si lo encuentra elemental, si después de todo este tiempo le parece elemental... Si es elemental y a estas alturas le parece a usted patéticamente elemental, como coger unos pedazos de tela rasgados y volver a rasgarlos... Si es así de elemental, entonces, lector, ya sé lo que quiere decir. Y juntos podemos rasgarnos las vestiduras a modo de duelo.

El Día de Conmemoración de los Caídos de 1967, Daniel Lewin conducía su flamante Volvo de color negro por la autopista de peaje de Massachusetts en dirección este, hacia Boston. Sentado junto a él iba su esposa, Phyllis, una chica-flor rubia, palpitante de tristeza, con ojos polacos de un azul muy claro que se tornaban grises los días de lluvia. Y detrás de ellos, encajado no muy cómodamente entre una maleta grande y otros trastos, dormía el bebé de ambos, Paul.

Daniel nunca había manejado aquel coche, y se pasó los primeros kilómetros bregando con la palanca de cambios de cuatro velocidades y conduciendo con mucha cautela, con la columna vertebral clavada en las ballestas y los brazos pegados al

volante.

Había una vibración en las ruedas, un leve golpeteo al alcanzar los cien. El volante tenía un juego considerable. También se producía un ligero tirón hacia la izquierda cuando pisaba el freno. Daba la impresión de que el coche era bastante flojo. Distaba de tener una buena puesta a punto y un correcto mantenimiento. Olía a cuero. A Daniel no le costaba esfuerzo adivinar la carrera que habría seguido en Boston y Cambridge, podía imaginar su despreocupación universitaria. Su hermana Susan lo había comprado a buen precio a un tipo que acababa de abandonar los estudios en Harvard. ¿Y a quién se lo habría comprado éste? Un coche descuidado. Un coche con un carácter descuidado.

—Está lloviendo —dijo Phyllis.

Así era. Las gotas de lluvia comenzaban a estrellarse contra el parabrisas. Los ojos de Daniel enfocaron la superficie del parabrisas y trataron de anticipar dónde se producirían las pequeñas explosiones de agua. Resultaba demasiado difícil, por lo que fijó la vista en una gota y siguió su curso. La idea era que su atención la diferenciara de las demás gotas. La gota chocó y, tras estallar, quedó una bolita de agua, como una especie de núcleo, y alrededor de ella seis o siete racimos que formaban un círculo. Semejaba un copo de nieve derretido. Los racimos de gotas diminutas se combinaban entre sí para formar hilillos alargados, que se escurrían en la dirección que les imponía su propio peso. Cuando el coche aceleraba, aumentaba el ritmo con que los filamentos se alejaban del centro.

—¿No deberías poner en marcha el limpiaparabrisas? —preguntó Phyllis.

El cielo iba oscureciéndose rápidamente. El reflejo de los faros de los vehículos que avanzaban en dirección contraria se multiplicaban en las gotas de lluvia del parabrisas. Los neumáticos siseaban sobre el pavimento mojado.

Daniel buscó a tientas el interruptor del limpiaparabrisas. El vehículo se desvió ligeramente hacia un costado, y un claxon sonó a sus espaldas. Luego el limpiaparabrisas empezó a funcionar con gran estruendo. Pero Daniel había advertido que, en el momento en que el coche se desviaba de su trayecto, Phyllis se había aferrado con la mano derecha al reposabrazos de la portezuela, al tiempo que tendía el brazo izquierdo por encima del respaldo con el fin de proteger al bebé.

Phyllis lo miró de soslayo para ver si él se había fijado en ello.

—Me gusta la lluvia —comentó Daniel.

—A mí me encanta la lluvia —dijo Phyllis—. Sobre todo en verano, cuando no hay truenos ni relámpagos y es cálida.

—No; quiero decir ahora, en este coche —replicó Daniel—. La lluvia hace el efecto de un capullo, nos encapsula.

—Sí —asintió ella, mirando al frente.

Estaba deshaciéndose las trenzas. Mantenía la vista fija en el Chevrolet de los Lewin, que iba delante de ellos, y en cuyo asiento delantero se perfilaban las siluetas de tres cabezas.

—Oh, Daniel, cómo desearía abrazar a Susan y estrecharla contra mi pecho y besarla y ser su amiga.

Él asintió con la cabeza.

—Tal vez, cuando se encuentre mejor, pueda venir a pasar una temporada con nosotros. La llenaremos de atenciones y haremos que se sienta feliz. El niño la adorará. ¿Crees que querrá venir?

—No lo sé.

—Quizá venía a vernos. ¿Crees que venía a Nueva York?

—Sí.

—¿Crees que venía a visitarnos?

—No.

—¡Es tan guapa! —dijo Phyllis con un suspiro.

Conocí a mi mujer en una concentración de hippies en Central Park. En el Sheep Meadow. Estaba con otras dos chicas de su barrio que parecían estar fuera de onda.

Se mostraban embobadas al ver a hippies auténticos. Se descontrolaban y soltaban risitas como las estudiantes de cualquier instituto de Brooklyn. Phyllis se sentía avergonzada por su comportamiento. Era encantadora. Alguien le había ofrecido solemnemente un narciso, y solemnemente lo había aceptado. Solemnemente, con una sonrisa espiritual, se paseaba por todo el prado con su flor, dando esas zancadas tuyas demasiado largas y ligeramente desgarradas. Estaba ávida de experiencias espirituales. La llevé a mí casa, en la calle Ciento quince, y puse un disco de Bartók. Quedó pasmada ante la cantidad de libros que tenía. Le insinué que follar era un acto filosófico de considerable importancia. Sabía que, por deferencia a esa posibilidad, dejaría que la follasen.

Los padres de Phyllis son jóvenes y hace poco que disponen de dinero. No son gente rica, sino acomodada. Su padre tiene una tienda de rebajas en la que vende alfombras. Está asociado con otro tipo, compañero suyo en la Segunda guerra mundial, y tienen un local en Brooklyn y otro en Queens. Es uno de los militantes más activos del Centro Reformista Judío de Brooklyn. Todos los inviernos lleva a la madre de Phyllis a pasar quince días en Florida. Por las tardes se dedican a jugar al golf, y por la noche van a cualquier club nocturno a ver a algún cómico. Viven en un edificio recién construido de Brooklyn, en un apartamento decorado con lámparas de porcelana en forma de ninfa. Sobre el mullido sofá con botones de la sala de estar cuelga una pintura original que imita el estilo de la Escuela de Hudson, con un marco dorado y tallado, y su correspondiente foco de luz.

Tienen otro hijo más joven, un chico de doce años, Scott. Me desprecia, me odia y me teme sólo un poco menos que su madre y su padre. Están abatidos por el matrimonio de Phyllis, y cada vez los vemos cori menor frecuencia. Suelen enviar regalos para el bebé. Una vez cuando aún manteníamos buenas relaciones, el padre trató de animarse a preguntarme acerca de los moratones que su esposa había visto en los muslos de su hija; farfulló algo y se aclaró la garganta, pero yo simulé no entender

a qué se refería, y él desistió. Creo que la visitan durante el día.

Hoy hace un día demasiado espléndido y caluroso como para pasarlo en la biblioteca; puede oírse el canto de unos pájaros. Regresaré a casa y los llevaré al parque, a ver si hay barcas en el río...

Al cabo de unos minutos, Phyllis se desabrochó el cinturón de seguridad y se volvió para atender al niño, que se agitaba con impaciencia.

—Sólo me queda un pañal —comentó.

Se puso de rodillas torpemente y se inclinó sobre el respaldo del asiento para cambiar a Paul. Sus nalgas se meneaban al ritmo de los brazos. El largo cabello le colgaba suelto. La lluvia caía sin cesar, y repicaba sobre el techo del coche antes de resbalar por el parabrisas. Daniel miró prudentemente por el retrovisor y se metió en el carril izquierdo. Un momento después, mientras Phyllis seguía ocupada, adelantó al automóvil de su padre, y luego a otro y luego a otro.

—¡Listo! —dijo Phyllis—. Ahora a dormir, cariño. Enseguida llegaremos a casa de tus abuelos. Vamos, cierra los ojos. —Se volvió y, metiendo una pierna debajo de la otra, se deslizó pesadamente hasta quedar sentada—. ¡Oh! —exclamó—. Me marea el estar en esa posición. —Bajó unos centímetros el cristal de la ventanilla—. Falta el aire aquí dentro.

—¿Quieres hacerme un favor? —preguntó Daniel.

—¿Cuál?

—Quítate los pantalones.

Ella lo miró y se rió. Tal vez le agradara que bromease de aquella manera y se animase un poco después de verlo tan deprimido. O tal vez le alegrara esa manifestación de la Fuerza Vital en un día tan mortecino.

—Muy gracioso —dijo Phyllis.

Pero parecía complacida.

—No pretendo ser gracioso. Hablo en serio.

Ella le dirigió una mirada inquisitiva.

—Vamos, Phyllis. Ahora mismo.

—Daniel...

—Quítate los.

—No me parece bien. No quiero hacerlo.

—Pero yo quiero que lo hagas, Phyllis.

Ella buscó las luces del Chevrolet, pero unos metros por delante la carretera estaba vacía. Advirtió que el coche iba más deprisa.

—Oh, Daniel, ¿por qué haces esto? Es tan estúpido. Es tan absurdo.

—Hazlo, Phyllis.

—No sé qué quieres que haga.

—Quiero que te quites los pantalones.

—¿Y luego qué? No puedes hacer nada mientras conduces. Lo único que lograrás es que choquemos.

Daniel levantó ligeramente el pie del acelerador sin decir nada.

—Me parece una broma enfermiza, Daniel. Me da miedo. No tienes ningún derecho a hacer locuras cuando conduces un coche en el que va nuestro hijo.

Daniel pisó a fondo el acelerador. Phyllis estaba ahora muy rígida en el asiento, con los pies firmemente apoyados en el suelo y los brazos cruzados sobre el pecho. Daniel le explicó con calma los problemas mecánicos del vehículo: el volante tenía un juego considerable, las ruedas delanteras estaban desalineadas, los frenos estaban gastados, y los neumáticos, lisos. Echó un vistazo al velocímetro e informó a Phyllis que iban a ciento cuarenta kilómetros por hora.

—Cuando lleguemos a Brookline, haré lo que tú quieras —dijo Phyllis—. Sé que te fastidio, Daniel, sé que tu familia cree que te casaste con alguien que no te merece. Pero supongo que al menos me reconocerás el mérito de intentarlo ¿verdad?

Daniel no respondió.

—Todos vosotros sois unos grandes negociantes —siguió Phyllis—. Sois unos grandes negociantes del sufrimiento.

Daniel se sintió complacido con aquella definición. Seis meses antes, Phyllis no habría sido capaz de formularla. Pensó en decirle un cumplido. En vez de ello, se inclinó hacia adelante y desconectó el limpiaparabrisas.

La lluvia caía ahora a raudales sobre el parabrisas, no obstante lo cual la visibilidad, aunque ligeramente distorsionada, era buena. Phyllis, que no sabía conducir, no estaba nada tranquila. Miraba fijamente aquella pantalla iluminada por luces blancas y rojas que se agrandaban, se encogían, titilaban, se disipaban y por fin se evaporaban ante sus ojos como si estuvieran formadas de agua. Tenía la impresión de que no era capaz de ver en qué dirección iba el coche. Por primera vez, se oyó el fragor de un trueno, que retumbó aun con mayor fuerza que el motor y los neumáticos lisos que batían el agua. El trueno pareció sacudir el coche, cuya parte trasera osciló ligeramente, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

—¡Harás que nos matemos! —gritó Phyllis.

—Lo único que tienes que hacer es quitarte los pantalones.

—¡Lo haré, lo haré, pero primero reduce la velocidad!

—¡Primero, hazlo!

Phyllis se desabrochó el cinturón y abrió la cremallera, y luego, arqueando la espalda sobre el asiento, se bajó sus pantalones de campana.

—Se los voy a contar —dijo—. Les voy a decir lo que me haces, y te encerrarán con tu hermana. ¡A los dos!

—Del todo, por favor.

Phyllis levantó las rodillas, apoyó los tacones de las botas en el asiento, bajó las cremalleras de las botas, se las quitó y las dejó caer al suelo; a continuación se bajó los pantalones hasta los tobillos, y tras quitárselas los arrojó encima de las botas.

Luego miró a Daniel y se despojó de las bragas, que dejó caer sobre el montón que se había formado a sus pies. Entonces se tapó los oídos con las manos, cerró los ojos y agachó la cabeza.

Daniel levantó el pie del acelerador y volvió a conectar el limpiaparabrisas. Phyllis estaba llorando. Se pasó los dedos por los cabellos, se cubrió las orejas y lloró. Daniel se situó en el carril derecho. Un trueno retumbó directamente sobre sus cabezas. Daniel indicó a Phyllis que se arrodillase sobre el asiento de cara al costado del coche, y que se doblara tanto como pudiese, así, arrodillada y encorvada como una penitente, una adoradora, una devota abyecta. Llorando, Phyllis se quejó de que el coche era demasiado pequeño y ella demasiado grande como para estar cómoda en aquella posición. Daniel le pidió con dulzura que lo intentara.

—¿Así? —preguntó Phyllis, con la voz amortiguada por los cabellos.

—Así está bien.

—Me verá todo el mundo.

—Nadie puede verte.

—El niño.

—El niño está dormido.

—No me hagas daño. No me hagas daño, Daniel.

Deslizó la mano derecha por sus nalgas. La parte más estrecha de la espalda estaba perlada de sudor. Phyllis se estremeció, y la carne de su trasero tembló bajo la mano de Daniel, la cual siguió la hendidura hacia abajo. Triangulada en aquella posición, exhalaba un olor ligeramente acre a excremento. Le acarició el vello del diminuto ano. Luego, con el dorso de la mano le rozó los labios del sexo, que sobresalían anidados entre las plantas invertidas de los pies.

La lluvia repiqueteaba sin cesar. Los truenos eran ensordecedores. Los vehículos pasaban raudos por su izquierda. El cielo estaba negro. Daniel se inclinó hacia adelante y oprimió el encendedor. La mano se quedó suspendida en el aire. ¿Lo cree usted? ¿Quiere que siga? ¿Quiere conocer el efecto que causan los tres anillos concéntricos de una resistencia al rojo sobre la tierna y blanca carne del culo de mi esposa en una noche negra y lluviosa? ¿Quién es usted al fin y al cabo? ¿Quién le dio permiso para leer esto? ¿Es que para usted no hay nada sagrado?

Por otra parte, la única cosa peor que contar lo que ocurrió es dejarlo librado a la imaginación. Hay una famosa película surrealista de la época muda, firmada por Buñuel y Dalí. Se trata de un filme sobre una mano con vida propia que habita dentro de una caja, y un hombre que arrastra con una cuerda el cadáver de una vaca a través del salón; y la vaca se convierte en un piano de cola; y la mano acaba siendo arrojada por la alcantarilla, y se reúne una multitud, y alguien que huye en un taxi de aquel horror, encuentra la mano dentro de su caja en el interior del taxi... Y si mi recuerdo de esas imágenes no es exacto, tanto mejor. Sin embargo, el acontecimiento central de la película es éste: un hombre bien parecido, moreno y fornido, que lleva una camiseta tan ceñida que se le marcan las costillas, está de pie en una habitación

afilando una navaja de afeitar. Con él, en la misma habitación, hay una dama sentada en una silla de madera. También ella está semidesnuda. La expresión de su rostro es serena. A través de la ventana vemos que es una noche de luna llena, con nubes que se desplazan a través del cielo resplandeciente. El hombre se acerca a la mujer, de ojos grandes, labios arqueados, impassible en su silla de respaldo recto, y con el pulgar y el índice le separa los párpados tanto como puede. Luego le acerca la navaja a la cara y a continuación la coloca frente al globo ocular. Cambio de plano al cielo nocturno del otro lado de la ventana. Una nube delgada como la hoja de un cuchillo se desliza a través de la esfera brillante de la luna. Y en el preciso instante en que usted, el público, ha aceptado aquella mutilación simbólica del ojo de la mujer, la cámara vuelve a la escena y, en un primer plano, muestra la navaja cortando el globo ocular.

Nunca hablaban de Paul y Rochelle. Mientras crecieron con los Lewin no hubo necesidad. Habían compartido la experiencia de manera tan equilibrada que, si hubieran hablado de ella, lo que sabían y comprendían habría disminuido. Compartir, y compartir a partes iguales: lo que los niños debían considerar el punto cardinal de la justicia, se les inculcó con enfermiza exactitud. (No golpees a nadie es retórico pero cierto. Sólo un hijo de Rochelle podría pronunciar semejante frase. En nuestra casa las palabras podían caer con la fuerza de un rayo. Reparto de afrentas, el olor a quemado en la boca de nuestros padres. En una ocasión mamá dijo: «Que nuestra muerte sea el *bar mitzvah* de Daniel»). De modo que, al comienzo al menos, no hubo necesidad de hablar de ello. Cuando el hermano y la hermana iban a alguna parte, o hacían algo juntos; cuando él le ataba los patines o le ayudaba a hacer los deberes, o la llevaba al cine; la manera en que se movían, en que se movían físicamente, durante la convalecencia del sufrimiento, hablaba por ellos. La manera en que él la tomaba del brazo mientras cruzaban la calle corriendo entre el tráfico, hablaba por ellos. La manera en que se tensaban los músculos cuando su hermana no estaba donde se suponía que iba a estar en un momento determinado del día, también hablaba por ellos.

Pero crecieron. Él le había enseñado a jugar a las cartas, y también a tocar en la guitarra todos los acordes que conocía; le había enseñado a montar en bicicleta y a nadar al estilo crol, y un día se dio cuenta, súbitamente, de que su hermana había superado la edad de que la cuidasen y le enseñasen. En la vida había ciertas necesidades y expectativas que ningún hermano ni hermana podía colmar de manera adecuada. Eso era normal.

Y ella debió de sentirse, al igual que él, aburrida o injustamente agobiada por los hábitos de una relación que estaba reduciéndose a una serie de gestos sentimentales. A lo que había que añadir lo que él suponía que se trataba de la normal e inevitable aversión por las personas que se parecen a nosotros y huelen como nosotros. Esa

experiencia de insatisfacción total con los parientes más cercanos: que no son lo bastante inteligentes, lo bastante atractivos, lo bastante modernos, como para que no transcurra un día sin que nos aburran o nos causen vergüenza. Con la excepción de los padres ausentes, no disponibles para esa especie de lamento afilado, ese aguzamiento de la independencia, él era la chaira; su madre, el padre, el hermano, la familia. Y era doloroso y había peleas horribles.

Desconcertados, Daniel y Susan se adaptaron a los avatares de su suerte. La vida que les proporcionó un profesor agregado de Derecho fue, en comparación, de una riqueza espectacular. En aquel tiempo el fideicomiso ni siquiera se mencionaba. Cada niño tenía su propia habitación. Lise les compraba ropa a la medida. Así era la vida de la clase media y resultaba increíblemente buena. Bob Lewin con su sonrisa afectuosa y su afable sentido del humor, se comportaba de una manera que parecía sugerir que era posible vivir regaladamente y a la vez con honor. Sus nuevos padres nunca gritaban, la vida no estaba marcada por aquel ritmo de crisis y preparación para la crisis. Una vida de la que estaban ausentes tanto la ideología como los conceptos morales inexorables. Tenían un nombre nuevo, lo cual era como ser más altos. Las calles eran nuevas, la casa era nueva. Tranquila. Sin intrusos. Había una rutina diaria: la escuela, los juegos, los ejercicios, los deberes. Y había una rutina de fin de semana, consistente en una actividad planificada o en una salida. Se daba por sentado un principio que no dejaba de sorprender a Daniel, pero al cual terminó por acostumbrarse: era muy natural que, de vez en cuando, uno pudiera divertirse y pasar un buen rato. Y eso estaba muy bien, de verdad.

Cada vez eran menos las ocasiones en que mi corazón experimentaba erráticos saltos arrítmicos, como si fuese una de esas pelotas que solía hacer con gomas elásticas.

Y así, Susan y Daniel Lewin se deslizaron hacia los indolentes rituales de los adolescentes de clase media. Con el fin de poder hacerlo, tuvo que producirse un proceso dialéctico de liberación: uno se preguntaba a sí mismo: ¿por qué vivir en la fe o en el recuerdo de las personas que te traicionaron? Por motivos obvios, tampoco hablaron acerca de esa cuestión. Hubo por lo menos un par de años, un par de buenos años, en los que no surgió la ocasión de hacerlo. Y si hubiese surgido, a ninguno de los dos le habría importado un comino. Poseían su propio cuerpo, sus propios amigos; tenían su propia vida.

Pero todo eso no era más que una ilusión contrarrevolucionaria. Si parecía tan fácil liberarse, es porque eso era precisamente lo que el mundo deseaba de ti. El mundo quería que te olvidaras de quién habías sido y de lo que te había sucedido. El mundo no quería reconocer los pecados de los padres. Si, en su engreída, mocosa y atormentada adolescencia, su hermana y él habían llegado de manera tácita a la conclusión de que Paul y Rochelle Isaacson no merecían su lealtad, no tuvieron, sin embargo, la menor posibilidad de malgastarla. La decisión no dependía de su voluntad. Hicieran lo que hiciesen, cualquiera que fuese el punto de vista que

adoptaran, era el proceso histórico el que actuaba por ellos. Y ni siquiera la infidelidad de su corazón, la verdadera y genuina indiferencia espiritual, nacida de la amargura, habría podido alterar ese hecho. De una manera o de otra, ellos seguían siendo los niños Isaacson. «¡Pobres chicos!», solían exclamar los camaradas. Eran como las figuras de un mito que sufren el mismo destino en cualquiera de las versiones que se cuenten, y al cual permanecen eternamente vinculadas sin importar cómo se deletreen sus nombres. O eran como esos dos caballos que, según el experimento que nos explican en el instituto, fueron enganchados con el fin de separar los dos hemisferios que habían permanecido unidos por el vacío; y que jadeaban y bregaban, uno tirando hacia un lado, y el otro hacia el opuesto, sólo para demostrar que no hay nada más poderoso que el vacío.

A pesar de todo, no hablaron. Y cuando Daniel tuvo dieciocho años ingresó en la universidad y alquiló un apartamento en Cambridge, y durante dos o tres años fue como si ella no hubiese existido. Y cuando recobró el conocimiento, y la verdadera vida de su infancia, que se había convertido en un sueño, se convirtió en real otra vez, intentó establecer contacto con Susan. Pero Susan era ahora una presencia dominante: excesivamente brillante, excesivamente bulliciosa, históricamente ocupada de sí misma. Le infiltró en el cerebro imágenes de sí misma en ropa interior. Le hizo saber que la habían follado más de una vez. Tenía una vida muy ocupada. Y él lloró la pérdida de su hermanita, y pensó debimos haber hablado, siempre debimos haber hablado.

#### EL RELATO DE BINTEL

Estimado señor director: usted que escucha los problemas de tanta gente y que comparte las desgracias comunes, permítame decir lo que tengo que decir si no quiere que me estalle el corazón. Sin duda no es necesario que le cuente lo que ha sido mi vida: primero, el miedo horroroso a huir de los zaristas fanáticos que no nos dejaban vivir, y que nos asesinaban en los pogromos y reclutaban a los judíos jóvenes para que pasaran veinticinco años como esclavos en el ejército; de esa opresión terrible y animal pude escapar pagando a escondidas a esos mismos torturadores para que me dejaran cruzar la frontera llevando únicamente los andrajos que cubrían mis hombros, para que me dejaran escapar del Recinto, el recinto donde se quedaban mis pobres padres ancianos, que se sentían demasiado viejos incluso para darme un beso en la frente, bendecirme e invocar a Yahveh para que me protegiese, señor director, y yo sabía que nunca más volvería a verlos, porque yo era su vida, y al irme a Estados Unidos, su única razón para soportar este sufrimiento en la tierra era saber que yo estaba a salvo, y una diminuta parte de ellos viviría conmigo en Estados Unidos antes de caer con una sonrisa bajo los caballos de los cosacos; conservé su fotografía amarillenta; luego, la travesía entre la porquería que llenaba la proa, en un barco de

ganado en el que nos transportaban como a ganado, y luego el terror de los funcionarios de Inmigración, que nos otorgarían o nos negarían el derecho de ser norteamericanos: la mujer que estaba a mi derecha, la de los ojos tracomatosos, no pasó, se quedó recluida en la isla, en América, aun sin estar jamás en América, y tuve que despedirme de ella, y al hacerlo despedí mi buena suerte de mi buena salud, mi juventud y mi fuerza. Y un muchacho de mi misma ciudad subió a la barca conmigo, detrás del viejo que no podía recordar el nombre que sus hijos le habían dicho que dijera, un nombre que los inspectores norteamericanos pudiesen pronunciar, y el pobre hombre aturdido decía lastimeramente en yiddish, lo he olvidado, *ich vergessin*, y bautizaron al anciano como si hubiese sido un recién nacido, Ike Fergusson, oh, podría contarle tantas historias... Pero aquel muchacho y yo fuimos directamente a sacar la licencia y sin más nos casamos, y al día siguiente salimos en busca de trabajo y comenzamos nuestra vida pendientes de un hilo, mi robusto y joven protector y yo, allá en nuestro cuarto de la pensión de la calle Stanton, una pareja, ni listos ni estúpidos, ni rubios ni morenos, ni bajos ni altos, ni feos ni hermosos, sino gente de trabajo, y luego mi pueblo se pasa miles de años arrastrando su sufrimiento por todo el mundo, buscando el paraíso en la tierra, íntegros en nuestra adoración de Yahveh, tratando de encontrar un hogar en la tierra, una tierra donde vivir en entendimiento, paz y humanidad, en alguna parte... Y le juro a usted, señor director, por los niños que han visto desde el suelo las herraduras de las monturas de los paganos cosacos y la sonrisa ebria de los burócratas zaristas, yo, que tuve que coser dieciséis horas al día por unos centavos, con mala luz y viviendo en un cuartucho, de una pensión inmunda, donde los niños se bañaban en el pilón de lavar la ropa y había ratas muertas flotando en el retrete común situado al final del largo y pestilente pasillo: se puede hacer. Y una cree que es posible enhebrar una vida en unión y armonía, centavo a centavo, sólo con que los diminutos músculos de los dedos claven la aguja de acero en la tela un millón de veces al día: se puede hacer. Y todo se puede soportar con esperanza: mi hijo mayor cruza la calle corriendo y es aplastado por un carro. Mis dos hermanas más jóvenes, a las que había traído a este país reuniendo centavo tras centavo, fueron exterminadas en el incendio del Triangle, ciento cincuenta personas murieron abrasadas en aquel taller donde se explotaba a los obreros. Y mi segundo hijo, Jacob, que quería que lo llamaran Jack y a quien le encantaba nadar en el East River, no logró sobrevivir a la terrible epidemia de gripe de 1918. Y así en este país quince años, veinte años, mi hombre y yo, y un día nos veo aseándonos para el Sabbath: somos mi madre y mi padre, y la vida, la terrible vida nos ha clavado en el suelo. Oh, señor director, sin embargo ha habido mucha dulzura también, y Dios se alza puro y resplandeciente sobre la calle Hester, con los buhoneros que venden a gritos el pescado para el Sabbath, y las carretillas donde llevan sus baratijas, y esos hombres que van en chaleco sucio y sombrero hongo, los trueques que hacen con sus voces musicales. Y pienso en los niños, cuando corren a la escuela y aprenden inglés y leen en la biblioteca con una sed intensa de saber. Y en

todas partes se dan conferencias y charlas de carácter intelectual, y yo, una mujer ignorante, incluso yo, comprendo el orgullo de los obreros corrientes cuando empiezan a reconocer ante sí mismos que sus sueños son para que los disfruten sus hijos. Pero, sin embargo, por las noches, o durante el día de descanso, buscan el perfeccionamiento de su intelecto, la satisfacción que proporciona el ejercicio mental, la comprensión del universo. Y aquel drama que nos hizo verter a todos tantas lágrimas sobre el paletto que llegó a Estados Unidos y tuvo que aprender lecciones muy duras, antes, bendito sea D. por enseñarnos esa lección, de reunirse con su papá y su mamá. Y un vaso de té junto a la ventana con el terrón de azúcar entre los dientes, y si escuchas, alguien estará entonando una canción en el callejón, bajo los tendederos de ropa. Pero lo que no puedo olvidar, señor director, es a la hija ingrata que se avergüenza de su madre y su padre, y abandona sus costumbres, y blasfema y profana el Sabbath para ser una norteamericana moderna; y en la calle se siente atraída por las ideas ateas como una mosca por el papel matamoscas. Y que te dice que hables inglés. Y que únicamente llora cuando su padre, mi esposo, cae por fin de rodillas como un caballo viejo al que ya no quedan fuerzas —*mamaneu*— bajo el fardo de telas, América, en la calle, de rodillas, bajo el fruto de su trabajo diario, cae de rodillas, y tose, y gotas de su sangre salpican la acera y alguien me llama: ¡Señora! ¡Señora!, su esposo se está muriendo, su amiga la tuberculosis, que son unos filamentos en los pulmones, y mi muchacho de mi misma ciudad, donde, la verdad sea dicha, nos casamos antes de cruzar la frontera para ponernos a salvo de nuestros padres, mi muchacho que nunca me ha levantado la mano y que descargaba todas sus penas en la sinagoga, en estos momentos tiene la edad de morir.

Y se muere. Y yo estoy sola en Estados Unidos, y sólo me queda una hija, Rachele, nacida en 1919, y el terror de mi vida aún está por comenzar...

Una mujer delgada, menuda, abatida, seca al tacto,  
abuelita me daba monedas y me llamaba buen chico  
mientras abría el broche de bronce esmaltado  
de un antiguo y aplastado monedero de cuero cuarteado  
y extraía un centavo con el pulgar y el índice

Ya estás metido en la escena. Buen tío, Daniel. Trataba de encontrar un modo de demostrarle sin ofenderla que era ella lo que me ofendía a mí, porque realmente olía mal, mi escuálida y loca abuelita, despedía el olor de las hierbas para el asma que quemaba como si fuera incienso dentro de una lata azul, en su habitación. Ese olor acre siempre la acompañaba, como una sombra hedionda —¡puaf!— que se hubiera adherido a sus dedos, a su monedero, a su vestido negro, a su ondulado cabello gris. Me cogía la mano y me hundía la moneda en ella, y entonces, mientras yo respiraba hondo y la cogía, ella se inclinaba hacia adelante, hasta quedar a mi altura, y luego me atraía por la nuca hacia ella para darme un beso seco en la frente. Daniel es un

buen chico, decía. Esto es por ser un buen chico. Yo pensaba que se refería al centavo, pero el beso era para ella... su recompensa por tener a un buen chico por nieto. Sin embargo, no pronunciaba esas palabras como si estuviera haciendo un juicio de valor, sino como si un buen chico fuese una categoría del ser, una rara especie de la naturaleza la cual ella gozaba del privilegio de tener, a su edad, viviendo en su misma casa. Mediaba una generación entre ambos, pero nunca hablamos de ello.

Mi abuela sufría ataques. Solía acusar a mi madre, su propia hija, de intentar envenenarla. Mi madre siempre tenía que probar la comida que ponía en la mesa antes de que la anciana la comiera. De esa manera se acostumbró a probarlo todo antes de dejarlo en la mesa, incluido el vaso de leche para mí. La abuela era la loca del barrio. Cuando iba a darle uno de aquellos ataques, se cubría la cabeza con un chal y se marchaba de casa. Bajaba con fuertes pisotones por la escalera del porche, juntando sus botines de cordones en cada escalón antes de bajar al siguiente. Y al llegar a la acera, antes de marcharse precipitadamente, se volvía y agitaba el puño hacia la casa y la maldecía en yiddish, invocando el cólera, los cosacos, el tifus y todos los horrores del ardiente infierno, y si alguien pasaba por la calle, lo maldecía también. Supongamos que el pequeño Daniel estuviese cuidando del cochecito de la hermanita: la abuela también lo maldecía, con los ojos encendidos, sin reconocerlo, y los cabellos de color gris despeinados, desgredados, cuyos ondulados mechones asomaban por debajo del chal, con una apariencia espantosa, como cables eléctricos. Luego se alejaba a toda prisa, mientras describía con ademanes dirigidos a la acera el alcance de su amargura. Daniel siempre se alegraba de ver que se marchaba. Lo que le preocupaba era que, media manzana más adelante, se volvía con el puño alzado para lanzar una última andanada de despedida, que se convertía en una maldición sumamente retórica, pero entonces se olvidaba de en qué dirección iba y regresaba a donde estaban él y la casa, y el cielo comenzaba de nuevo. Siempre estaba marchándose de casa. Al Claremont Park. O colina abajo hasta los paseos del Central. Con su vestido negro, mientras le contaba a todo el mundo los secretos de la familia loca. A veces sólo llegaba hasta la vuelta de la esquina para ver a su única amiga, la señora Bittelman, viuda también pero más joven que ella, de unos sesenta años, una mujer amable, rubicunda, la única persona que, así le parecía a Daniel, sentía simpatía por la abuela y tenía la paciencia de tomarse en serio el torrente de imprecaciones que brotaba de su boca; la única persona capaz de sentarse con ella, asentir solemnemente y suspirar de vez en cuando, hasta que a la abuela se le pasaba el ataque. Y entonces la acompañaba a casa. La señora Bittelman no sólo era amable, sino que poseía antecedentes impecables: su único hijo, Jerome, había muerto en la guerra. Su apartamento se encontraba en la planta baja del edificio de la esquina de la calle Ciento setenta y tres. Las persianas venecianas siempre estaban bajadas. En una de las ventanas había una de esas estrellas de prestación de servicios. Durante la guerra, una estrella azul en una ventana significaba que la familia tenía un soldado

sirviendo en el Ejército, en cualquier destino. Una estrella dorada significaba que al muchacho lo habían matado. La estrella de la señora Bittelman era de color azul, pero al muchacho lo habían matado. Nunca había tenido el valor de esclarecer el asunto. No era más que una anciana judía, aunque no tan vieja como mi abuela, y la desteñida estrella de color azul, clavada sobre un escudo de armas de tela blanca con borde rojo y borlas doradas, colgó de un palo fijado a su ventana durante muchos años después de terminada la guerra.

En ocasiones, la abuela se marchaba en otra dirección. Entonces, al cabo de unas horas sonaba el teléfono. O a veces un coche patrulla —¡un coche patrulla!— se detenía delante de casa, un coche de policía de color verde y blanco, y la abuela descendía con gran dignidad, desdeñando la ayuda que trataban de prestarle los polis. Acaba de detenerse un coche patrulla de color verde y blanco. Y aquí está la abuela quitándose furiosamente de encima las protectoras zarpas de los polis del Bronx, mientras pugna por apearse del coche.

#### DIVERSAS EXPLICACIONES

En mi existencia como Daniel, oí diversas explicaciones para justificar los saltos de la abuela dentro del pozo. Susan, a los quince años, con su moderno desapasionamiento a la universitaria:

—No conocí a la abuela, pero por lo que dices, sospecho que se debía a la menopausia.

Mi madre, durante un ataque particularmente grave: me he parado en el vano de la puerta para ver cómo mi padre sujeta a la anciana, que se debate con furia por escapar de la cama, con el fin de que el médico pueda aplicarle una inyección; pequeña y frágil, libra una tremenda batalla, y mi madre le grita desde los pies de la cama:

—¡Mamá, basta! ¡Basta de tonterías, basta, mamá!

Y luego, al verme tan pálido en el umbral de la puerta, mi madre me lleva a la planta baja y me explica por qué, a la edad de cinco, seis o los años que tenga, se me somete a esa clase de espectáculos... Es muy simple: la abuela enloquece cuando ya no puede soportar el tormento que ha sido su vida. El catálogo de mi madre de los infortunios de la anciana: el haber abandonado a los padres, cuya fotografía amarillenta aún conserva en su cómoda; la muerte de su primer hijo en la calle; la muerte de sus dos hermanas en el gran incendio; la muerte de su segundo hijo, víctima de la gripe; la muerte de su esposo, mi abuelo, que me habría amado si hubiese vivido.

—Lo que lo mató no fue la tuberculosis, lo que lo mató y mató a todos los demás fue la pobreza y la explotación; y lo que eso quiere decir es que eres pobre y estás obligado a permanecer pobre porque hay gente que engorda y se enriquece a costa de

tu trabajo. ¿Verdad que no es justo?

—No, mamá.

—Tu abuela fue una esclava toda su vida. Para terminar no teniendo nada.

No hagan caso de las repercusiones de esa observación. No hagan caso de las repercusiones. No hagan caso de ellas. No hagan caso... Mi padre creía que una vida entregada a la superstición no podía tener otro fin que la locura, porque la locura era la enfermedad de la fantasía, y la fantasía de Dios, o sea la superstición, era en sí misma una locura, una manifestación anormal a la vez que previsible de una existencia empobrecida. El problema más gigantesco al que se enfrentaron los bolcheviques, decía, fue la educación de los campesinos. A los campesinos rusos los habían mantenido sumidos en la ignorancia y el analfabetismo durante tantas generaciones, que no eran mucho más que animales. Dios era un instrumento del zar. Y la abuela creció, por supuesto, en el *shtetl* de una ciudad rusa de provincia; era judía, eso es verdad, pero también una campesina rusa. Mi padre siempre te ofrecía una respuesta más amplia de la que esperabas.

Y ahora, permítanme que consigne lo que mi propia abuela decía acerca de sus arrebatos. En ocasiones, después de morir, le gustaba visitarme y colocarme un centavo en la palma de la mano; luego me bendecía y me llamaba buen chico. Y una vez le pregunté por qué sentía esa necesidad de estallar de una manera que resultaba tan espantosa para los niños. Y la abuela me dijo:

—En un día cualquiera, es posible extraer alegría de tu propio ser y sentirte reconfortado con tan sólo ese alimento. En un cuartucho inmundo, con las ventanas rotas, aterida de frío y escuchando en las calles el martilleo de su propia opresión, es posible hacerlo. Y además hambrienta, con los dientes podridos, los años que te pesan como plomo en los huesos, y los ojos reventados a causa de todo el horror que has visto... a todo eso en conjunto y con la locura añadida de los hijos, lo llamo Dios. Y existe una liturgia tradicional que es adorable en sí misma, pero que al mismo tiempo te recuerda que otros seres nacidos y muertos también conocen esos sentimientos. Por eso me canto a mí misma en ese lenguaje. Y mis maldiciones expresan en realidad mi amor por todos aquellos a quienes maldigo, los amo porque su existencia está a merced de la vida y de Dios, y expresan también mi amor por el polvo en que se dejarán convertir por el hecho de haber nacido. Y mi complicidad en su creación, el que sean fruto de mi vientre, el hecho de que haya podido hacerles esa jugada, me enfurece. Soy incapaz de permanecer en su presencia debido al amor que siento por ellos, amor que ellos no comprenden, así como por el terrible temor que me inspiran sus blasfemias y su empeño en violentar todas profundas e intrincadas soldaduras del universo. ¿Empiezas a comprender? Estoy hablando de la única forma de éxtasis que les está permitido a las viejas. Se inicia con el temor a no poder respirar. Y ellos, al igual que tú, han heredado de mí ese exceso de pasión, esa plenitud resplandeciente de vida acumulada que siempre caracteriza a las víctimas. Lo que el mundo más detesta de nosotros es ese exceso de vida que poseemos. Somos ofensivos.

Apestanos a vida. Nuestros corazones le hacen el amor al mundo de una manera nada galante. Somos brutales con la vida, y nuestra brutalidad se llama sufrimiento. Cuando nos corremos, chillamos con la boca hundida en la almohada.

»Tú eres un buen chico, Daniel. Todo lo que quiero decir con eso es, quizá, que sientes compasión, y que por mucho que yo te asuste, o por muy mal que huelga a causa del asma, confías lo bastante en mí como para aceptar los centavos que te doy y dejar que te llame buen chico. O tal vez sea que descubro en ti la fuerza y la inocencia que nos reclamarán a todos después de la derrota. Eso nos exonerará de cómo hemos vivido y justificará nuestro sufrimiento.

—Eso es lo que más me asusta de todo, abuela.

—Tienes toda la jodida razón, Dan. Sólo recuerda, sin embargo, que esto de cargar a los hijos con la responsabilidad es una tradición familiar. Pero sólo la loca de tu abuela posee el don de convertirlo en un ritual. Un ritual es una transferencia artificial de conocimiento. Y los centavos son la suma del valor de la vida de tu abuela.

Un libro de medicina. Entre las blancas y lustrosas páginas se ven las fotografías de tres cuerpos femeninos. La menuda y marchita abuela con su cabeza de cabellos grises revueltos. Rochelle, fuerte, tetuda, robusta, de labios fruncidos. Y Susan, con sus frágiles gafas de abuela de montura de oro. Aparecen en la doble página desplegada una al lado de la otra, con las palmas de las manos ligeramente vueltas hacia afuera, los pies vueltos ligeramente hacia afuera, sin ocultar nada. Podrían estar de pie o acostadas. La abuela semeja la arrugada matriarca de una tribu aborigen. Rochelle tiene los pechos, pero Susan es más alta y femenina. Todas muestran su triángulo, pero por favor, desvía los ojos hacia arriba. Este es un libro de medicina. El significado de la ilustración reside en la fina y esquemática línea de flechas, de color rojo, que parte del pecho de la abuela y cruza el de tu mamá hasta el de tu hermana. Esa línea roja describe la evolución de la locura heredada a través del corazón.

requesón, tomates si son buenos, una hamburguesa de libra, algo pegajoso para postre.

En teoría, todo lo que ocurre está bien. Cualquier acto está bien puesto que sucede. ¿Es correcta esa teoría? Sólo si funciona. Me preocupan las imágenes. Las imágenes son el significado de las cosas. Consideremos la palabra imagen. Sugiere la blanda y tersa carne rielando en él aire, como la lisa superficie iridiscente de una burbuja. La imagen connota imágenes, siendo la propia multiplicidad una imagen. Las imágenes estallan con una ligera explosión, su destrucción es tan maravillosa como su misma existencia, son esencialmente instrumentos de tortura que explotan a través de la callosa capacidad del individuo para experimentar poderosas emociones

indiferenciadas preñadas de anhelos, de insatisfacción y de monumentalidad. No sirven para fin social alguno.

Tendrás que hablarle sin rodeos al profesor Sukenick. Cree que no has solicitado una beca de la Asociación Nacional de Educación porque te niegas, por principio, a firmar un juramento de lealtad. ¿Por qué hablar sin rodeos será una metáfora de la honestidad? No he solicitado la beca porque, aunque firmara cien juramentos de lealtad, no la conseguiría. Debería decirle quién soy. No es que haya tratado de ocultar esa información, sino que resulta difícil expresarla en el marco de una conversación trivial. Sukenick es un liberal que simpatiza con la juventud, muy agudo. Mi historia le intrigaría. Si le dijese que el gobierno me investiga un par de veces al año, no se lo creería. Mi segundo padre tampoco se lo cree. Por supuesto que no se trata de una misión que los agentes del FBI, aun los más inexpertos, encuentren emocionante. No obstante, mi expediente está actualizado. Vivo en constante y degradante relación con la sociedad que ha destruido a mi padre y a mi madre. Nunca seré movilizado. Si dejara el instituto hoy, en última instancia sería clasificado como 2-A, lo cual cubre cualquier situación no considerada de interés nacional. Escuche, profesor, yo podría quemar mi cartilla militar en la escalinata del Pentágono y no ocurriría nada. Nada de lo que yo haga tendrá ninguna consecuencia aparte de una anotación adicional en mi expediente. Mi expediente. Se me niega el derecho a oponerme a mi gobierno. Ya no les queda nada por descubrir acerca de mí. Nada de lo que yo haga lo considerarán provocador, subversivo ni insultante. Ningún miembro de la policía federal le dirá jamás a un colega: ¿Quién demonios es este tipo? Sea cual fuere el acto político o simbólico que realice a modo de protesta o de desobediencia, no me acarrearé daño alguno. Lo he comprobado. Es verdad. Me han despojado por completo del derecho de ser peligroso. Si pensara asesinar al presidente, se demostraría la criminalidad de mi familia, su criminalidad genética. No hay nada que yo pueda hacer, ni moderado ni extremo, que ellos no hayan previsto. Mientras tanto, lo único que tienen que hacer es asegurarse de que no establezca ninguna clase de compromiso con el gobierno de Estados Unidos, ni como beneficiario social ni como servidor público, por humilde que sea el empleo. No me darán dinero. No me obligarán a vestir uniforme. Ningún departamento de la Administración estará jamás relacionado conmigo en manera alguna que pueda hacerlo vulnerable al oportunismo de los congresistas.

Si, por otra parte, me convirtiese públicamente en el militante Daniel Isaacson, todas sus precauciones se verían justificadas. Y, probablemente, cualquier causa a la que me adscribiese sería fácilmente desacreditada.

El estado existencial definitivo es el de ciudadano. Todo hombre es enemigo de su propio país. **TODO HOMBRE ES ENEMIGO DE SU PROPIO PAÍS.** Cada país es el enemigo de sus propios ciudadanos. He aquí algunos lugares del mundo por los que no tengo que velar: Suiza, Finlandia, Bolivia, Uruguay, Suecia, República Popular China, Taiwán, Rusia Soviética, Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, Australia, Canadá,

todo el continente africano, todo el continente antártico, Japón, México, India, Pakistán, Vietnam, Birmania, Israel, Egipto, América del Sur, Cuba, Haití, Aukland, todos los sellos pequeños que aparecen en el álbum de sellos, el Puerto Libre de Shannon. Todos esos lugares no tienen relación conmigo, sino con mi país. Mi relación es con mi país. En la película *Senderos de gloria*, un regimiento francés se encuentra en las trincheras durante la Primera guerra mundial. Se le ordena atacar con fusiles y bayonetas una inexpugnable posición alemana llamada El Grano. Los soldados son físicamente incapaces de salir de las trincheras, porque eso supondría un suicidio en masa. En un ataque de furia, su general, desde la retaguardia, ordena a su propia artillería que dispare sobre ellos. La artillería falla. El general retira al regimiento de la primera línea y lo castiga por desobedecer órdenes superiores con la ejecución de tres de los soldados, que han sido elegidos tras echarlo a suerte. Sus propios camaradas integran el pelotón de fusilamiento. En la guerra, los soldados son aniquilados por sus propios comandantes. Es su gobierno quien les pone un fusil en las manos, los envía al frente y les dice que su misión consiste en sobrevivir. Todas las sociedades son sociedades armadas. Todos los ciudadanos son soldados. Todos los gobiernos están dispuestos a enviar a sus ciudadanos a la muerte en interés de su gobierno.

*Destripar y descuartizar.* Este método fue el que promovió el gobierno de la monarquía inglesa a la hora de ejecutar a sus súbditos a excepción de los aristócratas de más alta alcurnia, a quienes se concedía la dignidad de ser, sencillamente, decapitados. Para todos los demás, el método funcionaba así: el transgresor era colgado y, antes de que estuviese muerto, se cortaba la cuerda. A continuación se lo castraba y, tras destriparlo, se quemaban sus entrañas delante de sus propios ojos. Si el verdugo era compasivo, le arrancaba el corazón; pero en cualquier caso se ejecutaba el acto final del ritual: el cuerpo era cortado en cuatro partes, que luego se arrojaban a los perros. El delito habitual para esta clase de castigo era la traición, cuya definición era determinada por los tribunales del rey según lo que convenía al rey. En 1954, Robert Lewin aceptó un puesto como profesor agregado de Derecho en el Boston College, una institución de jesuitas de Newton, Massachusetts. Merced a un modesto anticipo, compró una vieja casa en la cercana Brookline, y junto con su esposa y los dos niños, Daniel, de catorce años, y Susan, de nueve, tomó posesión de ella una cálida tarde del mes de septiembre, un par de semanas antes de que comenzaran las clases. Era una casa de tres pisos, con paredes de estuco gris recubierta con adornos en marrón y techo de pizarra. Estaba situada en Winthrop Road, una tranquila avenida residencial que, junto con sus tiendas y raíles de tranvía, serpenteaba colina arriba desde la calle Beacon. Su recorrido sinuoso se extendía entre hileras de fachadas, de piedra rojiza, edificios de apartamentos y antiguas casonas que se alzaban muy juntas las unas de las otras en pequeños solares. El

mayor mérito de la nueva casa, en lo que concernía a los Lewin era que producía una renta suficiente como para pagar la hipoteca. Tras franquear la puerta principal, revestida con lumbreras de plástico, se entraba en un pequeño vestíbulo con dos puertas, dos buzones y dos timbres. Al igual que muchas de las casas del barrio, la del número 67 había sido construida para dos familias y proyectada como si sólo albergara una. Los Lewin ocupaban la planta baja y la mitad del primer piso. Sus inquilinos ocupaban la otra mitad del primer piso y todo el segundo. Cada apartamento tenía, pues, una planta baja y una alta, cada una de las cuales era el reflejo de la otra.

La casa para dos familias constituía un hecho raro en la rara existencia de los niños Lewin. Cada ruido producía su eco, cada imagen evocaba otra. El primer día que pasaron en la casa, antes de sacar nada de las cajas, la nueva familia se dedicó a explorar. Bajaron los ciento cuarenta y siete escalones de madera de Winthrop Path (siempre el mismo número, el mismo cada vez, lo cual era motivo de enorme satisfacción) entre las hileras de patios traseros de aquella colina en terraplén, donde las partes posteriores de las casas descansaban sobre pilotes, puesto que Brookline se alzaba en las colinas; y luego cogieron el tranvía en la calle Beacon hasta el centro de Boston. Allí, en sus exploraciones —pues todos ellos eran neoyorquinos—, toparon con los letreros que indicaban el Freedom Trail.

Es posible que el profesor de Derecho y su esposa lo afrontaran honradamente, sin rodeos. Es posible que hubieran decidido comenzar de inmediato a definir alternativas. Sin embargo, según el delincuente de la percepción que los vigilaba de cerca, no se adaptaron fácilmente a la presencia de los fantasmas que poblaban la vida de sus hijos. Esos fantasmas no eran ruidos extraños en el desván, ni neblinas que gemían en el jardín a medianoche. Esos fantasmas eran ironías. Esos fantasmas eran *lapsus linguae*. Eran los significados brutales que subyacían tras los comentarios más inocentes. Eran la necesidad de cada uno de permanecer sensible a sus propios gestos y palabras. Esos fantasmas se colgaban del paladar, revoloteaban en el cerebro como el miedo, se aposentaban en los músculos al igual que nervios.

Siéntate derecho, Daniel. Siempre estás inquieto. Esta particular observación de Lise en la mesa hizo que luego se acostara apretando un pañuelo blanco en el puño. Recreo una noche de hace una docena de años. Mi nueva madre está realmente contrariada. Mi nuevo padre, con su sempiterna pipa en los labios, sintoniza su sensible mente con el problema, mientras se pasa los dedos por los cabellos aún castaños, si bien ya bastante ralos de tanto pasarse los dedos para activar los pensamientos. Está sentado junto a la cama, sin prestar atención al llanto de su esposa. Medita a conciencia acerca del problema y llega a una conclusión que se asemeja a la traslación intelectual de los sentimientos que efectúan los niños.

Cariño, para ellos *nosotros* somos ironías, esta *casa* es irónica, si *llueve* es una ironía. Estás llorando por un estado existencial que es irrevocable. Por favor, vivamos tan normal e imperfectamente como vive toda la gente. Durmamos. Haremos lo que

podamos. Nos acostaremos por la noche y nos levantaremos por la mañana. Como hace el resto de la gente.

Todo lo que conservo de ellos es su vida presente. Por supuesto, era más complicado, pero la imagen que vuelve constantemente a mí es la de una joven pareja leyendo acerca de ese presente en los periódicos y dirigiéndose apresuradamente hacia el centro en el metro. Antes de eso, sé que Lise, junto con otros niños judíos, iba de un país a otro, delante de los nazis, de un sótano a otro, hasta que llegó a Inglaterra. Ignoro cómo llegó de Inglaterra a Estados Unidos. No sé quién se hizo cargo de ella. Conoció a Robert Lewin en un campamento de verano de New Jersey, donde ambos atendían las mesas. En otra imagen, Robert y Lise están de pie delante de un rabino; Robert viste el uniforme del Ejército. También aparecen unos primos lejanos. Una o dos tías ancianas. Ahora es demasiado tarde para averiguar quiénes son o de dónde proceden. Y tampoco tengo ánimos para hacerlo. Fue Ascher quien los eligió. Nos brindaron un buen hogar y nos proporcionaron ejemplos de vida sana y estable. Se lo hemos retribuido tratándolos de una manera tan poco cariñosa como los niños tratan a sus verdaderos padres. Son judíos liberales que viven cómodamente en un mundo cristiano. Su hogar refleja una idiosincrasia que es valiosa para mí. Los gustos de Lise en lo que al mobiliario se refiere son claramente anticuados, y se inclinan por los muebles de caoba al estilo centroeuropeo; su cocina es vienesa. Años atrás, Robert se acostumbró a trabajar en el comedor: tal vez porque no quería que el trabajo lo separara de su familia. Desde el comedor puede ver el salón a través del pasillo central. Y puede oír lo que ocurre en la cocina. De modo que ahí está en el comedor delante de una máquina de escribir y un manojito desparramado de libretas azules de exámenes, periódicos especializados en Derecho y cartas de todo tipo, y ya tiene la cena preparada, que será servida después de trasladar de la mesa al aparador todos los detritos de la profesión jurídica.

La víspera de aquel Día de Conmemoración de los Caídos de 1967, Daniel detuvo el coche delante del hogar de los Lewin en Winthrop y apagó el motor. Había dejado de llover. Las farolas de la calle se reflejaban en el pavimento mojado. La esposa de Daniel se apeó de inmediato, echó hacia adelante el respaldo del asiento y cogió al bebé en brazos. Luego se alejó en dirección a la calle Beacon.

La casa de los Lewin era un absurdo absoluto. Tenía ventanas voladizas de estilo Tudor en el segundo piso. No obstante, la reproducción de un pórtico griego con columnas de yeso enmarcaba la puerta de entrada. En la columna de la derecha, brillaba el número 67 en elevadas semiesferas de cristal reflectante. Daniel apagó las luces del coche.

La casa estaba a oscuras. Pensó que había llegado unos quince minutos antes que los Lewin, aunque si tenían que dejar a Duberstein en algún sitio tal vez se demorasen más. Daniel bajó del coche y estiró las piernas. La lluvia había refrescado el ambiente. El aire era fresco, y la brisa, húmeda y fría.

Daniel vio que el buzón que había al lado de la puerta estaba abarrotado de

correspondencia. Aquello daba la medida de lo distraídos que eran los Lewin. De qué otro modo se podría explicar que hubiese correspondencia en su buzón el Día de Conmemoración de los Caídos. Entre las cartas se hallaba un pequeño sobre de color azul dirigido a Daniel Isaacson Lewin. La letra era de una jovencita. El matasellos, de Cambridge.

Daniel volvió con la carta al coche. Era un joven dotado de una gracia natural, y una anciana que pasaba arrastrando las pantuflas detrás de su perro esquimal no pudo evitar hacer un comentario sobre la insolente gracia de aquel muchacho zanquilargo que leía una carta a la luz del faro del coche, con un pie en el pavimento mojado, y el otro apoyado en el parachoques. Le había enviado la carta allí. Una sensación de terror se apoderó de él. Cuando estuvo con ella había llegado a la conclusión de que no estaba loca sino inconsolable. Pero, en realidad, estaba loca.

He aquí el texto de la carta:

Querido Daniel:

He estado pensando en las últimas Navidades. Por supuesto que sigo adelante con mis planes, pero ésa no es la cuestión. Tú no podrías haber actuado de esa manera a menos que creyeras que los Isaacson son culpables. Eso es lo que no quise entender en aquel momento. Tú crees que son culpables. Eso es suficiente para quitarle el deseo de vivir a cualquiera.

Un día, Daniel, siguiendo a tus patéticos demonios, desaparecerás por tu propio agujero del culo. Con el fin de que mates el tiempo hasta entonces, te escribo en mi locura. Tú ya no existes.

S. I.

Puntualizaciones sobre la carta de Susan:

1. La dirección que aparece en el sobre, 67 Winthrop, indica que no tiene en cuenta que Daniel ha fijado su residencia en Nueva York ni, por deducción lógica, los últimos cinco años de su vida. Eso es deliberado pero no malicioso. Para Susan aún existen valores. Para Susan los valores deben preservarse. Todo lo que se refiere a la vida reciente de Daniel es irrelevante, salvo que confirma su pérdida para la causa. Lo curioso es, sin embargo, que ha recibido la carta en la dirección a la que fue enviada. Y sin ninguna demora en particular.

2. La Navidad a que se refiere era la Navidad anterior del invierno anterior, dentro de la fase anterior del mundo. En esa época, el movimiento por la paz aún no había llegado a su punto álgido. A las personas que se manifestaban se las llamaba palomas. La primavera anterior se había producido una importante marcha de las palomas hacia la sede de las Naciones Unidas. Martin Luther King aún vivía. Bobby Kennedy aún vivía. La izquierda estudiantil todavía no había llamado la atención de la revista *Time*. Newark, Detroit y Cleveland no arderían hasta el verano. La gran embestida contra el Pentágono no tendría lugar hasta el siguiente mes de octubre. Todo el mundo se dedicaba a definir el Poder Negro. ¿Se acuerdan? Aquél era un mundo inocente, con la tristeza simple de antaño. Los Beatles aún no eran políticos. Y Walt Disney acababa de fallecer. En el hogar de los Lewin en Winthrop Road, Lise tenía el rostro enrojecido de tanto vigilar el pavo que estaba asándose en el horno. Robert

servió demasiadas copas, entre los pequeños se produjo un altercado de cierta magnitud, y la Navidad, descaradamente celebrada en ese hogar judío como el Día de Hermandad de la Familia Norteamericana con el Hogar de los Niños, no fue alegre.

3. Los planes a que se refería constituían el motivo aparente de su amargura, pues el huérfano mayor, Daniel, no había acogido las palabras que se referían a ellos con el suficiente respeto. Quien presentó el proyecto para crear un Patronato de la Revolución fue el huérfano más pequeño, Susan, una estudiante de Radcliffe entusiasmada por el triunfo de la Resistencia Bostoniana, un grupo vagamente confederado de jóvenes de clase media que devolvían a Washington las cartillas militares y se manifestaban frente a las oficinas de reclutamiento con el fin de expresar su oposición a la guerra de Vietnam. A Daniel le fastidiaba que su hermana fuese tan brillante y temeraria cuando hablaba de sus manifestaciones más recientes, que la policía había disuelto a golpes de porra. Había participado llevando una pancarta que rezaba: «Las chicas dicen sí a los chicos que dicen no», y la derribaron, y un policía trató de golpearla en la entrepierna. Susan se desabrochó las mangas de la blusa y mostró las muñecas hinchadas y amoratadas. Phyllis soltó una exclamación. Daniel advirtió la mirada que intercambiaron los Lewin, que habían palidecido de aprensión. A Robert Lewin le sorprendía que no tuviese ningún hueso roto. Susan estaba radiante. Llevaba una blusa pasada de moda de cuello alto alechugado y mangas acampanadas; llevaba una falda oscura de terciopelo que le llegaba hasta la parte superior de unas botas altas con cordones. Era una muchacha atractiva y esbelta que vestía con prendas anticuadas que compraba en una tienda de ropa vieja; al parecer se trataba de la última moda. Con el cabello partido al medio, estirado sobre las orejas y recogido en la nuca, era Rosa Luxemburgo que miraba a Daniel a través de sus gafas de abuela con montura de oro, como si fuesen las puertas de otra ciudad, y sus ardientes ojos azules le golpeaban el corazón como el tañido de una campana. Ante esa situación, Daniel sintió que había hecho una pobre elección de vida. Sospechaba que los Lewin padecían ese sentimentalismo ante la acción radical al que los liberales son tan vulnerables: un respeto abstracto por la política peligrosa que ellos son incapaces de practicar. Soy injusto. Estaban disgustados por lo que Susan había hecho, del mismo modo que se quedaron desconcertados cuando, durante un tiempo, a ella le había dado por el ácido. Y tanto al abrazar aquella liberación como al abrazar ésta, Susan había demostrado, con el mismo idealismo, con la misma pasión, que era una muchacha sincera.

Susan rechazó las preocupaciones de sus padres. Les reprendió por su prudencia. Les soltó un sermón sobre la moral y las diferencias tácticas existentes entre aquellos que creían en la necesidad de ir a prisión y los que preferían huir a Canadá. Daniel se dedicó a beber en su copa. La fundación tenía que llevar el nombre de Paul y Rochelle Isaacson. El Patronato de la Revolución Paul y Rochelle Isaacson. El dinero provendría del fideicomiso cuando ellos pudiesen disponer de él. Ella ya estaba hablando con gente de Nueva York. El año siguiente, para sus respectivos

cumpleaños —cuando él cumpliera veinticinco, y ella, veintiuno—, entrarían en posesión del depósito que Ascher había puesto a su nombre doce años antes, y que su padrastro había administrado desde entonces con enorme habilidad. Lo dividirían en partes iguales. Susan sugirió que vería con buenos ojos que Daniel participase en la fundación, no sólo por el dinero que le correspondía, sino porque ello indicaría, por parte de los hijos de los Isaacson, un sentimiento familiar unánime, que asumían adecuadamente su legado. Que lo indicaría a quién, quiso saber Daniel. Vaya, pues al mundo entero, respondió Susan, enarcando las cejas con expresión de asombro. Daniel le pidió a Robert Lewin su opinión acerca de aquella idea. Robert Lewin dijo que Susan llevaba mucho tiempo pensando en ello y que le había preguntado si era técnicamente factible, y en efecto lo era. Daniel dijo que hacer sentadas delante de las oficinas de reclutamiento o ir a la cárcel por negarse a ser reclutado no era la idea que él tenía de cómo hacer la revolución. Susan asintió con la cabeza como si hubiese esperado oír aquel argumento. Ella misma consideraba que la resistencia era una fase previa, una etapa de la evolución política, y que otras cosas estaban ya en marcha, cosas nuevas comenzaban a producirse, y acaso él no mantenía los oídos atentos a lo que pasaba en Columbia, porque ella estaba segura de que Cambridge no tenía el monopolio de la dialéctica de la Nueva Izquierda. Ella misma sufría cambios a diario, y creía que en esos momentos la posición adecuada no era la de quedarse al margen y criticar, sino comprometerse y ayudar a crear.

—Lo que el movimiento precisa es dinero, Daniel. La fundación puede ejercer un fantástico efecto estabilizador. Puede ser realmente importante. Puede ser algo a partir de lo cual comiencen a suceder otras cosas.

—Susan, ¿cómo es que cada vez que me vienes con una idea o me pides que haga algo, en cierto modo ya has calculado que me quedaré al margen?

Ella bajó los ojos.

—Supongo, Daniel, que es así porque no se requiere gran cosa para que te quedes al margen.

—Mantengamos la discusión en un plano razonablemente elevado —terció Robert Lewin.

—Eso es lo que trato de hacer, papá —repuso Susan—, pero todo lo que yo digo resulta automáticamente sospechoso. ¿No es cierto, Daniel?

—No; es sólo que me entero de todo esto como si fuese un privilegio, cuando en realidad las decisiones ya han sido tomadas.

—¡Pero si aún no ha sucedido nada! Sólo estamos hablando.

—¿Quién está sólo hablando?

—Eres increíble. Ahora sólo estamos hablando tú y yo. Nosotros.

—No; has dicho que estuviste hablando con gente de Nueva York.

—¡Oh, claro que sí! Estoy hablando con un montón de gente. Hablo con cualquiera que quiera escucharme.

—¿Quién?

Susan volvió a abrocharse las mangas de la blusa.

—Olvídalo. Olvídate de lo que he dicho. Haz lo que te dé la gana. —Se dirigió a nuestro padre—. Me siento afligida, realmente me siento afligida. Estamos metidos en esta horrible guerra imperialista, estamos quemando gente, y el único problema es cómo y con quién hablo.

—No, te diré cuál es el problema. El problema es que si tú quieres dar tu dinero, ¿por qué no lo haces, sencillamente? ¿Por qué tienes que convertirlo en una causa familiar? ¿Por qué tienes que andar por ahí pregonándolo?

—Esa es una pregunta de derechas. No se trata de pregonarlo. El apellido Isaacson tiene un significado. Para esta generación, lo que les sucedió a los Isaacson es una lección. Pero supongo que tú no puedes entenderlo.

—Ahí está: el maldito don familiar para la autoobjetivación. ¿Habéis oído eso? ¡Llama a su madre y a su padre los Isaacson!

—Oídmeme, vosotros dos —dijo Robert Lewin—. Si no sois capaces de mantener una discusión civilizadamente, preferiría que no discutierais.

—No me avergüenzo de mi apellido. Estoy orgullosa de ser quien soy. No como tú. ¡Si pudieras darte cuenta de lo estúpida que es la vida que llevas!

—Es probable. Pero yo no creo que crear un patronato sea necesariamente una buena idea sólo porque lleve el apellido Isaacson. ¿Cómo funcionará? ¿Para quién? ¿Qué hará?

—¡POR QUÉ NO NOS DEJAS INTENTARLO Y VER QUÉ PASA! —Susan se había puesto en pie, con los puños cerrados a los costados del cuerpo—. Tú siempre sales con ese falso cinismo en el que te escudas para no hacer nada. Bueno, dime tú lo que hay que hacer. Dame una idea mejor de qué hacer con ese maldito dinero.

—Ese maldito dinero ha servido para pagar tu educación, las clases de esquí y los discos que te has comprado.

—¿Por qué no reconoces que, sencillamente, eres una rata egoísta?

—Yo no quiero la pasta, al contrario. Creo que deberíamos dársela a nuestros padres.

Robert Lewin intervino diciendo:

—Esa es la única alternativa que como tutor no aprobaré.

—Pues creo que deberías reconsiderarlo. Vosotros os lo merecéis por todo lo que habéis tenido que soportar.

—No te preocupes, Daniel. Olvídate del patronato. No le haces falta. Has alcanzado el desarrollo político de un retrasado mental. Vuelve a tu vida. Coge a esa vaca lechera que tienes y vete a casa.

—Si no termináis de una vez —intervino Lise—, no serviré la cena.

—Vuelve con tus libros, Daniel. Al mundo le hace falta un estudiante graduado más.

—Para justificar mi existencia no necesito ir por ahí y que me golpeen.

—No, te basta con hacerte una paja detrás de un libro.

—Esto tiene que terminar —dijo la madre—. Estáis amargándome la cena.

—Susan, no creo que estés llevando muy bien este asunto.

—¡Oh, sí, ya lo creo! ¡Ella es una revolucionaria! Conoce todas las respuestas. ¡Ha estado en las barricadas!

—¡Oh, diablos! —exclamó Susan, echándose a llorar—. Y tú sabes que te culpo a ti —dijo dirigiéndose a Robert Lewin—. Te culpo por lo mierda que es este hermano mío...

—Susan...

—Lo que quiero decir es: ¿por qué lo hicieron? ¿Por qué murieron? ¿Por este pedazo de mierda?

—Susan...

—Déjame en paz, papá. Tú consientes que se quede ahí sentado y que se burle de todo cuanto digo. ¡Mi madre y mi padre fueron asesinados... Y tú dejas que se quede ahí sentado y lo haga de nuevo!

*Tú ya no existes.* Esta maldición, pues ésa es su forma literaria, consta, de hecho, de dos etapas. La primera es una profecía del resultado final, la desaparición de Daniel por su propio ano, que es el único destino adecuado para su egocentrismo. Hasta que eso suceda, sin embargo, se requiere otro acto para expulsarlo de inmediato de la comunidad humana. Está «escrito» desde tiempo inmemorial. ¿Por qué en esta complicada construcción Daniel no está listo *ahora* para desaparecer por su propio ano? ¿Por qué no ha utilizado todas las oportunidades? Un día no es hoy. No obstante, debe ser purgado. Existen ciertos indicios que hacen suponer que esto resulta más fácil de decir que de hacer. Existe cierta evidencia de que ella se vio finalmente impulsada a extirparlo de su conciencia por el medio radical de extirparse su propia conciencia.

1947

Un acto de cierta importancia tenía lugar en la casa. No estaba del todo mal. Resultaba casi emocionante. Vestía su flamante camisa blanca y pajarita. Y sus pantalones nuevos. Le dijeron que no se ensuciara. Y nadie lo fastidiaba demasiado. Sobre la mesa de la cocina brillaba un fantástico tesoro compuesto de pasteles y dulces; un bizcocho, una torta de miel cubierta con nueces finamente cortadas, una tarta casera de varias capas cubierta de azúcar rosado. El bizcocho y la tarta de miel venían en moldes de papel con los bordes ligeramente tostados. Se quitaba el papel acanalado de la porción y luego, al terminar de comerla, se lamía el pastel que se había quedado pegado al papel. Había también cajas blancas de cartón con galletas de panadería: aquellas galletas que se desmenuzaban fácilmente, con el centro atravesado por trozos de chocolate o pegajosas cerezas al marrasquino, o alguna fruta verde confitada. Había cajas de dulces sin desenvolver; apiló aquellas cajas en hileras

detrás de los pasteles. Jugaba a hacer de tendero.

Sobre el fogón, en el que ardía una pequeña llama, había una cafetera de vidrio. Las tazas y los platillos se encontraban preparados en el mostrador. De vez en cuando, alguien, una mujer que traía con ella un hálito de la calle, entraba y le dedicaba una falsa sonrisa, para hacerse la graciosa, decía algo estúpido, se servía una taza de café y volvía con ella a la parte delantera de la casa.

A veces advertían la presencia de la lámpara votiva de cristal encima de la nevera y trataban de adoptar una expresión de tristeza. Las voces que llenaban la casa lo fastidiaban. Los parloteos llegaban a la cocina volando como pájaros. Sin embargo, tenía que reconocer que era emocionante. La emoción introducía la armonía en la casa a base de perturbarla. Al estar la casa abarrotada de gente y recorrida por un aire cargado de voces humanas, parecía asentarse con mayor firmeza en el suelo. Si, por ejemplo, hubiese estallado una tormenta, con tanta gente habría sido menos probable que el viento arrastrara la casa. Por mucho que silbase, se esforzara y maldijese, un huracán habría tenido mucho trabajo para llevarse a tanta gente. Aquellas personas mantenían la casa en el suelo como si fuesen piedras pesadas. Sin embargo, lo más probable es que un huracán no atacase la casa, porque no la habitaban tan sólo él y su familia, sino todas aquellas otras personas que nada tenían que ver con ello. Que nada tenían que ver con ello.

De vez en cuando entraba un hombre en la cocina y se servía un whisky de la botella abierta que se encontraba sobre el mostrador, rodeada de tres o cuatro vasos pequeños. Vertía el whisky en uno de los vasitos, engullía el licor y chasqueaba los labios o se tomaba un vaso de agua del grifo. A ninguno de los visitantes parecía importarle que el vaso hubiera sido usado o no. Los dejaban sin lavar, y volvían a utilizarlos de esa manera. Pero no se emborrachaban enseguida, lo cual era alentador. Bebían whisky y regresaban sobrios a la parte delantera de la casa, lo que constituía un alivio. De ese modo, el volátil olor acre se soportaba mejor. El aroma del café era agradable, así como el aroma que despedían los pasteles: cálido y cítrico. Al igual que las visitas, todos los olores eran nuevos, activos. Ello quería decir que, cuando alguien muere, no todo el mundo muere. Resultaba alentador saberlo. Sólo porque un conocido se muera no quiere decir que uno también tenga que morir. No quiere decir que te haya llegado el turno de morir en ese momento. Estaba agradecido por ello. Estaba contento. Se preguntaba si todas las risas y todas las charlas procedentes de la parte delantera de la casa significaban que todos los demás se sentían tan bien como él. Al abrir la puerta advertía que todos los que entraban tenían una expresión de tristeza en el rostro, pero al cabo de unos minutos de estar en el interior conversaban animadamente, charlaban y reían. Tal vez, sencillamente, se alegraban de que la abuela hubiese muerto. Porque la abuela había muerto en lugar de ellos. Porque quizás al morir había consumido temporalmente toda la muerte, de modo que por un largo tiempo nadie más moriría. O tal vez todos conversaban y reían, pero sólo simulaban que estaban contentos. Y únicamente trataban de levantarle el ánimo a su

madre. Para que no estuviese tan triste. Recorrió el pasillo hasta el salón para verla. Sentadas en torno a ella se hallaban señoras del barrio que charlaban alegremente, pero ella ocupaba un banquito de madera y estaba descalza. Eso lo dejó preocupado. No llevaba zapatos, y sus cabellos aparecían revueltos. Permanecía inclinada hacia adelante con los brazos cruzados sobre las rodillas, como si estuviese en el inodoro. Tenía la cara hinchada y abotargada alrededor de los ojos. Se quedó mirándola con tristeza. Ella lo vio, se incorporó y tendió los brazos hacia él.

—Aquí está mi felicidad —dijo, sonriendo a través de sus rasgos abotargados, desconocidos.

Daniel no quería que se fijase en él.

—¡Mirad qué muñeco! —exclamó una de las mujeres—. ¡Qué grande está!

—Es un buen chico —dijo su madre—. Es un chico muy bueno.

Lo sentó en su regazo, y al cogerlo en brazos, la falda se le subió por encima de las rodillas. Lo estrechó fuertemente contra su pecho.

—Bueno, algo es algo —comentó otra mujer—. Al menos conoció la bendición de los nietos.

—Los adoraba —dijo su madre con voz insólitamente dulce—. A pesar de todos sus problemas, siempre tenía tiempo de sonreír cuando Danny entraba en la habitación. Era su preferido. En realidad, nunca llegó a conocer a la pequeña, pero ¿Danny? Para ella, Danny era incapaz de cometer ninguna travesura. Estaba loca por él.

—Es más alto que mi Philip —dijo una de las mujeres.

Dejó de escuchar. Poco a poco fue liberándose del abrazo de su madre, hasta que consideró que podía escabullirse sin llamar su atención.

En el otro extremo del salón su padre conversaba con otros hombres. Llevaba la camisa arremangada, la corbata algo floja y el cuello desabrochado. Fumaba un cigarro y mientras hablaba lo agitaba con la mano en el aire. El sol de la tarde entraba por las ventanas; centelleaba en sus gafas. Cuando el humo del cigarro flotaba entre los rayos solares, se volvía de un color blanquiazul. Trató de seguir el rastro de una voluta de humo que se elevaba de la punta del cigarro, luego resplandecía con una brillante blancura azulada y seguidamente se volvía muy tenue, como si se desvaneciera mientras se elevaba y expandía por encima de los planos de la luz del sol.

—Me parece increíble —decía su padre— que el Congreso de Estados Unidos haya podido aprobar un proyecto de ley tan demencial. Es una locura, sencillamente. Si el Partido Comunista no lo suscribe, viola la ley. Si lo suscribe, concede estatuto legal a la figura de conspiración para derrocar a Estados Unidos. Mal si lo hace y mal si no lo hace. Sólo unos locos podían concebir una ley semejante. Sólo unos locos pueden esperar que perviva en los juzgados.

Su padre rió, con una especie de asombro simulado. Tenía el rostro sonrojado y los ojos muy brillantes. Parecía muy contento y animado.

Un individuo dijo:

—¡Pero, mi querido Isaacson, que eso te parezca increíble! ¿Acaso conservas todavía una pizca de respeto por el Congreso de Estados Unidos como para que estés tan asombrado? ¿Acaso esperabas otra cosa de esos imbéciles? La mitad de ellos son unos delincuentes, y la otra mitad unos usureros pequeño burgueses. Todos y cada uno de los miembros sureños del Congreso obtuvieron su escaño de manera ilegal, y en cada sesión su voto se dirige únicamente a consolidar su dominio dentro del Comité de Actividades Antinorteamericanas. ¿Qué es lo que encuentras tan increíble?

Su padre rió de nuevo. El hombre que hablaba ocupaba la butaca de respaldo alto con salientes a los lados, de modo, que si uno se echaba hacia atrás, no se le veía la cara desde el costado. Estaba sentado con los brazos y los pies cruzados. Daniel nunca lo había visto.

—El hecho es —prosiguió— que los políticos se dan perfecta cuenta de que el proyecto de ley Mundt-Nixon es inconstitucional. Además, saben que el Senado no lo someterá a votación hasta que termine el período legislativo. Lo que pretenden aprobar no es sólo una simple ley que convierta a los comunistas norteamericanos en proscritos; no están en condiciones de hacerlo... aún. Lo que intentan es paralizar e intimidar a las fuerzas progresistas de este país, para hacer retroceder el curso de la historia, lo cual, por supuesto, es inútil. Pero la situación empeorará antes de mejorar: las deportaciones, los procesos por desacato, las listas negras, los encarcelamientos... todo ello forma parte de la conspiración de Wall Street, es el reflejo del imperialismo capitalista en su intento de apuntalar sus cimientos carcomidos. Ese es el propósito fundamental de lo que llaman «guerra fría». Ese es el propósito fundamental de nuestra política exterior desde la muerte de Roosevelt. El capitalismo norteamericano concibe, correctamente, que sólo puede sobrevivir en oposición a la democracia socialista; ése es el verdadero significado de la Doctrina Truman. Por eso cercamos a nuestro aliado socialista, el cual ganó la guerra en el Este y evitó por tanto que el fascismo hundiera a Occidente... por eso cercamos sus fronteras con bases militares. Así tratamos a quien nos hizo un favor. Al no poder reconocer que estamos en deuda con él, buscamos la forma de odiarlo. Durante la guerra hicimos el amor con la Rusia soviética porque teníamos necesidad de ella. Ahora volvemos a darle calabazas y reanudamos la gran conspiración que no ha cesado desde los tiempos de la Revolución, cuando las tropas norteamericanas invadieron Siberia con la esperanza de restablecer la tiranía zarista.

—¿Una copa? —preguntó su padre—. ¿Una taza de café?

—Nada, gracias. Pero como veis, los aspectos de la guerra fría, que atañen a este país todo ese hostigamiento contrarrevolucionario, sencillamente causará el efecto opuesto a lo que ellos desean. Sólo servirá para unificar, fortalecer y ampliar el movimiento progresista en este país. Abrirá los ojos y hará madurar políticamente a todos los que, por otra parte, creyeron que el capitalismo imperialista es razonable y que existen otras respuestas más radicales que el marxismo-leninismo para la

transformación social de Estados Unidos.

—Qué bien habla —murmuró alguien detrás de Daniel.

Él no habría hecho semejante comentario. Aquel hombre no le gustaba. Se comportaba como un pedante. Debía de ser un pez gordo. Sin embargo, al mirar a su padre, Daniel comprendía que él sí habría coincidido con el comentario que habían hecho a sus espaldas. Mientras el individuo hablaba, su padre miraba orgullosamente alrededor, satisfecho de presentar a aquel hombre a los presentes en la sala. Chupaba continuamente el cigarro; sus ojos, agrandados por los cristales de las gafas, resplandecían. Tenía la cara sonrojada debajo de la oscura sombra de la barba. Aquel pedante le caía realmente simpático.

—Dime, Isaacson. Seguro que esto es algo que tú ya sabes.

—Sí, lo tengo presente. Por supuesto, comprendo cuáles son los hechos. Pero no puedo evitar alarmarme por la locura fascista de este país. Me preocupa, no puedo evitarlo. Cada vez que se manifiesta, me siento impresionado.

—Y te parece increíble... Aún eres joven, Isaacson. No has madurado lo suficiente. Tienes buen corazón, pero te engaña. Si no eres capaz de reconocerlas, las fuerzas de la reacción, así como su inevitabilidad dialéctica, se tornan doblemente peligrosas. Esperar cualquier clase de enseñanza por parte de ellos es un error terrible. De errores semejantes estaba compuesta la herejía de Browder. Uno se olvida de lo joven que eres.

Su padre se había ruborizado intensamente.

—Sólo parece viejo —dijo el doctor Mindish, el dentista, que siempre se creía gracioso.

Todos se echaron a reír.

Daniel salió de la casa. Se quedó en el angosto porche y se entretuvo jugando a que estaba en un barco. Él era el capitán, se hallaba en el puente de su velero —la casa era el navío— y se había desencadenado un fuerte temporal. Se aferraba a la barandilla del porche y entrecerraba los ojos, mientras se balanceaba lentamente bajo los embates de la tempestad. Creó los efectos sonoros, maravillosamente reales a sus oídos, de la rotura del palo mayor, que se astillaba y caía con estrépito sobre la cubierta entre una maraña de cuerdas y velas rasgadas.

Era domingo por la tarde y la calle estaba desierta. Bajó por los escalones del porche. Ya en el bordillo, pasó entre dos coches aparcados, miró en ambas direcciones y luego cruzó la calle hasta la valla del patio de la escuela. En aquel extremo, que lindaba con la avenida Weeks, había un desnivel de unos diez o doce metros desde la calle hasta el patio. El patio estaba construido en la colina que se elevaba desde la avenida Eastburn hasta la avenida Weeks. Tenía el largo de una manzana y el ancho de media. En el otro extremo, en la avenida Eastburn, el patio estaba al nivel de la calle. En una ocasión, mientras jugaba en el porche, había visto a una mujer que caminaba junto a la valla por aquel mismo lugar; se dirigía a su casa, situada más allá de la escuela. En los brazos llevaba dos bolsas con comestibles. En el

momento en que él levantó los ojos y la vio, un coche patinó, se subió a la acera y la aplastó contra la valla. La mujer desapareció. El frente del automóvil quedó hundido en la valla, mientras, las ruedas giraban en el aire. Llegó la policía y se reunió gran cantidad de gente, y cuando él cruzó la calle para ver qué había ocurrido, la mujer yacía en el patio de la escuela; las botellas de leche que llevaba en las bolsas se habían roto, y ahora la leche y los cristales se mezclaban con la sangre. La mujer estaba muerta, y la condujeron al extremo de la avenida Eastburn en una camilla, tapada con una sábana; por el costado de la camilla le colgaba un brazo, que se balanceaba como si aún estuviese con vida.

Su madre dijo que conocía a la hija de la mujer. Eso había ocurrido hacía mucho tiempo. Luego habían sacado el coche y lavado el patio con unas mangueras. Un policía montó guardia delante del agujero de la valla. Unos días después, llegaron y colocaron una sección nueva del cercado, que era incluso más brillante, más resplandeciente y plateada que el resto. Aunque no tanto como cuando la valla era nueva.

El patio estaba desierto. Por la mañana habían jugado un partido de *softball*, pero ahora, por la tarde, hacía tanto calor que nadie quería permanecer al sol. Una larga escalera de piedra iba desde el patio al edificio de la escuela. Por aquella entrada se atravesaba el jardín de infancia para llegar a las aulas del segundo grado. La escuela semejava un castillo. Era de color morado. Tenía hileras y más hileras de ventanas. Nunca había visto un edificio tan grande. Desde donde estaba podía ver su aula, la cual daba al patio. A veces, cuando estaba en clase aprovechaba los momentos en que el maestro no miraba, y se apoyaba en el radiador si no estaba caliente para darse impulso hasta la ventana y echar un vistazo a su casa.

Se volvió. En el porche, su padre y su madre estaban despidiendo al pez gordo. El individuo le estrechó la mano a su padre, saludó a su madre con un ligero toque al ala del sombrero y bajó por los escalones. Sus padres se guardaron observándolo hasta que dobló la esquina.

Se preguntó dónde viviría aquel hombre. Hablaba como su padre, pero no era amigo de su padre. Sus padres estaban hablando entre sí con palabras grandilocuentes. Por supuesto, comprendió que intercambiaban opiniones sobre cómo mejorar la situación de los obreros. Pero qué hacía la charla a todas las casas; a él le parecía que la charla tendría que ejercer algún efecto en las casas, pero nunca pasaba nada. Las casas permanecían incommovibles. Los edificios de apartamentos que se elevaban como escalones a lo largo de la calle Ciento setenta y tres, desde la avenida Eastburn a la Weeks. Las casas particulares de ladrillo rojo a lo largo de la avenida Eastburn. Las colinas llenas de casas en derredor. Sólo el patio de la escuela, como un gran pozo cuadrado, estaba desprovisto de casas.

Daniel esperaba que su madre y su padre repararan en él y lo llamasen. Su padre iba con la camisa arremangada, y su madre llevaba medias. Sin embargo, se volvieron y entraron en la casa, la mano del padre apoyada en el hombro de la madre.

Daniel escaló la valla tan alto como pudo, lo que no era mucho. Ni siquiera a un salto del suelo. Era una valla de tela metálica, cuyo tejido tenía un diseño en forma de rombos. Había que meter las puntas de los zapatos en los agujeros: él conocía la técnica perfectamente, pero aún no podía hacerlo. Colgado de la valla, volvió la cabeza para mirar al otro lado de la calle. Vivía en una casa extraña. Era la única casa en toda la calle que no se encontraba unida a ninguna otra. En un costado, se alzaba un edificio de apartamentos, y en el otro, una hilera de casas particulares. Todas las demás viviendas eran de ladrillo, pero la suya estaba recubierta por una capa de brea verde oscuro, con hendiduras en forma de rectángulo para simular ladrillos, pero que no engañaban a nadie.

Si uno lo golpeaba, saltaban pedazos que semejaban hojas de linóleo. En las esquinas de la casa la brea estaba completamente descascarillada.

Ello se debía a que el viento, al ascender por la colina, pasaba sobre el patio de la escuela y golpeaba directamente contra la casa; durante las tormentas, la parte interior de la pared que estaba junto a la puerta principal se humedecía de tal forma que a veces él se alarmaba. Allí el cielo no ofrecía protección alguna, pues era demasiado abierto. Se experimentaba una sensación de desamparo, de vulnerabilidad ante el cielo que te rodeaba por completo los hombros y la nuca.

Y si la casa no ofrecía protección, la situación resultaba verdaderamente aterradora. Salvo que ahora que la abuela había muerto sería mejor. Ya no lo cogería del cuello para darle un centavo. Ya no sufriría ataques ni maldeciría a nadie. No tenía que preguntarse si hoy lo iba a amar o a odiar. Ahora la niña tendría una habitación propia; y él tendría la suya para él solo. Se acabó aquella loca, vieja y agonizante abuela a quien vio desnuda el día en que falleció. Tenía la piel extremadamente blanca y los cabellos extendidos sobre la almohada, y no parecía una mujer vieja. Yacía desnuda en la cama mientras el médico la auscultaba. Sólo la vio por un segundo, al pasar por delante de la puerta de su habitación para dirigirse a su cuarto. Un destello de blancura.

Pensó en Williams. Cruzó la calle, rodeó la casa, y se adentró en el callejón que conducía a la puerta lateral del sótano en que vivía Williams. Se comportaba como un valiente, pero en realidad no creía que Williams se encontrase allí. Al abrir la puerta, se vio cegado por la oscuridad, y para cuando sus ojos al fin se acostumbraron y distinguieron a Williams, el superhombre ya lo había descubierto. Y con aquel vozarrón que era sinónimo de muerte y amenaza tan grave que sonaba como un canto, Williams preguntó:

—¿Qué quieres?

El sótano olía a ceniza, a polvo, a basura, y al veneno de color verde para ratones y cucarachas que había esparcido por los rincones. También flotaba el olor de Williams, que saturaba el sótano tanto como su propia humedad; era un olor que le aterraba, opresivo, quemante, que demostraba que Williams reinaba en el sótano, que aunque la familia de Daniel viviese en la casa, aquel sótano pertenecía a Williams.

Era el olor de su ira permanente.

Yo me sentía fascinado por todo lo que él hacía. Era capaz de arreglar cualquier cosa. No sabía si era viejo o joven. No podría decirlo. Era muy alto y fuerte, pero su ensortijado cabello era de color gris. A pesar de su robusta constitución caminaba despacio, con esfuerzo. Todo cuanto hacía era grandioso. Cuando traspalaba carbón... Lo recuerdo traspalando carbón. Debía de ser en verano. Debajo del mono no llevaba camisa. El camión carbonero, con sus ruedas provistas de cadenas, había retrocedido hasta el bordillo de la acera, frente a la casa; el conductor dejó el motor en marcha para poder inclinar la caja y luego se encaramó a la compuerta trasera del vehículo, donde quedó sentado a horcajadas mientras la caja se iba inclinando cada vez más peligrosamente. A continuación accionó una palanca y el carbón se precipitó con un ruido espantoso sobre la acera, donde Williams esperaba con la pala. Williams comenzó la tarea mientras el camión aún estaba allí, y siguió traspalando cuando ya hacía mucho rato que se había marchado: la gigantesca montaña de carbón fue disminuyendo de tamaño palada a palada, a medida que lo cargaba en una carretilla. Cuando la carretilla estaba llena, clavaba la pala en la pila de carbón y empujaba la carretilla por el callejón con su porte lento, tortuoso, de gigante. Y al cabo de unos minutos regresaba con la carretilla vacía y empuñaba nuevamente la pala. Estrepitoso y áspero: así era el ruido. La pala al raspar la acera, el silencio momentáneo mientras el carbón volaba por el aire y luego el repiqueteo del carbón al caer en la carretilla. Williams siempre traspalaba desde la base, una técnica sorprendente para un niño, quien también encontraba asombroso el hecho de que una llama pasara desde los restos de una vela hasta la punta de otra.

—Mi abuela ha muerto —dijo Daniel, de pie en el vano de la puerta.

Williams se levantó del jergón, y era tan increíblemente gigantesco que tuvo que agacharse ligeramente para evitar que su cabeza golpeará contra las tuberías que corrían a lo largo del techo. Avanzó hacia Daniel, el cual se puso tenso, dispuesto a salir corriendo. Pero Williams se limitó a coger dos cubos de basura vacíos que había junto a la puerta y llevarlos hasta las oscuras profundidades del sótano, donde se encontraba la carbonera. Luego regresó y cogió dos cubos más, que levantó por el borde como si no pesaran más que un vaso de papel. Cuando Williams alargaba la mano hacia los cubos de basura, éstos chocaban entre sí y producían un ruido atronador. En su cuarto, Daniel oía en ocasiones el estruendo que producían los cubos bajo sus pies, como si en el interior de la tierra se hubiese desencadenado una tormenta que fuese a socavar los cimientos de la casa. Ahora se tapó los oídos con las manos.

Williams dormía en un jergón sin sábanas. A los pies del catre tenía una caja de naranjas, encima de la cual se hallaba una vieja radio de madera, en forma de horquilla. Se la había regalado el padre de Daniel. Estaba conectada mediante un cable a un portalámparas que colgaba del techo. La luz estaba encendida. Williams guardaba su ropa dentro de la caja de naranjas, a excepción del traje, que colgaba de

una percha sujeta a una tubería. Daniel también vio una botella de whisky. A Williams le gustaba beber whisky y emborracharse. Mientras él, con las manos aún en los oídos, contemplaba la botella, Williams se introdujo en su campo de visión, se sentó en el catre y bebió un trago de la botella.

Williams fijó la vista en el suelo.

—Ese es un viaje del que ya no volverá —dijo—. Esta vez se ha marchado de verdad.

—Estaba loca —dijo Daniel con descaro.

Williams lo miró con sus ojos enrojecidos, feroces.

—No tan loca como otros.

Daniel comprendió que se refería a su madre y a su padre. Ahora podía oír los pasos, las voces apagadas de las visitas en el piso superior.

—Era una loca de Dios —dijo Williams—. Nadie tenía tanta fe como ella. Nadie. —Cogió una colilla que llevaba detrás de la oreja y la encendió con una cerilla de cocina que prendió con la uña del pulgar. Fue un gesto deliberado—. Tú no tienes ni idea de nada —añadió.

Mantecía la vista fija entre sus grandes pies, que tenía separados.

—No estaba tan loca como para no vivir más que yo —prosiguió—. ¿Recuerdas todas aquellas veces que se marchaba? En ocasiones sólo llegaba hasta esa puerta. —Williams señaló directamente a Daniel—. La buscaban por todas partes, y ella estaba ahí mismo, donde tú estás. —Se echó a reír, con una profunda carcajada intermitente que brincaba sobre sus largos silencios, saltando con lento compás de una nota a otra—. A veces se ponía a barrer alrededor de mí. Cogía una escoba y barría el suelo —explicó Williams—. Incluso a veces me traía té en un vaso.

Daniel podía imaginarlo: la abuela tomaba té en vaso. Para que nadie pudiese envenenarla, hervía el agua ella misma. El vaso, una antigua lámpara votiva de las muchas que había en la casa, reposaba en un platillo. Rompía un terrón de azúcar con los dedos (tenía unos dedos muy fuertes; él, en cambio, era incapaz de romper un azucarillo de aquella manera), se introducía la mitad en la boca y sorbía el té a través del azúcar. En ocasiones echaba gelatina al fondo del vaso y la revolvía. Mientras bebía el té caliente entrecerraba sus claros ojos azules. En esos momentos, si se daba cuenta de que él estaba observándola, lo miraba con la misma curiosidad, con una expresión astuta, aguda, circunspecta, que no era furibunda cuando se enojaba, ni enloquecida cuando amaba. Se limitaba a devolverle la mirada.

—Eres un completo estúpido —dijo Williams.

—No lo soy.

—Le tienes miedo a esa pobre anciana judía.

—No es cierto.

—Es la única que tenía clase en esta casa —dijo Williams, haciendo un gesto con la cabeza para indicar el techo—. Sí, señor. Creo que si hubiese dependido de ella, yo habría asistido al entierro.

—Pero está muerta.

—Ella habría llevado al súper a su entierro.

—Pero está muerta.

—¡Largo! —rugió de repente Williams, al tiempo que se levantaba del catre—. ¡Fuera de aquí!

Daniel salió corriendo, con el corazón en la boca. Saltó por el callejón, sintiendo que el resplandor del sol le hería los ojos. Miró hacia atrás para ver si Williams lo perseguía. Entró corriendo en la casa, sorteó a las personas que se encontraban en el salón y corrió escaleras arriba. Pasó por delante de la puerta de la habitación de su abuela. Se detuvo. La estancia no había sufrido cambio alguno. Una cama de caoba y el armario a juego. El arca de cedro, y la lata con las hierbas para el asma a medio quemar. Aún podía percibir el olor de su abuela. Abajo, en la cocina, flameaba una lámpara votiva igual que las que ella solía encender. Si su abuela estaba muerta, ¿por qué aún percibía su olor? ¿Por qué la llama continuaba encendida?

Corrió a su cuarto y cerró de un portazo.

La pequeña despertó y empezó a llorar.

Nunca habría podido darme cuenta de cuán oscuros éramos. Una familia pobre del Bronx, que pasaba demasiado calor en verano y demasiado frío en invierno. Yo creía que éramos grandes. Creía que éramos gente importante. Creía que el mundo realmente giraba en torno a mi familia. Teníamos ese modo de entender las cosas. No había nada que mi padre no pudiera explicar. Y aun cuando fuese algo grave, siempre sabíamos qué estaba ocurriendo. Vivíamos bajo una tremenda tensión, pero comencé a comprender que valía la pena. Ninguno de nosotros era modesto. Estábamos seguros de nuestra importancia. Para nosotros mismos éramos realmente importantes. Nuestras vidas eran importantes y lo que nos sucedía era importante. Las obligaciones y los pequeños planes cotidianos nos absorbían. Ir a la escuela. Trabajar. Hacer la compra. Asistir a las reuniones nocturnas, a las constantes reuniones. Todo era tremendamente importante. Y por eso, cuando se los llevaron, uno después del otro, y luego los vi en la televisión o vi una instantánea de sus rostros en el periódico, fue como si finalmente el mundo hubiese reconocido lo que yo siempre había sabido: que éramos gente importante. Era justo que lo reconocieran. Más que justo, era natural.

Sin embargo, me daba la impresión de que el sitio donde vivíamos era la esencia misma de la oscuridad. En los edificios de apartamentos del Bronx, las casas llenaban todas y cada una de las manzanas de la ciudad. Edificios de seis o siete plantas se extendían a lo largo de kilómetros y kilómetros de calles. Los chicos crecían en los portales, las escalinatas y los patios. Y en los sombríos vestíbulos con suelos de azulejos, tal vez con ascensor con puerta de bronce y un viejo sillón inglés de imitación. Así una manzana tras otra. Kilómetros de edificios de apartamentos, con

sus zaguanes saturados de olor a comida y su armada de cubos de basura anclada, junto al bordillo. Desde el tejado de nuestra casita de madera de la avenida Weeks, podía atisbar las casas de apartamentos en torno al patio de la escuela, el cual parecía un anfiteatro. Más allá de donde alcanzaba mi vista, sabía que había más colinas del Bronx, más edificios de apartamentos y, cada quince o veinte manzanas, el castillo de color morado de una escuela como la mía. Aquello suponía un alivio. Porque significaba que no éramos completamente vulnerables en aquella insólita casa de madera podrida, que se alzaba al pie del precipicio que formaba esa calle provista de patio de escuela. Éramos lo suficientemente diferentes como para no sufrir la oscuridad que empañaba la arquitectura del Bronx. Pero el hecho de que nos rodeara por todas partes significaba que nos protegía de cosas peores: tormentas, meteoritos, procesiones de hormigas, diluvios... nada en aquella parte del mundo era digno de semejante energía, de semejante destrucción. Yo lo tenía todo calculado. La gente del Bronx estaba acabada. Entonces, ¿qué sentido tenía tomarse el trabajo de destruirlos? ¿Para qué ocuparse de nosotros, que aunque vivíamos entre ellos teníamos las mejillas rosadas de vitalidad y un brillo vivido en la mirada? Mi madre iluminaba las fachadas de aquellas casas con su personalidad. Cuando pasábamos por delante de ellas, la repugnancia que le inspiraban hacía que se encendiesen. Al tiempo que me cogía la mano y empujaba el cochecito, apresuraba el paso ante las hacinadas tumbas que eran aquellas casas cuya visión soportaba con odio y temor: como si por el hecho de no caminar lo bastante rápido pudiésemos contagiarnos de la vida que reinaba dentro de ellas. Rochelle sentía una profunda aversión por el hombre vulgar. Su vida consistía en esforzarse por diferenciarse de sus vecinos. Quizá por eso vivíamos donde vivíamos. ¿Quién elige el hogar, la esposa o el marido? Nosotros no teníamos enfrente un edificio de apartamentos sino tan sólo el cielo que se extendía sobre el patio de la escuela. Los únicos vecinos eran los que teníamos a ambos lados de la casa y, además, aquella era una calle que, en principio, estaba a medio habitar, por lo que la mitad de los vecinos tenían enfrente lo mismo que nosotros y, por lo tanto, ni siquiera era necesario que los mirásemos a la cara. Yo conocía a algunos de ellos. Mis padres eran conocidos de todos y amigos de nadie. Quizá se debiese en parte a la vergüenza que nos hacía pasar la abuela con sus salidas a la calle a cualquier hora del día o de la noche, con sus cabellos desgreñados y sus maldiciones en yiddish, pero lo dudo. A Paul el espectáculo público no le preocupaba hasta ese punto, pues recuerdo cómo se reía en una ocasión en que la abuela pasó por delante de la tienda de la calle Ciento setenta y cuatro y lo amenazó con el puño a través del escaparate. Y eso a pesar de que se encontraba un cliente en la tienda. Además, en aquellos tiempos, recién terminada la guerra, la gente aún estaba familiarizada con la miseria perturbadora. Había más tipos raros por las calles que en la actualidad. Recuerdo a un tipo llamado Iggy que era macrocéfalo y caminaba bamboleándose; los otros chicos lo seguían y él avanzaba a tumbos mientras sonreía bajo el peso de su cabeza. Tenía fama de ser un genio de las matemáticas y nadie conocía su edad. Se decía que era

mayor de lo que parecía.

El hecho era que Paul y Rochelle no elegían a sus amigos de manera accidental. Las personas no se convertían en amigos por el mero hecho de ser vecinos. Mis padres sólo se relacionaban con personas interesantes. Esa era la frase de mi madre. Decir que una persona era interesante significaba demostrar respeto por ella. El dentista era interesante. El peletero. El taquillero del metro. El violinista. El maestro. El asistente social. Esas eran las personas interesantes. No estaban predestinadas por los ruinosos edificios de apartamentos donde vivían. No eran cautivos de sus sueldos miserables. No estaban condicionados para aceptar la esclavitud. Tenían la mente libre. Tenían ideas. Se reunían y discutían y contribuían con dinero a crear un futuro de ensueño. Juntos, como una bandada de pájaros de dulce trino, se veían hermosos los unos a los otros, se contoneaban los unos en torno a los otros, exhibían el plumaje de su especie, emitían los trinos característicos de esa raza particular de aves, que eran como la expresión de la sabiduría ritual de sus antepasados. Se daban calor los unos a los otros.

Oh, sí, Señor. Oh, sí, complaciente Señor.

Veamos, qué otras estupideces podemos decir a la manera de David Copperfield.

De modo que los miembros del Consejo Universitario del estado de Ohio tenían razón cuando en 1956 metieron en chirona a aquel profesor de lengua que recomendó *El guardián entre el centeno* a los estudiantes de primer año. Sabían que no existe diferencia cualitativa alguna entre el chaval que encuentra divertido tirarse un pedo en la capilla y el Che Guevara. Ya sabían entonces que Holden Caulfield acabaría por encontrar a los Estudiantes por una Sociedad Democrática.

Yo nací en Washington D. C., pero no recuerdo ningún hogar anterior al de la avenida Weeks, en el Bronx. Nos mudamos allí en 1945, cuando yo tenía cuatro años. O tal vez fuera en 1944, cuando tenía cinco. De la guerra recuerdo las latas que se aplastaban para las «campanas por la chatarra». La idea de que la grasa del beicon podía transformarse en balas. Un viejo con casco blanco que vigilaba por si se producían ataques aéreos. Los miembros de los batallones de construcción del Cuerpo de Ingenieros Civiles de la Armada de Estados Unidos. Recuerdo las gruesas flechas con las cañas curvadas que aparecían estampadas en los mapas de los periódicos y revistas. Recuerdo las Cuatro Libertades. Recuerdo el aspecto que tenían los cupones de racionamiento, así como los rótulos con una A, B o C en las ventanillas de los automóviles. Recuerdo: «En el 76 el cielo era de color rojo; las bombas estallaban por todas partes. El viejo rey Jorge no podía dormir en su lecho. En esa mañana tormentosa nació el viejo Tío Sam». Recuerdo al presidente Roosevelt mientras desfilaba por la Grand Concourse en un coche abierto; aunque el día estaba fresco, no llevaba sombrero, y me miró directamente a mí, en medio de la multitud, y nos saludamos con la mano. Recuerdo a los coros del Ejército Rojo cantando *Meadowland*, una hipnótica canción viril que imitaba el trote de los caballos. Recuerdo que observé la foto de los coros del Ejército Rojo en el álbum de 78 rpm,

los sonrientes soldados de voz grave de un aliado valeroso. Recuerdo los caballos venir desde la distancia, cada vez con mayor arrojito, en un crescendo de hermandad militante que conmovía mi corazón con su nobleza a medio galope. Me recuerdo parado junto al porche de nuestra casa de la avenida Weeks. Era una tarde calurosa y me había hecho un raspón en la rodilla tras caer en la acera. Mi madre salió a decirme que habían arrojado una bomba atómica sobre el Japón. Levanté la vista al firmamento que se extendía sobre el patio de la escuela, pero el cielo estaba claro. Agucé el oído para percibir el ruido de la bomba, pero el cielo permaneció en silencio.

## *Libro segundo*

### NOCHE DE HALLOWEEN

Julio-agosto de 1967. Yo procedía con mucha cautela con Phyllis. Vivíamos en estado de convalecencia, y al despertar cada mañana encontrábamos que nuestro matrimonio se había fortalecido, pero aún teníamos necesidad de abrazos, de besos y de hacer tiernamente el amor. Un período de retraimiento rubricado por conversaciones serias daba muestras de llegar a su fin. En esas conversaciones, ella buscaba una razón fundamental para perdonarme, y yo me mostraba dispuesto a ayudarle a encontrarla. Tratábamos de compartir la responsabilidad por mis acciones. Considerábamos que yo constituía nuestro mutuo problema. Era un sinvergüenza, íbamos juntos a Broadway a hacer las compras de la familia, y algunas noches particularmente calurosas la llevaba al cine, donde yo sostenía a Paul en mi regazo mientras él dormía y nosotros mirábamos la película. Los días de mucho calor, nuestro apartamento era un horno. Me gasté treinta dólares en un ventilador. Ocupábamos dos habitaciones en la calle Ciento quince, entre Broadway y Riverside Drive, junto al Hudson y su brisa, si bien nadie lo habría dicho si se asomaba a la ventana. Vivimos en la parte de atrás, y enfrente tenemos la parte posterior de otro edificio de apartamentos. Aquí no sopla una gota de brisa. Se puede oír a las ratas en las paredes. En esa época, Phyllis comenzó a soñar con mudarnos de Nueva York. Por la mañana me acompañaba a la biblioteca, colgada de mi brazo, mientras yo llevaba a Paul. Me dejaba en la puerta, cogía a Paul y se alejaba pensando alegremente en los progresos que durante el día haría en mi tesis, con la cual conseguiría el título que nos liberaría de Nueva York. Imaginaba una pequeña universidad del oeste, donde yo estaría encantado de poder enseñar y ella incluso podría matricularse como estudiante. No tendría nada que ver con Columbia. Nada de hollín en el césped. No quería desilusionarla. Tal vez ella pudiera inspirar mi tesis, incluso elaborarla, por el mero hecho de imaginarme allí, en la biblioteca. ¿Por qué no, si su imaginación era lo bastante desbordante?

Un día de otoño en que el viento soplaba a través de la valla de tela metálica que rodeaba el patio de la escuela y unas densas nubes de color gris se solapaban en su carrera sobre las terrazas de los edificios de apartamentos, Rochelle salió de compras con su hijo, Daniel, y su hijita, Susan. Daniel, de acuerdo con las instrucciones que había recibido, iba aferrado al cochecito blanco de mimbre que empujaba su madre. Era un viejo cochecito de verano, de ruedas sólidas y pequeñas, con guardabarros aerodinámicos semejantes a los protectores de las ruedas que llevaban los aviones de carreras de la década de los treinta, y una capota que podía plegarse para que entrara el sol. El propio Daniel había ido en él cuando era bebé. Ahora pertenecía a Susan. Rochelle le había tapado las piernecitas con una manta que luego le había ajustado a la altura de la barbilla. Daniel llevaba su impermeable y una gorra de cazador con las orejeras hacia abajo. Iban a la carnicería y luego a la lechería Daitch, y quizá se detuvieran por un momento en la tienda de su padre para saludarlo. Creo que esto ocurrió en 1949 o 1950. Yo debía de tener siete u ocho años. Susan, unos cuatro. De pronto, mientras bajábamos siguiendo la pared morada del castillo de una escuela, cruzábamos la avenida Eastburn hasta la calle Ciento setenta y cuatro y pasábamos

por delante de la zapatería, Rochelle se puso a caminar muy deprisa, de forma que dejó atrás la lechería Daitch, y Daniel tenía que correr para no soltar la mano del cochecito.

—¡Dios mío! —exclamó su madre—. ¡Dios mío, tenía que suceder!

En la avenida Morris el cochecito saltó del bordillo a la calzada, y Susan dejó escapar un grito de temor. Delante de ellos, en la mitad de la siguiente manzana, una multitud se congregaba frente a la tienda de Venta y reparación de radios Isaacson. Rochelle no tenía tiempo para delicadezas, de modo que levantó las ruedas delanteras del cochecito y las bajó bruscamente sobre la acera, adonde subió a continuación las traseras. Salvó corriendo la última mitad de la manzana en tanto los faldones del largo abrigo aleteaban en torno a sus piernas. Tenía que suceder. Era todo lo que decía. Daniel también corría, al tiempo que la gorra de cuero de cazador brincaba sobre su cabeza, de manera que la visera se fue así desplazando fastidiosamente hacia la oreja izquierda. Susan se sujetaba al cochecito con ambas manos; miraba fijamente al frente, le temblaba el labio superior y parecía a punto de soltar un potente grito de espanto.

En esa época, aquella calle, la Ciento setenta y cuatro, sufría el impacto de la apertura del supermercado. Se había inaugurado un A&P del tamaño de tres o cuatro tiendas normales; muy pronto seguiría la de un Safeway. Sin embargo, una mujer aún podía comprar la carne en la carnicería, la mantequilla y los huevos en la lechería, el pescado en la pescadería y el pan en la panadería. También, en esa época, pasaba por delante de las casas un carro descubierto, tirado por un caballo, con verduras y frutas exhibidas en sus correspondientes cajas de madera, mientras el verdulero pregonaba los precios, que había también escrito con lápices de colores en bolsas de papel marrón pegadas a tablillas entre las cajas; era una verdulería completa montada sobre ruedas de madera con llanta de acero, y provista de estantes dispuestos en ángulo con respecto al lecho del carro con el fin de que las clientes pudiesen ver la mercancía que estaba a la venta. El hombre enroscaba las riendas en la rueda del freno, obligaba al caballo a detenerse entre los coches y ponía la verdulería a disposición de su clientela habitual. Entonces llegaba el momento de enfrascarse en discusiones sobre la calidad de las frutas y verduras en relación con los precios, y de trepar constantemente al carro para pesar tantos kilos de esto o juntar tantos manojos de aquello, sometido al mandato de las clientes, al tiempo que intercambiaba con gran alegría ideas filosóficas de gran pesimismo. Cuando el verdulero, con su viejo caballo, pasaba ruidosamente por delante de mi casa, él sabía que era el último de su especie. Una década antes pasaban los afiladores de cuchillos y tijeras, los vendedores ambulantes con sus hatos a la espalda gritando: «¡Vendo ropa!», así como los vendedores de helados caseros, en verano, y los de boniatos calientes, en invierno, todos ellos reliquias de los fecundos mercados callejeros del Lower East Side, a comienzos de siglo. En un tiempo, el Bronx había sido una escapatoria. En 1900, uno dejaba el Lower East Side para mudarse al Bronx. Sólo que la historia se pone al día

de manera implacable. Y todos tus sueños secretos quedan expuestos de raíz a la luz. Es la historia, esa cerda, la que muerde los secretos del corazón.

A mí no me iba bien en la escuela aquel año. Estaba en tercero de básica. Me negaba a tener las manos cruzadas sobre el borde del pupitre. Iba al retrete sin levantar la mano. Charlaba cuando me venía en gana. Había ejercicios periódicos para el caso de que se produjese un ataque nuclear. Salíamos en formación a los pasillos desprovistos de ventanas, y nos poníamos en cuclillas junto a la pared, con la cabeza bien hundida entre las rodillas y los brazos en torno a éstas. Eso debía de ser en 1949. Todas las escuelas concedían mucha importancia a los simulacros de ataques aéreos. Los rusos habían hecho estallar una bomba atómica. Se decía que Truman era blando con el comunismo. Los chinos rojos habían echado a patadas a Chiang Kaichek. Los dirigentes comunistas norteamericanos estaban siendo juzgados por el cargo de conspiración para incitar y enseñar a los violentos la forma de derrocar al gobierno. En mi escuela se realizaban infinidad de simulacros de ataques aéreos. Las niñas preferían arrodillarse con la cabeza gacha y las manos unidas en la nuca. De esa manera, los niños, desde el otro lado del pasillo, no podían mirar por debajo de las faldas. Hacíamos simulacros ante un posible ataque con bombas atómicas. Mi padre me dijo que no me sentara con la cabeza sobre las rodillas, que no les hiciera el juego de creer que las bombas caían del cielo. Mi padre maldecía a todos los maestros que preparaban a sus alumnos para aceptar la inminencia de la guerra. A mí no me iba bien en la escuela ese año.

Pero otro aspecto y sobre el que tendré que trabajar se refiere a la sensación que experimentaba Daniel, a esa edad y con sus ropas holgadas, de no estar del todo sincronizado con el ritmo que marcaba el descontento-y-la-crisis, el descontento-y-la-crisis, a causa del cual, extrañamente, sus padres vivían en un estado simultáneo de miedo y esperanza, de derrota y victoria. De modo que aquella tarde otoñal y ventosa, mientras corre hacia la tienda de su padre y el gentío congregado delante de ella, tiene la suficiente serenidad como para comprender que no ocurre nada grave, que la multitud tiene una actitud pacífica, que no se ven policías ni ambulancias por ninguna parte. No existe tensión en la escena. Se trata de una ocasión de carácter social. Se trata del primer aparato de televisión que funciona en la calle Ciento setenta y cuatro, y está colocado allí, en el escaparate de Venta y reparación de radios Isaacson, una enorme consola de color marrón, que proyecta sus diminutas imágenes en movimiento ante la multitud curiosa.

Yo debería haber observado la cara que puso mi madre en el momento en que comprendió lo que ocurría. Pero me abría paso a empujones para poder echar un vistazo a Faye Emerson. Dudo que en su rostro apareciese una expresión de alivio. Dudo que sonriese ante lo absurdo de su mal presentimiento.

Mi padre salió de la tienda y se abrió paso entre el grupo de personas allí reunidas, y que no le prestaban atención mientras las apartaba a empujones. No llevaba abrigo, sino sólo la camisa con la camisa arremangada y el mandil de trabajo

con los bolsillos para las herramientas. Cogió a mi madre del brazo y juntos se alejaron unos pasos del gentío, sin que ella dejara de empujar el cochecito.

—¿Dónde has conseguido eso? —preguntó Rochelle.

—Lo tenía pedido. Escucha...

—¿Podremos llevarlo a casa? —pregunté.

—Espera un momento, Danny. Déjame hablar con tu madre. Han detenido a Mindish.

—¿Qué?

—Baja la voz. Esta mañana temprano, mientras estaba desayunando. Llegó el FBI y se lo llevaron al centro.

—¡Oh, Dios mío...!

—No digas nada a nadie. Atiende a tus cosas y deja que todo siga igual. Llegaré a la hora de cenar y entonces hablaremos.

—¿Cómo te has enterado?

—Me ha telefoneado su esposa. Fue una estupidez por su parte. No entiendo cómo funciona la cabeza de ciertas personas. Dijo que Mindish quería que yo lo supiera y que le encargó que me llamara.

—Oh, Pauly...

Primero miré la cara de mi madre, luego la de mi padre, siguiendo la corriente que fluía entre ambos, que imaginé como la luz azulada del televisor, un raro elemento de agobiante pesar y miedo enceguedor.

—¿Qué hizo? —pregunté a mi padre, mientras le tiraba del brazo.

—Tienes que conservar la calma y dominar tus emociones —le dijo mi padre a mi madre.

Ella fruncía el entrecejo y se mordía los nudillos. Mi padre cogió a Susan en brazos y jugó con ella por un instante, simulando que estaba contento.

—¿Cómo está mi amorcito? —le dijo a la niña, que tenía una expresión grave—. ¿Cómo está mi dulce hijita?

—¿Por qué lo han detenido?

—No lo sé, Danny. Creen que hizo algo. Si no detuvieran a la gente, no tendrían nada que hacer. Por lo tanto deciden que alguien hizo algo que no debería haber hecho y lo detienen.

—Y a ti, ¿van a detenerte también?

Mi padre esbozó una sonrisa forzada.

—No te preocupes.

—¿Qué pasará ahora? —murmura mi madre.

—Te he dicho todo lo que sé. Hazme un favor, Rochelle. Compra lo que te haga falta y vete a casa. Llegaré a la hora de siempre. No es más que la llegada del fascismo, de modo que no veo por qué tenemos que sorprendernos.

Yo relacionaba al doctor Mindish con el olor del yeso y del dentífrico: exhalaba un aroma acre y medicinal, como el sabor de una pastilla Lifesaver de regaliz. No era

desagradable. Sólo lo sentía cuando estaba en su consultorio. Cuando llevaba su chaqueta blanca almidonada y revolvía los cajones, delgados como un lápiz, llenos de instrumentos y brocas del torno, y cuando abría el chorro de agua que se arremolinaba dentro del tazón, y te embutía algodón en la boca, y apretaba el vientre contra tu brazo, e inclinaba su corpachón sobre tu cara, entonces no olía de aquella manera. En esas ocasiones olía a salami.

Yo odiaba a Mindish. Siempre me trataba con paternalismo. Era un hombre grande, corpulento, de ojos pequeños y acento extranjero, y siempre estuve seguro de que carecía de integridad. En las conversaciones se comportaba como un oportunista, nunca arrojaba una idea con el fin de desarrollarla, sino que siempre recogía los despojos y las sobras, como un lobo gordo, de vista aguda, pensaba yo, con la sonrisa burlona del lobo. Me fastidiaba que mis padres lo consideraran como un amigo. Era el dentista de la familia y cuando acudía a su consulta siempre me hacía daño. Lo envolvía una especie de erotismo vicioso. Siempre se fijaba en las tetas y el culo de Rochelle, y ella no parecía darse cuenta. Trataba invariablemente a Paul con un humor tosco más propio de una criatura grotesca; se burlaba, quizá movido por la envidia, de la inteligencia, la juventud o la energía de Paul. Mindish era mucho mayor que mis padres. Cuando lo detuvieron debía de tener más de cincuenta años.

A mí me alegró la noticia. Pensé que si los agentes del FBI tenían que arrestar a alguien porque de lo contrario estarían mano sobre mano, como decía mi padre, pues entonces habrían estado acertados al detener a Mindish. Me parecía que si yo hubiese tenido esa obligación que cumplir, también habría elegido a Mindish.

A la mañana siguiente, temprano, cuando me disponía a salir para la escuela, sonó el timbre de la puerta. Fui a abrir y me encontré con dos hombres que aguardaban en el porche. Iban pulcramente vestidos y no parecían ser del barrio. Tenían la cara delgada, bien afeitada, nariz pequeña y el cabello cortado al estilo militar. Llevaban el sombrero en la mano y vestían abrigos elegantes. Pensé que quizá pertenecieran a una de esas religiones cristianas que mandan a sus miembros de puerta en puerta para vender sus publicaciones religiosas.

—Hijo —dijo uno de ellos—, ¿están tu madre o tu padre en casa?

—Sí —respondí—. Los dos están en casa.

Mi madre no consintió que me demorara sólo porque el FBI se hubiera presentado en nuestra puerta. Ignoro qué sucedió en esa primera visita. Los agentes entraron y, cuando bajaba por los escalones astillados del porche de la entrada, me volví y vislumbré a Paul que salía de la cocina para recibirlos, mientras se cerraba la puerta. Mi madre sostenía la puerta y mi padre avanzaba en camiseta; parecía más delgado que los dos hombres que acababan de llegar.

Cuando el FBI llama a tu puerta y sólo quiere hacerte unas preguntas, no tienes que consentir que te interroguen. No tienes la obligación de hablar con ellos por el mero hecho de que quieran hablar contigo. No tienes la obligación de acompañarlos a sus oficinas. No tienes la obligación de hacer nada a menos que te arresten o recibas

una citación judicialmente. Pero el caso es que uno sólo se entera a fuerza de experiencia de los derechos que le otorga la ley.

—No saben lo que buscan —le dice Paul a Rochelle—. Es pura rutina. Si no les contestas, no tienen donde anclar sus mentiras. Son tipos torpes, previsibles.

—Tengo miedo —musita mi madre—. Los *polizei* no necesitan ser inteligentes.

—No te preocupes —la tranquiliza Paul—. Nada de lo que hemos dicho puede perjudicar a Mindish. —Se pasea arriba y abajo por la cocina, al tiempo que se golpea con el puño la palma de la mano—. No hemos cometido ningún delito. No tenemos nada que temer.

Resulta que todos los amigos de Mindish están siendo interrogados. Nadie sabe de qué se le acusa. No han emitido ningún comunicado por la radio, ni ha aparecido ningún artículo al respecto en el periódico. Sadie Mindish está histérica, al borde de un ataque de nervios. Han registrado su apartamento. Su hija no asiste a la escuela. Nadie sabe siquiera si tienen un abogado.

Al día siguiente, vuelven a presentarse los dos agentes del FBI, esta vez a primera hora de la tarde. Se sientan en el sofá de muelles vencidos de la sala de estar, con las rodillas juntas y el sombrero en las manos. Se muestran muy afables y amistosos. Tienen nombres extraños: Tom Davis y John Bradley. Mientras mi madre va a telefonar a mi padre, me miran y sonrían.

—¿En qué curso estás, jovencito?

No respondo. Nunca había visto a ningún agente del FBI de carne y hueso hasta entonces. Los observo, tratando de descubrir sus poderes sobrehumanos, pero nada me demuestra que los posean. No se ven tan guapos como en las películas ni tan feos como los pintan mis padres, que sienten asco de ellos. Escruto sus rostros en busca de algún indicio que me permita conocer su verdadero carácter. Pero sus rostros no revelan nada.

Cuando Paul llega a casa, está muy nervioso.

—Mi abogado me ha advertido que no tengo la obligación de hablar con ustedes si no quiero —declara—. Ayer se olvidaron de mencionar ese dato en particular.

—Bueno, es cierto, señor Isaacson, pero nosotros confiábamos en que usted desearía cooperar. Lo único que buscamos es información. No hay nada misterioso en ello. Teníamos entendido que usted era amigo del doctor Mindish. Como tal, puede estar en condiciones de ayudarlo.

—Con mucho gusto contestaré las preguntas pertinentes ante un tribunal.

—¿Niega usted ahora que lo conoce?

—Contestaré las preguntas pertinentes ante un tribunal.

Al cabo de unos minutos, los dos agentes se marchan y durante unos diez o quince minutos más permanecen en su coche, aparcado en doble fila delante de casa. Al parecer están tomando notas en una tablilla o en un bloc, no podría decirlo con exactitud. Ha oscurecido y han encendido la luz interior del vehículo. Me recuerdan a un policía de tráfico poniendo una multa por mal aparcamiento. Pero la impresión

que causan es de que se trata de un documento importante e irrevocable, y me da miedo. Una claridad tenue y grisácea tiñe el oscuro cielo que se extiende sobre el patio de la escuela. El viento arranca silbidos al pasar por las rendijas de la ventana.

—¡Danny! —grita Rochelle con tono tajante—. Sal de ahí.

Mi padre ocupa mi lugar detrás de las cortinas.

—Eso es humillante —dice—. Forma parte de su táctica. Tratan de intimidarnos. Pero somos demasiado listos para ellos. Hemos descubierto su juego. Por lo que a mí respecta pueden quedarse ahí toda la noche.

Al día siguiente, la situación empeora. A la hora del almuerzo, mi padre le dice a mi madre que está convencido de que han registrado la tienda. Cuando abrió la puerta por la mañana tuvo la sensación de que las cosas no estaban en el mismo lugar de siempre. No podía determinarlo con precisión. Tal vez las válvulas que estaban en el cubo de la basura. Tal vez las facturas de los clientes. Más bien era la impresión de que alguien había cambiado las cosas de sitio.

El almuerzo consiste en bocadillos de queso con pan de centeno y sopa de tomate enlatada. Mi padre no come. Permanece con el codo apoyado en la mesa y se sostiene la cabeza con la mano. Asiente, como si estuviese de acuerdo con algo que ha decidido.

—Eso es. Por eso vinieron aquí y te pidieron que me telefoneases para que viniera. Venir a la tienda les habría resultado igual de fácil, ¿verdad? Pero no. Querían asegurarse de que yo estuviera en casa cuando ellos fueran a registrar la tienda.

Mi madre lo duda. Dice que para ello les habría bastado con esperar hasta la noche. Entiendo que trata deliberadamente de restarle importancia al hecho. Sugiere que quizá mi padre está imaginando que han entrado a registrar la tienda. Cuanto más elevada es la presión, más tranquila parece ella. Su ataque de histeria ya ha pasado. Está preocupada por Paul. Inicia un proceso mental que durante los tres años siguientes dará como resultado una fortaleza que mucha gente encontrará repugnante.

—¿Ya has hecho el examen, Danny?

—Esta tarde.

—¿Ya sabes todas las palabras?

—Sí.

Pero tiene unas ojeras oscuras. Cuando regreso de la escuela, los agentes del FBI se hallan de nuevo en el coche, delante de casa. Mi madre está estirada en el sofá con un paño mojado sobre la frente. Lleva el antebrazo izquierdo vendado. Se ha hecho una quemadura tremenda mientras planchaba. Tengo la impresión de que los márgenes de nuestra existencia se están desmoronando. La casa está fría, y Williams ha subido del sótano a decir con su más profunda voz amenazadora que la caldera no funciona adecuadamente y que es necesario limpiarla. Se pondrá a hacerlo cuando pueda. Entiendo que con ello quiere decir que lo hará cuando no se sienta maltratado por la situación. Todos mis sentidos se encuentran en un estado de máxima

sensibilidad. Doy vueltas por toda la casa mientras observo las distintas luces del día. Sorbo el aire. Saboreo la comida que ingiero. Todos y cada uno de los momentos de mi vida de vigilia se intensifican y sé exactamente lo que sucede. Un gigantesco ojo mecánico, como el misterioso aparato negro que muestran en el planetario Hayden, con sus dos cabezas en forma de escafandra, remaches negros y patas de insecto, está dirigiendo lentamente su rayo planetario hacia nosotros. Y eso es lo que provoca tanto el cielo oscuro como el clima frío. Y cuando nos alcance, al igual que los reflectores de los campos de concentración nazis, se detendrá. Y quedaremos clavados al suelo, como la mujer que resultó aplastada contra la valla del patio de la escuela y cuya sangre se mezcló con la leche y las botellas rotas. Y la sangre nos dolerá como si estuviese saturada de vidrio molido. Y hará calor dentro del rayo y nuestra casa olerá a humo y empezará a tostarse por las esquinas, y estallará en llamas con una formidable implosión.

Y eso es exactamente lo que sucede.

Si tenían indicios contra ellos antes de que Mindish fuese acusado, ¿por qué no los detuvieron? Si los consideraban sospechosos antes de que Mindish hiciese su trato, ¿por qué les concedieron cuatro semanas para que escapasen, destruyeran pruebas o hicieran algo que pudiera perjudicarlos legalmente? La única respuesta reside en la estupidez o la ineptitud del FBI, y ésta es una respuesta razonable, pero no una buena respuesta.

*Ahumar.* En Japón, en el siglo XVI, detectaban a los cristianos obligando a todos los habitantes de una población a caminar sobre una imagen de Cristo que habían pintado en papel de arroz y extendido luego en el suelo. Quienes se negaban a pisar la cara de Cristo eran separados de inmediato de la procesión y colgados cabeza abajo sobre un fuego de azufre que ardía muy lentamente. Se trata de una de las formas de ejecución más dolorosas y lentas conocidas por la civilización: la víctima sufre una hemorragia en los ojos y su carne se va tostando poco a poco. La sangre hierve y el cerebro se asa en su propio jugo. La muerte sobreviene al cabo de dos semanas, sin que por un momento la víctima pierda el conocimiento.

Primero, la estrangulación del teléfono. Cada día hay menos llamadas. Luego sigue un período durante el cual el teléfono suena una o dos veces antes de enmudecer. O bien consigo levantar a tiempo el auricular, pero nadie responde. Por fin, el teléfono enmudece por completo. Es un objeto muerto. Mi padre decide efectuar las llamadas desde los teléfonos públicos de las pastelerías situadas en ambos extremos de la calle Ciento setenta y cuatro. Me divierte negociar con él por las monedas de cinco centavos que yo pueda tener. Necesita grandes cantidades de calderilla, y durante el día, en la escuela, me afano en cambiar las monedas de

veinticinco por las de menos valor. Me gusta serle útil en sus excursiones vespertinas a las cabinas telefónicas. No obtengo ningún beneficio, sencillamente quiero ser una ayuda para él. Cada vez se aleja más de casa, obligado a agotar las cabinas telefónicas del mismo modo que agota la calderilla.

Mientras tanto, los periódicos han estado informando de una cadena de detenciones en todo el mundo. Un científico inglés. Un ingeniero norteamericano. Media docena de inmigrantes en Canadá. Se han robado importantes secretos. El FBI se ha dedicado a encontrar a esas personas y a condenarlas en el mismo comunicado de prensa. Una reacción en cadena. Mi padre llega a casa, no sólo con el *Daily Worker*, el *Times* y el *Post*, sino con el *Telegram*, el *Tribune* y hasta el *News*, el *Mirror* y el *Journal-American*. Lo lee todo. Habla de «autos de fe», y veo la foto de un demagogo nazi, Otto Duffy, un europeo siniestro cuyas ideas fascistas están difundiéndose por todo Estados Unidos. Y no son sólo las detenciones de espías, sino también los juicios políticos como los que se entablan contra Foster y Dennis, y otros miembros del Partido. Es la difamación de los partidarios del New Deal, como Alger Hiss. Son las investigaciones del Comité de Actividades Antinorteamericanas de que son objeto los guionistas de Hollywood. Es la lista de las organizaciones subversivas que maneja el fiscal general. Mi padre describe la escena: nuestra casa está completamente rodeada por un ejército de locos.

Una noche lee en voz alta un artículo del *New York Times*, en el que se dice que virtualmente ha desaparecido de las universidades cualquier clase de debate político. El *Times* ha realizado una encuesta. Los profesores temen ser mal interpretados. En las universidades de todos los estados es necesario firmar un juramento de lealtad.

—¿Has oído, Rochelle? ¿Qué te dice eso? Ya sabes en qué terminará, Rochelle.

—¡Shhh, Pauly! Que despertarás a los niños.

Tenía miedo de dormirme. Sufría terribles pesadillas que no podía recordar; salvo que me despertaba de ellas aterrorizado y medio ahogado. Tenía miedo de que, si me dormía, la casa se incendiara o que mis padres se marcharan sin decírmelo. Por alguna razón, la segunda de esas posibilidades llegó a parecer la más probable. Acostado en la oscuridad, pensaba que no podía permitirme el lujo de dormirme, porque en cuanto lo hiciera mis padres me abandonarían con Susan y se irían a algún sitio del que nunca me habían hablado. A un lugar secreto. Es lo mismo que cuando los sorprendes follando, el mismo terror que sientes al verte excluido. Agitándose de un lado a otro, completamente fuera de control, ves a las personas que ejercen el control sobre ti. Quien te ha dicho que te ates los cordones de los zapatos y que te bebas el zumo, ahora gruñe, gime y suspira. Desde que arrestaron a Mindish todo me decía que nuestra existencia había alcanzado un estado permanente que respondía a las peores expectativas posibles. El mundo estaba ordenándose con arreglo a lo que esperaban mi madre y mi padre, como si se hubiera producido un alineamiento místico de fuerzas en el aire; de modo que, sin fricciones y en completa armonía física, todos los cuerpos y objetos estaban ocultando el único sentimiento en que

consistía su Pasión, el cual los alejaría de mí.

No se me ocurría que el sitio al que podían ir a parar fuese la cárcel. Lo imaginaba más bien como un estado armónico del ser. Poco a poco fui reconociendo el escenario de toda esta situación. Estaba en algún lugar cerca de Peekskill, donde Paul había sido apaleado. Pasó varios días tendido en el sofá de la sala de estar; le dolía la cabeza, tenía la boca hinchada y el brazo roto, y Rochelle lo cuidaba. Sus cuidados eran abnegados pero prácticos, como los de una enfermera del Ejército en un hospital de campaña. Estaba tan seriamente implicada en lo que mi padre había hecho como él mismo. No parecían advertir mi presencia. Comprendí que el universo, por fin, estaba en adecuada relación con el yo familiar.

OH PAULY, OH MI PAPÁ, ESTÁ BIEN, REALMENTE ESTÁ BIEN. PERO ¿POR QUÉ TUVISTE QUE DARLE LAS GAFAS A MINDISH?

Una mañana Daniel oyó que llamaban a la puerta. Se dio cuenta de la hora que era. Uno tiene que conocer la casa para hacerse una imagen de lo que ocurrió. La puerta principal estaba situada en el costado izquierdo del edificio, si se la mira desde dentro. Daba a un pasillo corto, en el lado derecho del cual se encontraba la entrada a la sala de estar. A mitad de camino de ese corto y oscuro pasillo partía la estrecha escalera que conducía a los dos dormitorios. Debajo de la escalera se guardaban el cochecito y los periódicos viejos. Un poco más allá se encontraba la puerta de la cocina, situada detrás de la sala de estar. Le estoy diciendo todo esto (¿a quién?), para que pueda registrar con toda claridad uno de los Grandes Momentos de la Izquierda Norteamericana. En este gran momento, la Izquierda Norteamericana se reduce artificiosamente a las mezquinas conspiraciones de una pareja llamada Paul y Rochelle Isaacson. Ambos duermen en la sala de estar, en un sofá plegable. Se lo compraron a la hermana mayor de Pauly, Frieda, cuando tras la muerte de su esposo se mudó a un apartamento más pequeño, mi tía Frieda, sobre cuyo labio superior brota un lunar con un pelo. El pasillo del frente tiene suelo de linóleo. En una mesita lateral, más allá del semicírculo que traza la puerta al abrirse, se encuentra el teléfono y el listín telefónico de Bronx.

Cuando Daniel abrió la puerta, allí estaban los dos agentes del FBI, Tom Davis y John Bradley. Detrás de ellos, en el otro lado de la calle, los cristales de la escarcha que se había depositado sobre las intersecciones de la valla de tela metálica del patio de la escuela, brillaban bajo el sol matinal como estrellas ante los ojos de Daniel.

—Hola, Danny. ¿Está tu papá en casa?

—¿Quién es, Daniel? —preguntó su madre desde la sala de estar.

—Son esos dos hombres —respondió Daniel.

Daniel y los agentes del FBI escucharon los ruidos que hacía la madre al despertar a su esposo. Daniel aún tenía la mano sobre el picaporte. Estaba preparado para cerrar la puerta en cuanto se lo ordenasen.

—¿Qué hora es? —preguntó su padre con voz ronca.

—¡Oh, Dios mío, son las seis y media! —exclamó mi madre.

Salió al pasillo mientras se ajustaba la bata. Su largo camisón era de algodón muy ligero, y por un segundo Daniel se alarmó, porque se le veían los pezones a través de la tela, hasta que se ajustó la bata y se anudó el cinturón. Daniel lanzó una mirada a los dos hombres para ver si los habían visto, pero sus rostros permanecían inexpresivos.

—Buenos días, señora Isaacson. ¿Podemos entrar?

Su madre se alisó el pelo con los dedos. Dirigió su atención a los dos hombres que aguardaban ante la puerta, quienes en cierto modo ya se habían convertido en personas conocidas. Habían adoptado una actitud afable, como dando a entender que todos debían ayudarse puesto que viajaban en el mismo barco. La idea que surgiría tras la exageradamente deformada mueca de sufrimiento que mostraban ante los maltratos verbales y la terquedad de mi padre, era que hubieran preferido no tener nada que ver con aquella desgraciada situación, pero puesto que les habían asignado la misión, tal vez un poco de amabilidad por ambas partes e incluso un toque de humor facilitase las cosas para todos los implicados. En una ocasión hasta se refirieron a la presión que ejercían sobre ellos sus «superiores».

—¿Quiénes son esos superiores? —había preguntado mi padre.

—Verá, Paul, se supone que somos nosotros quienes hacemos las preguntas.

—Eso significa que no obtienen de mí todo lo que desean —dijo mi padre, no sin cierto orgullo.

—Usted es un loco obstinado, en efecto —dijo uno de ellos—. Antes de que nos demos cuenta estará tratando de adoctrinarnos.

—Bueno, les diré una cosa. He contestado a las preguntas que me han formulado acerca de mí. Les he facilitado todos mis datos biográficos. Pero no he respondido a las preguntas que se refieren a otras personas.

—¿Se refiere al doctor Mindish?

—He dicho todo lo que quería decir. Pero ustedes despiertan mi curiosidad. Encuentro curioso que unas personas razonablemente inteligentes como ustedes hayan decidido convertirse en herramientas de la clase dirigente. Me gustaría saber qué les mueve a hacerlo. ¿Cuál es su motivación? ¿Qué les dicen a todos los pobres, enfermos y explotados individuos de este país para que ingresen en el FBI, el Federal Bureau de la Inquisición?

—Verá, lo que ocurre es que nosotros no vemos las cosas como las ven ustedes los comunistas, Paul.

O bien mi madre les indicó que podían entrar o bien ellos interpretaron su silencio como que les daba permiso. Sé que ella deseaba ansiosamente mantener el frío fuera. Cruzaron el umbral, y de inmediato se produjo una descarga eléctrica de vida en el exterior, puesto que detrás de ellos apareció otro agente, luego dos más, después otros, todos abrigados y con ropa bien confeccionada para soportar la cruda mañana otoñal, una docena de agentes del FBI en total, que traían a nuestra pequeña y destartalada casa todo el frío que se había acumulado sobre sus recios hombros

mientras permanecían a la intemperie. Entraron por la puerta principal como un alud de nieve.

—¿Qué significa esto? —gritó mi madre.

—¡Rochelle! —llamó mi padre.

Miré hacia afuera. A lo largo de la calle había cinco o seis automóviles aparcados en doble fila. Otro coche se acercaba en aquel momento. Dos agentes más del FBI permanecían apostados en la acera. Otro bajaba por el callejón en dirección al sótano. En mis oídos resonaba el crepitar de una radio policial.

Mientras mi padre, en pijama, se sentaba en el borde de la cama y bajaba los pies descalzos al suelo, le mostraron la orden de detención. Tanteó en busca de sus gafas. Le dijo a mi madre que de repente se sentía mareado, y ella le hizo inclinar la cabeza entre las rodillas hasta que se recuperó. Estaba furiosa.

—¿Qué están haciendo aquí estos hombres? —les preguntó a Bradley y Davis—. ¿Se creen que han atrapado a John Dillinger? ¿Qué están haciendo?

Unos agentes revisaban la librería, las colchas de las camas, el ropero de caoba. Otros subían por la escalera.

Mi madre sostenía a Susan en brazos, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Todos los muebles de la casa habían merecido, en algún momento de su vida, su máxima atención y cuidado. Había confeccionado personalmente todas las cortinas, había fregado y encerado cada centímetro del suelo. Aquella vieja barraca de madera, llena de goteras... Y los periodistas que siguieron el juicio nunca dijeron ni una sola palabra sobre la pobreza de los Isaacson, el estado ruinoso de su hogar, los muebles destartados procedentes de los desechos del Ejército de Salvación, los chapuceros trabajos de pintura y el empapelado con grandes manchas de humedad producidos por la lluvia que se filtraba a través de la puerta principal.

—¡Asesinos! —gritaba mi madre—. ¡Fanáticos! ¿Aún no nos habéis acosado bastante? ¿No podéis dejarnos en paz?

Parecía que no se daba cuenta de que acababan de detener a mi padre.

Corrí escaleras arriba. Dos de ellos estaban en mi habitación. Revisaban mi libro sobre los dinosaurios, el modelo de aeroplano que estaba montando y la caja de cigarros donde solía guardar mis canicas. Miraron debajo del colchón de mi catre, levantaron el linóleo del suelo, metieron la nariz en el armario y buscaron entre las sábanas y mantas que mi madre guardaba en su interior, las cuales desplegaron por completo y arrojaron luego al suelo. Cogieron la radio de galena que mi padre me había ayudado a montar, y en cuanto a la de mesa, un antiguo aparato Edison de metal en el que escuchaba mis programas favoritos, uno de ellos la desenchufó, arrolló el cable en torno a ella y se la metió bajo el brazo. En el cuarto de Susan, uno de los agentes le rajó el vientre al mono de trapo con un cortaplumas, metió los dedos en él y extrajo el relleno. En aquella habitación se hallaba el brillante arcón de mi abuela, cuyo contenido comenzaron a registrar: el retrato amarillento de sus padres, un *siddur*, dos almohadones, algunos de sus vestidos viejos, así como un mantel de

encaje con flecos. Las bolas de naftalina rebotaban en el suelo. En el fondo del arcón estaba la lata rectangular de color azul y cantos redondeados. Era la última lata de hierbas para el asma de la abuela. Uno de ellos la cogió, la abrió lentamente, la olió, volvió a colocar la tapa, envolvió la lata con su pañuelo y se la guardó en el bolsillo.

Daniel regresó corriendo a su habitación. Habían abierto la lata de color azul donde guardaba diversas monedas raras, las cuales aparecían esparcidas por el suelo.

La planta baja era un auténtico maremágnun. Platos rotos en la cocina. Los periódicos de debajo de la escalera tirados por todas partes. Uno de los agentes seleccionaba ejemplares del *Daily Worker*, así como números de otros diarios con noticias de ESPÍAS ATÓMICOS detenidos en Inglaterra, Canadá y New Jersey. Una fuerte corriente de aire atravesaba la casa, pues la puerta principal se hallaba abierta de par en par. Miré hacia fuera. Williams estaba en la acera. Llevaba el mono sobre una sudada camisa gris. Calzaba pantuflas. Miraba fijamente el callejón. Y bajo mis pies retumbaban los cubos de basura que guardaba en el sótano.

No sé cuánto tiempo duró todo aquello. En el otro lado de la calle, a lo largo de la valla del patio de la escuela, crecía el número de los chicos que no tenían interés en ir a clase. La gente se asomaba a las ventanas de los edificios de apartamentos de la calle Ciento setenta y tres. Un coche patrulla estaba atravesado en la intersección de cada extremo de la manzana. La radio del FBI producía un chisporroteo semejante a la hierba para el asma de la abuela. Los maestros observaban. Los agentes del FBI iban cargando todo aquel material valioso en los coches. Me quedé en la puerta para observar, y esto es lo que se llevaron: mi radio de galena y la radio para escuchar. Una pila de periódicos seleccionados. La póliza de seguro de mi padre, por cinco mil dólares, de la Internacional de Trabajadores. Una caja de herramientas. Los ejemplares de todo el año de *Las masas y la opinión predominante*. Y los libros siguientes: *Judíos sin dinero*, de Mike Gold; *El talón de acero*, de Jack London; *Estado y revolución*, de V. Lenin; *Gene Debs, la historia de un norteamericano luchador*, de Herbert Marais y William Cahn; *El precio de la victoria del mundo libre*, de Henry A. Wallace, vicepresidente de Estados Unidos; *La gran conspiración*, de Michael Sayers y Albert E. Kahn; *Quién es el dueño de Estados Unidos*, de James S. Allen (la portada muestra a un gordo capitalista con sombrero de copa y el signo del dólar dibujado en la panza, sentado delante de una fábrica encima de una bolsa enorme en la que aparece pintada la palabra «Beneficios»: ¡Oh, las caricaturas rojas! ¡Oh, Robert Minor, con tus atractivas diosas de la libertad violadas y sangrantes, y tus obreros de brazos de gigante, y las manos estrechadas de tus hermanos negros y blancos, y tus ejércitos de obreros en marcha contra los viles jefes capitalistas, yo te saludo! ¡Yo te saludo, creador de la historieta anticómic! En mi empeño por borrar esos trazos gruesos de carboncillo es como he introducido para siempre mi infancia en los poros de mi cerebro subversivo, oh, Robert Minor, oh, William Gropper, genios del dibujo a lápiz, herramientas de precisión de los sueños de la clase obrera, agitadores, forjadores de símbolos, vanguardia de la vanguardia

con vuestro indiscutible derecho a denunciar la afrenta pública) y *La historia del plan quinquenal*, de M. Ilin. Este último libro proviene de mi habitación. Se trata de una traducción de un texto escolar elemental para niños rusos. Mi padre me lo había regalado con la condición de que lo guardara en mi cuarto hasta que fuese lo bastante mayor para leerlo. Ya soy bastante mayor, pero no he logrado leer más allá del primer capítulo.

En la ribera de un caudaloso río, están rompiendo a pedazos los altos acantilados. Poderosas máquinas semejantes a monstruos prehistóricos trepan torpemente por los escalones de una escalinata gigantesca cavada en la ladera de la montaña [...] Un río aparece donde antes no había nada, un río de cien kilómetros de longitud [...] Un pantano se transforma de pronto en un vasto lago [...] En la estepa, donde antes sólo crecían el espolín y la alfalfa, la brisa mece miles de hectáreas de trigo [...] Los aviones vuelan sobre la taiga siberiana, donde en pequeñas cabañas vive gente de ojos rasgados que viste extraños ropajes confeccionados con pieles de animales [...] en la región de los calmucos, en medio de la estepa desnuda, surgen edificios de acero y hormigón al lado de las tiendas de fieltro de los nómadas [...] Mástiles de acero se levantan por todo el país: cada mástil tiene cuatro piernas y muchos brazos, y cada brazo sujeta cables metálicos [...] A través de esos cables circula una corriente, circula la fuerza y la energía de los ríos y cascadas, de las ciénagas de turba y los depósitos de carbón. Todo eso [...] se conoce como el Plan Quinquenal.

Daniel se detuvo en la entrada del salón. Todavía iba en pijama. El frío de la mañana se le había metido en el pecho. Le llenaba el pecho y la garganta. Le presionaba la parte posterior de los ojos. Estaba asustado por la manera en que se sentía. El frío colgaba de su corazón como carámbanos de hielo. Sus pequeños testículos estaban encerrados en hielo. Sus rodillas se movían a través del hielo. Temblaba y el hielo le corría por la columna vertebral. Su padre ya se había vestido: iba con su mejor traje, de lanilla gris, solapas anchas y hombreras cuadradas, que le caía al sesgo desde los hombros, encima de una ancha corbata de color verde bosque y una camisa blanca con el cuello doblado hacia arriba. Permanecía de pie mientras se abrochaba la chaqueta de dos botones con una mano, y tenía la cara, sin afeitarse, inclinada en la actitud de quien trata de recordar algo, como si ese algo estuviese en el suelo, con aquella tristeza, aquella terrible tristeza de intentar recordar, vestido de manera tan poco habitual con aquel traje demasiado holgado, con esos pantalones de pinzas cuyos bajos casi le cubrían las puntas de los zapatos marrones, y entonces su otra mano se levanta blandamente desde la muñeca, y a continuación el brazo, y a él no parece importarle, en tanto que el hombre que lo sujeta por las esposas levanta la mano para encenderle un cigarrillo, y la mano de mi padre la sigue a remolque cuando el agente ahueca la mano encima de la cerilla y enciende el cigarrillo, y la mano de mi padre queda colgando, después de desplazarse hasta donde había llegado la mano del otro.

Recuerdo que Susan lloraba.

—¿Por qué le hacen eso a papá? ¿Por qué le hacen eso a papá? —repetía una y otra vez—. ¿Por qué le hacen eso a papá?

Y que mi madre la acunaba, estrechándola con fuerza, y se balanceaba con ella en brazos, mientras susurraba:

—Shhh... Shhh...

Pero Susan estaba histérica, sollozaba y dejaba escapar grandes suspiros para luego tomar aire. Ninguno de nosotros tuvo nunca suficiente aire que respirar. Empecé a dar puntapiés a los del FBI en las espinillas y golpearlos en las ingles, y gritaba y pataleaba, y a los amenazaba con los puños. Sé que hice daño a un par de ellos. Pero me apartaron de un manotazo. Y cuando volví al ataque, me levantaron del suelo por las manos y los pies, mientras me retorció como una serpiente, y ¡Dejad en paz a mi papá! ¡Os mataré! ¡Os mataré! Me arrojaron detrás de la escalera, sobre la pila de periódicos. Sacaron a mi padre a empujones. Yo estaba arrodillado, enardecido por mis propias lágrimas, derritiéndome de rabia, y pude ver su rostro cuando por un breve instante se volvió y gritó por encima del hombro:

—¡Ascher!

Y luego todo quedó terriblemente silencioso. Y todos los coches se habían ido, y los curiosos se habían ido, y la puerta estaba cerrada, y miré a mi llorosa madre y cogí a la niña en brazos mientras ella marcaba un número de teléfono. Y me di cuenta de que mi padre se había ido de verdad.

*Los Isaacson fueron detenidos por conspirar con el propósito de entregar los secretos de la televisión a la Unión Soviética...*

Así entró Ascher en nuestras vidas, el primer Picapleitos. Ascher no era un abogado de izquierdas. Había desarrollado su vida profesional ejerciendo en el Bronx, principalmente en causas civiles. Era lo que mi tía Frieda denominaba un caballero judío. Ascher era la clase de abogado que calladamente maneja durante años todos los asuntos legales de su sinagoga sin recibir retribución alguna. Cuando lo vi por primera vez, tendría unos sesenta y tantos años, y los desmesurados rasgos de su rostro presentaban las señales de su enfisema. Tenía la boca ancha, y los ojos hundidos y levemente saltones. Cuando Ascher estaba presente, sentía el peso de mi dolor, porque, al igual que el médico, si estaba en nuestra casa era sólo porque existía algún problema. Pero no me resultaba antipático. Tenía unas manos enormes y la brusca condescendencia que mostraba hacia los niños no me parecía inapropiada ni ofensiva.

Ascher era un pilar fundamental del colegio de abogados del Bronx. No era brillante pero poseía unos conocimientos jurídicos sólidos, y su honor como hombre, como hombre religioso, era incuestionable. Se trataba de un abogado honrado y capaz de sacrificarse por sus clientes. Lo imagino en el Yom Kippur, de pie en la congregación, con su sombrero de fieltro en la cabeza y un *tallis* sobre los hombros. Ascher era capaz de llevar sombrero y *tallis* al mismo tiempo.

No fue el primero que eligieron mis padres. Mis padres no estaban acostumbrados

a tratar con abogados ni con contables ni con cajeros de banco. Creo que en esta ocasión, antes de dar con Ascher mi padre debe de haber llamado a media docena de abogados, siguiendo las recomendaciones de sus amigos. A los abogados no les entusiasmaba aceptar un caso en el que intervenía el FBI, ni siquiera a los de izquierdas. Cuando mi padre estaba tratando de encontrar un abogado en los intervalos que le dejaban las fastidiosas visitas del FBI, el caso se presentaba incierto, tal como cualquier letrado listo comprendería. Tal vez Ascher también lo comprendiese así. Sin lugar a dudas se dio cuenta de que aquellos eran malos tiempos para todo aquel a quien la justicia le echase el ojo encima por ser rojo, o «progresista», como los comunistas solían calificarse a sí mismos. Desde 1946 han sucedido multitud de cosas indecentes en este país. Instruía a Rochelle como si ella lo ignorase. Los demócratas, bajo el liderazgo de Harry Truman, competían con los republicanos en el Congreso para ver quién lograba ser más duro con la izquierda. La gente perdía el empleo y veía arruinada su carrera por cosas que había dicho o declaraciones que había refrendado quince años atrás. Las personas eran acusadas, investigadas y despedidas de sus empleos sin que conociesen los cargos ni supieran quién los había formulado. Dentro de su profesión, se los incluía en listas negras. El confesar públicamente que uno se había equivocado constituía una especie de rito nacional, al igual que en Rusia. Los testigos que delataban a amigos y conocidos merecían el elogio de los senadores. La nueva ética se basaba en la delación. Los ex-comunistas que daban testimonio acerca de los métodos del Partido y firmaban luego sus confesiones recibían grandes sumas de dinero. La medida de su éxito dependía de la magnitud de su pecado. Era la época de la Amenaza Roja. El temor de que los comunistas se apoderaran de la Asociación de Padres y Maestros y del Fondo de Beneficencia afectaba considerablemente a la existencia de la gente corriente de las ciudades corrientes. Todo el que supiese que alguien era comunista se sentía contaminado. Todo lo que pudiera relacionarse con el comunismo quedaba emponzoñado. En primer lugar, la gente que defendía sus libertades civiles. La primera, la quinta y la decimocuarta enmiendas a la Constitución. Pablo Picasso, porque había asistido al Congreso por la Paz Mundial organizado por los comunistas en París y pintaba palomas de la paz. Palomas. Paz. Existía una nueva ley para regular la inmigración y la deportación de los extranjeros, así como una ley para controlar las actividades de los ciudadanos norteamericanos en el exterior. Y había una nueva ley de seguridad interna que condenaba a los campos de concentración a quienes pudiesen ser sospechosos de cometer actos de espionaje. Había gente que no podía obtener el pasaporte, y gente que no podía conseguir empleo, y gente que estaba encarcelada por desacato a la autoridad, y gente que no podía encontrar a Mark Twain en las bibliotecas porque gustaba a los rusos y era un éxito editorial en aquel país.

Ascher dijo:

—Y los soviéticos, con sus bombas, no han contribuido a mejorar la situación. Ya

son tan peligrosos como nosotros. Eso es intolerable. Y ahora los comunistas chinos están dando el espectáculo. Eso también nos parece intolerable. No es éste un período del que nuestros historiadores puedan sentirse orgullosos de nosotros. Prima la idea de que alguien tiene que pagar por lo que nos parece intolerable. Si no eres Robert Taft, ve con cuidado.

Mi madre difícilmente podría encontrar consoladoras esas palabras. Ascher no se caracterizaba por su tacto. Le faltaba sensibilidad. Uno lo aceptaba como era, a causa de su integridad y porque no tenía más remedio. Ascher no era un político, y uno podía imaginárselo votando por alguien que le pareciese moralmente cabal, sin importarle que perteneciera a un partido o a otro. En todo caso, era conservador. Descubría en la justicia una codificación del sentido religioso de la existencia. Se decía que llevaba años trabajando en un libro inacabado, con el cual pretendía demostrar que el Antiguo Testamento había contribuido en gran medida a la jurisprudencia norteamericana. Para Ascher, la caza de brujas era una forma de paganismo. La irracionalidad era pecado. Llegó a nuestra fría casa y se sentó con el abrigo puesto y el sombrero echado hacia atrás, formuló unas cuantas preguntas, asintió con un gesto, suspiró y sacudió la cabeza. Para Ascher, el comunismo de mis padres era fácilmente disculpable porque resultaba patético y tempestuoso al mismo tiempo. Una de las numerosas personas que escribieron artículos sobre Paul y Rochelle, un crítico literario judío, dijo que eran tan torpes e hipócritas que en los últimos meses incluso recurrieron a su fe judía con el fin de ganarse las simpatías de la gente. Ese escritor no habría podido comprender a Ascher. Él era capaz de cobijar entre los grandes brazos de la santidad ética a un comunista ateo cuando éste se encarnaba en la persona de un judío tan fuera de lugar como mi padre, alguien que ignoraba por completo cómo funcionaba el auténtico mundo positivista de los hombres y el poder. Ascher comprendía que alguien pudiese abjurar de su herencia judía y hacer suyo el sueño perfeccionista del cielo en la tierra, y a pesar de ello, o quizás a causa de ello, aún considerarse judío.

#### LA EDUCACIÓN DE UN ABOGADO

Observaremos a ese individuo bien intencionado pero engréido mientras se dirige al centro de la ciudad en el metro, y recibe unas clases de Derecho a partir del modo en que lo administran los altamente motivados organismos procesales federales.

Después de que el FBI hubo registrado la tienda, mi madre la abrió con el fin de que los clientes pudiesen recuperar todos los aparatos que ya estaban reparados, y ella pudiera reunir todo el dinero que mi padre había ganado. Necesitábamos hasta el último dólar. No teníamos dinero suficiente para pagar el alquiler, y si bien Ascher

había dicho que no pensáramos en sus honorarios, ahora existía un nuevo e importante desembolso por el que preocuparnos, además de los gastos habituales.

Le llevé a mi madre la lata de color azul donde guardaba mis monedas y se las di: había unos ochenta centavos. Ella lloró y me estrechó entre sus brazos tal como yo sabía que haría. Quería verla llorar. Quería que me abrazara. Quería que experimentase el agudo dolor de ese instante que yo había planeado.

Muy pocas personas vinieron a la tienda. Las que lo hicieron, mantuvieron la cabeza gacha, como si temiesen que por mirar a mi madre a los ojos pudieran contraer su desgracia. De alguna manera me enteré de los comentarios que se hacían acerca de que Rochelle demostraba tener agallas al permanecer en la tienda con sus hijos, donde todo el mundo podía verla sumida en su vergüenza. Nadie quería acercarse a nosotros. En ese barrio judío, Paul Isaacson era un mal elemento para los judíos. ¿Acaso no había pronunciado McCarthy un discurso en el que describía la gran batalla entre el comunismo ateo internacional y la cristiandad? Nadie dudaba de a qué bando pertenecían los judíos según Joe McCarthy.

Mi madre estaba amargada a causa de la reacción del vecindario. Pensó en llamar a las personas que no habían retirado sus aparatos de radio, pero resolvió no hacerlo.

—Es como si viviéramos en un pueblo de campesinos —le comentó a Ascher—. El miedo, la ignorancia. Nadie, ni siquiera los pocos que simpatizan con nosotros, ha considerado la posibilidad de que mi esposo pueda ser inocente.

—Ni siquiera las personas instruidas —dijo Ascher—. Ese es el efecto que causa la acusación de un gran jurado federal. Anula la presunción de inocencia. Pero no se preocupe, un juzgado todavía es un juzgado, y es ahí donde se resolverá el caso. No en la calle Ciento setenta y cuatro, sino en los juzgados.

Mi padre había sido acusado, junto con Selig Mindish y otras personas anónimas, del delito de conspiración con el fin de violar la ley contra el espionaje que databa de 1917. La fianza se había fijado en cien mil dólares. Eso significaba que permanecería en la cárcel hasta que fuese juzgado, lo cual, según Ascher, ocurriría dentro de varios meses. Ascher había alegado que la fianza era excesiva, pero su alegación fue rechazada.

La guerra de Corea iba de mal en peor; los periódicos se enfrascaban en especulaciones sobre el daño físico que una bomba atómica podría causar en la ciudad de Nueva York. Centenares de miles de muertos; millones afectados por radiaciones letales; la mayor parte de las calles reducidas a escombros.

La tienda se cerró.

Aquí viene la escena en que Rochelle, sus dos hijos y Williams, el hombre de color que vive en el sótano, trasladan los repuestos, las herramientas, las cajas de válvulas, etcétera, del taller a la casa. Vaciar la tienda lleva varios días; es invierno y hace frío, y hay que caminar hasta la casa con toneladas de chatarra. Incluso Susan lleva

repuestos en sus manitas regordetas. Williams transporta el aparato de televisión sobre una mesilla de ruedas, con aquel andar lento y pesado: el hosco Williams, enfundado en su mono azul descolorido, empuja la televisión por la calle Ciento setenta y cuatro. A sus espaldas, la tienda está vacía. Los escaparates están vacíos. El dueño del local ha colocado un candado en la puerta, y un pintor, subido a lo alto de una escalera de mano, se apresura a cubrir con pintura blanca el letrero que reza Venta y reparación de radios Isaacson.

Nuestra existencia se contrae. La familia Isaacson sólo existe ahora dentro de los límites de su vida doméstica. Para sustituir a mi padre, un destornillador con mango de goma en el que he volcado mi afecto, junto con unas cajas rojas de válvulas que apilo como celdas en una estructura jerárquica, o como módulos de una ciudad nueva y espectacular. Además, un pesado micrófono en forma de rombo procedente de una auténtica emisora de radio. El aparato emite en una frecuencia secreta directamente hacia la celda de la cárcel donde se encuentra mi padre. Le doy instrucciones en voz baja acerca de lo que tiene que hacer cuando por la noche oiga el ulular de un búho frente a la ventana de su celda. Será nuestro equipo de rescate, que a va liberarlo. Le digo que esté preparado y que espere nuevas instrucciones. Roger, contesta por radio. Roger y fuera, respondo.

En los periódicos oigo su voz. Dice a los periodistas que el cargo que se le imputa es una locura. Tengo una foto en la que aparece esposado en Foley Square. No conoce al científico inglés, a los inmigrantes canadienses ni al ingeniero de New Jersey. A Mindish sólo lo conoce como amigo. Mientras nuestra vida se contrae, otra existencia, otra dimensión, expande su imagen y amplifica su voz. La foto que conservo de mi madre la muestra bajando por la escalera del porche de nuestra casa, al tiempo que levanta el brazo con el fin de ocultar su rostro ante la cámara. ¿O acaso su brazo está levantado en un gesto amenazador, tal como subraya el pie de la foto? Le dice a un periodista que su esposo es inocente y que el FBI se ha llevado objetos de su casa sin una orden de registro. El artículo describe su actitud como desafiante.

En esa nueva dimensión que ha adquirido nuestra vida, somos propagados en los titulares de los periódicos y los boletines informativos. A nuestras tropas se las captura y se les da muerte. Mi madre lee algo sobre una colina de Corea y me dice:

—Nosotros pagaremos los platos rotos.

Está pálida y tiene la cara muy delgada. Come muy poco. Mantiene la serenidad, pero en ocasiones me abraza sin motivo y me estrecha con fuerza entre sus brazos, o bien se queda observando el rostro de Susan, o se pone a peinarla, encontrando un extraordinario placer en la textura del cabello sedoso y oscuro, así como en la fragancia que exhala después de lavárselo. En ocasiones, siento que me observa como si tratara de descubrir cuánto tengo de mi padre y cuánto de Rochelle.

Durante un par de semanas, sólo Ascher y los periodistas se acercan a nuestra puerta. Luego, una tarde, llaman y resulta ser una de las personas interesantes, Ben Cohen, el amigo afable, siempre tan callado. Venía directamente de trabajar en el

metro, ese lugar subterráneo que le proporciona su empleo como facilitador de cambio y que además lo protege de la bomba atómica.

Su suspiro provoca el llanto de mi madre. Para controlarla, a Ben sólo se le ocurre darle una palmada en el hombro.

—No ha sido una buena idea venir aquí, Ben. No es sensato. Eres un tonto —le dice ella en agradecimiento.

Él frunce el ceño y sacude la cabeza. Toman una taza de té en la cocina. Ben se atusa el bigote con los dedos. Enciende la pipa. Cruza una de sus escuálidas piernas sobre la otra. Escucha a mi madre.

—¿Qué le impulsó a hacerlo? ¿Puedes decírmelo? Todos estos años... Si una no puede esperar una conducta civilizada, un poco de decencia por parte de sus amigos, ¿de quién puede esperarla? Lo pienso y lo pienso, y no logro comprenderlo. No puedo entender qué mueve a una persona a hacer algo tan terrible. Arruinar una familia, la vida de los niños.

Ben, mudo, sacude la cabeza.

—Y tampoco puedo perdonar a su esposa. Nunca nos hemos tenido mucho afecto Sadie Mindish y yo. Sólo Dios sabe qué han estado maquinando esos dos.

Ben Cohen dice:

—Quiero que le digas a vuestro abogado que estoy dispuesto a ayudar en todo lo que pueda. Declararé como testigo en vuestro favor. Lo que sea.

—Paul ya ha hablado de esto con Ascher. Le ha dejado bien claro que no quiere comprometer a nadie, que no quiere que ninguno de nuestros amigos se vea implicado en esto. Tal como está la situación, cualquiera que se relacione con nosotros se vuelve sospechoso. Dice que no podría soportar esa responsabilidad, que sería una carga demasiado pesada para él. Y también para mí, Ben. Con saber que te has ofrecido ya es suficiente.

Hay algo en su forma de comportarse, una actitud regia en medio de su sufrimiento, que no se me escapa. Quizá la forma en que mide las palabras le sirve para dominar sus emociones.

—Alguna ayuda financiera —sugiere Ben Cohen con su voz tranquila.

Mi madre se echa a llorar.

—¡Lo echo tanto de menos! Ascher dice que está bien. En sus cartas, él mismo dice que está bien. Pero ¿cómo puede estar bien una persona en la cárcel? Encerrado como un vulgar delincuente.

Ben es el primero de un reducido número de amigos que viene a visitarnos. Nate Silverstein, el peletero de voz ronca y rostro rubicundo. Henry Bergman, el violinista. No recuerdo quién más. Son muy pocos. De hecho, esas personas no sólo desafiaban al FBI, sino a los propios jefes del comité local del Partido Comunista. Sé que, antes de que hubieran transcurrido veinticuatro horas desde que arrestaran a mi padre, tanto él como mi madre fueron dados de baja del Partido. Se borraron sus nombres de la lista de afiliados. El Partido no quería mantener ningún vínculo con alguien

acusado de espionaje. Rápida y silenciosamente fueron borrados de la existencia.

Pero de las personas que vinieron, ninguna se fue sin antes haber dejado unos dólares, un pastel, una libra de galletas o una caja de caramelos de la casa Krum, la que está cerca de Fordham Road. Susan me dijo:

—¿Ha muerto mi papá? Me siento como si hubiese muerto. Es como cuando murió la abuela y venía la gente. Es como si estuviésemos de *shivah* por mi papá.

Pregunté a mi madre qué iba a suceder. Respondió que tendría lugar un juicio para determinar si mi padre era culpable. «Tu papá», fue lo que dijo.

—El juicio determinará si tu papá es culpable.

—¿Culpable de qué?

—Culpable de ser espía, de revelar secretos. Pero, en realidad, culpable por desear un nuevo mundo socialista en el que no falte de nada.

Yo sabía que era culpable de eso, y me eché a llorar.

—¿Qué le sucederá? ¿Qué le sucederá a mi padre? ¿Qué le harán? ¿Lo matarán? ¿Estará ya muerto?

—Vamos, Daniel. Ven aquí. Ven aquí. Siempre me olvido de que eres muy jovencito. ¿No es curioso? Deja que te abrace. Deja que abrace a mi Danny. Es un muchacho muy valiente, pero siempre me olvido de que no es tan grande. Cuida muy bien de su hermanita, pero siempre me olvido de que él también es un bebé.

—No soy un bebé.

—Es mi bebé.

Le rocé la mejilla con los labios.

—Y luego vendrán a por ti —sollocé.

—No, no, cariño.

—El doctor Mindish también te matará a ti.

—No temas al doctor Mindish. Compadécete de él. No temas a los Mindish de este mundo. Ten compasión de ellos. —Se separó de mí. Cambió de humor—. Nadie puede hacerles más daño del que se hacen a sí mismos. No pueden herir a nadie más de lo que se hieren a sí mismos. La traición de ese hombre lo perseguirá mientras viva. Su traición perseguirá a sus propios hijos. Mindish vivirá eternamente en el infierno por el terrible acto que ha cometido. Él mismo se ha exiliado de la comunidad de los hombres.

Yo no podía dominar los sollozos.

—Deja de llorar, Daniel. No llores. Nadie puede hacernos daño. Levanta la cabeza. Echa los hombros hacia atrás. No tengas miedo. Nadie te quitará a tu padre. Nadie podrá separarnos de nuestros bebés.

Rochelle trataba de preservar los restos de la rutina cotidiana. Todas las mañanas me enviaba a la escuela. Yo detestaba ir. Tenía la impresión de que si no estaba en casa, el FBI la secuestraría. La sola idea de que regresasen me aterraba. Volvía corriendo a casa para almorzar y volvía corriendo cuando llegaban las tres de la tarde.

Nunca se lo dije, pero las cosas en la escuela distaban de ser normales. Un día, el

director vino a nuestra aula y se acercó al escritorio de la maestra para hablar con ella sin que nadie pudiese oírlo. Una vez que se hubo marchado, la maestra me pidió que la acompañase por un momento a otra aula. Estaba vacía, y allí permanecí el resto de la jornada. El día siguiente lo pasé en la biblioteca: toda la mañana y toda la tarde. Al otro día, cuando por fin me dejaron reintegrarme a la clase, me mandaron que me sentara en el primer asiento de la fila que estaba junto a la ventana. Me extrañó el cambio. Comprendí que el nuevo lugar me situaba cerca del menor número de niños posible. No me importó demasiado. De hecho, el lugar no estaba tan mal, porque de vez en cuando podía apoyarme en el radiador para echar un vistazo a mi casa y ver si había alguna novedad. La maestra me dirigía sonrisas falsas y me trataba con excesiva cortesía. Como si temiese que fuera a estallar. Me dejaba mirar por la ventana tantas veces como quisiera. Su incapacidad para tratarme como siempre hacía que me sintiese muy solo. Al intentar actuar como si no pasara nada, transmitía la falsedad de la situación a toda la clase. Todos los niños lo percibían. Lo notaban cuando ella me elogiaba en exceso, como si yo estuviese en el parvulario, o cuando respondía a alguna de sus preguntas de mierda. Ellos querían hablar de mi padre, pero la maestra no lo permitía.

—¿El padre de Daniel es un espía?

—No vamos a hablar de eso ahora, cariño.

La comparaba con mi madre, tan extraordinariamente delgada y pálida, con la piel del rostro tan blanca que casi se había vuelto traslúcida, como si a través de ella se pudiese ver la carne o el hueso; en cambio, aquella maestra opaca llevaba los labios y las uñas pintados de rojo y tenía unos dientes blancos resplandecientes, como de porcelana, y olía a agua de rosas, y me llamaba «cariño».

Mis compañeros de clase me decían que en la prisión te arrancaban las uñas con unas tenazas, y te encadenaban a la pared, y siempre estaba oscuro, y las ratas te devoraban, y sólo te daban pan y agua para comer, y el pan estaba lleno de gusanos. Me decían que el Ejército ya había fusilado a mi padre porque era ruso. Me decían que el general MacArthur había llegado en avión desde Japón para cortarle el pito a mi padre con unas tijeras.

Le pregunté a Rochelle cómo era la prisión. Me dijo que durante la guerra se había presentado voluntaria para el programa de Donantes de Sangre, y que un día fueron a sacar sangre a los reclusos de una prisión del centro de Manhattan. Tal vez se tratara de la misma. Dijo que era muy limpia. En cada celda había un catre, una silla y una ventana. Era cierto que la ventana tenía barrotes, que los muros eran de azulejo y el suelo de cemento, y que resultaba un lugar poco acogedor, pero todo estaba limpio. Y a los presos se les permitía leer.

Y les daban tres comidas al día. Y había un patio pequeño donde podían tomar aire puro. Y tenían mantas para abrigarse por la noche.

—De veras —dijo mi madre con una sonrisa—. No estaba tan mal.

Una mañana me dijo que tenía que ir al centro para declarar ante el Grand Jury. A

la hora en que me disponía a ir a la escuela, una vieja amiga de la abuela, la señora Bittelman, ya había llegado para hacerse cargo de Susan. Para la señora Bittelman, la comunidad de los pobres carecía de color político. Mi madre estuvo desesperada después de recibir la citación porque no sabía quién podría cuidar a Susan en su ausencia. No tenía dinero para pagar a una persona. Las dos hermanas de mi padre, Frieda y Ruth, tenían que trabajar, y, además, desde que Paul estaba en la cárcel no habían venido a vernos. Supongo que creían que era a ellas a quienes había que consolar. Entonces mi madre se acordó de la amiga de la abuela, que vivía a la vuelta de la esquina, y fue a llamar a la puerta de la señora Bittelman, y la amable mujer accedió a quedarse con Susan.

—Debería estar de regreso antes de que salgas de la escuela^ Danny. Pero en caso de que no haya vuelto, tómate un vaso de leche y unas galletas cuando llegues a casa. Y lleva a Susan al parque. Para almorzar, te he dejado en la nevera un sándwich de mantequilla de cacahuete y una manzana.

Yo no quería que se fuese.

—Tengo que ir, Daniel.

—Te encerrarán en la cárcel como a él.

—No. Todo lo que pretenden es hacerme unas preguntas. Eso es lo que hace el Grand Jury. Te hacen preguntas y escuchan tus respuestas. Los abogados del gobierno quieren interrogarme acerca de papá, y yo voy a decirles que están haciendo algo terrible y haré que comprendan que es inocente.

Tenía que coger el metro y encontrarse con Ascher en la parada de la calle Dieciséis, para luego seguir juntos el camino hasta el centro. De acuerdo con la moda de la época, llevaba un abrigo negro que casi le llegaba a los tobillos. Había soltado el dobladillo para hacerlo más largo. Llevaba su vestido azul de cuello alto y blanco. Se había puesto el diminuto reloj de pulsera que mi padre le había regalado antes de su boda. Y llevaba en la nuca un pequeño sombrero negro que ella misma llamaba nido de ametralladoras.

Fue vista por última vez con su abrigo negro, al que le había soltado el dobladillo, y el sombrero que parecía un nido de ametralladoras. Mi madre fue vista por última vez con su diminuto reloj en la muñeca, una delicada muñeca de huesos prominentes y surcada por adorables venitas de color azul. Dejó la casa limpia, y en la nevera un sándwich de mantequilla de cacahuete junto con una manzana para el almuerzo. Por la tarde, tomé la leche con galletas. Y ella nunca regresó a casa.

Cuando mi madre se despidió lucía su largo abrigo negro, y aunque nunca llevaba sombrero, se había puesto uno ese día, también negro, que prácticamente resultaba invisible entre sus espesos y rizados cabellos negros. A la hora de almorzar, me comí el bocadillo de mantequilla de cacahuete y la manzana. La señora Bittelman sonrió y me dijo que era un *shayneh boychik*. A las tres de la tarde llegué a casa y me tomé un vaso de leche con dos galletas de azúcar. Mi madre aún no había vuelto. La esperé. Jugué con Susan. La señora Bittelman no cesaba de ir a la puerta principal para echar

una mirada a la calle. Yo esperaba. Oscureció. La señora Bittelman comenzó a gemir quedamente y a sacudir la cabeza, como si un dolor crónico se apoderase de ella cuando caía la noche. Era una anciana robusta, de tobillos hinchados, y le gustaba reposar con los pies en el aire. Era la hora de cenar, y después de echar un vistazo por la cocina decidió marcharse a su casa para prepararnos a Susan y a mí algo de comer. Quería que la acompañáramos. Yo no quería. Le dije que fuese ella sola y que Susan y yo esperaríamos en nuestro hogar. La señora Bittelman se fue a su casa. Susan y yo esperamos a nuestra madre. La casa estaba fría. Nos quedamos sentados en la cocina. El resto de la casa estaba a oscuras. Cada pocos minutos recorría el oscuro pasillo y abría la puerta principal para ver si venía. Estaba empezando a nevar y la nieve cuajaba. Encendí la luz del pasillo. Me senté en la cocina y jugué con Susan. Ella parecía saber dónde estaba su mamá. Parecía al borde de un ataque de nervios. Se quedó dormida con la cabeza apoyada sobre la mesa de la cocina. Yo esperaba. Me senté muy derecho en la silla. Erguí la cabeza. Trataba de oír si Williams se encontraba en el sótano. Me pareció que tenía la radio encendida. Pero a él no lo oía. No me atrevía a abandonar la cocina para ir a ver si Williams se encontraba realmente en casa. Para ello tenía que salir de la casa o bajar la oscura escalera que conducía al sótano.

Entonces oí que subía por la escalera del sótano y que golpeaba la oscura puerta del sótano y luego la zarandeaba. Giré la llave, abrí la puerta y regresé corriendo a la cocina. Apareció en el umbral. Yo estaba asustado. Era tan alto que casi llegaba al techo. Permaneció allí, mirándonos con su ira asesina. Traía con él aquel amenazador olor a whisky que siempre exhalaba. Tenía los ojos enrojecidos.

—¿Vuestra mamá os ha dejado aquí solos?

—No; nos dejó con la señora Bittelman. Pero se fue a su casa a preparar la cena.

—¿Nadie os lo ha contado?

—¿Qué?

—¡Dios! Lo han dicho por la radio.

En aquel momento comenzó a sonar el teléfono.

¿AACASO MI SEÑOR NO ENTREGÓ A DANIEL?

*Paul Robeson*

*Azotamiento.* En la Rusia zarista el azotamiento fue, hasta finales del siglo XIX, el principal medio de castigo por delitos capitales. Se aplicaba exclusivamente a los siervos. Ante toda la comunidad reunida en un campo abierto, al siervo que debía recibir ese castigo se lo desnudaba hasta la cintura y se lo ataba a un poste por los brazos, el cuello y las piernas. El látigo estaba hecho con cuero trenzado y, en manos de un azotador fornido, arrancaba la carne hasta el hueso. Sir Robert Porter, en *Apuntes de un viaje por Suecia y Rusia* (Londres, 1809), presencié el azotamiento de

un cochero acusado de matar a su amo. Habla del «chasquido sanguinolento del látigo» en el cuerpo insensible de la víctima. En ese caso se aplicaron doscientos latigazos. Posteriormente, la víctima, que inexplicablemente aún no estaba muerta, fue desfigurada de manera ritual por si acaso sobrevivía, para lo cual se le metieron unas pinzas por las fosas nasales y tiraron luego con fuerza para arrancarle la nariz de la cara. Una ley aprobada en 1807 especificaba que los menores de edad no podían recibir más de treinta latigazos. ¿Podemos calificar esa ley como un ejemplo de despotismo ilustrado? Sin embargo, en el famoso caso del asesinato de la amante del conde Arakcheev, ministro de la Guerra bajo el reinado de Alejandro, un hermano y una hermana, ambos menores de dieciocho años, murieron después de recibir setenta latigazos. Según Michael Jenkins, autor de *Arakcheev, Gran visir del Imperio ruso* (Dial Press), todo el sistema de servidumbre se basaba en el principio del salvaje castigo corporal, sobre todo después de la rebelión campesina de 1774, durante el reinado de Catalina. En los estados rusos, los grilletes, látigos, cepos, varas de abedul y jaulas constituían un equipo tan corriente como los collares de los caballos. El siervo tenía muy pocas o ninguna posibilidad de recurrir a la justicia, pues su amo poseía virtualmente prerrogativas ilimitadas sobre su vida. En este aspecto, podía hermanarse con los que prestaban servicio en la flota mercante y las instituciones militares inglesas, los cuales eran por lo general flagelados; en ambos casos, los principios de clase y la brutalidad con que se los trataba eran los mismos, así como sus improbables posibilidades de obtener una reparación. Véase al respecto el caso de los esclavos negros norteamericanos.

*Muerte en la hoguera.* Una práctica conocida en todas las naciones europeas hasta el siglo XIX. La debilidad de los clérigos. Conocida también por los indios de América del Norte. Durante el siglo XX sólo siguió siendo aplicada en el sur de Estados Unidos, a menudo acompañada de castración. Sus víctimas pertenecían a las clases bajas.

No resulta casual que Juana de Arco, quemada en la hoguera, fuese una campesina.

Veamos la historia del castigo corporal como una distinción clasista. Siempre existen excepciones para con los miembros de las clases más altas de la sociedad. En Inglaterra, los miembros de la alta nobleza nunca eran destripados ni descuartizados. En Rusia, sólo se azotaba a los siervos. Por el mismo delito o uno similar, las clases altas recibían castigos relativamente poco dolorosos y en absoluto humillantes. Si se los sentenciaba a muerte, era una muerte rápida. Jamás violenta. Cuando por una razón u otra es necesario aplicar la tortura a una víctima perteneciente a las clases altas, se realizan ciertos rituales de transvaluación que, antes de llevar a cabo la ejecución, la expulsa de su clase. Excomuniación religiosa, excomuniación tribal. Un infiel o un enemigo, al igual que un esclavo, puede ser ejecutado en el mayor de los desenfrenos.

Fue durante la Revolución Francesa cuando, por primera vez, la clase a la que

pertenecía el transgresor no determinaba la clase de castigo que recibiría. Todos, desde el Rey hasta Danton, fueron a parar a la guillotina.

Podemos afirmar que el principio fundamental de todas las diferencias de clase que existen en la sociedad reside en el castigo corporal. Las clases se crean mediante el castigo corporal, y se mantienen por el castigo corporal. El jefe autoritario de una sociedad no obtiene su poder de las masas, sino de las clases altas o de la burocracia privilegiada, las cuales consolidan su gobierno y se reparten los beneficios que éste produce. En contraste, la lealtad de las masas sólo se mantiene mediante una intimidación física constante. Mientras perduran en la historia, las sociedades simbolizan, en términos económicos, complejos sistemas de castigo corporal. Por eso Marx utilizaba la palabra «esclavitud» para definir el papel que desempeña la clase trabajadora bajo el capitalismo. La esclavitud constituye el estado de sumisión absoluta al castigo corporal. En épocas de agitación, sin embargo, las clases gobernantes restablecen su derecho, no en el sentido simbólico sino literal, a aplicar castigos corporales a las clases bajas, por lo general en nombre de la ley y el orden. El delito cometido por un miembro de las clases bajas nunca se considera que va en contra de otro ser humano sino, siempre, en contra del orden y la autoridad del Estado.

He consignado todo cuanto recuerdo de sus actos y conversaciones de ese período anterior a su arresto. O creo que lo he hecho. Se me ha escurrido entre los dedos. Pero no consigo descubrir clave alguna que me permita determinar su culpabilidad o su inocencia. Tal vez no sean ni culpables ni inocentes. Por supuesto que resulta un poco extraña la forma en que reaccionaron cuando llamaron a la puerta: como si supieran lo que iba a suceder. Pero el caso es que ellos sabían lo que iba a suceder. Como por entonces lo sabían todos aquellos que vivían con los ojos abiertos. Había ciertas convicciones que la democracia norteamericana no estaba dispuesta a consentir. Si uno era un judío comunista, antifascista; si uno gritaba ¡Paz! y vitoreaba a Vito Marcantonio en la concentración que organizó el Partido Progresista en el Yankee Stadium; si uno era pobre; si uno era todas esas cosas, sabía a qué atenerse. Hasta podría haberse ahorrado la angustia de tener que esperar tanto. Hasta podría haber exigido a la sociedad que no le obligase a tener que esperar más.

## UN PASEO POR LA CIUDAD

*Riverside Park.* Corría el mes de septiembre; era un sábado por la mañana, muy caluroso, y Phyllis me pidió que no fuese a la biblioteca sino que me tomara un descanso, sólo por esa vez, y bajara al Riverside Park con ella y el bebé, donde quizá pudiésemos gozar de la brisa del río. Mientras duró aquel calor terrible se produjeron tumultos en el metro todas las noches, la gente se abrasaba y nosotros habíamos salido fortalecidos de la desunión que se había celebrado el Día de Conmemoración

de los Caídos, nos comprendíamos un poco más el uno al otro, y ahora ambos lucíamos aquel aspecto demacrado que impone el verano en Nueva York, y estábamos tensos. En el parque, arrojé a Paul al aire y lo atrapé al caer, y él rió. Phyllis sonrió, y con el rabillo del ojo pude ver que una anciana que paseaba con bastón se detenía por un instante para sonreír ante aquella familia joven y atractiva. Volví a arrojar a mi hijo un poco más alto, y él chilló un poco más fuerte cuando lo recibí en mis brazos. Íbamos paseando por el parque. Cada vez arrojaba a mi hijo un poco más alto, y ahora ya no reía sino que gritaba. Sin embargo, yo no podía parar y lo arrojaba más alto y lo cogía casi a ras del suelo. Entonces Phyllis comenzó a rogarme que terminara con aquel juego. El pequeño, concentrado en el miedo, tenía la boca cerrada y su carita, mi cara de Isaacson, estaba completamente tensa, presa del terror más absoluto mientras esperaba el vuelo emocionante hacia el cielo y la caída aún más aterradora hacia la tierra. No soporto pensar en esa cruel sensación. Phyllis me tiraba del brazo y trataba de evitar que arrojara a mi hijo tan alto, pues corría el riesgo de fallar cuando fuera a cogerlo. No logro recordar en qué estaba pensando. Creo que su peso, el bulto de su cuerpecito, me incitaba a hacer monstruosidades. Gozaba del momento en que salía de mis manos y odiaba el momento en el que volvía a ellas, cuando provocaba una especie de conmoción en todos los músculos de mis brazos. Gozaba del temor que experimentaba su madre. Cuando por fin dejé de hacerlo, Phyllis cogió a Paul, se sentó en un banco, estrechó al niño entre sus brazos y se quedó abrazada a él. El niño estaba blanco. Miré alrededor y vi que algunas personas me miraban fijamente desde el otro lado de la calle. Salí corriendo.

*La calle Catorce.* Daniel Lewin se montó en el metro del West Side hasta la calle Cuarenta y dos; allí cogió el tren hasta la avenida Lexington y siguió hasta el centro. Salió a última hora de la tarde veraniega, cuando en la plaza abundaban la pizza, los cacahuets y los perritos calientes bajo la luz de neón de S. Klein. A pesar de que divisó el autobús rojo que subía hacia la avenida B, decidió caminar. Pasó por delante de las tienduchas de discos y de baratijas, y pasó por delante de Luchows, el cine que proyectaba películas en español, la cerrajería y la librería porno. La calle Catorce era la más miserable del mundo. Todo en ella era barato e irremediable, quizá porque desembocaba en Union Square: todas las zapaterías baratas y las tiendas de ropa barata que se alineaban hasta más allá de Union Square como una hilera de esperanzas baratas salpicada de luces de color rojo, amarillo y verde; posibles compradores que llevaban su único billete de un dólar cuidadosamente doblado y metido en el monedero; madres esclavas de ojos almendrados acompañadas de sus hijas levemente bigotudas que buscaban el vestido para casarse, para largarse de allí; gente de color que lucía sus vestidos de algodón de color pastel, así como la desesperanza que hace resplandecer a una persona como una brasa ardiente; hispanos

que picoteaban como palomas las migajas desparramadas por las ardientes aceras: todo ello mientras pasaba velozmente por Union Square sin mirar, del mismo modo que no se mira el cementerio cuando se pasa por delante de él. Caminaba hacia el este, alejándose de la plaza. Al frente, las chimeneas de la confederación Edison se recortaban contra el firmamento sereno del anochecer como cañones humeantes. Cuando Daniel torció en dirección a la avenida B, una calle angosta, empezó a oscurecer de inmediato. Comenzó a sentirse mejor.

*Tompkins Square Park.* El parque está atestado de gente. Esto no es la calle Catorce, esto es la comunidad. Centenares de transistores producen una especie de fenómeno musical. Existe un fenómeno del mambo. Existe un fenómeno canino: hay perros defecando en el lugar asignado para ello, perros atados con correas, perros rondando libremente en jaurías. Hombres y chicas juegan al balonmano en las canchas valladas. Las chicas son buenas. Gritan en español. Los perros saltan para coger la pelota en las canchas de balonmano. Los bancos del parque están ocupados por ancianas ucranianas con *babushkas*. Las viejas llevan perros falderos atados con correas. Los viejos juegan al ajedrez en las mesas de piedra. Los perros viejos de los hombres viejos están acostados bajo las mesas de piedra con la lengua fuera. Sobre la sucia colina del centro del parque, un niño y un perro ruedan juntos el uno sobre el otro. Un drogadicto camina sin rumbo, descalzo, con los pies enrojecidos e hinchados. Un perro le gruñe. En el extremo del sendero donde se encuentran las ancianas con *babushkas* hay una muchacha rubia sentada en la valla tubular. El trasero, enfundado en unos tejanos, le cuelga por el otro lado de la valla. Cuatro mocetones negros la rodean. Uno le habla seriamente. Ella mantiene la vista clavada en el frente. En su radio canta Aretha Franklin. Su perro duerme al extremo de la correa. En medio del parque se encuentra la zona abierta pavimentada, con sus bancos móviles y el kiosco de la música protegido por una valla de tela metálica. Esta noche no hay concierto. Han dado la vuelta a los bancos, un grupo de hippies se ha reunido en torno al que toca la guitarra, los perros se pasean arriba y abajo por el kiosco trazando un movimiento en zigzag, como bolas de billar. Dos coches patrulla se encuentran aparcados en la calle Diez. Mambo, mambo. Un millar de radios transmiten música de rock.

*Avenida B.* —Sí, conozco a tu hermana. ¿Cómo está tu hermana?

—Está enferma.

—Sí, bueno, yo también estoy enfermo. Tengo hepatitis, no te acerques mucho.

Hay cinco personas en la habitación, incluida una entrevistadora que está escribiendo un artículo para *Cosmopolitan*. La entrevistadora retrocede y su fotógrafo retrocede.

—Sólo está bromeando —dice la chica de Artie—. Hace quince días que salió del hospital.

—Tengo el hígado podrido —dice Artie, y se deja caer sobre la colchoneta—. Estoy amarillo. Tengo el hígado amarillo. Soy un gallina. —Todos ríen, porque conocen de sobra la reputación de Artie Sternlicht—. Hígado de gallina. Oye, nena, ¿por qué nunca me haces hígado de gallina?

—Te lo haré, nene. —Ella se arrodilla a su lado, lo toma de la mano y la apoya sobre el regazo—. Cogió la hepatitis por mi culpa.

—¿Cómo es eso? —pregunta la entrevistadora.

—Los mejores cerdos son los más creativos —dice Artie—. La última que hicieron fue una prueba de sangre. Yo les dije: «No me hagáis un análisis de sangre. Me han detenido cincuenta veces y nadie me ha sacado jamás ni una gota de sangre. Si me tocas con esa aguja te reventaré los huevos de una patada. Mis amigos tienen instrucciones: si en veinticuatro horas no vuelven a saber de mí arrasarán esta comisaría. Luego pondrán una bomba en Murphy's». Murphy's es el bar adonde van todos al acabar la jornada. Todos se echan a reír y el cerdo va y dice: «Artie, o dejas que te saquemos un poco de sangre o arrestamos a tu novia. La hemos cogido con droga. La meteremos en una celda del departamento de detención de mujeres con todas esas machorras. ¿Quieres que hagamos eso?». De modo que dejé que los hijos de puta me clavaran la asquerosa aguja en el brazo y resulta que eso es lo que quieren, eso es todo lo que quieren. Digo yo: ¿Qué tiene que saber la policía de mi sangre? ¿Que es roja? Vampiros hijos de puta... si tienen un poco de suerte tal vez me muera.

—¿Quieres decir que la policía te inyectó deliberadamente el virus de la hepatitis?

Sternlicht no responde, sino que gira la cabeza y me mira.

—Siéntate, hombre. Hablaré contigo, pero baja a mi nivel. Baja con los proles.

Sternlicht lleva unos téjanos con peto cortados a la altura de las rodillas, y sandalias. Va sin camisa. Tiene un mentón largo, de zorro, y es bien parecido, de mirada astuta. Es posible que esté enfermo, pero su cuerpo se ve fuerte y flexible. Tiene la nariz ancha y chata, la boca grande, y la dentadura en malas condiciones. El pelo le llega hasta los hombros y lo lleva sujeto con una cinta adornada con cuentas que le da el aspecto de indio norteamericano. Sus ojos son grises, como los de la esposa de Daniel, y resultan impactantes por su vivida y clara mirada que contrasta con la impresión de suciedad que desprende Sternlicht. Está tumbado de costado, con la cabeza apoyada en la mano, sobre una colchoneta sin sábanas tendida en el suelo. El fotógrafo recorre la habitación para enfocararlo desde todos los ángulos.

—¿Qué futuro espera al Lower East Side? ¿Qué está sucediendo? —pregunta la escritora.

—Bueno, el movimiento hippie no resultó y la comunidad está nerviosa. Los hispanos no quieren a los rubios. Nadie quiere a los cerdos. No sé... ¿cómo es la

cosa, nena? Tienes un filipino aquí mismo, y todo un W. E. B. Du Bois, y los reformadores del barrio, y patanes como yo, y algunos grupos de gamberros negros, y los tipos más extravagantes que puedas imaginar. Al final, nos uniremos todos, juntaremos toda nuestra mierda. Todos los anormales nos uniremos. Entonces ya no seremos anormales. Entonces constituiremos un auténtico peligro inminente y real.

—¿Sí?

La joven espera que continúe. Sternlicht la mira.

—Lo primero que atacaremos serán las revistas femeninas —dice—. Liberaremos a esas chicas que escriben sobre el sexo y las citas. Les quitaremos las bragas y les pondremos margaritas en los genitales.

—¡Ah, claro! —exclama la periodista—. ¿Es esa la clase de comentario por el que la gente sostiene que no tenéis cabida en el movimiento por la paz?

—¿Qué gente? La cuestión es si la revolución puede dar cabida al movimiento por la paz. ¿Te refieres a esos mequetrefes que desfilan por la calle y se creen que están cambiando algo? Las manifestaciones por la paz son para que la clase media se distraiga. El movimiento por la paz forma parte de la guerra. Cara o cruz, es la misma moneda. El indio o el búfalo, es la misma jodida moneda. ¿De acuerdo? y ambos están extinguidos.

—No hables tan rápido, que no sé taquigrafía —dice la chica.

Es una rubia de cabellos color de miel, muy delgada, con pestañas postizas y enfundada en un mono. Mientras se inclina sobre su bloc, Artie dirige una mirada a sus amigos, que están sentados en el suelo, al lado de la ventana. Suelta el aire con un silbido y agita la mano como si se hubiese quemado los dedos. Los amigos se echan a reír.

—Oye —dice el fotógrafo—, ¿tienes fuerzas para ponerte de pie? Quiero sacarte una foto contra esta pared.

Sternlicht se levanta de un salto, se apoya contra la pared, pone los brazos en cruz como si fuera Cristo y deja caer la cabeza hacia un costado. Los ojos parecen salirse de las órbitas y la lengua le cuelga por la comisura de los labios.

—¡Estupendo! —exclama el fotógrafo, y dispara la cámara.

—¡Contra la pared! —grita uno de los amigos.

Artie se baja la cinta de la frente hasta que le tapa los ojos y se pone en posición de firmes con los brazos pegados a los lados del cuerpo. Su chica le coloca un cigarrillo en los labios.

—¡Estupendo! —dice el fotógrafo, y dispara arrodillado, de pie, desde muy cerca y desde el extremo opuesto de la habitación.

La pared es interesante. Está completamente cubierta por una especie de *collage* compuesto a base de fotos, escenas de películas, carteles y objetos. Babe Ruth corriendo de una base a otra, Marlon Brando en bicicleta, Shirley Temple con sus zapatos de baile, F. D. Roosevelt, un bikini rociado con pintura dorada, Marilyn Monroe en su calendario, Mickey Mouse, el retrato de Washington de Gilbert Stuart

al que le han dibujado un bigote, una gorra auténtica de la Legión Americana, Fred Allen delante de un micrófono, Susan B. Anthony con su boquita fruncida, Paul Robeson, Calvin Coolidge con plumas de indio, un caza de la Primera guerra mundial, una hilera de convictos encadenados el uno al otro trabajando en una carretera, una muñeca antigua, una chica haciéndolo con un asno, sobrecubiertas amarillentas de *Lo que el viento se llevó* y *One World*, de Wendell Willkie, un diafragma rociado con pintura plateada, un manojo de colillas, un cartel de *La muerte de un viajante*, Elvis de joven, un negro colgado de un árbol, un blanco vendiendo manzanas a cinco centavos...

—¡Es maravilloso! —exclama la periodista.

—¿Has oído eso? —dice Sternlicht a su chica.

Cabe deducir que ella es la artista. La periodista está realmente impresionada.

—¡Eres fantástica! ¿Cuánto tiempo te ha llevado hacer eso?

La chica de Sternlicht dice:

—Bueno, en realidad aún no lo he terminado. Sigo coleccionando cosas, ¿sabes?, y cuando tengo mucho material lo pego ahí. Hay cosas por debajo que ya no podrás ver nunca más. Tengo pensado cubrirlo todo, ¿sabes? todas las paredes de la casa.

De la mesa del rincón ha cogido un puñado de recortes y fotos. Los deja caer entre los dedos, y se desparraman por la habitación. Todos ríen.

—Hablas de tu obra con mucha indiferencia —dice la periodista—, pero creo que demuestra que posees un enorme talento. ¿Has ido a alguna academia?

—Bueno, verás —la chica mira a Sternlicht y se echa a reír—, en realidad, si alguien merece que se le reconozca algún mérito por mi obra artística es el señor Magruder.

Sternlicht lanza una carcajada.

—El señor Magruder es nuestro casero, y así es como empecé, ¿sabes?, para tapar los agujeros de la pared. El papel es un buen aislante.

Sternlicht se deja caer en la colchoneta, atrae a la chica hacia sus rodillas y ambos ríen y se abrazan. El fotógrafo dispara la cámara.

—No está bromeando —dice Sternlicht—. ¿Sabes el frío que hace aquí en invierno? Quienes comienzan las revoluciones son siempre los inquilinos. Todas las revoluciones empiezan cuando a los inquilinos se les congela el culo en invierno.

—Es maravilloso —insiste la periodista mientras contempla la pared—. Deberías ponerle nombre. ¿Cómo lo llamarías?

Artie Sternlicht y su chica se miran a los ojos. Luego responden al unísono, y sus amigos les hacen coro:

—¡TODO LO QUE VINO ANTES ES LO MISMO!

La periodista mira al fotógrafo, y uno se da cuenta de que ya tiene el título, que el artículo se escribirá solo. Todo el mundo está contento.

Habla deprisa, con una voz irritada que estalla seductoramente en los momentos culminantes. Mientras charla va saltando por toda la habitación, gesticulando, actuando las palabras.

—Tal como dices, el movimiento no puede tolerarnos. De acuerdo. Asistí a esa reunión de la coalición de fuerzas con el fin de planear la convención del año próximo. Y son buenos muchachos, de la Nueva Izquierda, que saben de qué va la historia. Y tendrías que oírlos desgranar esa mierda de la democracia participativa. Cooperación. Reestructura. Contrainstitucional. ¡Hombre, eso no son palabras! Eso son sustitutos para permanecer vivo. Me levanté y dije: «¿De qué carajo estáis hablando? ¿Qué tiene que ver todo eso con las resoluciones y los comités? ¿Qué clase de mierda es ésta, tío? No esperarás que el sistema te cooperativice, ¿o sí? Eres tú quien se está *cooperativizando*, tío. ¿Ves esta silla? Esto es una silla, tío». Y rompí aquella silla de mierda hasta que quedó hecha astillas; la estrellé contra el suelo, salté sobre ella y verdaderamente dejé la maldita silla hecha añicos. Y durante todo el rato no dejaba de gritar: «¡Mirad cómo Sternlicht rompe esta silla! ¡Estoy rompiendo esta silla!» y arrojé los trozos al aire. «¡Follemos! ¡Luchemos! ¡Volemos el Pentágono! Un revolucionario es el que hace la revolución. Si queréis quedaros aquí sentados meneándoos la polla, hacedlo, pero no digáis que estáis haciendo la revolución». ¡Bueno, armé un escándalo! ¡Fue increíble! Aquello se volvió una jaula de grillos y la reunión se animó. Hay que pisotear cualquier cosa que esté por debajo de la revolución. Hay que eliminar las teorías sobre la revolución, los sueños sobre la revolución, las esperas por la revolución, la preparación de la revolución, las manifestaciones por la revolución. Todo aquello que está por debajo de la revolución y que, por lo tanto, no lo es y nunca lo será. La revolución *se hace*. ¡Es un hecho! Es un cambio en la tierra. Es un nuevo animal. ¡Una nueva conciencia! ¡Soy yo! ¡Yo soy la Revolución!

—Pero hasta Fidel tiene un plan —arguye la periodista.

La observación es recibida con un silencio absoluto. Sternlicht mira fijamente hacia el rincón donde están sus amigos. Uno de ellos, un muchacho gordo, de barba espesa, dice:

—Eso es cierto, señor Sternlicht, ¿qué responde usted a eso?

Todos se echan a reír. La periodista se ruboriza.

—No, escuchad —dice Artie al tiempo que levanta la mano—. La pregunta es buena. De acuerdo. Hasta en Cuba descubren lo que es su revolución haciéndola. Son un hatajo de espías locos que primero lo prueban y luego ven de qué se trata. Si algo no funciona, lo cambian. Pero digamos que Fidel tiene un plan. La lección que debemos sacar no es que nuestra revolución debe ser como la de Fidel. La lección es que debe ser nuestra propia revolución. ¿Entendido? Contestaré a tu pregunta. Es una pregunta táctica. Fidel hizo la revolución contra una banda de pistoleros de quinta

categoría y la United Fruit Company. Pero nosotros estamos en la revolución por eso... —Señala el *collage*—. El liberalismo corporativo, George Washington y el amariconado movimiento por la paz, los grandes capitales, los sistemas informáticos y los astronautas. Estamos en la revolución por algo que tiene fuerza propia. Y no vamos a derrotarlo escondiéndonos en las colinas armados de fusiles. ¿De acuerdo? Los únicos norteamericanos que saben que son esclavos son los negros. A los negratos de hoy día no es necesario adoctrinarlos ni organizados. Quiero decir que ellos mismos ya nacen sin tener la menor tolerancia por la mierda, nacen deseando morir.

Y los niños blancos que dejan los estudios, los delincuentes juveniles, toda la movida hippie, la causa de la liberación, todo eso es un movimiento de esclavos en fuga. De veras lo es. Tal vez incluso ellos lo sepan. Pero el resto... los niños que van a la escuela para hacerse una carrera, y los obreros traidores, y todos los buscavidas de pueblo que hacen funcionar el sistema de la actividad febril, cuyo peso recae sobre sus espaldas y creen que son su beneficiarios... Lo que quiero decir es que se trata de un sistema de doble discurso, que no se trata de la represión ordinaria, ¿entendéis? Mi país os tiene acogotados y vosotros os creéis que estáis de pie. Os hunde la cara en la mierda y os creéis que estáis mirando al cielo. Quiero decir que no podéis establecer ninguna relación entre lo que hacéis y el motivo por el cual en Chile os odian. Padecéis una crisis de identidad. Pensáis que sois buenos chicos. No tenéis prejuicios. Creéis que se puede ganar dinero honradamente. Creéis en la libertad de expresión. Sufrís alergias. Sufrís ataques de apoplejía. Tenéis hipotecas. Los pulmones como cubos de basura. La arquitectura enceguece vuestros ojos. Creéis que los blancos están aprendiendo. Creéis que los negros están elevándose. ¡CREÉIS QUE HAY UN PROGRESO, CREÉIS QUE VUESTROS HIJOS ESTARÁN MEJOR. CREÉIS QUE ESTÁIS HACIÉNDOLO POR VUESTROS HIJOS!

—¡Eh, Sternlicht, cierra el pico!

—¡Oye, Artie, que te den morcilla!

—¡Cómemela, Sternlicht!

Las voces proceden de la calle. Sternlicht corre a la ventana y sale a la escalera de incendios. Levanta el puño y salta para colgarse de la barra.

—¡TODOS LOS DE ESTA MANZANA QUEDAN ARRESTADOS!

Los que están fuera se echan a reír. Los que se encuentran en la habitación se apiñan en la escalera de incendios. Intercambio de bromas entre los amigos de la escalera de incendios y los de la acera. La avenida B bulle de actividad. Los automóviles circulan por la angosta calzada, la noche es calurosa y la gente sale a respirar. Dos manzanas más allá se encuentra el parque que está frente a Tompkins Square, del cual nace un latido de energía compuesto de música, gritos y el calor de mucha gente. El mundo llegó a América por la avenida B. El bar del otro lado de la calle está repleto de gente y Daniel puede ver a través de los ventanales la deteriorada madera barnizada y los pulidos espejos, así como el resplandor de la pantalla del

televisor. De repente, ve el Lower East Side con la visión de Sternlicht: es un criadero, una reserva ictiológica y de vida animal. Parece creada para él. *Con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar.*

Traté de diferenciar el sonido de alguna radio o tocadiscos, cercano o lejano. Fue imposible. La música procedía de todas partes, era como si el aire estuviese electrificado, como si ardiera.

una gracia sorprendente, una gracia sorprendente, aún persiste esta noche en la escalera de incendios, flota en el humo de los porros como una nube de acero sobre la avenida B, aún hay alguien que sabe que lo que dice o hace es importante. Según la importancia que revista para su vida o su ser, y de pronto los alrededores ya no son oscuros y la voz es amplificadora y un millón de personas la oyen, y cada partícula de pintura de la oxidada escalera de incendios, con su configuración y arqueología particulares, es verdaderamente importante.

Los amigos se van y Artie vuelve a retomar su deshilvanado discurso mientras permanecemos en el rellano de la escalera de incendios en la calurosa noche de septiembre.

—Entonces, ¿cómo puedes cambiar algo tan poderoso? ¿Cómo hacer la revolución? Del mismo modo que un escuálido yudoca domina a un tipo tres veces más grande que él. No tienes que predicar. No tienes que hablar de la pobreza, la injusticia, el imperialismo y el racismo. Eso es como tratar de lograr que la gente lea a Shakespeare; no se puede. Mira: ¿qué ves? Pequeños cuadrados azulados en todas las ventanas. ¿Correcto? Todo el mundo está tragándose los anuncios. Esa es la escuela de hoy en día, amigo. En menos de un minuto, un anuncio de televisión puede hacerte vivir toda una vida. Te cuenta la historia desde la primera cita hasta la boda. Te muestra el bebé, el hogar, el coche, la graduación. Te provoca risa y hace que se te humedezcan los ojos de nostalgia. Ves a una chica más bonita que todas las que has conocido. Gigantes, y enanos, y chicas que viajan en descapotables, y caballeros y damas, y amor en la playa, y jets follando el cielo, y platos deliciosos humeando en la mesa, y voces vividas e inteligentes que te dicen lo inteligente que eres y lo inteligente que puedes ser. Los anuncios comerciales son módulos de aprendizaje. Como cuando los hermanos entran en la oficina de reclutamiento en Baltimore y vierten sangre sobre los registros de movilización: ésa es la lección. Y los yippies cuando arrojan monedas en el recinto de la Bolsa. Y cuando desfilan el Día de la Bandera y obligan a los de la Legión Americana a perseguirlos, y los persiguen los cerdos y les rasgan las banderas, banderas norteamericanas, ¡el Día de la Bandera! ¿Me entiendes? La sociedad es una tomadura de pelo que sólo existe para que le tomemos el pelo a la tomadura de pelo. La autoridad es una fuerza. Hay que romper esa fuerza. La legitimidad es ilegítima. Obliguémosla a mostrar el culo. Arrojemos la piedra y huyamos. Tienes cuarenta segundos, amigo. ¿Los medios necesitan material? Démosles material. Como dice Abbie, en este país basta que hagas algo para convertirte en una celebridad. Haz algo y sé una celebridad. El mes

próximo iremos a Washington y exorcizaremos el Pentágono. Haremos levitar el Pentágono por medio de rezos y conjuros; haremos sonar los cláxones y lanzaremos polvos mágicos a los muros del Pentágono. Vamos a levantarlo en el aire y a dejarlo caer. Vamos a destruirlo con flores. ¡No faltes! Saldremos en la televisión. ¡Aniquilaremos a Estados Unidos con imágenes!

Tengo una idea para un artículo. Si lo escribo quizá pueda venderlo y ver mi nombre impreso en letras de molde. La idea es la dinámica del pensamiento progresista. Con cada ciclo del pensamiento progresista se establece una etapa de auténtica emoción creativa durante la cual se entablan las relaciones. El progresista descubre las relaciones que existen entre los datos disponibles y la raíz de la responsabilidad. Finalmente, lo relaciona todo. Justo en ese momento es cuando comienza a perder seguidores. El hecho no es que lo haya relacionado todo de manera incorrecta; el hecho es que lo ha relacionado todo. Nada ha quedado fuera de las relaciones. En este punto la sociedad se harta del progresista. Al quedar completamente relacionada, la sociedad también puede identificarlo como progresista y por tanto enemigo, y de esa manera logra establecer el principio contrainsurgente que le permite destruirlo. Al progresista se le brinda la ocasión de un descubrimiento postrero: la relación entre la sociedad y su propia muerte. Una vez que el progresista está muerto, su música primigenia obsesiona a los que lo acosaban. Y los liberales se sirven de ello para conseguir el poder. He buscado una y otra vez un episodio de la historia que fuese invulnerable a la interpretación progresista. Quiero decir que es más difícil de lo que parece, y, si lo piensas bien, mejor no intentarlo. He aquí uno extraído de *La herencia norteamericana en la historia de la aeronáutica*; lo he encontrado hoy y podría servir de ejemplo: en 1897, tres suecos llegaron a la conclusión de que la mejor forma para llegar al Polo Norte era por medio de un vuelo libre en globo. Partieron de Spitzbergen, flotando en dirección al norte, y nunca más se supo nada de ellos. Luego, en 1930, al cabo de treinta y tres años, una partida de exploradores noruegos llegó a un campamento en las heladas inmensidades árticas, y allí reposaban los tres cadáveres congelados de los aeronautas suecos. En el campamento encontraron también una cámara fotográfica y, en ella, una película. Esa película de treinta y tres años de antigüedad fue revelada y proporcionó fotos instantáneas de los aeronautas en su último campamento, con el pie sobre un oso que habían cazado, izando la bandera, etcétera.

Ascher llevaba el sombrero echado hacia atrás, como si fuese un sombrero de vaquero, y el abrigo desabrochado. Tenía las manos unidas a la espalda por debajo del abrigo. Se balanceaba sobre los talones, mientras Frieda, la tía de los niños, lloraba en el sofá.

—Soy viuda, no tengo a nadie —decía la tía Frieda—. Es una carga demasiado pesada. Vivo en tres habitaciones. ¿Dónde los metería? Estoy de pie doce horas al

día. Me levanto a las seis y media de la mañana todos los días. Cuando libro, no tengo fuerzas ni para salir de la cama. ¿Cómo quiere usted que haga lo que me pide?

—Señora Cohn, no estoy pidiéndole que haga nada. Paul no es hermano mío sino suyo. Yo sólo soy el abogado. Lo que usted decida, determinará lo que yo haga.

—¿Y qué dice a todo esto mi hermana Ruth?

—Con ella sólo he hablado del problema por teléfono.

—Escuche, no pierda el tiempo. ¿Que si es egoísta? Esa palabra no se inventó hasta que nació Ruthie.

La tía Frieda desechó hablar de su hermana con un ademán. El gesto atrajo la mirada de Daniel. Su tía Frieda calzaba zapatos de cordones con gruesos tacones, y apoyaba los pies firmemente en el suelo. Volvió rápidamente los ojos hacia la pantalla del televisor, después de haber visto más de lo que quería de las medias de la tía Frieda: hasta más arriba de la rodilla. La encontraba repulsiva. Tenía aquel lunar peludo sobre la comisura de los labios. El contorno del mentón, los rasgos de la boca eran parecidos a los de su padre. Usaba gafas de culo de vaso con montura de concha.

—Tengo entendido que el marido de su hermana es diabético, que está muy enfermo. En cualquier caso, tengo la sensación de que usted debería saber cómo manejar esta situación mejor que ella.

Tía Frieda asintió con la cabeza.

—¡Válgame Dios, yo siempre he sido la más responsable! Desde que éramos pequeñas. Si no estabas vigilando a Paul era seguro que se lastimaba. Nunca aprendió a cruzar la calle. Si no le ponías el plato delante de las narices, no comía. Si no le guardabas el dinero, lo perdía o dejaba que se lo quitaran. No confiaría en Ruthie. Ruthie siempre fue una perezosa. Era Frieda la que resolvía los problemas. Era Frieda, la bondadosa sensiblera, quien siempre estaba presente para sacarlos del embrollo.

—¿Usted es la mayor?

—Ocho años mayor. Y cuando tenía veinte, mi padre se fue a la tumba detrás de mi madre, y tuve que hacer de madre y de padre. Eso arruinó mi vida. Créame, señor Ascher, nunca tuve vida propia.

Asomaron lágrimas a sus ojos. Ascher volvió la mirada hacia el televisor que centelleaba en el rincón. Los niños estaban sentados en el suelo, demasiado cerca del aparato, en su opinión. Demasiado cerca. No hizo nada para distraer su atención. Si hubiesen podido meterse dentro del televisor, habrían estado todavía en mejor posición. En la pantalla, Hopalong Cassidy arrojó el lazo por los aires. Su caballo frenó y patinó hasta detenerse. El bandido, atrapado por el lazo, cayó de la silla. Tendido en el suelo polvoriento con los brazos inmovilizados por la cuerda, tenía una expresión compungida. A lomos otra vez de su caballo blanco, Hopalong se rió de él. Ascher pensó: Somos un pueblo primitivo.

—Parece que les gusta la televisión —comentó Ascher—. Tal vez debiésemos hacer una excepción. ¿Tiene usted televisor, señora Cohn?

—¿Cómo? No, no... ¿Quién puede permitirse el lujo de tener televisor?

—Es un aparato caro —dijo Ascher—. El hombre que hará el inventario de los muebles no tardará en llegar. Le pediré que no incluya el televisor.

La tía Frieda abrió el bolso y sacó un pañuelo. Se quitó las gafas y se enjugó los ojos. Se sonó la nariz.

—Lo siento —dijo—. Siempre he tenido mala suerte. Mi esposo, que Dios tenga en su gloria, desapareció muy pronto. Ruthie, la pobre Ruthie, tiene que cargar con un inválido. Y Paul... ¿puede haber tragedia más grande? Volverse rojo... ¡Mi Pauly, comunista! ¿Y sabe usted que no hubo hombre más religioso que mi padre? ¿Es usted religioso, señor Ascher?

Ascher se encogió de hombros.

—Voy al templo.

—Mi padre se revuelve en su tumba. ¡Que su hijo se haya convertido en un rojo! ¡Peor aún!

—¿Qué quiere decir con eso?

—Sólo Dios lo sabe. Seré afortunada si puedo conservar la tienda. Si alguien llega a relacionar mi apellido de soltera... Si mis vecinos lo descubren...

—¿De qué está hablando?

—Nada, nada. Pero ¿cómo voy a explicar quiénes son esos niños? ¿Cómo voy a explicar dónde están sus padres?

—Sus padres están en la cárcel. Están en la cárcel porque la fianza que les han impuesto es prohibitiva. Su fianza es prohibitiva porque, dentro del clima reinante, ello contribuye a que el gobierno pueda demostrar cuán culpables y peligrosos deben de ser. Si la vergüenza que esto le causa es demasiado para usted, le queda el recurso de mentir. Puede decir que están en Florida. Puede decir que se encuentran viajando por Europa. Isaacson no es un apellido poco corriente.

Tía Frieda guardó el pañuelo en el bolso y lo cerró.

—No lo culpo —dijo—. No pudo evitarlo. La culpo a ella. Ella es la culpable. Ella ha sido su ruina. Desde el principio lo ha moldeado como ha querido. Cuando estaba en el Ejército durante la guerra, ella se fue a vivir con él a Washington. ¡Antes de casarse ya vivía con él! Estuvo viviendo con él en pecado. En la escuela, cuando era chico, Paul nunca sacó una nota baja. En el instituto siempre obtenía noventa y nueve en esto, cien en aquello. En el instituto Townsend Harris, donde no admitían más que chicos brillantes, obtuvo un promedio de noventa y seis. Y luego se le metieron esas locas ideas en la cabeza... Ya sé, cuando uno está en la universidad es natural que se afilie a algún club. Pero luego tendría que haber superado todas esas locuras. Pero ella era así. Y lo arrastró consigo. ¡Ella ha sido la culpable de toda esta situación!

—Señora Cohn...

—Nunca le perdonaré lo que le ha hecho a mi Pauly. Lo que nos ha hecho a todos nosotros. A nuestras vidas. Ella es la culpable. Nadie más que ella.

—Señora Cohn, ¿realmente quiere que los niños presencien todo esto?

—No se preocupe, ellos ya saben lo que pienso. Además, no están escuchándome. ¿Qué va a ser de ellos?

Tía Frieda se llevó la mano a la mejilla como si tuviera dolor de muelas.

—¿Cuál debo entender que es su respuesta?

—No lo sé —respondió tía Frieda—. No lo sé.

—Los niños no pueden quedarse aquí —dijo Ascher—. El negro no puede cuidarlos. La vecina no puede hacerse cargo de ellos. Yo no puedo hacerme cargo de ellos. No hay dinero para pagar el alquiler, no hay dinero para comprar esta casa, ¿lo entiende usted, señora Cohn?

Tía Frieda, con la mano aún en la mejilla, dejó escapar un gemido.

—Vendrá un hombre para hacer una oferta por los muebles. Obtendremos cien, ciento cincuenta dólares a lo sumo. Mañana, en el juzgado, presentaré una declaración jurada en la que declararé indigente a su hermano. ¿Sabe lo que eso significa?

—*Vey iss mir, vey iss mir...*

—Significa que la corte me designará como abogado de oficio y me pagará los honorarios con el fin de que pueda seguir representando a su hermano y a su cuñada, *Vershtey*? Eso quiere decir, también, que estos niños son hijos de personas indigentes y que no tienen un lugar adonde ir. Si usted no se hace cargo de ellos, señora Cohn, estos niños, que llevan su misma sangre, quedarán en la calle. *Vershteyen zie*? Quedarán bajo la custodia del Estado.

—¡Criaturitas! —sollozó tía Frieda—. ¿Qué sé yo de cuidar a niños tan pequeños?

—Le sugiero que reúna todas sus pertenencias... tal vez el niño pueda ayudarla... Y que los vista para irse.

—¿Ahora? ¿Ahora mismo?

—No hay más remedio. —Ascher consultó el reloj—. El hombre vendrá para evaluar los muebles. No creo que sea conveniente que los niños lo presencien. No quiero que vean cómo desmantelan su casa.

—¿Tengo que volver a Brooklyn cargada de bultos? No puedo llevar cosas pesadas.

—No se preocupe, tienen pocas cosas; le pediré un taxi.

—¿Dónde los alojaré? ¿Qué comen?

—Señora —gritó Ascher—, no son animales del zoo sino los hijos de su hermano. ¿Qué le ocurre? *Vas iss der mair mit dein kopf*? ¿Acaso no tiene sentimientos? ¿No sabe lo que es estar metido en problemas? ¿No se da cuenta de la terrible situación en que se encuentran estos niños?

Bruscamente, Ascher se sentó. Con los codos apoyados en los brazos del sillón parecía un rey; trataba de dominar su ira, mientras la tía Frieda sonreía con ánimo conciliador y lloraba al mismo tiempo.

Su apartamento despedía un olor indescriptible. Era el olor de un cuerpo que se marchitaba sin haber conocido el amor. Era el tufo del polvo y la oscuridad de los pozos de ventilación de Brooklyn. Era el olor de fundas en los muebles y dobles cerraduras en las puertas. Era el olor de bombillas que no podían encenderse porque significaba malgastar el dinero. Era el olor de no poder encontrar placer alguno en ningún rincón, en el extremo de ningún pasillo, en ningún armario. Era el olor específico del hogar gris de una persona extraña, que no era el mío. Era el olor de una vida que no merecía el interés de nadie.

—Daniel —dijo Ascher—, quiero hablar contigo un momento. Ven aquí.

Daniel se levantó del suelo y siguió al abogado hasta la cocina. Ascher se sentó a la mesa y volvió la cara hacia el niño. Vio a Susan en el umbral de la puerta.

—No, no, pequeña, no quiero interrumpirte. Puedes seguir mirando el programa de la tele.

Como respuesta, Susan se deslizó hasta trasponer el umbral y se quedó de espaldas a la pared. Miraba a Ascher con expresión grave.

—Está bien —dijo el abogado—. Tú también puedes escuchar. Niños, vuestra tía Frieda ha accedido a llevaros a su casa hasta que vuestros padres recuperen la libertad. Eso puede tardar uno o dos meses. Quizá tres. Pero he hablado con vuestros padres, con cada uno de ellos, y han resuelto que, dadas las circunstancias, será lo mejor. Mientras tanto, esta casa permanecerá cerrada.

—Ya hemos oído lo que usted decía —replicó Daniel—. Ya lo sabemos.

—Sí. Bueno, no puedo pretender que creáis que esto es una aventura divertida. Pero vuestra madre y vuestro padre están muy preocupados por vosotros y quieren tener la seguridad de que os cuidan bien mientras permanezcáis separados de ellos. Ya sabéis que vuestra tía tiene una pastelería en la planta baja de la casa donde vive.

—Sí —dijo Daniel—, pero no nos deja tocar nada. Es una mujer estúpida.

—¡Shhh! —Ascher se llevó un dedo a los labios—. Es posible que resulte difícil comprenderla. En ocasiones, las personas que están asustadas son difíciles de comprender. El miedo hace que digan cosas que en realidad no quieren decir. ¿Puedes entender eso?

—Supongo que sí.

—Aprenderá de ti a ser buena, Daniel. No es mala persona. Tu ejemplo le enseñará a ser fuerte. Tú eres un chico maravilloso. Ambos sois unos chicos estupendos —dijo Ascher, volviendo la mirada hacia Susan.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Susan.

Ascher dejó escapar un suspiro.

—En la cárcel. Está en la cárcel.

—¿Qué es la cárcel?

—La cárcel es un lugar donde la gente está en vez de estar en su casa. Como un hotel. Como una escuela. Hay otros lugares donde estar aparte del hogar.

—La cárcel es peor —dijo Daniel dirigiéndose a Susan—. No puedes venir a casa

aunque quieras.

—Bueno, ya está bien —dijo Ascher—. Ya está bien.

—¿Me meterán en la cárcel a mí también? —preguntó Susan.

—No, no temas.

—¿Va a venir a casa mi mamá?

—Daniel, no puedo seguir explicándole estas cosas a tu hermanita.

—¿Está muerta mi mamá?

Ascher se puso en pie y levantó los brazos con exasperación.

—¡Por favor, pequeña! Basta. ¡Tu mamá no está muerta!

El ademán asustó a la niña. Se echó a llorar. Daniel se acercó a ella y la rodeó con el brazo.

—Echa de menos a nuestros padres —explicó Daniel por encima del hombro.

—¿Ocurre algo malo, qué sucede? —gritó tía Frieda desde el piso superior.

—Nada —respondió Ascher—. No pasa nada. Vamos, niños —dijo, bajando la voz—, hay mucho trabajo que hacer. No llores, Susan. Vuestra tía está preparando la ropa que tenéis que llevaros. Quiero que le ayudéis, para que sepa lo que tiene que coger: vuestros juguetes y esas cosas... tendréis que indicarle lo que es importante para vosotros. Y tenéis un aspecto... desaseado. ¿No podéis lavaros un poco? ¿No podéis peinaros vosotros solos?

—Yo le lavaré la cara —dijo Daniel—. Y hay cosas, como el cepillo de dientes, que tendremos que llevarnos.

—Eso es.

Daniel le dio unas palmaditas a Susan hasta que la niña dejó de llorar. Los sollozos sacudían su cuerpo como si sufriese un ataque de hipo. Daniel le preguntó a Ascher:

—¿Por qué no podemos ir a visitarlos? Los guardias pueden registrarnos a mí y a mi hermanita, y verán que no llevamos pistolas ni nada de eso.

—Verás, Daniel, no se trata de los guardias. Tu madre y tu padre piensan que os sentiríais muy tristes al verlos en la cárcel.

—¿Por qué?

—Porque cuando llegara el momento de marcharse, ellos no podrían ir con vosotros. Y tú y especialmente tu hermana quizá no lo comprendieseis, y os sentiríais muy tristes.

—Ellos también se quedarían tristes, tal vez —reflexionó Daniel.

—Exactamente. Y eso sería peor que no verlos.

—Bueno, ¿y cómo sabrán dónde estamos? —inquirió Daniel.

—Me rogaron que le preguntara a vuestra tía si podíais vivir con ella. Les informaré que estáis en su casa.

—¿Conocen la dirección?

—Por supuesto.

—Si les escribimos desde allí, ¿recibirán la carta?

—He hecho los arreglos necesarios para que la reciban.

—Tengo la carta que nos enviaron —dijo Daniel—. Cuando los vea, dígales que escriban más a menudo.

—Ya te he explicado, Daniel, que sólo les permiten escribir una carta por semana. Por lo tanto, solamente podréis recibir una carta por semana. Además, también tienen que escribirse el uno al otro.

—¿Quiere usted decir que no están en el mismo lugar?

—Tu padre está en una prisión, y tu madre, en otra, que es para mujeres. Desde que detuvieron a tu padre no han vuelto a verse.

«Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre»: *El padre de la novia*, con Spencer Tracy y Elizabeth Taylor.

¿Quién escribió aquel cuento ruso sobre un hombre que agonizaba en su lecho, Babel o Yuri Olesha? Su muerte se describe como un deterioro progresivo de las posibilidades, una reducción metódica de sus posibles opciones. Primero, no puede abandonar la habitación, de modo que un billete de ferrocarril, por ejemplo, ya no tiene sentido en su vida. Luego, no puede levantarse de la cama. Después, no puede alzar la cabeza de la almohada. Más adelante, no puede ver más allá de la ventana. Luego, no puede ver su propia mano delante de los ojos. La vida se interioriza, las sensaciones se cierran, el horizonte se acorta hasta la distancia cero.

Y entonces se produce la muerte. Un concepto de la muerte basado en una especie de celda carcelaria, el hombre que va siendo encerrado en celdas cada vez más pequeñas, y su última y más pequeña celda es su propia conciencia, cada vez más desprovista de sensaciones. Un puntito de luz. Si eso es cierto con respecto a la muerte, entonces una verdadera prisión es una metáfora de la muerte, y cuando se encierra a un hombre en la cárcel lo que se hace es sugerirle los grados de muerte que puede alcanzar antes de que su vida se extinga de verdad. Se le obliga a iniciar su agonía. Toda restricción de la libertad impone condiciones de muerte. El castigo de prisión provoca la corrupción de la muerte en vida.

—¿Quiere decir que están separados?

—Sí.

—¿Están solos?

—Sí.

—¿Tristes?

—No están demasiado tristes.

—¿Tienen miedo?

—No, no tienen miedo. Como son inocentes, no tienen nada que temer. Saben que quedarán libres después del juicio. Probaremos que no son culpables. Y entonces volveréis a estar todos juntos. ¡Has oído eso, Susele? Tu mamá y tu papá volverán a tu lado y te abrazarán y te besarán, y podréis vivir todos juntos de nuevo.

(Por lo tanto, tienes que ser una niña buena y hacer lo que te diga tu hermano. Ahora id los dos a ayudar a vuestra tía).

Ascher sacó un enorme pañuelo, lo sacudió para desplegarlo y se lo llevó a la nariz. Nos quedamos observándolo. Nos dio la espalda y se sonó ruidosamente, con un estrépito risible, como si celebrara con una bufonada el día en que mis padres saldrían de la cárcel.

De ese período de nuestra vida sólo perduran dos o tres imágenes. Los ávidos, largos y duros dedos de tía Frieda mientras doblaban por la mitad un billete de cinco y dos de uno que le había dado Ascher, los doblaban de nuevo por la mitad, metían a continuación los compactados dólares en su monedero y lo cerraban con un chasquido, al que siguió otro cuando cerraron la cartera. La figura del taxista, que bostezaba detrás del volante. En el salpicadero, dentro de una caja de cigarros sin tapa, un haz de puntas de lápices sujetos con gomas elásticas. En épocas de crisis, siempre me muestro sensible a los personajes periféricos. El taxista se llamaba Henry Lichtenstein, y tenía el número 45930. Llevaba una gorra de color marrón inclinada en un ángulo de ciento ochenta grados. Lucía un bigote semejante a un cepillo de dientes y un diente de oro que, cuando bostezaba, centelleaba en el retrovisor.

—No le prometo nada —le dijo tía Frieda a Ascher por la ventanilla—. Haré lo que pueda, pero eso es todo.

HARÉ LO QUE PUEDA PERO ESO ES TODO.

En aquellos tiempos, los taxis aún eran limusinas, con asientos abatibles en la parte trasera. Aquél era un De Soto grande y de color amarillo. Los bultos que contenían nuestras cosas reposaban en el suelo, junto a nuestros pies. Susan iba sentada en el medio, entre la chiflada y yo. Ascher se despidió y se apartó de la ventanilla. Dispuse de unos ocho segundos para echar el último vistazo antes de que el taxista dejara su portapapeles, pusiera el De Soto en primera y nos alejáramos de nuestro hogar. Del fondo del callejón apareció Williams abrazado a un cubo lleno de cenizas. Sus enormes pies planos se levantaban con la gracia de un águila, su cuerpo flotaba a través del aire como una canción. Se detiene, deja el cubo en el suelo. Observo el aliento que se condensa ante su boca. Mira el taxi. Fijo la vista en sus amenazadores ojos enrojecidos. Hunde la cabeza, extiende el brazo y me señala, el taxi da una sacudida y Williams desaparece. Frente a la cabeza de tía Frieda, en el otro lado del asiento, los intersticios en forma de rombo de la valla del patio de la escuela se toman borrosos. A Ascher y a mi tía no les he mencionado ni una sola vez la escuela. No he hablado de la posibilidad de abandonar la escuela, ni de que me trasladaran a otra, ni de nada relacionado con la escuela. O lo han olvidado o no les importa. Pero no es la escuela lo que me ha servido de justificación para ir con tía Frieda. Resultará que eso no basta. Al llegar a algún lugar del Bronx, mi tía le ordena al taxista que nos lleve a la estación de tren. Se ahorrará buena parte de los siete dólares si nos arrastra escaleras arriba, cargados con los bultos y las maletas, y viajamos todos de pie en el tren elevado hasta Brooklyn.

Todos se han ido: los amigos, la joven que escribe para *Cosmopolitan*, el fotógrafo. Artie Sternlicht está estirado sobre la colchoneta con las manos detrás de la

cabeza.

—No me queda ni una gota de energía —dice. Su voz es ahora dulce—. Estoy enfermo. No puedo ni levantar el culo.

Daniel quiere marcharse, pero Artie y su chica insisten en que se quede a cenar. Ella se encuentra en el cubículo de la cocina, al lado de la puerta de entrada, donde unas tablas cruzadas sobre un fregadero hacen las veces de mesa; la nevera es de tamaño mediano, de modo que uno tiene que agacharse para abrirla, y la cocina renegrida de dos hornillos tiene las patas curvas. Todo el apartamento consiste en esa especie de nicho convertido en cocina, un cuarto de baño con una cisterna colgada de la pared, y el dormitorio amueblado con la colchoneta, una mesa, un televisor en color y el *collage*.

—Tu hermana sólo te mencionó una vez —dice Artie—. Dijo que tenía un hermano políticamente subdesarrollado. Al parecer, se refería a que no tenía los testículos en su lugar.

Un farolillo de papel japonés ilumina la estancia.

—Es muy bonita —dice Baby desde la cocina—. Me gusta mucho. No imaginé que fuese capaz de cometer una locura. Bueno, ya sabes, quiero decir que no es de ésas.

—Creo que se dirigía hacia aquí, venía a veros —les digo—. Creo que os traía material para el *collage*.

Baby se acerca al vano de la puerta.

—Salvad a los Isaacson —dice—. Ese póster.

Asiento con la cabeza. Artie se sienta y cruza las piernas.

—¡Dios mío!

Se cruza de brazos.

—¿Lo discutisteis con ella?

—¡Ah, mierda! Me tomaría unos vasos de vino. Me gustaría colocarme. ¿Cuándo comemos, Baby?

—Estoy preparando unos espaguetis de harina integral.

—Hace un calor terrible —dice Artie—. Esta jodida ciudad es como un horno. —Se levanta y comienza a pasear por la habitación—. ¿Quieres saber qué es lo que no marchaba con los antiguos comunistas norteamericanos? Que estaban dentro del sistema. Que llevaban corbata. Que aceptaban empleos de ínfima categoría. Presentaban candidatos a presidente. Creían que la política se hace en los mítines. Cuando los arrestaban, decían que era una tiranía. Chupaban de la teta de Rusia. ¡Rusia! ¿Quién es libre en Rusia? Lo único que quieren los rusos es darle por el culo a todo el mundo. ¿Dónde se ve la revolución en Rusia? —Me mira como si realmente esperara una respuesta. Camina arriba y abajo—. El Partido Comunista de Estados Unidos hizo retroceder a la izquierda cincuenta años. Creo que estaban al servicio del FBI. Esa es la única explicación. Tenían espíritu de conspiradores. Fueron una invención de J. Edgar Hoover. Fueron su gran invención.

—¿Cómo conociste a Susan?

—Baby, ¿cómo conocimos a Susan? Creo que la conocimos en Boston, cuando estuve allí para dar una charla.

—Eso es —dice Baby.

—Tocó el tema ése acerca de vuestros padres —explica Sternlicht.

—Ya.

—Bueno, amigo, ¿quieres que te lo cuente todo o vas a interrumpirme cada vez que abro la boca? \*

—Adelante.

—Tus viejos no sabían una mierda. La forma en que se manejaron en el juicio fue patético. Lo que quiero decir es que jugaron de acuerdo con las reglas de los otros, no con las suyas. Las reglas del gobierno. ¿Sabes qué quiero decir? En vez de levantarse y decir que os folien, haced lo que queráis, con unos cabrones como vosotros nunca tendré un juicio imparcial... Presentaron mociones, se declararon inocentes, hablaban sólo cuando les preguntaban, les hicieron el juego. ¿De acuerdo? Todo el marco de referencia se volvió en su contra porque actuaron como demandados en un juicio. ¿Lo captas?

—Sí.

—Sé que algún día van a echarme el guante. Cuando los federales abran los ojos y vean que no soy un loco adicto al ácido, cuando vean que todos los tipos raros están unidos y ponen los huevos en el mismo cesto, nos perseguirán para reventarnos o arrestarnos, o ambas cosas a la vez, lo cual me parece muy bien, porque a mí me importa una mierda morir; cuando estás metido en la revolución tienes que morir, y no puedes ser un revolucionario a menos que estés dispuesto a dar la vida. Pero, amigo mío, si alguna vez me someten a juicio, mi propósito será demostrarles lo corruptos y cabrones que son. El juicio será mi gran oportunidad. Le daré la vuelta al tribunal, y lo que yo diga y haga en esa sala saldrá al aire, lo reproducirán los teletipos, y los chicos de todo el mundo asistirán al juicio y dirán: «Hombre, ¿quién es ese tío que tiene las pelotas tan bien puestas?» y si me declaran culpable, yo los declararé culpables a ellos, y si me declaran inocente, seguiré declarándolos culpables. Y no me daré por satisfecho hasta erigirme en su juez, como un hombre nuevo, en una nación nueva con nuevas leyes de vida. Y no seré yo el enjuiciado sino ellos. ¿Comprendes? ¡Y tus padres lo jodieron todo!

—Y Susan no estuvo de acuerdo con eso.

—Así es.

—Sin embargo, dijo que habían sido unos mártires —acotó Baby desde la cocina.

—Claro que fueron unos mártires. Pero la revolución tiene mártires de sobra. Como todos los negros asesinados en su cama, y en todas las cárceles del mundo, y como los millones de niños asesinados en las escuelas, y como la gente que murió de hambre o de un tiro o quemada viva en Vietnam. Tenemos mártires hasta en el culo.

—No se puede discutir con Artie —dice la chica.

Sternlicht se deja caer en la colchoneta.

—Tendremos que ir a verla —dice.

—No creo que sea una buena idea. Está muy deprimida. No quiere hablar con nadie.

Mientras comemos reina el silencio en la estancia. Usamos el suelo como mesa. En las ventanas levantadas, sin cortinas y con los cristales empañados por la mugre, brillan las luces de la avenida B. Los ruidos de la calle penetran por ellas al igual que el calor. Creo que si Phyllis lo hubiera conocido se habría ido con él y habría hecho la elección adecuada, habría liberado todo su ímpetu, y aquel semental revolucionario la habría follado y luego habrían reído juntos y se habrían sentido en la gloria. Y ella, criatura todo forma y corazón vacío, no se habría sentido enganchada a un hombre que no satisfacía por completo sus impulsos ni copiaba fantasías para hacerlas realidad. Me alegro de que mi esposa no haya conocido a Sternlicht. En la cama debe de ser un campeón. No somete a la mujer.

Miro a Baby, que lleva un top y unos pantalones cortos muy cortos, y se ha recogido la larga cabellera en una cola de caballo. Es una chica flaca, no muy bonita pero sí con atractivo sexual, una delgadez de la que emana una fuerza vital que encuentro atrayente y muy sensual, y que comprendo, en el sentido de comprender lo que Sternlicht quiere de ella, cuando la veo meterse en la boca el tenedor rebosante de espaguetis.

—Habría estado bien que tu hermana hubiese podido traernos el póster — comenta Sternlicht—. Habría sido bueno para ella. Lo habríamos pegado en la pared, ¿no es así, Baby? y ella lo habría dado por hecho y se habría dado por satisfecha. Todo encierra un significado; cada acto, por pequeño que sea, modifica el mundo.

—¿Te ha hablado alguna vez de su fideicomiso? —Sí.

—¿Del Patronato de la Revolución?

—Sí.

—¿Qué opinión te merece la idea?

Sternlicht sonrío. Toma un sorbo de leche de un vaso que ha dejado un círculo en el suelo. Se limpia los labios.

—Le dije a tu hermana que si tenía toda esa pasta para crear un fondo de caución o para poder ir gratis a la universidad o cualquier cosa de éstas, cambiaría totalmente la opinión que tenía de los Isaacson y con mucho gusto me convertiría en beneficiario de su patronato. Que me zurzan si soy coherente con mis ideas. Le dije que si hay pasta para el movimiento, me importa un rábano que llegue en nombre de Ronald Reagan. Le dije que, si aportaba treinta y cinco mil dólares para la causa, sería capaz de besarle el culo a todos y cada uno de los cerdos de la ciudad de Nueva York. Eso le dije. ¿Estás satisfecho con mi respuesta?

—Lo estoy.

—De todas las preguntas que has formulado —dice Artie—, esa es la única que no tendrías que haber hecho.

- Tal vez tengas razón —reconozco.  
—Y, además, he tenido mucha paciencia contigo.  
—Lo sé.  
—¿Por qué has venido? ¿Cómo me relacionaste con ella?  
—Escribió tu nombre en el tubo de cartón donde había metido el póster.

AÚN SIGUEN JODIÉNDONOS. No se refería a Paul y Rochelle. Eso es lo que yo habría querido decir en mi caso. En cambio, ella se refería, en primer lugar, a todos los demás, y ahora, a la izquierda. Los Isaacson no significan nada para la Nueva Izquierda. Y si éstos no pueden servirse de ellos, ¿quién más les queda? ¿YA TE HAS CAÍDO DEL CIRUELO? ADIÓS, DANIEL.

Más tarde, Sternlicht y Baby me invitaron a subir a la terraza a tomar un poco de aire. Fumamos hierba. Me cantaron una canción allí arriba, en aquella terraza cubierta de hollín que olía a aire enrarecido y a alquitrán, bajo la noche cerrada, calurosa y sin estrellas, sólo iluminada por las luces de la calle que se proyectaban hacia arriba, todo lo cual me provocaba la sensación de estar sentado sobre un fogón. La canción se titulaba *De qué lado estás*.

*Dicen en Harlan County  
Que no hay neutrales allí  
O eres del sindicato  
O enemigo de J. H. Blair.  
Oh, ¿podéis soportarlo, obreros?  
Oh, cómo podéis, decidme.  
¿Serás un esquirol piojoso  
O serás todo un hombre?  
¿De qué lado estás?  
¿De qué lado estás?  
¿DE QUÉ LADO ESTÁS?  
¿DE QUÉ LADO ESTÁS?*

Terminaron entonando el estribillo delante de mis narices. Luego levantaron el vuelo. Y yo me fui a casa después de haber reafirmado mi despiadado temperamento radical.

En septiembre de 1967, Daniel I. Lewin escribió una carta a su padrastro, Robert Lewin, profesor de Derecho. No conservo copia y confío en que él no la haya guardado en sus archivos. Era una carta vergonzosa. Artie Sternlicht, concédeme esta

disculpa.

Dediquemos este espacio a la carta que mi padre me escribió como respuesta:

4 de octubre de 1967

Querido Dan:

Lamento que me haya demorado tanto en contestar a tu carta. Me encargaste unos deberes muy interesantes. No te citaré los antecedentes, pero parece muy improbable que un tribunal apruebe la liquidación del fideicomiso si Susan lo solicita mientras se encuentra bajo atención psiquiátrica. Si bien este año alcanza la mayoría de edad, Lise y yo seguiremos siendo sus tutores hasta que se restablezca.

Sin embargo, como ya sabes, tú ahora tienes derecho, y lo has tenido desde que cumpliste veinticinco años, a recibir tu parte de la suma total. La enfermedad de Susan no incide en este aspecto. Si decidieras convertirte en su tutor en nuestro lugar y apelaras a la justicia con ese propósito, con el argumento de que, como hermano de Susan tienes más derecho que nosotros a disponer de su parte como ella lo crea conveniente, podrías obtener un dictamen favorable del tribunal. Yo, por supuesto, no me opondría a tu solicitud.

Existe otra excepción. Un tercero podría tener fundamentos para petitionar en favor de Susan, alegando que su salud mental mejoraría si asumiera el control de su parte de los bienes. No puedo predecir qué resultado obtendría. Pero suponiendo que «el Patronato Isaacson», dotado con el dinero de su fideicomiso, ejerciera un efecto saludable en su estado, se puede considerar que el tribunal tal vez encontrara méritos en ese argumento.

Ni que decir tiene que quedé fascinado por tus preguntas. ¿Qué has descubierto? No recuerdo que Susan mencionara a ningún Artie Sternlicht, ni tu madre tampoco. Claro que hubo un período de un mes o de seis semanas en el que no acudió a clase, y no podemos saber qué hizo durante ese tiempo ni adonde fue ni a quién vio. En cualquier caso, tu nuevo modo de pensar hace que me sienta animado, sobre todo por la idea de que quizás estés reconsiderando tu resistencia a relevarme de la responsabilidad de velar por tu parte del fideicomiso. Te ruego que nos hagas saber qué piensas hacer.

Con todo nuestro cariño,

PAPÁ

Esta carta pone punto final a esta parte de la historia. Resulta interesante advertir, aparte de todo lo demás, la presión activa de la paternidad que subyace en la carta de Robert Lewin. Quiere estabilizarme mediante la responsabilidad, lo cual es una rígida idea auténticamente puritana. En esa idea se fusionan el judío y Estados Unidos, ambos herederos de los antiguos navegantes; los mares se surcan mejor con plomo en la quilla. Que mi padre sea abogado no es una casualidad, como tampoco lo es el que ame la justicia norteamericana, una institución que falla constantemente y a la que él ama constantemente, como si la considerase un niño malo que algún día dejará de defraudar su amor, puesto que quedará estabilizada mediante la responsabilidad.

Mientras mis padres se hallaban en la cárcel, a la espera de ser juzgados, el general de los Ejércitos, Douglas MacArthur, que ofrecía una estampa magnífica con su pipa de mazorca de maíz, sus gafas de aviador y la gallarda visera de su gorra militar, recibió la orden de regresar a la patria. Había intentado oponerse a la política de Washington y había hecho propaganda contra su propio comandante en jefe. Por su desobediencia, su ego neanderthalense y su total incapacidad para marcar el paso a las órdenes de un capitán de artillería aficionado, fue relevado del cargo de

comandante supremo de todas las fuerzas y se le ordenó regresar a la patria, donde se le brindó una tumultuosa recepción. Estados Unidos no había olvidado a su héroe. En Washington, en Nueva York, las calles se llenaron de entusiastas veneradores que lo aclamaban. Se celebraron desfiles. Hubo una sensiblera alocución dirigida a ambas cámaras del Congreso. Se habló de censurar al presidente. Se habló de proponer a MacArthur para la presidencia. Yo contemplaba todas esas obscenidades a través de la mágica y flamante televisión de tía Frieda durante las tardes en que ella estaba abajo, en la tienda, y no podía decirme que no malgastara electricidad. MacArthur estuvo más cerca de derrocar al gobierno de Estados Unidos que cualquier otra persona de los tiempos modernos. Lo aclamaron por todo el país. Advertí que se peinaba los cabellos de un lado a otro de la cabeza para ocultar la calvicie. ¿Cómo podía confiar el país en un hombre tan patéticamente vanidoso? Comencé a preguntarme si había sido tan buen general como se decía. En definitiva, ¿qué es un buen general? ¿Con qué criterio se lo juzga? Por la noche, Susan y yo dormíamos en la misma cama, la de tía Frieda, quien dormía en el sofá del salón. No era un buen arreglo. Bajo la sábana había una lámina de goma. Susan estaba sufriendo un proceso de regresión y no podía despertar para ir al baño. En mitad de la noche, una oleada de orina me lamía suavemente el pijama. Me despertaba en medio de los vahos urinarios del alba.

Estaba desolado. Es como una sensación de vacío dentro del pecho. Rememoraba la alegría de viajar hasta, el centro de la ciudad en el metro con mi padre y mi madre, uno a cada lado. Íbamos al Roxy a escuchar a la Filarmónica de Nueva York. Luego proyectaban una película en technicolor. En otra ocasión, me llevaron al teatro Stanley en la Octava avenida, cerca de la calle Cuarenta y dos, y vimos *Alexander Nevski*. ¡A lo que se había visto reducida mi vida, acostado con mi hermana meona, sumido en la ranciedad de la cama de tía Frieda, en Brooklyn, una cama desprovista de amor, mientras aguardaba a que llegase el día siguiente para escuchar posiblemente otro discurso sentimental de un general asesino!

Al establecer la cronología, creo que este período en casa de Frieda coincide con la primera de las actas de procesamiento del gobierno. Hubo un total de tres, mientras el fiscal general de Estados Unidos y el FBI iban perfeccionando gradualmente el guión. Primero hubo ocho actos hostiles. Luego, los actos hostiles fueron nueve. Después, DIEZ ACTOS HOSTILES.

*Electrocutados*, una obra en diez actos hostiles.

Lunes, día 5

¿Cómo estás, mi querido Danny? ¿Qué te parece Brooklyn? ¿Es interesante? ¿Ya has hecho nuevos amigos? Sé que probablemente te resultará fastidioso no ir a la escuela, cariño, pero todo esto, el que no estemos juntos, la interrupción de la rutina, sólo es temporal. Mientras tanto, deberías pedir a tía Frieda que te lleve a la biblioteca y que allí elijas muchos libros para leer. El señor Ascher, el «tío Jacob», está tratando de inscribirte en una escuela pública de por allí, pero eso puede demorarse unos cuantos días más. Mi pequeña y querida Susan irá a un parvulario.

Mira, cariñito, tengo una sorpresa para ti: el «tío Jacob» os llevará un regalo para cada uno de nuestra

parte. Espero que los disfrutéis. Vuestro padre y yo estuvimos comentando por carta qué podríamos enviaros, y al final le pedimos que os lo comprara en la tienda y os lo llevara a casa. ¡Eso es para que no os sintáis tan solos, porque serán unos regalos de nuestra parte, y también para que podáis divertir os mucho!

Te ruego que me escribas de nuevo, dulce ángel mío. Me ha gustado mucho tu carta. Dime lo que piensas. ¡Eres un gran consuelo para mí!

¡Y, por favor, no te preocupes por nosotros! Todos nos echamos de menos, pero colabora con la tía y cuida de tu hermana —sé que ya lo haces aunque no te lo pida, cariño mío—, y ya verás cómo antes de que te des cuenta estaremos de nuevo todos juntos.

Con todo mi amor,

MAMÁ

Los regalos fueron dos: un juego de construcciones, que encontré aburrido, y un bloc de dibujo con lápices de colores. Me alarmó el tono de la carta. Me dolió porque no contenía ninguna información. Susan recibió un juego de té de hojalata y un cuaderno para colorear junto con lápices de colores. Yo tenía que jugar a las casitas con ella: un juego interminable y absurdo que siempre comenzaba con ambos sentados delante del juego de té, como si estuviéramos desayunando. Ella era la madre, y yo el padre. Después del desayuno, dibujábamos nuestra casa. Cada vez me resultaba más difícil respirar en el apartamento de tía Frieda. Siempre tenía las ventanas cerradas. Cuando Ascher llegó con los regalos, intentó abrir la ventana de la sala de estar, pero no pudo. El apartamento era oscuro y sin ventilación. También me costaba dormir. Había visto por televisión una película de los años treinta que transcurría en una cárcel: el hombre sacude los barrotes de su celda mientras grita: ¡Soy inocente! ¡Os juro que soy inocente! ¡Soy inocente!; luego rompe a llorar, porque nadie lo escucha, y se desliza hasta el suelo, donde queda acurrucado, pero sin soltar por un momento los barrotes de la celda. Durante toda la noche mis padres suben y bajan en los barrotes, como los caballitos de un tiovivo, se levantan y se deslizan hasta el suelo aferrados a los barrotes.

Susan utilizaba los cojines del sofá de tía Frieda para hacer las paredes de la casa. Acercábamos un sillón para la última pared. A veces, por accidente, pisábamos algún lápiz de cera, que quedaba triturado sobre la alfombra. Solía olvidarme de guardar el juego de construcción, lo que provocaba que tía Frieda estuviese a punto de caer cuando pisaba alguna tuerca en el pasillo a oscuras, la cual rodaba debajo de su pie y dejaba una marca en el suelo.

Era tremendamente ordenada, pero para nada limpia. No quería ver un solo objeto fuera de lugar en su polvorienta casa. En su pastelería, yo trataba de leer los periódicos, pero ella ponía el grito en el cielo si cogía uno del mostrador. ¿Cómo iba a venderlo si lo arrugaba? Aprendí a escamotearle el diario para ver si publicaban algo sobre Paul y Rochelle. Los chicos del barrio le robaban cosas constantemente. Cuando estaba de espaldas. Cuando la luz se reflejaba en sus gafas. Yo habría podido ayudarla, pero no me lo pedía. En los anaqueles de su tienda vi un cuaderno para colorear igual al que tenía Susan. Vi el mismo bloc de dibujo y la misma caja de lápices de colores que tenía yo. Comprendí que Ascher seguramente le había

comprado aquellos regalos a tía Frieda. Los periódicos que le robaba los arrojaba al cubo de la basura. A menudo tenía la sensación de que no podía respirar. Me asustaba. Descubrí que si corría por la sala y hacía girar los brazos como aspas de molino, conseguía respirar mejor por unos momentos. Una vez tiré una lámpara al suelo y se rompió. No podía hacer amigos en el barrio, porque yo era pariente de tía Frieda, que no simpatizaba con los niños y se mostraba intolerante con ellos. Me había advertido que no me atreviera a negar ante ellos que era su sobrino. Un día, Susan le dijo a una niña que nuestros padres estaban en la cárcel. Aquél era un barrio de gente de clase media baja. Vivían muchos pobres por allí. Un día corrió la voz de que el hermano mayor de alguien había desaparecido en Corea. Se produjeron incidentes.

Me di cuenta de que, cuando no podía respirar bien, me volvía maniáticamente activo. No hablaba, sino que gritaba. No caminaba, sino que corría. No podía estar quieto. Me dedicaba a espiar a tía Frieda. Miraba por el ojo de la cerradura para verla en el cuarto de baño. Cuando bajaba a la tienda por los tres tramos de escalera, la seguía un tramo por detrás. Le robaba dulces del mostrador. Memorice el número de teléfono de la cabina de la tienda y llamaba desde el teléfono de su apartamento. Cuando contestaba, yo colgaba. Animaba a Susan a hacer acrobacias en la cama; la levantaba en el aire sobre mi cabeza, con los brazos extendidos al máximo. La cogía por las piernas en un costado de la cama y la dejaba suspendida cabeza abajo. Ella soltaba gritos de alegría. Utilizábamos la cama como si fuese un trampolín.

De esa época no conservo nada que fuese positivo para mí. Ahora siento lástima por tía Frieda, que era, sencillamente, una persona de muy cortos alcances, de quien su hermano Paul pretendía demasiado; de quien los hijos meones y cagones de éste, que la torturaban, pretendían demasiado; de quien la vida que se veía obligada a llevar también le exigía demasiado. No era mezquina, neurótica, egoísta, insensible ni miserable. Era de cortos alcances. Susan y yo duramos, o ella duró, cinco semanas. Nunca fuimos a la escuela en Brooklyn. No es posible encontrar clave alguna en esas cinco semanas. Si aún viviera, no iría a verla, porque no podría contarme nada que me fuese de utilidad.

Todas las noches cenábamos macarrones mezclados con requesón. Cuando Ascher nos trasladó al internado Frieda manifestó que ya no podía mantenernos y que además era incapaz de refrenarnos físicamente. Eran verdades a medias. Un día me descubrió espiándola cuando estaba en el cuarto de baño: tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, y mostraba los dientes, sentada en el inodoro con los calzones en torno a las rodillas, mientras arqueaba la espalda en el éxtasis de la defecación; algo que sonó como una piedra cayó en el agua, debajo de ella. Al cabo de un segundo, golpeé el picaporte con la cabeza, y la puerta, que no estaba bien cerrada, se abrió lentamente. Frieda nunca me lo perdonó.

No recuerdo nada del viaje hasta el internado, que quedaba en el Bronx. Seguramente fue Ascher quien nos llevó. Quizá Frieda también viniese para contribuir al traslado. Es probable que hiciéramos dos viajes, el primero para que nos entrevistaran. Recuerdo una especie de entrevista. Fue una época horrible. Los periódicos no paraban de juzgar a mis padres a partir de los informes del Departamento de Justicia. En sus declaraciones, J. Edgar Hoover no mencionaba jamás la presunción de inocencia. Así, mi padre fue adquiriendo fama de espía magistral. De espía magistral y cabecilla de una conspiración. En un período de varias semanas su notoriedad creció en todos los comentarios que se hacían a propósito de la detención de varios espías. Al doctor Mindish se le definió como uno de los ejecutores de sus órdenes. Yo estaba confuso. Si mi padre era el líder de una conspiración, ¿formaba yo también parte de ella? ¿Cómo podía formar parte de una conspiración de la que no sabía nada hasta que leí acerca de ella en el periódico? ¿Era ese el mismo Paul Isaacson que conocía como mi padre? y si no lo era, ¿dónde estaba mi padre? Encontraba que muchas de las palabras me resultaban difíciles de comprender. Echaba de menos la voz de mi padre cuando lo analizaba todo, cuando analizaba sin cesar y descubría las mentiras del periódico, la radio y la televisión, las mentiras que flotaban en el aire; echaba de menos la verdad, echaba de menos su fuerza para explicarme el verdadero significado de lo que estaba ocurriendo. Cuando recibía una carta suya, la encontraba tan extraña y carente de información como la de mi madre. No parecía escrita por él. Intentaba analizar la situación tal como le había visto hacerlo, pero no podía. No podía invocar aquella fuerza. Mi padre se estaba transformando ante mis ojos, y él no se encontraba allí para evitarlo. Si estaba en la cárcel, quizá fuese verdad que él era el cabecilla de una conspiración para entregar los secretos atómicos. Mentalmente trataba de adaptar mi vida y la relación con mi padre a las palabras que leía en los periódicos.

Pero el rostro grave de Ascher siempre me devolvía a la realidad. Al ver el modo en que aquel hombre abrumado se hundía cada vez más profundamente en el pozo de las responsabilidades del destino de mi padre, no podía haber ninguna duda con respecto a la semántica del desastre. Estaban jodiéndonos. Cada nuevo cargo que aportaba el Grand Jury perfeccionaba la conspiración, la extendía, se sumaba a los actos hostiles, la arrastraba más hacia el fondo.

Yo me sentía culpable. Truman tuvo que ordenar a los científicos que crearan una superbomba. Aunque había trabajado para fabricar la bomba atómica, Robert Oppenheimer se oponía a la creación de la superbomba, una actitud que podía considerarse un riesgo para la seguridad nacional. Si bien estaba a favor de la bomba atómica, no estaba de acuerdo con la bomba de hidrógeno y, por lo tanto, se lo consideró traidor.

Cada chico disponía de un camastro del ejército provisto de sábanas de color caqui, con las que se esperaba que hiciera la cama todas las mañanas, una taquilla junto al camastro y un arcón para los zapatos al pie de la cama. La bolsa de la ropa para lavar tenía que estar atada a las patas del catre. No se podía pegar nada en las paredes, las cuales estaban decoradas por una especie de azulejos de color marrón. El suelo era de azulejos de vinilo, también de color marrón. Los cristales de las ventanas eran opacos y estaban protegidos con una tela metálica romboidal, como la valla del patio de la escuela. Todas las superficies eran duras y a menudo se producía un estrépito increíble. Para indicarnos que callásemos hacían sonar un silbato que me dejaba unas punzadas dolorosas en los oídos. Sonaba el silbato para despertarnos por la mañana. En la estancia siempre había de treinta a cuarenta niños, de edades comprendidas entre los cinco y los doce años. Trataban de asignar chicos pequeños a los grandes, en una suerte de sistema en el que el hermano mayor protegiera al menor, pero no siempre daba resultado. Algunos de los chicos eran, sin duda, enfermos; por lo general se pensaba que eran retrasados, pero ahora sé que, al menos en un par de casos, se trataba de autistas. Uno de los niños nunca se levantaba de la cama por voluntad propia. Si se le dejaba de pie junto a la cama, permanecía allí hasta que lo obligaban a moverse. Lo llamaban Inercia. Siempre tenía que haber alguien que lo colocara en la posición que debía adoptar en un determinado momento. Otro chico, histérico y muy moreno, nunca pronunciaba frases que tuvieran algún sentido o con la entonación correspondiente a lo que estaba ocurriendo. Cada vez que íbamos al gimnasio a jugar, tenía la costumbre de dar vueltas por todo el recinto. Lo mismo hacía en el patio exterior. Aquel chico siempre corría a lo largo del perímetro del lugar donde estuviéramos encerrados, y al cabo de unos momentos ya ni siquiera le prestabas atención. Mientras caminaba pegado a la pared iba charlando consigo mismo. A todos los raros los colocaban en el extremo del dormitorio. En el otro extremo, cerca de las puertas, se encontraban las camas de los provisionales. Los chicos que iban a parar al internado sólo por unos días o un par de semanas permanecían cerca de las puertas. De modo que la sensación que uno tenía de aquella comunidad era que constaba de un sólido núcleo central, cuyos desgastados bordes estaban formados por los chiflados y los provisionales. Al cabo de un mes, me pasaron de la situación de provisional a la de miembro del núcleo sólido.

Ocupábamos el segundo piso del internado. La sección de las niñas se encontraba en el primero. En ocasiones, por la noche, mientras permanecía despierto en la cama después de que apagarán las luces, oía a través de las paredes los chillidos de rabia de mi hermana.

Una vez por semana teníamos simulacro de incendio. Una vez por semana teníamos simulacro de bombardeo. En los simulacros de incendio, salíamos a la acera. En los simulacros de bombardeo, permanecíamos dentro.

La planta baja se destinaba a los despachos del personal, el comedor y la cocina. La tercera y última estaba completamente ocupada por un gimnasio cubierto. El nombre de la institución era Internado para Niños del East Bronx, ciudad de Nueva York (Honorable William O'Dwyer, alcalde, honorable Edward J. Flynn, presidente del distrito del Bronx). Está situado en la avenida Tremont, cerca del Crotona Park, en un grupo de edificios municipales.

Todos los días un autobús llevaba a los integrantes del núcleo sólido a la escuela. Ignoro por qué nos llevaban a una escuela pública en lugar de a otra. Había una muy cerca, incluso se podía llegar a pie, pero nos destinaron a otra. La enorme escuela pintada de morado a la que asistíamos estaba tan lejos, aunque en otra dirección, como yo creía que lo estaba mi verdadera escuela, la PS 70. Apenas si me impresionó, y actualmente ni siquiera recuerdo su número. A nadie le importaba si hacías los deberes o no. Era una escuela vieja con maestros fatigados y ceñudos, y un gran número de chicos negros.

En el internado, el juego preferido era el *softball*. El nivel atlético era muy alto. Los chicos jugaban intensamente y lo hacían muy bien. Los mejores partidos tenían lugar los domingos. Por la mañana, nos quedábamos sentados en la cama vestidos con la mejor ropa y esperábamos a que los parientes, tutores o lo que fuera vinieran a buscarnos para pasar el día con ellos. Al mediodía, ya era obvio quién se quedaría sin salir. Los elegidos jugarían un partido en el patio o, si hacía frío, en el gimnasio, y por lo general sin supervisores. Los partidos de los domingos eran violentos. Todos jugaban como demonios. Yo aprendí a jugar los domingos. Siempre había alguno que se rasgaba sus mejores pantalones al deslizarse por el suelo de hormigón, o bien se le desprendía la suela del zapato. Las niñas miraban y se burlaban o nos provocaban con sus insultos; constituíamos una sociedad totalmente autónoma, una sociedad completamente integrada en la que no faltaba nadie de importancia.

La mayoría de los chicos llevaban ropa que no correspondía a su talla. Calcetines caídos sobre los tobillos. Vestidos floreados de hermanas mayores. Pantalones Goodwill doblados en la cintura y firmemente sujetos con el cinturón.

En el comedor, servían hamburguesas tibias que se extraían de enormes ollas de agua sobre las que flotaba una aceitosa capa amarillenta. Servían sopa de verduras. Servían un cuarto de litro de leche. Servían crema de maíz y puré de patatas. Jamás olvidaré el olor de aquel comedor: era cálido y agradable, mucho mejor que la comida; supongo que se debía al olor de la sopa de verduras, al cual se incorporaba todo lo demás, y que era más intenso que todo lo demás. Relaciono aquel olor con la pobreza. Considero la sopa de verduras equivalente a la privación de los derechos políticos o civiles. Cuando Phyllis prepara sopa de verduras no para de agregar cosas con el propósito de recuperar aquel olor para mí. Ella nunca la prueba. Creo que se precisa estar rodeado de paredes de azulejo, techos altos con bombillas colgadas de cadenas, y bandejas de cafetería fabricadas en plástico de color marrón.

El otro olor intenso que flotaba en el internado era el hedor a vómito. Se vomitaba

mucho allí. Los chicos continuamente enfermaban y vomitaban. El conserje venía con su carrito, una gruesa escoba, un recogedor y un cubo de serrín. Cubría el vómito con serrín y, cuando estaba bien empapado, barría la asquerosa mezcla con la escoba y el recogedor. Luego pasaba un estropajo impregnado en una solución de amoníaco. El olor del amoníaco tapaba el hedor a vómito durante unos cinco minutos. Pero el resto del día la zona seguía oliendo a vómito. En su esencia más ligera era un olor misterioso y horrible. El olor de las entrañas de los cuerpos.

Tal vez fuese el hedor a vómito lo que hacía que la sopa de verduras oliese mejor.

Algunos de los chicos mayores estaban en la pubertad y tenían vello. Había muchas luchas cuerpo a cuerpo. A un muchacho le gustaba masturbarse en medio de la sala, donde pudieran verlo todos. En una ocasión tuvo lugar un intento de sodomización. Siempre se producían confrontaciones violentas, y uno u otro era atrapado con una navaja que no debería haber tenido. El castigo consistía en un mamporro instantáneo en la cabeza. El señor Levinson, el supervisor de los muchachos, no se andaba con remilgos. Por la noche nos vigilaba su ayudante, un hombre más viejo llamado Clancy, un alcohólico flácido y desdentado para quien aquel trabajo era como un medio de reformarse. Clancy se iba a dormir cuando lo hacíamos nosotros.

Sólo veía a Susan cuando me dirigía a algún lugar, atropelladamente, por lo general en las ocasiones en que los chicos y las chicas coincidíamos en un pasillo y pasábamos rozándonos mutuamente. Ella siempre me abrazaba. Un día recordé que era su cumpleaños y se lo dije al señor Levinson, quien le envió una nota a la supervisora de las niñas. A la hora de la cena le colocaron delante una tarta con una vela y las niñas de su mesa le cantaron el *Cumpleaños feliz*. Pero ese día no recibí ningún regalo. Dos días después llegó una tarjeta de la cárcel. Estaba firmada por ambos. Con letra de mamá decía: «Cumpleaños feliz a nuestra querida hijita. El próximo aniversario te haremos un regalo que te compense por el que no has tenido este año. Con amor, Mamá y Papá». Susan tenía cinco años. Como era menuda, uno podría imaginar que todos estaban encariñados con ella, como si fuese una mascota. Pero, en verdad, no congraciaba con nadie. No era simpática. Estaba aterrada. Tenía el pelo negro y sucio, y los ojos de color azul hundidos en las mejillas. Parecía una pordiosera. Un día le mordió la mano a la supervisora de las niñas y recibió una bofetada. Respondió con una patada. Mi hermana constituía un problema. Cada vez que nos veíamos, me abrazaba con todas sus fuerzas.

Un día, el señor Levinson me ordenó que bajara al despacho del señor Guglielmi, el psicólogo, que era mucho más joven que el señor Levinson. Trabajaba en el internado por horas. Llevaba chaqueta y corbata, en tanto que el señor Levinson iba en mangas de camisa. Usaba zapatos marrones muy brillantes y cuidados de suela gruesa. Por lo menos una vez al mes, mantenía una charla con cada chico durante diez o quince minutos.

—Adelante, Dan, siéntate.

El psicólogo encendió un cigarrillo y se retrepó en el sillón giratorio de madera, el cual chirriaba.

—Dan —dijo—, necesito tu colaboración.

Daniel lo miró fijamente, en silencio.

—No sé qué hacer con tu hermanita. Estamos tratando de que se sienta como en su casa. Estamos tratando de que nos considere sus amigos. Pero está poniéndonos las cosas difíciles. Voy a preguntarte algo: ¿Cogía berrinches cuando vivíais en vuestra casa?

Daniel negó con la cabeza.

—No come bien —prosiguió el psicólogo—. No deja dormir a las demás niñas. Si alguien le dice algo o la mira de mala manera, comienza a gritar. No quiere cooperar con nadie.

Daniel sonrió. No pudo evitarlo.

El señor Guglielmi dijo:

—Te pregunto qué crees que deberíamos hacer.

—Ella cree que esto es la cárcel —respondió Daniel.

El psicólogo anotó algo en la libreta. Luego se inclinó hacia adelante.

—Pero eso es una tontería —dijo afectuosamente—. Aquí no hay rejas en las ventanas. No hay cerraduras en las puertas. A la hora del recreo puede salir a jugar al patio.

—No la dejan dormir en la cama conmigo —dijo Daniel.

El psicólogo anotó algo en la libreta. Luego preguntó:

—¿Y eso le hace creer que está en la cárcel?

—En la cárcel tienen a las personas separadas. Luego, las matan.

Daniel no podía dejar de sonreír.

—Oh, vamos, espera un momento. Eso no es lo que sucede en la cárcel. Cuando las personas cometen un delito, se las juzga. Si se las encuentra culpables, van a la cárcel por un tiempo y luego quedan libres. No se las mata. Muy pocas personas cometen delitos tan horribles como para que eso ocurra.

—Mi padre y mi madre están en la cárcel y no los han juzgado.

—Bueno, eso es sólo un tecnicismo. Están esperando a que los juzguen.

—¿Por qué no pueden esperar en casa con nosotros?

—No lo sé, Dan, no soy abogado. Quizás el gobierno tema que intenten huir.

—Bueno, si no pensarán matarlos, no temerían eso.

El psicólogo sacudió la cabeza. Apagó el cigarrillo.

—¿Has hablado de esto con Susan?

—No; se echaría a llorar.

—¿Te gustaría dormir con ella?

—No; moja la cama.

El psicólogo anotó algo en la libreta.

—Bien —dijo—, ¿qué vamos a hacer? Supongamos que te dejamos estar más

tiempo con ella durante el día, ¿crees que eso ayudaría?

Daniel se encogió de hombros.

—Aquí tenemos reglas, ¿sabes? —continuó el señor Guglielmi—. Tenemos una manera de hacer las cosas.

Los chicos están en un sector, y las niñas, en otro. Ésas son las reglas.

—Entonces esto es como en la cárcel —dijo Daniel, sonriendo.

—Daniel, esto es el Internado para Niños del East Bronx. ¡Esto no es la cárcel! Oye, mírame cuando te hablo: ¿Acaso te dije yo que tenías que venir aquí?

—No.

—No. ¿Le dije a Susan que tenía que venir aquí?

—No.

—¡No! Bueno, entonces ¿cómo puede ser una cárcel? Tus padres pidieron al ayuntamiento que os permitiesen permanecer aquí. Encargaron a su abogado que extendiera una solicitud con vuestros nombres. ¿Significa eso que vuestros propios padres os metieron en la cárcel?

Daniel se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¡No lo sé! ¿Crees que un padre y una madre serían capaces de encerrar a sus propios hijos en la cárcel?

—No lo sé.

—¡No lo sé! Bien, pues no lo harían. Tú sabes que no lo harían.

Daniel pasó el dedo por el borde del escritorio. Supongamos que las cartas que recibía de sus padres las hubiesen escrito en realidad agentes del FBI que imitaron su letra. O supongamos que el FBI les hubiera obligado a decir que querían que sus hijos viviesen en el internado. Él no creía que fuese el caso, pero si resultaba ser cierto, debía estar prevenido. Porque si era el FBI el que los había internado allí, debían tener un motivo, el cual seguramente era que acabasen odiando a sus padres para que luego propagaran mentiras acerca de ellos.

arañas violín

El señor Guglielmi había rodeado el escritorio y se sentó en él con una pierna colgando.

—Además —dijo—, si esto fuese una cárcel no dejarían que te divirtieras. Y tú te diviertes, ¿no es así, Dan?

Daniel se encogió de hombros.

—Sí.

—¿Y haces amigos?

Daniel se encogió de hombros. Asintió con la cabeza.

—Bien. ¿Hay algo que te preocupe y querrías hablar conmigo?

—No.

—Correcto. Creo que lo que haremos será permitir que Susan coma contigo. Y tal vez a la hora de acostarse te dejemos estar con ella un rato, hasta que se duerma.

Haremos la prueba, ¿te parece bien?

—Sí —respondió Daniel.

—Si no tuviéramos reglas, Dan —añadió el psicólogo—, no podríamos cumplir con nuestra labor. Eso lo entiendes, ¿no es así? Son muchos los ciudadanos que obran sin atenerse a ninguna regla.

(cuando llegamos allí el primer día y nos sentamos con nuestros bártulos en el despacho de la planta baja, todo el personal nos identificó. Subrepticamente, por supuesto. Se armó un buen revuelo. Celebrities. Enseguida nos dimos cuenta de lo que pasaba, ¿verdad, Susy? Les amargamos el día)

TRAICIÓN, el único delito que está definido en la Constitución. La tiranía bajo los reinados de los Estuardo y los Tudor se caracterizaba por la utilización sistemática de las leyes que regulaban la traición como forma de eliminar el disenso político. Los artículos relativos a la traición, numerosos e interminables, constituían el instrumento mediante el cual el monarca eliminaba a la oposición al tiempo que incrementaba su riqueza. La propiedad del traidor ejecutado era confiscada a los herederos a causa del repugnante delito cometido por aquél. El proceso por traición constituía, al igual que el proceso por brujería, una industria. Los Padres Fundadores eran extremadamente sensibles ante la posibilidad de que en ese país se estableciese una tiranía si el código penal era ambiguo a la hora de castigar el delito de traición. Ellos mismos eran traidores a los ojos de las leyes británicas. De acuerdo con su código, sólo era posible ser culpable de traición contra la nación, nunca contra el gobernante o el partido. La traición era definida como una acción más que como una idea o un discurso. «La traición contra Estados Unidos consistirá tan sólo en promover la guerra contra ellos, o en la adhesión a sus Enemigos, en caso de que se les prestara Ayuda y Provisiones [...] Ninguna persona será condenada por traición a menos que se presenten a declarar dos testigos del Acto Hostil, o porque el acusado efectúe una Confesión ante una Audiencia Pública». Esta definición, efectuada por los miembros de la convención constituyente, pretendía que la Traición no pudiese ser definida de otra manera a menos que se recurriese a enmiendas constitucionales. «La decisión de imponer salvaguardas constitucionales sobre los procesos por traición formaba parte de una vasta tradición del emergente liberalismo norteamericano [...] Ningún estadounidense ha sido ejecutado jamás por actos de traición contra su país», dice Nathaniel Weyl, en *Traición: la deslealtad y la delación en la historia norteamericana*, publicado en el año 1950. Digo yo: ¡SI ESTO FUERA TRAICIÓN, SÁCALE EL MÁXIMO PROVECHO!

Si la abeja está tristoná, déjala morir

Si la razón fuera esto, haz de ella una boñiga

Si en sazón se encuentra el queso, rebájalo con leche

Si una perra te provoca, que se humille

Si el niño aún respira, conviértelo en espectro

Mi mujer regresó cuando cogí la gripe, y cuidó de mí. Al oír que se abría la puerta principal, sentí deseos de gritar. Refrené el impulso de demostrarle mi gratitud. Mi desamparo despertó en ella la más tierna de las pasiones, como solían decir los novelistas. Yo estaba postrado en la cama, de modo que ni ella ni el bebé tenían nada que temer de mí. Apestando, sucio y sin afeitar, débil y paliducho, la observé desde la cama mientras iba de un lado a otro limpiando la habitación. Esperaba que hiciera un falso movimiento de incitación, pero se limitó a darme de comer y a cambiar la ropa de la cama.

Su regreso inesperado nos liberó de los horribles rituales de la reconciliación. Perdonarme seguramente la excita, pues no encuentro otra explicación al hecho de que siempre vuelva a mi lado. A Phyllis le encanta perdonarme. Unas diminutas patas de gallo han aparecido prematuramente en las comisuras de sus ojos. Su rostro es más delgado y sus caderas se han vuelto más estrechas. El sufrimiento es muy hábil con el cincel. Comienzo a encontrar que es admirable, lo cual me inquieta.

Hoy, al salir del apartamento por primera vez en dos semanas, he advertido que estaba deprimida. Posee un tic muy característico: coge los mechones de su largo cabello de color claro que le caen junto a la mejilla y se los acomoda detrás de la oreja. Pero esta mañana, mientras alimentaba al bebé, lo hizo con tanta deliberación que me percaté de que tenía que concentrarse en ese gesto para poder hacerlo. Para rematar la jugada, desde mi posición veía que su cabeza se encontraba precisamente debajo del poster de los Isaacson que hay pegado en la pared de la cocina. Sin embargo, desde su regreso no la he golpeado ni una sola vez. Y nuestra relación ha sido amigable.

En nuestra última reconciliación hice algo que creo que no surtió efecto. Siempre he querido saber cómo funciona el aprendizaje. Querría conocer las operaciones secretas que se desarrollan en el alma del aprendizaje. Un mundo donde el tiempo corre de manera diferente a como nosotros lo medimos. En la oscuridad se elaboran fórmulas pequeñas y secretas. A través de los pasajes eléctricos de los tejidos del cuerpo se abren vías diminutas. Sedosas secuencias de átomos que no poseen otra propiedad que la de proporcionar el conocimiento de uno mismo.

Lo que sucedió fue que nos acostamos, como hacen los que se reconcilian. Por casualidad, Phyllis acababa de tener el período, lo que en su caso, significa unos días muy ardientes, y me llevaba ventaja. Cuando aún no había alcanzado el clímax me dio la sensación de que su frenesí era señal de egoísmo, de un ensimismamiento que parecía excluirme. No obstante, gritaba mi nombre. Sus dedos se hundían despiadadamente en mi espalda. Se meneaba apretando cada vez con más fuerza, con movimientos cada vez más breves y rápidos. Yo no alteré mi ritmo, que era insolentemente lento. Su corazón latía contra mi pecho, sus senos estaban húmedos sobre mi tórax, su respiración resonaba en mis oídos, y luego apretaba los labios, y su esfuerzo se manifestaba en una especie de silbido de dolor o de pasmo. Todo eso ejercía sus efectos, y yo estaba perdiendo la calma. Ella se estremecía de gozo al

alcanzar un orgasmo tras otro. Cada uno era más intenso que el anterior. Me mordía los labios. Estaba preparándose para la gran explosión. En ese instante, hice algo cruel: me retiré. Eso la obligó a arquearse en busca de lo que había perdido. Entonces batí la espuma de su miel. Colgada de mi cuello, gemía dentro de mi boca. En el punto álgido de su extravío, volví a hundírsela lentamente, y aquel fue el golpe que la arrastró más allá de los límites de la integridad física y moral.

Más tarde, me dijo que nunca había sido tan formidable como en esa ocasión. Estuvo una hora sin poder moverse. Pero cuando me incliné sobre sus sonrientes ojos entornados, no pude descubrir en ellos la marca del aprendizaje, ninguna impresión del acto cruel, el acto cruel, y que tenga que ser siempre el acto cruel lo que mezcle las lágrimas de nuestros ojos, el aliento de nuestros pulmones, los jugos de nuestros orgasmos...

Cuando estaba guardando cama, recordé algo que había ocurrido en el internado. Era preciso tener fiebre para recordarlo: sentía una especie de compulsión por demostrar mi valía ante los otros chicos del núcleo duro que también estaban dejados de la mano de Dios. Experimentaba un impulso tremendo a hacer algo tan característico de un chico de internado que me convirtiera en uno de los líderes. Los líderes son los únicos que se sienten como en su propia casa. A los demás les descentra su ansiedad por intentar parecerse a ellos. Yo no era un gran deportista. Quiero decir que jugaba bien, pero algunos de los chicos eran verdaderos ases. Un niño negro llamado Roy lo hacía todo mejor que los más grandes: cada vez que entraba a batear, le pegaba a la pelota, corría como el viento, saltaba más alto que nadie, atrapaba la pelota mejor que nadie y la lanzaba de una manera que parecía imposible; hasta era capaz de ejecutar el viejo truco de lanzarla de volea o de remontarla como si fuese una cometa. Todo lo que tocaba se llenaba de magia. Y era, sencillamente, el mejor. Había otros que destacaban en alguna especialidad. Por lo tanto, mis oportunidades como deportista eran escasas. Pero pensé que tenía tanta capacidad, mental y verbal como el que más. Pensé que podría lograrlo con mi inteligencia, lo cual es una manera muy ardua de prosperar en una sociedad infantil. En esa situación, una mente que no asuma la actitud adecuada, que no muestre el tono correcto, resulta desastrosa: uno termina siendo una especie de intelectual afeminado y queda marginado. Por lo tanto, se trataba de un desafío. Trato de expresar el razonamiento, si es que hubo razonamiento, que me llevó a hacer imitaciones de Inercia. Tal vez la dimensión esencial del intelecto sea hacer payasadas. Cuando estaba sentado, Inercia permanecía con la espalda encorvada y la cabeza torcida, como si se hubiese dislocado una vértebra cervical. Sacaba la lengua y miraba sin ver. Las manos le colgaban como si tuviese fracturadas las muñecas, con el pulgar de una mano apoyado en la palma de la otra. Para mí era muy sencillo imitarlo a la perfección. Imitaba su forma de andar, que se asemejaba a la de las palomas. Podía imitar la

posición en que dormía, siempre de espaldas, con los ojos abiertos. Nunca cerraba los ojos para dormir, pero sólo era entonces cuando su respiración variaba. Yo imitaba todas esas situaciones y en un instante me volví famoso por eso, me convertí en una novedad en la comunidad, un genio, un mimo de la aflicción, un sacerdote. Y podía imitar a Inercia sin haberlo observado conscientemente. En realidad, mirarlo me resultaba penoso.

Esa fue la primera y única vez que he actuado en mi vida. No poseo un temperamento histriónico. Hay personas a quienes el deseo de actuar se les despierta de una manera tan intensa, que no deberían actuar nunca o corren el riesgo de extinguirse. Me descubrí imitando a Inercia cuando nadie me veía. Con el fin de imitarlo, tenía que desconectar el músculo cardíaco, aflojar el corazón, dejarlo abandonado a su propio peso; tenía que quitar todas las correas de transmisión de las poleas y aflojar todas las clavijas, dejar que el corazón reposara dentro de mí, hasta que los ojos quedaran desconectados, la lengua desconectada y los miembros colgando de sus propios hilos flojos. Incluso podía dejar que la saliva se escurriera por la comisura de mis labios. Durante varios días la demanda fue permanente, el número se hacía cada vez más largo, la crueldad con que observaba a Inercia pronto fue más que crueldad, se convirtió en un viaje fascinante destinado a la admiración de los demás, y detenerme resultaba cada vez más difícil.

Oh, pequeño hermano mayor, frena, frena, grita mi comandante de vuelo, mientras su mejor piloto sonrío y exagera demasiado la acrobacia. Frena antes de que el ruido se precipite a tierra y de un momento a otro reine el silencio. Hasta me olvidaba de respirar. Escuchaba a la espera de que se me parara el corazón. Mis entrañas boqueaban en busca de aire, mientras trataba de recordar cómo se respiraba. Mis ojos producían un apagón, mientras trataban de recordar para qué servía la luz.

¿Qué necesidad tenemos de ella? ¿Qué se hace en ella? ¿Para qué se supone que sirve? ¿Qué es tan valioso después de todo? ¿Qué es lo que merece ser deseado?

Un patronato. Deseo un patronato.

—¿Quieres ir a casa?

—Sí.

—Si te llevo, ¿te portarás como una niña grande y harás lo que te diga?

—Sí.

—Porque tenemos que hacerlo sin que nadie nos vea. Y por eso tienes que escucharme y hacer lo que yo te diga. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien, ¿lo prometes?

—Sí.

—Di: lo prometo, Daniel.

—Lo prometo, Daniel.

—Muy bien. Veamos, hoy es jueves. Nos escaparemos el sábado. Eso no es hoy ni mañana, sino el día siguiente a mañana.

—Yo quiero escaparme ahora.

—Susan, acabas de hacer una promesa. Será mejor que me escuches o no vamos a hacer nada. Si nos escapamos antes, les costará menos atraparnos. Tú no quieres que nos atrapen, ¿verdad?

—No.

—Bien. Mientras tanto, sólo tienes que hacer todo lo que te digan. Duérmete cuando te lo digan y come cuando te lo digan. Si estás cansada, no voy a esperarte, así que será mejor que no estés cansada. Y si comes, no tendrás hambre cuando huyamos. En cuanto hayamos salido de aquí, no sé cuándo volveremos a comer. Por lo tanto, tienes que comer toda la comida que te sirvan y dormir mucho. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Y el sábado nos iremos.

—Sí.

—Y, escucha, no se lo tienes que decir a nadie.

—No lo haré. Los odio.

El sábado la disciplina no era tan rígida. Algunos niños pasaban el fin de semana en su casa. No había clases. Contábamos con más tiempo libre. Después de desayunar, disponíamos de un rato de recreo en el patio. Había un gran número de chicos corriendo por el patio. El sábado nadie te pararía en la calle para preguntarte por qué no estabas en la escuela.

La mañana era fría. Miré al cielo de color gris, cubierto de nubes que se movían a gran velocidad, y el corazón me dio un vuelco. Yo llevaba mi grueso abrigo de lana y la gorra de cazador de cuero. Susan iba con su anorak. Yo calzaba zapatillas de deporte, pero ella tan sólo llevaba los zapatitos negros de charol con tirilla.

—Bueno, ahora siéntate aquí, junto a la valla. Eso es. Cuando te lo diga, estírate en el suelo. Yo levantaré la valla y entonces tú ruedas por debajo de ella.

—Está bien.

—Luego pasará yo. Después, corre. Corre tan rápido como puedas.

Se me había infiltrado la idea de que, si regresábamos a casa, donde nos pondríamos bajo el cuidado de Williams, de alguna manera lograríamos que nuestros padres también volvieran a casa. Tenía la sensación de que mientras permaneciéramos en el internado, ellos seguirían en la cárcel. Tenía la impresión de que no lograrían regresar a casa a menos que nosotros estuviésemos allí. Quería que todos volviéramos a estar juntos. En ese momento mi razonamiento parecía lógico. No tenía noción de lo que era la fe ni la creencia. Sencillamente, me parecía lógico que, si Susan y yo regresábamos a casa nuestro hogar volvería a ser el de siempre. Tal vez incluso Paul y Rochelle se adelantaran a nosotros. Los encontraríamos allí.

—Vamos, prepárate. ¿Tienes que ir al baño?

—No.

—No sé dónde encontraremos un baño, de modo que es mejor que vayas ahora si

tienes ganas. Yo te espero aquí.

—No tengo ganas.

Solos en la guerra fría, Daniel y Susan corrían por la avenida Tremont. Es una avenida populosa, de adoquines redondeados, donde se suceden las tiendas y las pastelerías, los cines y las salas de exposición de automóviles, los bares y los restaurantes chinos. Serpentea del oeste al este sobre las colinas del Bronx: una arteria principal. Los raíles del tranvía, que ya no sirven para nada, corren por mitad de la calzada. Retumba el balido del tráfico. Daniel sabe una cosa: que el internado está en el este del Bronx y que su hogar se encuentra en el oeste del Bronx. Pero desconoce en qué dirección está el oeste. Busca alguna indicación en el frontal de los autobuses que pasan. Busca el sol, pero no hay sol. Siguen corriendo, la niñita a remolque de su hermano, pasan raudos por delante de las tiendas, de los portales, se escurren entre la gente que pasea, va de compras o espera en las esquinas a que cambie el semáforo. A Daniel le duele el costado. Con cada paso que da el dolor aumenta. Está sudando.

—No vayas tan deprisa —gime su hermana—. Harás que me caiga.

La niña tiene que detenerse de tanto en tanto para subirse los calcetines; los calcetines blancos de algodón se deslizan hacia abajo y se introducen en los zapatos, y ella tiene que estirarlos hacia arriba.

Enfrente, el tren elevado de la Tercera avenida cruza por arriba la avenida Tremont, y deja a sus pies un túnel de sombras, una premonición de largas distancias. En aquella oscuridad de vigas de acero negras que vibran cuando el tren pasa con estrépito por encima, brilla la luz de color verde del semáforo, fría y resplandeciente. Un puesto de periódicos anida bajo la escalera que conduce a los andenes de la estación. El olor de los perritos calientes, la goma de mascar con sabor a frutas y las palomitas de maíz. La impresión de estar perdido en la ciudad.

Es imposible preguntar las señas a nadie porque nadie inspira más compasión que un niño extraviado. La gente no lo olvida. Es como si dejaras un rastro con migas de pan. Peor, pues te cogen de la mano, te tienen atrapado. De modo que caminas mudo de pánico, con la esperanza de ir en la dirección correcta, en busca de un cartel indicador, confiando en tu intuición, sigues adelante como si supieras adonde vas. Con decisión, cruzas la calle y doblas a la izquierda.

—¿Falta mucho? ¿Vamos a llegar pronto?

—Calla.

—¿Falta poco?

—Muy poco. Pero calla.

La cálida manita en mi mano. El contacto es permanente. La cálida manita en mi mano. Me la da y no la retira. La cálida manita en mi mano. Cada pocos pasos, mezclado con el ruido del tráfico y el movimiento de la ciudad, escucho un sordo *chist, chist*, como si alguien llamase desde un portal, como la electricidad estática de una radio secreta. Permanezco siempre alerta, a la espera de una señal secreta. Pero es

Susan, que aspira por la nariz en la intimidad de mi oído, que mide nuestro avance mediante los sorbos de sus mocos. De vez en cuando, se pasa la manga por la cara.

—¿Por qué lloras?

—No lloro.

—¿Voy demasiado rápido?

—Sí.

Tengo que comprobar si alguien nos sigue. Dejamos la ruidosa avenida y nos adentramos en una calle de casas de vecindad del East Bronx. Es un barrio pobre.

De vez en cuando pasamos por delante de casitas con porche y columnas embreadas como la nuestra. Al parecer, nadie nos sigue. Aminoro el paso, pero no nos detenemos. Algunos niños nos observan desde las escaleras o los portales. No puedo fingir que hago otra cosa que no sea andar. Echo de menos el internado. Pienso en la hora del almuerzo, en las hamburguesas al mediodía de los sábados. Nostalgia. Una ligera sensación de añoranza en el pecho. ¿Es eso posible? ¿Es posible que los sentimientos sean tan indiscriminados?

Atrás queda la visión de Inercia acostado en su catre. Lamento haberlo imitado. Mis imitaciones eran un fracaso. El chico sabía que me burlaba de él. Sabía muy bien lo que yo estaba haciendo. Me siento muy mal. Sufro las náuseas del que ha cometido una delación. En ocasiones, bajo cierta luz, la idiotez de su expresión se borraba momentáneamente. Era bien parecido. Yo sabía que era guapo e inteligente. Tenía miedo de mirarlo. Lo adoraba. Si me hubiera quedado en el internado habría cuidado de él y lo habría protegido de las burlas. ¿De veras podía Roy darle con el bate a la pelota, saltar tan alto?

Al mediodía, Daniel y Susan habían llegado al tramo de la avenida Bathgate que se extiende entre la calle Ciento setenta y tres y Claremont Parkway. Lo ocupaba un mercado al aire libre formado por puestos de frutas y hortalizas, además de los carretones de los buhoneros, que estaban aparcados junto a los bordillos. Las aceras estaban atestadas de vendedores, así como de comerciantes que se habían cubierto el abrigo con un delantal largo que pregonaban a gritos los precios a los posibles compradores. Pirámides de manzanas, uvas negras, naranjas y calabazas se elevaban hacia lo alto en los puestos de venta. Los precios estaban escritos en bolsas de papel de color marrón empaladas en listones de madera. ¡Un kilo por diecinueve centavos! ¡Tres por treinta y tres! ¡Frescas! ¡Dulces! ¡Jugosas! Cestas de pimientos verdes. Cajas llenas de manojos de zanahorias; cuyas hojas se desprenden cuando alguien las compra. Dátiles que se deslizan en el platillo metálico y caen dentro de una bolsa de papel. Nueces de la India. Azúcar cande. Los niños se detienen delante de una tentadora tienda abierta, hipnotizados por las losas de salmón ahumado, los barriles de encurtidos, las bandejas de almendras y arenques. ¡El siguiente! ¿Cuánto va a llevar, señora? Las mujeres se abren paso a codazos, con las bolsas de la compra llenas a rebosar. De la blanca panadería sale el aroma del pan caliente recién horneado. La puerta de la cámara frigorífica del carnicero se cierra con un ruido

estridente. Y aquí, con el suelo cubierto de serrín, una pescadería exactamente igual a la de Irving, donde los peces están vivos y nadan en una cisterna, aguardando a que el rodillo de Irving los aturda antes de que el cuchillo les rebane la cabeza. ¿Cuánto quiere, señora? y a lo largo del bordillo se alineaban los carretones de los buhoneros, cargados de artículos de mercería, botones e hilos; una gran selección de bragas; zapatos directamente de fábrica y zapatillas atadas por los cordones; plátanos, sólo plátanos, un carro lleno de plátanos, pues el vendedor se especializaba en plátanos. Con tantos plátanos, el hombre tenía que venderlos más baratos que los demás. ¿Cuánto va a llevar, señora? Están podridos, le dice una mujer a su amiga. Y por todas partes los gritos de la vida y el comercio, y el aroma de las naranjas, del pan caliente, el pescado y los zapatos nuevos y baratos. Por la estrecha calzada los coches circulaban a pocos centímetros unos de otros. Madres e hijos se hablaban a voces entre la calle y las escaleras de incendios. Con Susan a remolque, Daniel se abría paso poco a poco entre el remolino de clientes. Pesadas bolsas lo golpeaban al pasar. Los ancianos lo apartaban a empujones. Aquélla era una travesía peligrosa, pero se sentía animado porque había reconocido la avenida Bathgate. Su madre y su padre hablaban bien de Bathgate, y sólo lamentaban que estuviese demasiado lejos como para ir a hacer la compra todos los días. Pero allí los productos eran mejores y más baratos, y en ocasiones especiales, como cuando Mindish se animaba a llevarlos en su viejo Chrysler los Isaacson podían hacer una compra abundante en el mercado de la avenida Bathgate. Comprar en Bathgate era todo un arte. Al final, uno quedaba satisfecho del tino con que había obrado y de la compra que había realizado. Daniel también sabía que cuando llegara a la avenida Claremont podría avistar las colinas de Claremont Park, y que después de subir por las escalinatas que conducían de la avenida Webster al Claremont Park, inevitablemente se encontraría en la avenida Weeks, a menos de dos manzanas de su hogar.

—Pronto estaremos en casa, Susan.

Sabía que su hermana tenía hambre. Consideró la posibilidad de robar algo; ya había visto a dos chicos diferentes que hurtaban fruta, pero tenía miedo. No le importaba que lo zarandearan por la calle, pues se sentía virtualmente invisible. ¿Quién podría decir que él y Susan no iban acompañados de alguien que caminaba delante o detrás de ellos? Pero si robaba algo y lo pescaban, dejaría de ser invisible.

—Pronto llegaremos a casa —dijo por encima del hombro.

Y luego cuenta el último tramo de la caminata, el más pavoroso y peligroso. La avenida Claremont era una calle ancha con mucho tráfico. Luego había que cruzar la Webster, una avenida doblemente ancha con camiones, autobuses y automóviles que circulaban en ambas direcciones, y semáforos que parecían reacios a brindar la oportunidad de cruzar a la acera de enfrente. Parecía una calle pensada para que nadie la cruzara. Además, con los muros altísimos del parque en el otro lado, aquélla era una zona abierta bajo el cielo. En los espacios abiertos de la ciudad, la cabeza y los hombros se tornaban vulnerables. Cuando por fin cruzamos la Webster y empezamos

a subir por la escalinata de piedra que conducía al parque, me di cuenta de que lo que estaba haciendo era extremadamente peligroso. Nos hallábamos al límite de nuestras fuerzas. Además, ahora que salíamos de las profundidades del East Bronx para subir a las laderas de Claremont, me acordé de los *brookies*, una banda de terroristas urbanos del East Bronx que despegaban de la avenida Brook como una ráfaga de viento y asolaban los barrios de los alrededores del parque, más sumisos pero de poca más categoría, donde apalizaban a los niños, los herían con navajas y les robaban el dinero. Cuanto más nos acercábamos a nuestro barrio, más asustados estábamos. Susan comenzó a llorar. Le caían las lágrimas, le caían los mocos. Quería sentarse en un banco y descansar. Quería subirse los calcetines, que habían desaparecido dentro de sus zapatos. Y los zapatos estaban produciéndole ampollas en los talones.

El parque estaba desierto. Un viento cortante soplaba entre los árboles desnudos, y las hojas secas se arremolinaban en torno a nuestros pies y se nos adherían a las rodillas. Se me clavaban pajitas en los ojos. Nos volvimos de espaldas al viento y así, con las manos sobre los ojos, girando, dando vueltas y caracoleando fuimos avanzando en dirección a nuestra casa.

He aquí los nombres de algunos traidores. Benedict Arnold, por supuesto, junto con su esposa Peggy; el general Charles Lee, hombre de confianza de Washington; Burr, su hija y su yerno, el doble traidor Wilkerson. También los nombres de federalistas demasiado prominentes como para que se los mencione aquí, que secretamente proporcionaron ayuda y provisiones a los británicos, con los que entraron en negociaciones para preparar un golpe federalista después de la victoria británica. A Robert E. Lee la definición le viene como anillo al dedo, así como también a los mormones que se alzaron en armas contra el gobierno de Estados Unidos. Los ejemplos abundan. Pero los historiadores que estudian el nacimiento de la nación omiten mencionar al traidor arquetípico, al maestro subversivo Poe, que abrió un agujero en el pergamino y dejó que por él penetraran las tinieblas. Así lo hizo: primero vertió unas gotas de whisky justo debajo del Preámbulo. A eso le añadió la sangre de su prima Virginia, de trece años, con la que se había casado y que murió de una hemorragia en la garganta. Dentro de un pequeño círculo tensado para que adoptara la forma elíptica revolvió estos fluidos con los dientes que antes le había extraído al cadáver de Ligeia. Luego añadió excrementos de cuervo. Un olor poderoso surgió de la Constitución; se elevó una voluta de humo, que explotó y se volvió de inmediato amarilla como la mostaza. Cuando Poe la empujó con un soplido a través de la abertura que se había formado en el pergamino, de aquel agujero diminuto comenzaron a surgir —y siguen surgiendo, después de todos estos años— las tinieblas de las profundidades, mientras arrojaban sin cesar oscuros gases infernales semejantes al hollín, semejantes a la nube tóxica, semejantes a la venenosa emisión de los motores de combustión interna, por encima de la Frugalidad y la

Virtud, la Razón y la Ley Natural, y los Derechos Humanos. No es ninguno de esos otros tipos sino Poe. Él y sólo él. Es Poe quien nos ha arruinado ese alarido surgido del rostro sonriente de América.

Miramos desde el porche a través de las ventanas. Un resplandor plateado reflejaba en nuestras caras el cielo plateado que se extendía por encima del patio de la escuela. Aquel cielo de plata corría a través de nuestros ojos, a través de nuestra casa. El viento soplaba y nos aplastaba contra las ventanas. Lentamente, el viento fue esparciendo sobre el patio de la escuela, después de recogerlos en las colinas tiznadas de las casas de apartamentos que se alzaban al oeste, unos pocos y postreros gránulos molidos de luz diurna, que acabaron por fundir el vidrio de la ventana: el salón estaba vacío. Las paredes aparecían manchadas con una claridad gris molida. Las tablas del suelo estaban desnudas. La sala estaba vacía. Me trasladé a la otra ventana del porche. La sala estaba desnuda. Las paredes, desnudas, el suelo, desnudo. Tanteé la puerta. La puerta estaba cerrada con llave. Bajé corriendo por los escalones del porche y me interné en el callejón. Llamé a la puerta del sótano de Williams. Acerqué el oído a la puerta. Me aupé para atisbar por la mirilla de la puerta del sótano. En la oscuridad, distinguí el brillo de mis propios ojos. La puerta estaba cerrada con llave. Corrí hacia la parte posterior de la casa. Corrí hacia el frente de la casa. Miré a través de la ventana del porche. Dentro, todo estaba en silencio. El único ruido lo producía el viento. Susan estaba de pie como una A en medio del porche, y a sus pies se extendía una mancha oscura. Yo estaba entumecido por el frío. Sentía agujijones en la cara, en las manos. Nos quedamos observando cómo la mancha se extendía sobre el porche de madera en todas direcciones alrededor de los zapatos de Susan.

Según Evans, varios observadores de Nueva Zelanda han informado que los mosquitos autóctonos se posan sobre las crisálidas de las hembras, las rasgan con sus genitales y se aparean con ellas antes de que puedan emerger.

Ascher nos cobijaba bajo sus brazos, bajo una mano gigantesca que nos apretujaba contra sus costados, contra el faldón acampanado de su abrigo. Íbamos caminando por la avenida Tremont. El abrigo de Ascher me había echado la gorra de cuero hacia atrás. No era consciente de su fuerza. Susan tenía la cara roja por efecto del frío. Nos mirábamos el uno al otro a través de la cintura de Ascher.

—*Mamaneu* —dijo Ascher. Dejó escapar un suspiro—. ¡Si supierais lo que me habéis hecho! No puedo contárselo a vuestros padres. Pero ¿cómo no voy a decírselo? ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer? No voy a vivir mucho tiempo más.

Era domingo. En la avenida Tremont el tráfico era escaso. En el Polo Grounds, los Giants estaban jugando contra los Pittsburgh Steelers. Uno de los niños del internado había ido a ver el partido con su tío, pero Ascher sólo vino para llevarnos

de paseo. Los Giants contaban con Charlie Conerly. Los Steelers, con Bobby Layne.

Teníamos en nuestras manos los juguetes de Ascher: una calabaza hueca de plástico con una luz en el interior y unos esqueletos de cartón negro, articulados en las rodillas, la pelvis y los hombros mediante huesecillos blancos que pasaban a través de ojales metálicos.

—¿Qué puedo deciros? —exclamó Ascher—. Algunas personas resultan señaladas. Al mundo le falta civilización. Los hombres no respetan a Dios. Vosotros sois muy pequeños y no podéis entenderlo... Es natural, yo también habría huido. Gracias a Dios que sabía dónde encontraros. ¡Ah, pequeños! ¿Qué puedo deciros? Pronto, muy pronto estaremos ante un tribunal. Tendremos el juicio que nos merecemos.

## *Libro tercero*

ESTRELLA DE MAR

Silencio de los elegidos, canta para mí. El guardia lo ve pasear por su celda. Levanta los brazos, estira los dedos. De vez en cuando, un sonido escapa de su pantomima, una expresión de angustia cuya dicción no es clara.

Él se asocia con Big Bill Haywood, y con Debs y con Mooney y Billings. Con todos esos luchadores. Los muchachos de Scottsboro. Sus estrellas iluminan los muros, queman la humillación. La celda de Debs era enorme, tan grande como el mundo. Eso es lo que los gobernantes nunca aprenden. Las propiedades del acero y de la piedra también están sujetas a la ley moral.

La muerte tampoco es lo que parece ser. Cuando la clase gobernante aplica la pena de muerte a aquellos a los que teme, descubre que la misma muerte puede pervivir. Es una paradoja. Ma Ludlow vive. Joe Hill vive. Crispus Attucks vive. Incluso Leo Frank: ¿Por qué siempre que pienso en Frank lo veo balanceándose en su árbol en Georgia? Pero, está bien: Frank. Los dos italianos hablan, se mueven, sonríen y levantan el puño en la mente de la historia. Yo soy su camarada, me hablan a *mí*, Sacco hace su declaración única y exclusivamente para *mí*.

Sócrates fue juzgado. Lo encontraron culpable. Le obligaron a beber la cicuta. Mediante ese acto, los que querían destruirlo lo elevaron a la vida eterna, y se relegaron a ellos mismos a la muerte verdadera y a la oscuridad absoluta que envuelve a perseguidores de todas las épocas.

Jesús fue juzgado. Lo encontraron culpable. Lo torturaron y ejecutaron. Si no lo hubieran juzgado, si no lo hubieran condenado a muerte, ¿cómo habrían podido perdurar sus enseñanzas? Los propios cristianos celebran que lo mataron en la idea de la resurrección: Jesús regresa y vive con los hombres, en la imaginación de los hombres tras centenares de generaciones. Por supuesto que todo ello al margen de la cuestión de cómo las instituciones que hablaron en su nombre tergiversaron sus ideas, que eran totalmente judías.

La diferencia entre Sócrates y Jesús estriba en que nadie ha sido condenado a muerte en nombre de Sócrates. Y ello se debe a que las ideas de Sócrates nunca fueron convertidas en ley.

La ley, en nombre de quien sea, protege el privilegio. Me refiero a la ley de cualquier estado que no haya alcanzado el socialismo. La única autoridad de la ley reside en su capacidad para imponerse. Esa capacidad se expresa en el Juicio. Sin juicios no podría haber leyes. El juicio es el quid de la ley. Y el castigo es el quid del juicio: no se puede enjuiciar a nadie a menos que se asuma el poder de castigarlo. Toda la corrupción y el hipócrita autoservicio de la ley logran el objeto de su esencia en el veredicto del tribunal. Es un objeto agudo, un objeto increíblemente agudo. Pero a la raza humana le fascina la agonía del condenado. Esa es una ley, una ley de verdad, que los gobernantes nunca pueden saltarse: es fija e inmutable como una ley física.

Por lo tanto, si el radical, el progresista, considera seriamente los fines del juicio al que se lo somete, desaprovecha la oportunidad. Si es declarado culpable, se trata de

una decisión del poder constituido, que lo considera una persona no grata. Si se lo declara inocente, se trata de una decisión del poder constituido, que lo considera una persona de quien nada debe temerse. El radical no tiene que discutir su inocencia, pues el juicio al que es sometido no es obra suya; él debe debatir sus ideas.

Su juicio se celebra en una sala espaciosa, sombría. Resuena el eco de las voces. Los gestos son solemnes, ampulosos. Entre el público se encuentran todos los héroes de la izquierda que han muerto a lo largo de la historia de la humanidad.

Pero un pequeño ascensor lo conduce desde el calabozo ubicado en sótano y, acompañado de un alguacil que lo precede y de otro que lo sujeta del brazo, traspone el umbral de la puerta de la sala, donde el elevado estrado del juez se encuentra a su derecha. Ante sus ojos aparece un gran recinto cuadrado, no una sala sino un recinto, y la tribuna escalonada del jurado está provista de sillones de cuero de color verde. Las paredes se encuentran revestidas con paneles de madera del mismo color caoba de la balastrada que separa la zona del tribunal de los bancos de los espectadores. El suelo es de mármol. Las puertas del fondo parecen acolchadas y tienen mirillas. Cuando entra, nadie parece advertirlo. Se sienta y espera. Ascher le toca el brazo y le habla en voz baja al oído. Al otro lado de Ascher, Rochelle escribe en un bloc de notas. Está aturdido, sus visiones lo han vuelto vulnerable. Gente corriente deambula por la sala mientras lleva a cabo oscuras tareas. Hay pocos espectadores. Se da la vuelta, pero no atina a distinguir a los representantes de la prensa. Todos parecen iguales. Todo el mundo se ve pálido a la luz de la sala, que está compuesta por una mezcla de la claridad del día y de la tenue incandescencia de las sombrillas. Al mismo tiempo, las voces parecen metálicas, pues la acústica de la sala no es buena. Le recuerda... a una biblioteca, un teatro con el telón contra incendios abatido, el consultorio de un médico, una piscina cubierta. Se siente levemente mareado. Reconoce la sensación: una caverna se abre en su interior, una caverna de temor, y si cierra los ojos puede ver en la oscuridad y descubre que la caverna es insondable.

Cuando el juez entra en la sala por la puerta de su despacho, situada detrás del estrado, y ocupa rápidamente su sillón, Paul, a quien se le ha rogado gentilmente que se ponga en pie, respira hondo. Pretende con ello clausurar la caverna de su miedo nauseabundo. Todo el mundo se sienta, y el juez, al igual que un ejecutivo que se pone manos a la obra, da por comenzado el juicio con voz eficiente, tranquila, natural. No mira a Paul. Sólo se dirige a su abogado. Se trata del juez Hirsch. Si bien meses antes Paul ni siquiera conocía su existencia, ahora sabe mucho acerca de él, inclusive su más íntimo secreto profesional: la esperanza de que lo nombren para el Tribunal Supremo. Todos los abogados de la ciudad lo saben. Hirsch ha juzgado más casos presentados por el gobierno en relación con actividades subversivas que cualquier otro magistrado. Es judío. Luce una corbata a rayas de la liga universitaria del Este, cuyo nudo puede verse por la abertura de la toga.

Paul comprende que tiene que adaptarse a la realidad de la situación. Howard Red Feuerman, fiscal general de Estados Unidos, es un individuo delgado, de aspecto

juvenil, con pecas, cabello rojizo y voz de tenor. Es más joven de lo que Paul suponía, tal vez tenga su misma edad, y también lleva un traje a cuadros de tonos marrones, si bien le sienta mejor. Feuerman es un héroe. Estuvo al mando de un destructor. Su carrera ha sido meteórica. Se graduó en la universidad de St John, está casado con una joven irlandesa y tienen siete hijos. Paul se pasa la mano por los cabellos. Bruscamente, se aprieta el nudo de la corbata. En ese momento desea poder regresar a su celda —lo cual le parece increíble y hace que se sienta avergonzado, pero es lo que desea—. En el alféizar de la ventana, bajo la reja, guarda la caja de zapatos que contiene las cartas de Rochelle y los niños, junto con el cepillo para el pelo y los artículos de tocador, así como la caja donde guarda su colección de habanos. Tiene una excelente manera de doblar la manta suplementaria a los pies del catre. Ahora mismo estaría charlando con Doyle, el guardián de día, una persona muy honesta que ha sufrido mucho en la vida.

Pero uno se da cuenta de que todo ello —el aislamiento forzoso, el debilitamiento de la confianza— también forma parte del plan, con objeto de que el hecho de estar con otras personas en un recinto sin rejas se convierta de pronto en algo aterrador. Ellos ya cuentan con los sentimientos que me asaltan ahora. Yo les demostraré que no pueden contar con nada.

Sin embargo, tiene la sensación de haber perdido algo durante los pocos minutos que lleva allí. Una carrera en favor del otro equipo. En ese momento Ascher está en el estrado con Feuerman, y él mira a su izquierda, por encima de la silla vacía del abogado, y sorprende a Rochelle observándolo con preocupación. A sus espaldas, por la puerta posterior de la sala, entra en fila el grupo de personas entre las que se elegirá a los miembros del jurado. Seguramente es absurdo suponer que siquiera una de ellas pueda ser comunista. Siente deseos de tender el brazo, de acariciar la mano de Rochelle. Se contiene. Han acordado que conservarán la calma y una actitud digna, y que bajo ninguna circunstancia se convertirán en un espectáculo para los ojos vigilantes de la prensa. Que no mostrarán sus emociones, que no les proporcionarán ninguna satisfacción, que no les darán motivos para ser objeto de burla o compasión. No es compasión sino justicia lo que obtendrán, y no lo lograrán si la imploran servilmente, sino si la exigen. Ya han conversado acerca de ello, y Rochelle ha sido muy enfática sobre ese punto.

Tiene que mantener la cabeza despejada y la sangre fría. Lo importante es conservar las facultades. Analizar la situación, sacar conclusiones y, sobre la base de éstas, hacer lo que se tenga que hacer. Entiende que el juicio tendrá un acento marcadamente neoyorquino. Sus adversarios son seres humanos que cumplen con su tarea. Cumplirán con su tarea convencidos de que hacen honor a las normas judiciales. Una bandera norteamericana, una hermosa bandera con orla dorada, cuelga de un asta encastrada en un soporte, detrás del estrado del juez. Me presentarán como a un enemigo de esa bandera. Sin embargo, la señora Goldstein, mi maestra de cuarto de básica, decía que, de todos los alumnos de la clase, yo era el que adoptaba la más

gallarda posición de firmes, y me destacaba como ejemplo para los demás niños: «La forma de estar de pie que adopta Paul, niños, ésa es la forma correcta: erguido y tieso, y con la espalda bien recta al hacer la promesa de fidelidad». La maravillosa señora Goldstein. El maravilloso olor que impregnaba el aula los días de lluvia, con todos los impermeables y también las botas de goma. Un aula en un día lluvioso, con el vapor que despedían los impermeables en el armario y las botas de goma húmedas. Las ventanas se empañaban a causa del vapor, mientras la lluvia, se escurría continuamente por la parte exterior de los cristales. El almuerzo caliente. La sopa caliente. Los maestros hablaban en yiddish entre ellos, lo cual era absurdo, ya que el noventa por ciento de los niños eran judíos y entendían el yiddish pues lo hablaban sus padres y sus abuelos. Los mapas que se desenrollaban como las persianas de las ventanas. Los retratos a la acuarela de Washington, Lincoln y Collidge enmarcados y colgados de lo alto de las paredes.

Todas las sociedades adoctrinan a sus hijos. La maravillosa señora Goldstein nos enseñaba, con toda la inocencia del mundo, la gloriosa historia de nuestra bizarra expansión hacia el oeste: cómo domeñamos a los indios bárbaros, defendimos valerosamente El Álamo, y conquistamos las llanuras con nuestros poderosos ferrocarriles. Por lo tanto, debo comprender el carácter de la conspiración que han montado contra mí: ha sido organizada de buena fe y, con toda probidad, por los alumnos de la señora Goldstein.

Comienza a sentirse mejor. Se le está asentando el estómago. Ha empezado el largo y penoso proceso de elegir a los miembros del jurado. Permanece sentado con las manos aferradas al borde de la mesa. Intenta no mirar fijamente a ninguna de las personas que pueden decidir su destino. Su conducta personal no ofenderá a nadie. Su mente funciona, ya no está aturdido. Experimenta la satisfacción de un soldado que se ha preparado concienzudamente para la batalla. Es un momento de claridad y euforia.

Querido, si alguien me observa pensará que estoy escribiendo una nota para Ascher acerca de algún aspecto legal. Se la pasaré y él te la entregará. Se te ve muy pálido, amor mío. No temas. ¿Acaso no sabes que el amor que tu chica siente por ti es indestructible? Levanta la vista y me verás sonriéndote.

R.

Sucede como ella dice. Él sonrío a su vez, y en ese momento todos los miedos lo atenazan, y los músculos traicioneros que articulan su sonrisa lo traicionan y hacen que sienta deseos de llorar. Se traga esa sensación espantosa, se traga el terror, siente su sabor, lo engulle. ¡Oh, Rochelle! ¡Oh, amor mío! ¿Sabes una cosa? Nadie nos respalda. Lo he comprobado. Ni un rostro conocido. Ni Frieda ni Ruth. Ni una sola alma del Concourse Jefferson Club. Estamos absolutamente solos.

¿Quién es la máxima autoridad? ¿A quién debo llamar? ¿Quién me salvará? La fuerza muscular del dejadme salir. La fuerza muscular del no pueden hacerme esto. Cuando la puerta de la celda se cerró por primera vez pensé que se abriría si lo

intentaba. Realmente me encerraron en una celda. Realmente lo hacen, meten a una persona en un sitio del que no puede salir. Eso hacen. Y la misma gente que me ha encerrado en una celda es la que me juzga. ¿Qué puedo esperar de un proceso llevado a cabo por la misma gente que me ha detenido y encerrado en la cárcel? El deseo de salir. Es un terror que hace que se te pongan rígidos los músculos de los brazos, los esfínteres, cada fibra del sexo; el cuerpo se enrosca sobre sí mismo, se tensa por completo y comienza a irradiar esa energía tremendamente pavorosa que no está conectada a nada. Manchas con electrones la celda. Fundes las palmas de las manos en los barrotes. Cuanto más insensato, enfurecedor y absurdo es el hecho de que debes permanecer en esa jaula, más verdadero resulta. A cada minuto que pasa, más atterradoramente insensato y verdadero se torna.

Y por fin llegas al punto en que te das cuenta de que la situación tiene por objeto hacer que comprendas que tú eres tu propio enemigo: la fuerza muscular del dejadme salir te destruirá. Tienes que distender esos músculos, desengancharlos de la rabia que te atenaza la garganta, aflojarlos de tu mente. Afloja la soga del cuello. En el momento en que aflojes la soga y comiences a respirar, empezarás a cumplir la condena. Ese es el nombre que la comunidad de los convictos otorga a esa clase de adaptación. Cumplir la condena. Inicias el proceso de superar la animosidad de quienes te han encerrado aquí. Destruyes el tiempo de tu vida, los minutos y las horas, los abrasas con tu indiferencia, los tomas despreciables para ti antes de que sean ellos quienes lo hagan. Como los ejércitos comunistas, que mientras retrocedían ante el avance de Hitler prendían fuego a la tierra que abandonaban, su propia tierra, sus propias cosechas, su propia fruición, para que no cayera con toda su viva madurez en manos del *enemigo*.

Esta mañana, cuando vinieron a buscarme para llevarme a la sala de tribunal, todos los internos del pasillo me desearon suerte.

## MIENTRAS USTED ESTABA AUSENTE

Señor A, ha llamado un tal señor Feuerman. No ha dejado ningún número ni mensaje, salvo que tenía un asunto de mutuo interés que tratar; no debería comentarlo con nadie más. Que tenga un buen día.

Joanne, cinco y cuarto de la tarde

—No lo entiendo, Jake. ¿Quieres decir que ni siquiera ahora tienen el poder de suspender el proceso?

—Hay diversas formas. Él se acoge a la suposición de que lo que tú confieses, sea lo que sea, generará una nueva situación legal que deberá ser estudiada.

—¿Sabes lo que estás diciendo? Estás diciendo que nos castiga con nuestro propio juicio.

—Por favor, Paul, no tenemos mucho tiempo. Sencillamente repito lo que dijo

Feuerman. Es una cuestión de rutina. Olvidémoslo y sigamos.

—¡Dios mío, cuántas complicaciones! —Paul se echa a reír. Está rojo de ira—. ¡Las vueltas de tu querida justicia, Jake!

—Te lo ruego... hazme un favor. Nada de análisis.

—Por eso detuvieron a Rochelle, para obligarme a hablar. ¿Qué quieren que diga? Sea lo que fuere, saben que ni siquiera bajo la amenaza de que detendrían a mi esposa me derrumbé. ¿Por qué iba a cambiar de idea ahora? ¿Tú qué crees, Rochelle?

Ella no dice nada; se limita a estrechar con fuerza entre sus manos las de Paul. Están sentados frente a Ascher. Sus hombros se tocan. Bajo la mesa, sus muslos se tocan.

—¿Tú qué crees, Rochelle? ¿Es esto un reconocimiento tácito de que saben que no pueden ganar? Es eso, ¿no? Tratan de engañarnos tirándose un farol antes de que descubramos sus cartas. Eso es, ¿no?

—En este proceso, no les faltan recursos —puntualiza Ascher.

—¿Qué le has dicho... a Feuerman?

—¡Oh, cariño, por favor! —interviene Rochelle—. ¿Qué crees que les dijo?

—No, de veras, Jake, ¿qué le has dicho?

—Le he dicho que no había trato. Que no hacemos ningún trato.

—¡Dile que le pregunte a Selig Mindish! —exclama Paul. Se echa a reír—. ¡Mindish es quien conoce todas esas maravillosas historias! Quizá confiese una nueva y mejor. Diles que le pregunten al dentista.

Ella oye el grito de horror. Se siente preocupada por él. Cuando están juntos como ahora, él se agita, se acalora fácilmente. Simula una inflexibilidad que la asusta, porque se manifiesta de una manera muy histérica. ¡Está tan delgado! Sabe que no come. Dice que la comida de la cárcel está preparada especialmente para que tenga el menor poder nutritivo posible. Para desalentarlos y para minar su agilidad mental y sus energías. Se mantiene a base de dulces que compra en la cantina, y le aconseja a ella que haga lo mismo. Como no le dan cigarros, fuma Camel. Fuma en exceso y está demasiado delgado. Santo Dios, ¿realmente espera que se haga justicia? Dios mío, concédele el don de la presciencia. Aligérame por favor de esta terrible carga.

No os preocupéis, ha dicho Jake ininidad de veces. Todo saldrá bien. Cuando lo dice, a veces me pone la manaza en el hombro. No se da cuenta de lo mucho que pesa, ni de que lo que me transmite con ella es lo opuesto de lo que dice. Jake, mi querido Jake, no puedes saberlo. Pretendes diferenciarte de la ardiente integridad de mi esposo, pero mírate, mi caballero judío, con toda tu educación y tu sabiduría: eres un brillante ejemplo de la fe del profesional liberal. Sin embargo, él mismo me ha dicho qué podemos esperar. Ante los cargos que se han presentado contra nosotros, las reglas normales de la evidencia quedan en suspenso. Para nosotros no existen. No se nos acusa de espionaje, sino de conspirar para cometer espionaje. Puesto que el espionaje en sí no requiere ser probado, no se necesita prueba alguna de que hayamos hecho algo. Lo único que se requiere es la prueba de que intentamos hacer algo. ¿Y

en qué consiste esa prueba? Casualmente, según lo que expresa el código penal, el testimonio de nuestro supuesto cómplice es prueba suficiente. ¿Acaso soy una estúpida incapaz de comprender lo que eso significa? ¿Tengo que ser abogada para entender que eso los autoriza a llamar a declarar al doctor Mindish y que, gracias a las queridas leyes de Jake, todo lo que Mindish diga contra nosotros tendrá el peso de una prueba? Una prueba tan contundente como el arma que condena al asesino.

Ella lleva las cuentas con el conocimiento instintivo de un tenedor de libros. En la sala del tribunal, su rostro permanece impasible. Adopta actitudes de dignidad adusta. Piensa en su marido. Piensa en palabras de ánimo. Es el único modo que encuentra para poder sobrevivir en esa ordalía sin ilusiones: fingir ante él. Porque si manifiesta su fatalismo, él saldrá lastimado. Pero todo esto es un fraude emocional. Si ella está en lo cierto —¿y cómo podría no estarlo?—, la factura vencerá a su debido tiempo, y entonces ¿qué podrá decirle? y entonces ¿qué podrá hacer para protegerlo?

Según las reglas de la evidencia, en este proceso el veredicto está predeterminado. Si se acepta como válido el testimonio de Mindish, la conspiración quedará probada. Porque si no se diese por supuesto que ha existido una conspiración, el testimonio no podría ser aceptado como válido. Sonríe. Aquí, en el país donde ella nació, pueden declarar a un acusado culpable de que lo hayan llevado ante un tribunal como acusado.

Yazgo en esta celda y desde el fondo del corredor me llega la voz de mamá, cargada de maldiciones. El cólera, los cosacos. Espera, hija mía. Espera el tiempo suficiente y tendrás lo que yo tengo. Por tus pecados, una matriz tan seca como el polvo; tu milagrosa primavera de la vida reducida a cenizas, a escoria cuyo sabor sentirás en esa lengua que se ha atrevido a desafiar a Dios y a exigirle que cumpla con sus obligaciones. Espera, espera, hija mía.

La noche anterior a que compareciera ante el tribunal, escribe la carta siguiente:

Mi querido Pauly:

¿Es necesario decir que espero con ansia el juicio? No sólo porque seremos exonerados y tendremos con nosotros a los niños.<sup>[1]</sup> No sólo porque «hasta los perros tienen una oportunidad» en el tribunal. Sino por lo más insignificante: la simple liberación temporal de este bárbaro encarcelamiento.

En el juicio, estaremos sentados a la misma mesa, amor mío. ¿Te haces cargo de lo difícil que me resultará concentrarme en los procedimientos legales? Al igual que cuando nos reuníamos con Jake, tendré que hacer un esfuerzo para no pasarme el rato contemplándote, lo cual es cada vez como beber agua después de sufrir una sed prolongada. Pero, oh, amor mío, ¿soy demasiado atrevida? ¡Esa agua sólo me deja más sedienta!

Como siempre, con todo mi amor,

ROCHELLE

Formulo la pregunta del profesor Sukenick: ¿bajo qué circunstancias suprimimos la crítica? Adviértase aquí, por otra parte, un claro ejemplo de la paradoja de la sensibilidad literaria —que siempre tiene que ser la generación anterior la que la

eduque en nuestra alma. Pero en esas reuniones con Ascher hubo momentos muy dolorosos para todos; el viejo abogado les permitía un minuto y se quedaba de pie delante del cristal de seguridad de la puerta, con los ojos cerrados, la cabeza gacha, un fajo de papeles en la mano, pero sin poder cerrar los oídos al ruido que producían las lágrimas al ser tragadas, lamidas, los besos y las chupadas, las manos que hurgaban afanosas debajo de la ropa, y aunque no quieras oírlo eso otro que escuchas también es un ruido, porque ¿no es cierto que todos los cuerpos obedecen los principios de la física y comparten las propiedades de los objetos inanimados, de tal manera que, para profunda vergüenza nuestra, la polla se desenchufa ruidosamente, la orina mana como el agua del grifo y el culo es un instrumento musical? Para todos son muy dolorosos esos furtivos robos mutuos de sensaciones y olores, la súbita y aguda exasperación por los deseos sexuales insatisfechos, que ambos aceptan por respeto a los sentimientos de los demás... Y Ascher suspira; en la intimidad, el encuentro resulta menos doloroso. Y ello les recuerda sus primeros días de miradas castas, cuando la comprensión mutua residía en lo que haría si pudiese, y eso bastaba, eso y la excitación que proporcionaban las manifestaciones políticas. «Todos esperan que confesemos —escribe ella más adelante—. Supongamos que confieso que amo a mi esposo, y confieso también que me enamoré de él en nuestra primera “cita”: ¡en un acto que celebraron los partidarios de la República española en la avenida Convent!».

## LA CAÍDA

Una colina, una larga Colina se extiende desde el valle de la calle Ciento veinticinco, bajo la masa oscura y fría de nubes que aparecen sobre Nueva York como escuadrones de Hindenburgs, y son nubes de guerra que los dibujantes burgueses plasman en sus historietas, nubes demasiado cargadas de lluvia, muerte y fuego para la delgada y tensa tela del paraguas de Neville Chamberlain. Y los tranvías suben penosamente por las vías de la colina, imantados a los raíles, traqueteando mientras se deslizan colina arriba por los raíles, a impulsos de la corriente que el pantógrafo extrae de los cables aéreos; y ese desfile de tranvías transporta a través de la oscuridad a los estudiantes del City College de Nueva York desde sus empleos a sus clases nocturnas. Vallas formadas por setos de cañas y edificios de piedra de color gris y negro; no es Yale pero es gratuito, y el nivel académico es alto; si eres un burgués romántico, puedes empañar la vista y simular que es un verdadero campus universitario, como la Universidad de Michigan, o la de Brown, y cuenta también con un mugriento alojamiento municipal para los hijos y las hijas de los inmigrantes, gente pobre, judíos en su mayoría. Vaya, en el estadio Lewisohn un auténtico equipo de fútbol americano está entrenándose a oscuras, si bien los jerséis de color azul lavanda no son todos iguales, y en cuanto a los pantalones, algunos son de color

negro y otros marrón, pero a Nôtre Dame no le importaría ni a Tommy Harmon tampoco. Sin embargo, si eres uno de los nuestros, Lewisohn es un sitio para organizar reuniones políticas, si conceden el permiso, o para escuchar a la Filarmónica en verano: John Barbirolli por treinta y cinco centavos en asientos de piedra, y dos de esos estudiantes nocturnos que mantienen una tenue relación con el equipo de fútbol están allí sentados, hace menos de un año que se conocen y para ellos treinta y cinco centavos no es una ridícula inversión. Es una época febril, un verano particularmente fresco, y él la corteja en su consanguineidad de creencias. Por supuesto que no pueden casarse. El gana seis dólares a la semana, trabajando por horas en una tienda de radios y discos de la Sexta avenida, y vive con sus hermanas, mayores que él, en el Lower East Side; es un muchacho delgado y afortunado. Ella es más afortunada, pues gana catorce con cincuenta como contable, suma que lleva a su casa del Bronx para entregársela a su madre, su único pariente vivo. Pero ambos, religiosamente, destinan una parte del sueldo para los muchachos de Scottsboro, o para la liberación de Tom Mooney, o para los partidarios de la República española. ¡LEVANTEN EL EMBARGO DE ARMAS! y las monedas de veinticinco son para el transporte y llevan el almuerzo en bolsas de papel, que doblan cuando están vacías para volver a usarlas. Un interludio en el estadio Lewisohn es un lujo principesco, una butaca de palco en la mutualidad del buen gusto, pues Benny Goodman no hace que sigan el ritmo con el pie, ni ninguno de los éxitos populares de la época, incluidos los que ocupan los diez primeros puestos en el *Lucky Strike Hit Parade*, que él escucha una y otra vez en la tienda de la Sexta avenida, donde en otro tiempo se alzaba el Hippodrome. *Tengo a mi amor para darme calor*. Esas canciones demuestran la degeneración cultural que han perpetrado los burgueses con los ritmos que robaron a los negros del Sur, al convertir en algo chabacano lo que era una música del pueblo. En cambio, Beethoven, Brahms y Rachmaninov conmueven el corazón. Cuando se dispone de tiempo. En el centro, en Union Square, tiene lugar una importante manifestación de los trabajadores, y los más expertos cosacos de Nueva York embisten con sus caballos a la multitud mientras blanden sus porras. O bien Paul se instala en la verja para distribuir octavillas mimeografiadas de protesta... ¿por? La expoliación de Etiopía, la entrega de Checoslovaquia, las cuerdas de presos de Georgia, las Hijas de la Revolución Norteamericana, la Federación Norteamericana del Trabajo. Se dice que el rector del City College apoya a Mussolini, ¡FUERA ROBINSON! Rochelle está muy activa organizando el sindicato en su oficina. La gente se une para presentar un frente común ante el avance del fascismo. ¡EL COMUNISMO ES EL AMERICANISMO DEL SIGLO XX! Vamos a las manifestaciones. Nosotros somos los herederos revolucionarios de Jefferson, de Lincoln, de Andrew Jackson, de Tom Paine. Los filósofos sólo han interpretado el mundo; lo importante es cambiarlo. Discusiones interminables en la cafetería de mesas oscuras. Los tranvías suben por la sinuosa colina entre chirridos y zumbidos; el viento agita los cables aéreos. Las luces del tranvía titilan. Él cambia los libros y la

bolsa de papel de un brazo al otro. Ella lo mira y sonríe; su mano apenas llega al asidero de cuero. Se enamor  de él en una manifestación de apoyo a la República española que se celebró en la avenida Convent. Aún se ven en las esquinas vendedores de manzanas, y de castañas en invierno, que asan en fogones de carbón, o de boniatos calientes, a tres centavos la pieza. En Harlem hay por todas partes gente que duerme en los portales. A las tres de la madrugada los coches del metro van repletos. Mamá, quiero invitarle a cenar a casa.  Y quién te crees que eres, doña Generosa? Durante un año él la toca de arriba abajo sin pensar siquiera en ir más lejos, pero es lo único que se puede hacer en el parque o en el vestíbulo. Nunca se ha acostado con una mujer, ni ella con un hombre. Son conscientes de la distancia que media entre sus elucubraciones verbales y los hechos reales; entre la imagen que sus amigos se forman de ellos cuando los ven correr cogidos de la mano hasta la esquina para tomar el tranvía, con los ra dos abrigos al vuelo, el ritmo de sus ágiles zancadas, la envidia del mundo, el nuevo estilo de vida, los jóvenes luchadores comunistas de cuyos ojos claros el viento arranca lágrimas, con las mejillas enrojecidas, ella con un pañuelo desplegado que le envuelve la nariz, un estornudo, un comentario por respuesta, la risa de ambos, los libros de segunda mano, con las hojas ennegrecidas a lo largo de los cantos; entre esta visión de cuando ambos se escurren de la oscuridad a la claridad del interior del tranvía (c gete, rápido, c gete) y el conocimiento que tienen de ellos mismos, aún no liberados, vestidos, tímidos, asustados, espiritualizados por necesidad. Cuando uno es pobre no se arriesga. Cuando cada centavo cuenta y el mundo precisa de todas las manos disponibles, no se tienen relaciones sexuales. Además, no dispones de sitio alguno donde mantenerlas. La verdad es que lo harías si pudieras. Aprendes el arte del compa nerismo, el significado profundo de cogerse del brazo, la manera en que ella puede mirarte en un momento de gozo y lograr que la emoción te llegue directamente a la raíz de tus huevos hinchados; o cuando tienes una idea y piensas en la forma de comunicársela, o piensas en su preciosa boquita, o en la familiaridad que has alcanzado con su limitado vestuario; y en los malos momentos de soledad te condenas a ti mismo, te maldices por pensar en su tendencia a concentrar toda la atención, esta dama, esta dulce joven revolucionaria, y te preguntas, con las orejas rojas y ardientes, cómo sacarte el tema de tu mente indigna y degenerada, y sólo mediante fuerza de voluntad proyectas toda esa energía en la revolución: sólo piensas en su dulzura, nunca en su fuerza. O bien, aprendes a adorar sus tiesos cabellos, su aire de niño grande, su inocencia, el interminable jugueteo de su mente sobre los problemas del mundo, rotundamente comprometido, apasionado de la justicia y la liberación de los pobres, y sus zapatos con los tacones desgastados, la forma de ajustarse las gafas con el dedo corazón, apasionado de la teoría de la plusvalía, de la transición del capitalismo al socialismo, de la dictadura del proletariado y del modo en que el estado se consumir . Y el problema del padre Coughlin y  lo consideraremos distinto en grado o especie de Henry Ford o los propietarios de las minas? Grandiosas palabras de un empleado que

gana seis dólares a la semana, mucha arrogancia por parte de ese escuálido novio, e insinuaciones de carácter pasional, tan ingenuamente poderosas y bellas, un temperamento pasional, y ella se estremece al contemplar todo el poder de esa pasión, esa inocente arrogancia intelectual, entre sus brazos, dentro de su cuerpo.

Se enamoró de él. Quizás entonces ya supiese que no estaba destinado a hacer una carrera brillante en la revolución. Quizás eso no importara. No era un tipo práctico, y el pragmatismo político con el que había comprendido y aceptado las necesidades cotidianas de la vida revolucionaria se había evaporado al calor de una fe excesiva. Al fin y al cabo, eran miembros de un partido. Al fin y al cabo, Rusia era la única nación socialista. El verano siguiente acudieron a un campamento en Connecticut, y se enteraron de que Polonia, Letonia y Estonia habían sido socializadas, y que el pacto consistía en ganar tiempo, y que Stalin sabía lo que hacía, y que el Frente Popular estaba liquidado; pero Paul, sentado al resplandor del fuego, químicamente transformado en su pureza antifascista, no parecía oír nada. Los embrollos de las estrategias y tácticas cotidianas no atraían su atención. Lo que atraía su atención eran los hechos. Los propósitos inmediatos. Conocieron a un hombre mayor que ellos, Selig Mindish, y a su esposa, conocieron a muchas personas interesantes en aquel campamento progresista, escucharon discursos maravillosos, participaron en bailes de figuras; ellos eran los más jóvenes del grupo, brillantes estudiantes universitarios que servían las mesas, los más jóvenes entre los adultos, encantadores para todos, y una noche cálida, bajo el brillo de las estrellas y rodeadas de zarzamoras, entre el canto de los grillos y el coro de las ranas, se conocieron y lo pasaron bien.

Domingo

Amadísima Rochelle:

El jueves, cuando estuvimos en la planta baja durante el receso, pude echar una ojeada a un ejemplar del *Daily News*, que uno de los alguaciles había dejado doblado, y leí la crítica de una nueva película de Marlon Brando; trata de un miembro de una pandilla que decide provocar la ira de sus camaradas y denunciar ante un tribunal sus acciones delictivas, que ha llegado a considerar nefastas. ¡Así se promulga ante millones de espectadores la nueva ética chivata! ¿No es eso una señal a tener en cuenta en vista de los comentarios que la fiscalía le ha hecho en privado a Ascher?

P.

¿Qué otra cosa puede esperarse de un Hollywood que hace ya mucho tiempo purgó a los pocos cineastas humanitarios que tenía? ¿Y qué puede esperarse de un jurado elegido, aunque sea en parte, de entre los miembros de una cultura depravada? Es espantoso.

8.º día

Rochelle: Sorprende hasta qué punto el juez Hirsch y el fiscal Feuerman dan la impresión de formar un verdadero equipo. No puede ser fruto de mi imaginación: Hirsch no se esfuerza en absoluto por disimular hacia qué lado se inclina. Su confabulación es absolutamente desvergonzada: como si fuesen albañiles, levantan metódicamente una pared para tapiarnos. Pero, al fin, su arrogancia los destruirá. El ayudante de Feuerman es un lameculos como no hay otro, un cabrón lisonjero. En el ejército conocí a los de su clase.

Querida, ¿te has fijado cuántos personajes de este drama capitalista son judíos? Los acusados, el abogado de la defensa, los fiscales, el principal testigo de la acusación, el juez. Estamos representando este pequeño drama de la pasión para nuestros amos cristianos. En los campos de concentración, los nazis convertían a ciertos judíos en guardianes y los proveían de látigos. En el Harlem de Jim Crow, los peores polis son negros. Feuerman, con sus pecas y cabellos rojizos, ese graduado de St John, el archiasimilacionista que esconde el hecho de que nunca pudo obtener un puesto en la compañía telefónica... Feuerman se aborrece tanto a sí mismo que ESTÁ DECIDIDO a purgarnos. El imperialismo tiene muchas caras, y cada una de ellas es una muestra de su desesperación.

P.

Tengo que reírme del testimonio que se apoya en la radio.

(sin fecha)

El suelo es de mármol, hay un guardia en cada puerta... Como en un banco. Un altar para el juez, un altar menor para los abogados. Como en una especie de iglesia. Los bancos, las iglesias y las salas de los tribunales dependen de accesorios teatrales. De la ilusión. Los bancos: para crear la ilusión de estabilidad y de negocios honrados, con objeto de ocultar la podredumbre y la corrupción de la explotación capitalista. Las iglesias: para crear la ilusión de santuario sagrado, con el fin de calmar el descontento social. Las salas de los tribunales proyectadas, por supuesto, para causar la ilusión de una justicia solemne. Si existiera la verdadera justicia, ¿por qué sería necesario recurrir a semejantes ornamentaciones? ¿No bastarían una mesa y unas sillas, y una habitación ordinaria? ¿Qué están cuchicheando allá arriba? Un juicio por aburrimiento, eso es lo que es. Rochelle, ¿por qué me siento tan alborozado? ¿Es posible que crea que todo este circo se hundirá por su propio y absurdo peso, y, que sencillamente, saldremos de aquí y nos marcharemos a casa? ¡Escribamos una comedia musical, amor mío, y llamémosla Foley Square!

Se cepilla el cabello grueso y ondulado, se lo cepilla hacia atrás desde las sienes, se lo cepilla hasta que queda bien limpio, se acicala en esa celda con un cuidado excesivo. Lo que más le hace sufrir es el régimen de duchas. Sólo le permiten ducharse dos veces a la semana. La humillación es intolerable. Se cepilla el pelo, se lo cepilla hasta que le arde el cuero cabelludo, y aprende a bañarse en el lavabo de la celda. Una celadora, una mujer como ella, con hijos, una mujer decente y sana que se muestra benévola y poco a poco se convierte en su amiga, le presta unas pinzas todas las mañanas para que tape los barrotes con la manta durante unos minutos; y entonces ella se quita la ropa y se baña junto al lavabo con agua fría, se lava el cuerpo con jabón y agua fría, se seca con la fina toalla de la prisión, almidonada y áspera, y luego lava el lavabo, después lava su ropa interior y entonces vuelve a lavar el lavabo. Disfruta cuando el frío le tensa el cuerpo, la piel erizada se vuelve tirante, el escalofrío nervioso se calienta por efecto de su propio ardor. Le encanta la sensación de caminar descalza por el suelo de piedra de la prisión.

Las mujeres de su pasillo le demuestran un respeto enorme, a tal modo que, aunque se tutean entre sí, cuando se dirigen a ella la tratan de usted. Le piden consejo; son prostitutas, drogadictas y ladronas que esperan a ser juzgadas. Comprende que, en parte, ese respeto proviene de la gravedad de la acusación que pesa contra ella. No puede evitar sonreír para sus adentros. Pero verdes retoños de interés nacen en su corazón con respecto a esas mujeres, y en el patio de ejercicios

puede explicarle a ésta lo que piensa acerca del valor de la psicoterapia, y dónde, en qué organismos municipales, puede solicitar tratamiento gratuito; o a esa otra, que la sensación de ardor que experimenta al orinar seguramente se debe a una cistitis, una especie de resfriado que afecta al tracto urinario, que tiene que ser tratada por el médico, aunque sea el médico de la cárcel, y que es una dolencia que se cura rápidamente. También les gusta la forma en que juega al voleibol, torpemente, pero con la absoluta determinación de ganar. Cuando llega el día del juicio, de las diferentes celdas le ofrecen, siguiendo una vieja tradición, distintas prendas de ropa con el fin de que se presente ante el juez con el mejor aspecto posible. Esa noche, en la intimidad de su lecho, llora; se puede oír su llanto, pero a esa hora de la noche muchas de aquellas mujeres lloran antes de dormirse, y como no es algo infrecuente se convierte en un acto íntimo. No llora porque esté tremendamente conmovida por la generosidad de las demás internas —eso sólo no habría bastado para provocar su llanto—, sino porque es, con toda evidencia, una de ellas, y el pasillo de esa prisión se ha convertido sin ninguna duda en su hogar.

ASCHER Y LEWIN

### Memorándum interno

14-12-53

Mitch: según cree la señora Isaacson, Selig Mindish nació en Polonia y vino a este país siendo muy joven después de la Primera guerra mundial. Cabe suponer que se naturalizó en la década de 1920. Esta información es fácil de verificar a menos que, durante todo ese proceso, el nombre se hubiese alterado de alguna manera.

JA

28 de enero de 1954

LEGAJO: *Caso Isaacson*

Por fin, hoy he conseguido lo que había solicitado: la lista de testigos del gobierno, que adjunto al margen. La han elaborado sobre la base de anotar casi un centenar de nombres, sabiendo que yo no poseo los medios para preparar las repreguntas para una cantidad tan considerable. Cuando me la entregaron, Feuerman sonrió. Debo entender que en alguna parte de la lista se encuentra el verdadero testigo que llamará a declarar.

JA

En su imaginación, la defensa es un ritual, una ceremonia. En una ocasión, Pauly la llevó al teatro, en realidad una escuela de teatro de la calle Houston, en el bajo Manhattan. Sobre un escenario sin telón, los estudiantes representaban una obra griega, en la cual unas jóvenes con togas ejecutaban una danza a base de parsimoniosos movimientos de brazos que simbolizaban su miedo, su deseo de que lo que iba a ocurrir no ocurriese; intentaban alejar de sí ese terrible suceso, y para lograrlo empujaban el aire, colocaban ceremoniosamente las manos a ambos lados de la cara y apartaban el aire. Sin embargo, aquello que tanto temían y aborrecían acabó

por suceder.

No alberga ninguna duda con respecto al resultado del juicio. Sin embargo, el castigo sigue siendo una incógnita y para tratar de averiguar en qué consistirá, escucha a los testigos, observa sus rostros, pone atención en sus palabras. Pero la forma en que obtiene ese conocimiento es inesperada: no la obtiene a través de los acontecimientos que se desarrollan en la sala, sino a la luz de la creciente intensidad del odio que siente hacia ellos, hacia la gente allí reunida. Su odio se intensifica día a día, y de manera gradual imagina que el castigo será aplicado con una intensidad semejante, y que lo que ella desea que les ocurra le será devuelto con creces: su propio odio incandescente reverberará de manera aguda y penetrante.

Sólo entonces comienza a comprender, a la luz de su instinto, cómo justificarán el castigo. No es una proeza desdeñable, si tenemos en cuenta que la realiza en el ámbito de aquel juicio tan sumamente trenzado con testigos a los que se interroga a fondo aunque su testimonio sea incidental, lleno de controversias jurídicas que se extienden a lo largo de media mañana, e interrumpido por constantes recesos y las idas y venidas al ascensor; un juicio en el que, por otra parte, está obligada a concentrarse, lo cual le exige tanto desgaste físico que al final de cada sesión se queda completamente exhausta.

En un momento en el que puede conversar con Ascher a solas, le pregunta cuál es el significado exacto de traición.

Ascher le dice que la traición consiste en hacer la guerra contra el propio país, o en brindar ayuda y asistencia a un enemigo que está en guerra con el propio país. El delito está definido en la Constitución.

Le entrega a Ascher un papel con unas palabras de su puño y letra; tras cada palabra hay un trazo en lápiz en sentido vertical, y cada cinco trazos aparece uno cruzado en diagonal:

traidores  
traicionero  
desleal  
deslealtad  
delación  
falsedad

—Eres una persona muy astuta, Rochelle. Tienes una mente dotada para la jurisprudencia.

—¿Por qué no le dices al jurado lo que está haciendo Feuerman, lo que están haciendo todos ellos?

—Ya manifesté mi objeción en una oportunidad, y fue desestimada. No creo que en esta atmósfera ningún miembro del jurado esté, emocionalmente hablando, en condiciones de comprender semejantes distinciones. Sin embargo, el tribunal de

apelación sí puede comprender el abuso que supone semejante distinción.

Comprendido el modelo, se reproduce a sí mismo continuamente para satisfacción de esa parte de ella que ama el ejercicio del orden sin que importen los objetivos. Las insinuaciones de traición se ofrecen como terrones de azúcar a la hidra de doce cabezas que es la Justicia. En los comentarios iniciales de Feuerman. En la manera de formular las preguntas. En el apoyo que se efectúa a ciertas líneas de interrogatorio, cuando se citan casos de traición y el juez subraya la importancia de la cita. Ascher cree que sólo una mente adiestrada en el ejercicio del derecho penal podrá comprender a través de un estudio superficial de la transcripción de las actas, el abuso que supone enjuiciar a alguien con arreglo a una ley como si hubiese transgredido otra.

La prensa los ha caracterizado como traidores. Si bien la acusación de conspiración dispuesta por la ley les impide beneficiarse de las normas ordinarias de la evidencia ello no los protegerá de la pena que puede recaer sobre los convictos por el peor delito posible de lesa patria. Es evidente que, si bien ella y Paul serán declarados culpables de haber conspirado para cometer espionaje, la sentencia corresponderá al delito de traición.

Todo esto se lo doy a ella. No se trata del análisis radical del visionario rojo; se trata del balance que realiza el contable de los efectos que hay que cobrar y de las cuentas que hay que pagar.

Ahora sólo resta una pregunta, y para obtener la respuesta necesita formulársela a Mindish. Tiene sus sospechas, pero ha de mirarlo a la cara. Hasta que ese momento llegue, decide participar en una defensa elaborada por Paul y Ascher, que incluso recurre a motivaciones de índole sexual. Se trata de una defensa desagradable. Es una exageración y, por lo tanto, falsa. No es verdadera porque exagera la verdad. Pero a ella no le importa. Sólo es un ritual. Aguarda con ansia el testimonio de Mindish. Mientras espera a comprobar si el hombre la mirará o no cuando suba al estrado de los testigos, si, como un perro en un certamen, ladrará, señalará la presa, olfateará cuando se lo ordenen y la encontrará culpable, se halla en un estado que no difiere demasiado de la anticipación placentera. Lo único que le interesa es el modo en que reaccionará instintivamente cuando vea a Mindish. Ya no se toma la molestia de condenarlo. En siete meses todos hemos cambiado. Cada célula de nuestro cerebro se ha transformado y nuestro ser ya no es lo que era. Si por un milagro extraño e imprevisible nos liberaran, nos declararan inocentes y nos liberaran, nuestra vida tendría que empezar de nuevo, y no sé si eso es posible. Nuestros hijos son diferentes. Ya ni sé qué aspecto tienen. Ya no recuerdo lo que es dormir junto a mi esposo. Este proceso me proporciona un conocimiento de mí misma que, de otra forma, quizá nunca habría tenido que soportar. Estoy hecha de piedra.

Pero he tenido meses para pensar en él, en ese antiguo dentista de manos tan

carentes de habilidad que ni siquiera cobrando poco conseguía retener a sus pacientes; un carnicero que no era capaz de hacer un puente que encajara ni poner un empaste que no se cayese. Tan delicado como si calzara guantes de boxeo. Salías de su consulta y la mandíbula seguía doliéndote durante días. Y tampoco era muy limpio. Después de una visita al doctor Mindish, siempre te aparecía alguna úlcera en la boca. A pesar de todo, era nuestro amigo. Aunque nos reíamos de su capacidad profesional, acudíamos a su consulta y casi no nos cobraba. Nos hacía un descuento de camarada. Es posible que estuviera en el centro del círculo gracias a su profesión. Para todos, era el dentista. Es posible. El verano en que Paul y yo servimos las mesas en Paine Lodge, ya participaba de la fiesta. Un dentista hace vida social y ve a mucha gente en privado. En Paine Lodge, simuló con lo que suponíamos que era su encanto del viejo mundo, una especie de paternalismo que yo creí que sólo conllevaría pequeños privilegios —el placer que encontraba en nuestra juventud e inteligencia, en especial la de Paul; la afición a presentarse ante nuestra puerta inesperadamente; su franca admiración por mis cualidades físicas, expresada un par de veces con las manos y siempre con la mirada—. Todo era muy inocente. En el peor de los casos, ni siquiera resultaba ofensivo, sino meramente patético. Así disfrutaba de nuestra compañía. Nos hacía favores. Nos llevaba en coche a la playa, o adonde fuese que tuviéramos que ir. Siempre estaba a nuestro servicio. Un tipo torpe y leal que no parecía desear más que una chispa de nuestra vida. Con su pobre esposa, inocente y poco agraciada. Un espíritu tosco, sin capacidad para saber apreciar las cosas delicadas. Se cultivaba gracias a nosotros y hacía suyas las ideas que descubría en los mítines. No obstante, se sintió con derecho a gozar de otro privilegio además de todos esos, y en el ámbito de nuestra amistad, en el ámbito de su lujuria secreta por la esposa de su amigo, que nunca expresó de un modo valiente, lo que constituye una muestra de la naturaleza ruin de su mentalidad, se tomó una libertad más a cambio de los bajos honorarios y de su camaradería: apoderarse de nuestras vidas.

Dios mío, cómo los odio a todos, cómo detesto sus egos pomposos y diminutos, y sus discusiones y resoluciones y desahogos; la arrogancia con que cada semana nos transmitían la verdad, el evangelio según la calle Once. Siempre trataron a Paul como a un chiquillo, ¡y con su inteligencia! Una mente tan delicada, tan superior a la suya, salvo en lo referente a la política rastrera y egoísta del Partido. Siempre lo censuraban, siempre iba con el paso cambiado. Lo único que hacía era ser su esclavo, creer por ellos. Los comunistas sólo tienen respeto por las tesis, nunca por la gente. Es como si jamás hubiésemos existido. Alguien le dijo que lo hiciera, no pudo ocurrírsele a Mindish, pues Mindish no tiene suficiente cerebro para eso. No puedo entenderlo de otra manera. Salvo que después de tantos años aprendiese, bajo sus pulidas maneras de polaco basto, el descarado que a uno le permite usar a la gente en provecho propio si habla en nombre del Partido. Los engegueces con tus ideales y, mientras miran al cielo, en nombre de esos mismos ideales les hundes el puñal en el vientre.

Pero es tan estúpido, son tan estúpidos, que nunca llegó a convertirse propiamente en un ciudadano. Es judicialmente vulnerable, sexualmente frustrado, un espía que se salva condenando a sus amigos. Eso es lo que dirá Ascher. Es posible que sea verdad. Es concebible que durante todos estos años un espía secreto provisto de una máquina dental de rayos X nunca llegara a ser un buen dentista porque por naturaleza no era dentista sino espía. Un hombre con una doble vida. Un hombre con amigos a los que utilizar en caso de emergencia. Es posible. Lo sabré cuando entre en la sala y lo mire a los ojos.

SINAGOGA BETH DAVID

Grand Concourse y calle Ciento setenta y cinco

Bronx 57, Nueva York

4 de febrero de 1954

Querido Robert:

No estoy escribiendo esto en mi despacho, pues quería hacerte saber cuanto antes que no encuentro sentido a que vengas a Nueva York. Resulta imposible realizar una defensa en este juicio. Hirsch ha decidido que mis clientes pueden ser interrogados acerca de sus asociaciones políticas, a fin de establecer los motivos que tuvieron para cometer el delito de que se les acusa. Por lo tanto, no importa cuál sea la estrategia que adopte, ya que, mediante la inversión de la lógica de estos tiempos, se llegará a la conclusión de que son culpables. Tanto si declaran que son comunistas como si se acogen a la Quinta Enmienda, se demostrará que son comunistas. Y si son comunistas, mienten. Y si ellos mienten, ese perro de Mindish estará diciendo la verdad. Eso es así porque, aun cuando él también sea comunista, declara como testigo del gobierno de Estados Unidos. Todo cuanto puedo hacer es que los Isaacson nieguen el testimonio de Mindish. Pero si Mindish declara que se encontró con el famoso Thos Flemming (conocido en ciertos círculos como Tom *el Locuaz*, porque el gobierno lo ha utilizado ya en tres juicios), y si Flemming, al que trasladarán de la prisión a la sala de tribunal, declara que recibió órdenes de Kuznetsov, del gobierno soviético, ¿cómo podrán negarlo mis clientes, puesto que no asistieron a esa conversación? A pesar de todo, se los juzga para que den cuenta de ello. Se los juzga para que respondan por la Unión Soviética. Se los juzga para que respondan por el actual estado del mundo. Y lo único que la acusación deja claro es que se encontraron con Mindish en la cocina de su propia casa.

No creo que sea aconsejable que dejes tus clases. Te ruego que no lo hagas. Si en algún momento creo que puedes ser de utilidad, te lo haré saber. Espero perder el juicio pero ganar prestigio. Digo *yiska* por tu padre. Que Dios me perdone, pero en cierto sentido celebro que Samuel ya no se encuentre en este mundo, pues en ese caso

habría tenido que ver el terrible poder que en ocasiones tiene su bienamada justicia.

Mis más sinceros saludos para ti y tu adorable esposa.

Jake ASCHER

## EL VEREDICTO

Los Isaacson son declarados culpables de conspiración por entregar a la Unión Soviética el secreto de la bomba atómica. No: el secreto de la bomba de hidrógeno. ¿O es la bomba de cobalto? ¿O la bomba de neutrones? ¿O la de napalm? Algo de eso.

Un día, después de que cesa de llover, un joven que trata de interpretar y analizar las horribles visiones que pueblan su mente hace una visita ordinaria a su hermana, recluida en un sanatorio. Es el otoño de un gran año. Está de pie al otro lado de la ventana, mientras las botas baratas van adquiriendo un color más oscuro sobre la hierba húmeda. Primero la busca apoyándose en uno de los pies mojados, luego, en el otro. No está en la cama, no está en la silla, no está en el rincón cercano a la puerta. Si se encuentra en la habitación, tiene que estar en algún lugar junto a la pared de la ventana, fuera de su campo visual. Un rostro aparece tras el cristal de seguridad de la puerta. La puerta se abre, y él se agacha. Oye una voz, alegre, protectora y solícita. Es el tono de voz con que uno le hablaría a una mascota.

El sanatorio ha sido construido de modo que ofrezca la impresión de ser una serie de apartamentos con jardín. Está situado en una tranquila calle residencial de Newton, cerca del Boston College. En la parte posterior se levanta un edificio destinado a los consultorios de los médicos y odontólogos, también construido con la intención de que parezca una serie de apartamentos con jardín. El sanatorio y el edificio de los consultorios comparten un mismo aparcamiento. Un día de la semana anterior, este joven que permanece agachado a la sombra de estos jardines salió corriendo del sanatorio y cruzó el aparcamiento, mientras agitaba en la mano su chaqueta de lana a rayas como si fuera un estandarte de guerra. Gritaba algo ininteligible, profería sonidos guturales de rabia, se comportaba en verdad como un enfermo. Detrás de él, al tiempo que trataba en vano de que le diera alguna explicación, su padre adoptivo salió por la puerta del sanatorio en el preciso instante en que el joven desaparecía por la entrada del edificio de los consultorios. Detrás del padre adoptivo del joven, salió su madre adoptiva. Detrás de la madre adoptiva, salió una enfermera. Todos estaban muy alarmados. Por alguna razón, al joven se le había metido en la cabeza que su hermana, paciente del sanatorio, sería sometida a terapia de electrochoques. Se aplica una fuerte corriente eléctrica, por medio de electrodos

adheridos al cuero cabelludo lóbulos de las orejas hombros pezones ombligo genitales ano rodillas dedos y plantas de los pies, al sistema nervioso del paciente. El paciente ejecuta una danza rígida. Se corta la corriente y el paciente se relaja. La corriente se aplica de nuevo, y el paciente vuelve a bailar. La corriente se relaja. El joven iba en busca de uno de los médicos que tenía su consultorio en aquel edificio, un psiquiatra llamado Duberstein. Iba a matar al tal doctor Duberstein. Llevado por la furia, renunció a consultar el panel directorio que se encontraba en el vestíbulo y se limitó a enfilear los pasillos, donde fue abriendo las puertas de las salas de espera, de los consultorios y de los cuartos de rayos X, que luego volvía a cerrar con tales portazos que asustaba a las madres y sus bebés, a los ancianos que padecían temblores y a los adolescentes aquejados de agudos problemas de acné. Pero sin éxito. Si hubiese sido un asesino, habría actuado con mayor sigilo. Pero al ir precedido por aquella onda expansiva, alertó a la supuesta víctima, a quien envió una señal de carácter ritual de su furia. Eso no quiere decir que Duberstein lo entendiera así. Su sillón estaba caliente, una carpeta de papel de manila reposaba abierta sobre el escritorio y el humo de su pipa flotaba en el aire. ¡Se había MARCHADO! Fue una suerte, pues lo habría matado.

Pero, como verán, yo estaba aprendiendo. Estaba aprendiendo a ser un Isaacson. A fin de obtener resultados autodestructivos, un Isaacson hace cosas temerariamente calculadas. Es una manera de lograr que el mundo haga tu voluntad. Ahora tengo el rostro cubierto de barba, mis cabellos son más largos que nunca, me voy escorando a través de mis transformaciones a un ritmo acelerado. La sensación es la de bajar corriendo demasiado deprisa por una pendiente. Pero ¿por qué no, por qué carajo no?

Como consecuencia de mi asalto a su consultorio, Duberstein dijo a los Lewin que se retiraría del caso a menos que le garantizaran que me mantendrían alejado de mi hermana. Yo repliqué que le garantizaría que no me acercaría a ella si a su vez me garantizaban que lo separarían del caso. Mi padre, abogado con experiencia en componendas, sugirió el siguiente compromiso: yo garantizaba que no me acercaría al hospital de Duberstein ni a su persona, si ellos me garantizaban que mantendrían sus manos alejadas del voltímetro. El acuerdo fue aceptado.

Al mismo tiempo, inicié una discusión con los Lewin con la secreta intención de convertirme en el único tutor legal de Susan, una idea que acogía calurosamente los días soleados, y fríamente los días de lluvia. Hoy hace frío. Se me están humedeciendo los pies. Levanto la cabeza por encima del alféizar de la ventana y veo que la competente enfermera ha vuelto a acostar a Susan en la cama. La puerta se acaba de cerrar. Contemplo a mi hermana. Abre lentamente las piernas, y los pies resbalan por los costados del colchón hasta que los dedos se insertan en la rendija que queda entre éste y el somier. Mueve los brazos hacia afuera; las manos se curvan sobre el borde del colchón y encuentran la misma rendija. Susan se aferra a la cama con las manos y los tobillos. La camisa se le ha subido por encima de las rodillas. Tiene las piernas flacas y sin depilar. La cara demacrada. Se retuerce suavemente, se

cimbrea como un animal acuático, mira fijamente el techo con sus ojos de miope. Finalmente, la almohada se desplaza y cae al suelo. Echa la cabeza hacia atrás y fija la vista en la unión del techo y la pared, justo por encima de ella. Y ahora, firmemente aferrada a la cama, se queda inmóvil.

Hoy Susan es una Estrella de Mar. Hoy se mantiene en el silencio de la Estrella de Mar. Hay pocos silencios más profundos que el silencio de la Estrella de Mar. Hay pocas formas de vida inferiores, a excepción de la ausencia de vida.

Daniel abre la ventana, se da impulso para trepar al alféizar y entra en la habitación. Lleva consigo un documento, que coloca junto a los demás que se encuentran en el cajón de la mesita de noche. Pero ésa no es la principal tarea del día.

Permanece de pie al lado de la cama. Para ser objetivo, lo único que hace Susan es aprender a descansar en lo que fue pensado para ese fin. Desde aquí puedo ver que en el sanatorio consideran que la ropa interior no es necesaria. Mira eso. Una ardiente oleada de culpa rompe contra los oídos de Daniel. Se hace a un lado, fuera del campo visual. No faltaba más que esto. Más de una vez me he preguntado si desearía cepillarme a mi hermana. Quiero decir que no me lo he preguntado, sino que me he examinado a mí mismo para ver si era eso lo que deseaba. Pero, a lo largo de nuestra historia, no creo que nunca lo haya deseado. Mi relación con Susan tiene que ver con la ira, que se confunde fácilmente con la pasión perversa. Mi interés, mi airado interés, apunta más alto; es algo que radica en las profundidades del corazón y cuyos claros ecos ascienden por mi garganta: me enfurece pensar que alguien, por no mencionar a mi hermanita, pueda haber comprendido el carácter de mis actos, pueda haber encontrado en lo que yo hacía y en la forma en que se comportaba, la suficiente coherencia, las suficientes pautas como para formarse un juicio moral satisfactorio.

La señora Madge Green, con una prótesis mamaria, conduce su Buick Riviera en dirección al Centro de Rescate S & H. Su Pontiac Bonneville. Leopold Bloom comía con deleite las vísceras de animales y aves. Mírala ahí acostada, poniéndose en ridículo. Enséñale a jugar a sus estúpidos juegos. Mira a la gran actriz. ¿No es fantástica? Mira cómo ahí acostada, sin decir una mierda, sin hacer otra cosa que permanecer acostada y dejar que le salgan úlceras de decúbito, aún puede ser moralmente preeminente. ¡Qué personalidad! Para serte sincero, Susan, puedo vivir con tu muerte. Armaré un alboroto porque eso es lo que se espera de mí. Pero puedo vivir con ello. Sé cómo hacerlo. No digo que no estaré triste, pero a la hora de cenar tendré hambre, ¿entendido? Me apetecerá comerme una hamburguesa y todo lo que la acompañe.

Ya sabes que no estoy tomándote el pelo, amigo. Yo puedo vivir con la muerte de cualquiera, a excepción de la mía. Lo sabes bien. Durante toda mi vida la gente ha estado intentando morirse, y son muchos los que lo han conseguido. Al fin y al cabo, he hecho demasiado por ti, ¿y para qué? No hablas, no refuerzas la sensación que ellos tienen acerca de ti. Sólo cuentan con mis palabras. Recuerdo tu voz, pero ¿cómo puedo esperar que ellos también la recuerden? Las voces no pueden transcribirse. Lo

único que puedo decir sobre tu voz es que me resulta tan familiar que no puedo percibir el mundo a menos que tu voz enmarque mi campo visual. Está en el horizonte y bajo mis pies. La voz de Susan siempre ha bañado el mundo. El mundo se quiebra donde se quiebra su voz, cuando realiza una declaración, o se sume en el sueño, o en los momentos amorosos: sólo para caracterizarse con mayor plenitud. Es la voz femenina que traspasa sólidamente los espejos ontológicos. Yace en el fondo de la cuestión, en el meollo del asunto, en el corazón del problema, en el centro, en el blanco, dale fuerte en el medio. Comprendemos a santa Juana de Arco: quieres follarla, pero si lo haces no entiendes lo más esencial de la cuestión.

Susan, la otra noche soñé que, en compañía de alguien que se limitaba a observar, levanté la pesada piel festoneada de una cara con los ojos cerrados y me la coloqué en la cabeza. No fue un sueño agradable. Los ojos estaban cerrados. La cara pesaba una tonelada, pero no era la cabeza entera, sino sólo la estructura facial, torcida como la efigie de Lincoln en una moneda doblada, o la de Roosevelt en la de diez centavos, o la de Kennedy en la de cincuenta, curvilínea, como una sandía. Palpé la carne con los dedos, me pasé las yemas por las sienes y las mejillas, y tuve la sensación de que era carne muerta. Noté las imperfecciones de esa piel. Era fría como el barro, lo que equivale a decir que no era fría pero carecía de calor. La sombra de una sonrisa estiró sus labios mientras dormía. ¿Eras tú quien estaba conmigo en el sueño, mirando?

Para ser objetivo, cuanto más débiles son sus señales, más fuertes se tornan las mías. Conocemos el arte del juego. Pero lo que está sucediendo es que, cuanto más fuertes son mis señales, más tiene que alejarse para poder oírlas. Solícitamente, retrocederá hacia la nada.

Para ser objetivo, se está muriendo.

Para ser objetivo, aún se ocupan de nosotros, de uno en uno.

La vida retrocede como la bajamar, las olas de la vida se repliegan, y sobre su frente, y descendiendo a través de los ojos, se extiende una especie de aridez, una pérdida de vida. Y se veía tan pálida, Dios mío, está muriéndose y no hay nada que Daniel pueda hacer. Se está bañando al pie del mar, y cuando la arena absorba la última gota de agua y el sol seque la playa, estará muerta. Y toda mi familia estará muerta.

Cuando la alcé no tenía peso. No quedaban restos de la masa del océano, ni pizca de los corrimientos de dunas de sal, ni rastro de ningún mar de fondo movedizo. Los brazos le colgaban de los hombros, las flacas piernas de las rodillas. Sentía su columna vertebral contra el brazo, los huesos de las caderas a través de mis brazos. Su cabeza cayó hacia atrás como si tuviese el cuello roto. *Susan*, en su oído, *Susan*, en voz baja, *Susan*, estrechándole los huesos y su seca ingravidez, *Susan*, besándole los ojos. Sólo la calidez de sus huesos me indicó que no estaba muerta.

Cuando volví a depositarla en la cama, la conmoción de lo que le había hecho se comunicó a todo su cuerpo, y los pies se crisparon, y las manos se crisparon. Y la cabeza rodó sobre la sábana, y los ojos se cerraron y se abrieron, se cerraron y se

abrieron. Luego el temblor fue remitiendo, lentamente. Y de nuevo sus brazos se abrieron poco a poco y sus pies se engancharon al colchón, y ella quedó adherida a la cama, haciendo ventosa con todos los poros de su médula espinal encogida, y volvió a clavar la vista en el techo y a escuchar el lento reflujo del océano.

Comprendemos que cuando santa Juana los condujo a la batalla ninguno de los soldados se fijara en la forma en que meneaba el trasero. Comprendemos que Churchill considerara de un inmenso valor el hecho de haber jugado con soldaditos de plomo cuando era niño. Por cada línea de cada novela de Henry James ha habido que pagar un precio. James lo sabía y estaba dispuesto a aceptar la carga moral. Podemos aceptar las cargas morales si llevamos la ropa interior limpia. Es por eso por lo que tenemos soldaditos de plomo. Susan desentierra todas estas verdades. A una Estrella de Mar es imposible hacerle daño. Debemos conservar las manguetas energías siempre y cuando las dirijamos hacia los verdaderos objetivos. Una cierta proporción de la energía debe utilizarse para la regeneración de esa energía. De ese modo uno no muere, sencillamente, como un pájaro que cae o una piedra que se hunde, sino que muere describiendo una parábola. Muere siguiendo una trayectoria de ataque. Susan lo sabe. Para ser revolucionario sólo se precisa empuñar las armas y caer en picado sobre el enemigo. Es como la barrera del sonido: se produce un estallido cuando se la atraviesa, el espacio se conmociona, su contenido se comprime. Un eco rebota a través del rojo y pacífico crepúsculo que se extiende sobre el océano.

Comprendemos que Churchill considerara de un inmenso valor el hecho de haber jugado con soldaditos de plomo cuando era niño. Comprendemos que Truman considerara de un inmenso valor el hecho de haber mandado una batería de artillería cuando era joven.

Daniel extrae un tubo de cartón de debajo de la chaqueta. De él saca un póster que alisa con las manos. Se sube a una silla y lo pega con cinta adhesiva tan alto como puede en la pared que se encuentra frente a la cama. En el techo sería mucho mejor, pero ni siquiera subido a la silla puede alcanzarlo. Se trata de una fotografía granulada, en blanco y negro, de un Daniel con aspecto mugriento y militante. De mirada retadora, de mirada perspicaz. Tiene la mano levantada y hace el signo de la paz con los dedos. Es una foto tomada con flash a un costo de cuatro con noventa y cinco.

JACK P. FEIN

*NY Times*

229 Calle 43 Oeste

Fein es el periodista que escribió el artículo reivindicativo que apareció en el *Times* en el décimo aniversario de la ejecución. Se trata de un tipo robusto y calvo, con patillas grises.

—¿Recuerdas el juicio? —me pregunta.

—No nos dejaron asistir.

—Todo el proceso fue una mierda. La acusación no se sostenía. La palabra de Tom *el Locuaz* como espía convicto no valía nada. Lo único que tenía el gobierno era el testimonio cómplice de Mindish, y para creer en él había que creer que era posible que un técnico en aparatos de radio estuviese capacitado y preparado para dibujar complicados planos de una dificultad extrema, y luego fuera capaz de reducirlos para que pudiesen caber en una radiografía dental. Aún no comprendo por qué tendría nadie que hacer semejante cosa. Era demasiado. Y en cuanto a que esos planos eran valiosos para los rusos... ¡Una idiotez! Los rusos ya tenían todo lo que precisaban. Poseían desde hacía tiempo todo ese material. Allí también disponían de profesionales, contaban con sus propios ingenieros. De cualquier manera, el día en que el *Times* publicó mi artículo yo estaba almorzando en el centro y, en el preciso instante en que salía del restaurante, Red Feuerman salió detrás de mí: el fiscal en jefe. Ahora es el juez Feuerman, del distrito meridional; aquél era un caso para hacer carrera, todo el mundo sacó provecho de él. Feuerman me coge por el codo, así, ya sabes cómo algunos tipos te enganchan por el codo como si fuese una teta o algo parecido, y me dice: «Jack, te has dejado convencer por la gente equivocada, no puedo creer que te hayas tragado su historia». «¿Qué historia, Red? ¡No irás a ponerte tierno y decirme tan serio que tenías un caso bien fundamentado!». Él me dice: «Cuando tengas tiempo, vente un día a mi despacho y te mostraré algunas cosas».

Qué cosas, le pregunté a Fein.

—Oh, una puñetera basura. Esa es la manera en que hablan todos. Aun antes de la ejecución, cuando todo el mundo pedía que se conmutase la pena, ya dejaban caer esas insinuaciones acerca de que poseían pruebas que no podían utilizar porque atentaban contra la seguridad nacional. Como ese importantísimo informe que según dicen existe en el Departamento de Justicia y que no pueden revelar por motivos de seguridad, y nadie puede verlo, y se supone que contiene pruebas irrefutables. Pero un amigo mío que trabaja en Justicia me dijo que, si el documento constituyera la prueba que ellos alegan, ya lo habrían dado a conocer. No hay duda de que existe un documento, y el motivo por el cual se lo considera clasificado es porque favorece a la defensa. Mierda, entre el FBI y el PC, tus viejos nunca tuvieron la menor oportunidad de salir bien librados.

Jack Fein es un fumador en serie. Saca los cigarrillos Camel del paquete y los coloca en fila sobre la mesa como si fuesen los cartuchos de una canana. Toma café negro. No lleva cámara fotográfica ni bloc de notas. Estábamos en un bar. A pesar de que allí dentro hacía calor, no se quitó el abrigo de los hombros, y las mangas le colgaban a los lados del cuerpo cuando se inclinaba sobre la mesa.

—Eres un tipo duro —dijo—. Eso está bien. Me alegra ver que te mantienes fiel a tus convicciones. ¿Cómo se llama tu patronato?

—Patronato Paul y Rochelle Isaacson para la Revolución.

—¿Y a qué se dedicará?

—Pues... a financiar publicaciones para promover la conciencia revolucionaria. Vamos a financiar actos comunitarios... programas. Impulsaremos la alternativa progresista.

—Magnífico. ¿Quieres decirme de dónde obtiene el dinero tu patronato?

—Por supuesto, no es ningún secreto. Se trata del dinero de mi fideicomiso y del de mi hermana. Una gran suma.

—Lo que logró reunir el viejo abogado Ascher. Con aquel comité.

—Exacto.

—¿A cuánto asciende ahora?

—La verdad es que no lo he contado.

—Genial. Eres un tipo genial. ¿Estás en el SDS?

—No.

—¿El PLP?

—No.

—¿Dónde vives ahora?

Se lo dije.

—¿Y qué me dices de tu hermana?

—Bueno, verás, no creo que en estos momentos quiera hablar con nadie. Aún no ha superado lo del juicio.

Muy mordaz.

—Sí. —Enciende un nuevo cigarrillo con la colilla del anterior—. Sí, algo de eso he oído decir. Sí. ¿Qué edad debe tener ahora?

—Susan tiene veinte.

—¿Y dónde está?

—Fuera del estado, eso es todo cuanto puedo decirte.

—Y respecto a tus padres adoptivos, ¿podría hablar con ellos?

—Mira, no me importa que se sepa dónde estamos. No creo que a ninguno de nosotros le importe. Cualquiera que hubiese tenido interés habría podido seguirnos el rastro hasta Boston. Pero lo que quiero decir es que hay ciertos asuntos familiares que debemos solucionarlos entre todos, no sólo yo. Todos tenemos responsabilidades mutuas.

—Entiendo. No te preocupes, que no voy a ir por ahí jodiéndolo todo.

No me gusta el súbito giro compasivo que toma la conversación. Heme aquí, brindándole todos los datos sobre el patronato, y lo que él quiere es hablar con adultos responsables. Caigo en la cuenta de que estoy hablando con un profesional. *El hijo de Paul y Rochelle Isaacson, que fueron ejecutados doce años atrás por delitos de lesa patria, ha creado un patronato para dignificar el nombre de sus padres.*

—Por supuesto, ésa es una tarea imposible —me asegura Fein.

—Pero ése no es nuestro propósito —le digo.

—Escucha, un progresista no es mejor que el análisis que de él se haga. Eso lo

sabes muy bien. Tus padres fueron víctimas de una celada, pero eso no significa que fueran unas criaturas inocentes. Yo no creo que formaran parte de una peligrosa conspiración para entregar importantes secretos de defensa, pero tampoco creo que el fiscal general de Estados Unidos, el juez, el Departamento de Justicia y el presidente de la nación se molestaran en conspirar contra unos pobres diablos como ellos.

—Pensaba que decías que las pruebas eran falsas.

—Y así es. Los tipos tenían que conseguir que los declarasen culpables. Ese era su trabajo. Pero nadie habría señalado con el dedo a tus padres a menos que hubiese creído que estaban metidos en algo. En este país nadie se saca de la chistera a un grupo de gente con el objetivo de someterla a un juicio que le cueste la vida. No sé... tus padres y Mindish tenían que estar metidos en algo gordo. *Actuaban*, en el sentido teatral del término, como si fuesen culpables. Eran pequeños comunistas de barrio que seguramente tuvieron algo que ver en operaciones de tercera categoría que no servían para nada, pero que tal vez hacían que se sintiesen importantes. Quizá lo que hicieron merecía que los condenasen a cinco años de cárcel. Quizá. Pero eso habría sido en los buenos tiempos, y en los buenos tiempos a nadie le habría importado, nadie se habría tomado la molestia de amañar pruebas. Nadie habría tenido miedo de declarar en su favor.

FANNY ASCHER

570 Calle 72 Oeste

Fanny Ascher sentía curiosidad por saber cómo me iba la vida. Por eso accedió a conversar conmigo. Por otro lado, flotaba en el aire un rechazo o un temor provocado por mí, mi pasado o mi apellido, y es por ello por lo que permanecía sentada en el borde del sofá con las piernas cruzadas y el mentón levantado, en la típica actitud cautelosa de la viudez. Es una mujer delgada de cutis muy blanco y surcado de finísimas arrugas, gafas con montura de color gris adornada con piedras de imitación y cabellos teñidos de azul. El anillo de diamantes y la sortija de oro de boda que llevaba en el anular hacían que le resultase difícil entrelazar los dedos sin sentir dolor. Aquellos dedos ganchudos me molestaban, la deformación de aquella mano, la forma característica de la artritis.

—¿Aún estás estudiando?

—Sí.

He tratado de mantenerme al corriente de lo que hacéis los jóvenes, con esos cabellos largos y esa ropa estrafalaria. Soy una mujer instruida y simpatizo con la gente joven. No obstante, me decepciona verte con ese aspecto. No inspira confianza.

—¿Y dices que estás casado y que tienes un bebé?

—Sí.

Sacude la cabeza.

—¿Y tu hermana?

—Va mejorando.

—¿Todavía?

—Sí.

La cabeza de la mujer oscila de izquierda a derecha, de izquierda a derecha, de izquierda a derecha. Sus ojos me miran fijamente.

—No quiero robarle su tiempo.

—¿Mi tiempo? ¿Qué crees que hago con mi tiempo?

—Bueno, sólo he venido a preguntarle si quedaron algunos papeles, algunas cartas que usted sepa. Algunos expedientes.

—No hay nada. Robert tiene todos los expedientes. Le di todo lo que encontré. ¿Cómo está Robert?

—Está bien.

—¿Vas a verlo?

—Sí, cuando puedo.

—Son gente muy ocupada.

—Sí.

—Todos los años, para las fiestas, recibo noticias suyas. Una postal.

—Ya.

Fotografía de Ascher sobre el piano de media cola. Un hombre más joven de como lo recuerdo, que sonrío en una imagen ligeramente desenfocada, dentro de un marco de cuero.

—Bueno, eso es todo lo que quería preguntarle.

—Jacob lo guardó todo. Durante más de un año acudí todos los días a su bufete para revisar los papeles. Facturas, cartas, notas personales: no tiraba nada. Cuando vendí su cartera de clientes y cerré el despacho, tuve que limpiar la suciedad acumulada a lo largo de treinta y cinco años. Pero todo estaba archivado. Nada se traspapeló. Era un hombre muy ordenado.

—Ya.

—Fue muy penoso para mí. Caí enferma.

—Ya.

—Robert no quiso quedarse con la clientela.

Consideremos el hecho por un instante. Daniel teme que las botas hayan ensuciado la alfombra. Es una moqueta de color beige rosado, en un piso de la calle Setenta y dos.

—¿Te apetece tomar algo, un vaso de leche? Jacob y yo llegamos a considerar seriamente la posibilidad de adoptarlos.

—No lo sabía.

—Pues es verdad. Cómo nos las habríamos arreglado a nuestra edad, no sabría decirlo. No fue idea mía sino suya, por supuesto. Yo contuve el aliento, y entonces él se convenció a sí mismo de no hacerlo. Me quedé francamente sorprendida. Sólo

después de su muerte fue cuando pensé que quizá supiese que no le quedaba mucho tiempo y por eso resolvió que no podía asumir tanta responsabilidad. Si no, quién sabe. Jacob era quien tomaba las decisiones. Era característico de él. No sabía decirle no a la gente. Cuanto más pobre era un cliente, más meticoloso se mostraba con su caso.

—Ya.

—En ese aspecto no nos parecíamos. Era excesivamente generoso.

—Fue muy amable con nosotros.

—Eran tus padres quienes deberían haber sido amables. —Se sorprende de su propia observación. Por un instante parece que va a disculparse, pero se contiene—. No fueron amables... con ninguno de los dos. ¿Para qué quieres los papeles?

—No lo sé. Supongo que porque creo que me pertenecen.

—Ya veo. Lamento que no haya nada que pueda darte. Habla con Robert.

Me puse en pie para irme.

—No sé qué decirte —agregó—. No siento ningún amor por la memoria de tus padres. Eran comunistas y destruyeron todo lo que tocaron.

—¿Usted no cree que fueran inocentes?

—Permitieron que los utilizaran, y en ese aspecto no fueron inocentes. Y tampoco lo fueron al utilizar a otras personas en interés de su fanatismo. Inocentes. El caso minó la salud de Jacob.

Se levantó del sofá.

—Eran personas difíciles de tratar. Muy obstinados. Jacob llegaba a casa furioso, pues quería hacer algo y ellos no se lo permitían. Quería hacer algo por su bien y ellos no le dejaban.

—¿Qué quería hacer?

—Quiso llamar a ciertas personas a testificar, y ellos no se lo permitieron. Infinidad de cosas parecidas.

—¿A quién?

Me acompaña hasta la puerta; camina con cuidado.

—¿Cómo?

—¿A quién quería llamar como testigo?

—¿Quién sabe a quién? Jacob era un abogado brillante. Y actualmente, cuando la gente escribe sobre el caso o lo comenta, es Jacob quien recibe las críticas. Que si debería haber hecho esto, que si no debería haber hecho lo otro. ¿Acaso saben ellos lo que tuvo que aguantar?

Apoya la mano en el picaporte. Los huesos crecen en torno a los anillos, el dolor en los dedos.

Entrevistada por Daniel para el Patronato

ROBERT LEWIN

67 Winthrop Road, Brookline

Daniel frena delante de la casa. Ya están acostumbrados a sus apariciones bruscas. A sus partidas desconsideradas. Perciben la ira en la forma de usar los frenos. En las marcas que deja en las colinas de Brookline.

El viento helado ha secado las calles. Se enciende la farola de la esquina.

Ahora se han puesto en manos de especialistas. La gran fe. Teníamos a un especialista con ella para que la examinara. Están realizando unos análisis. Luego el individuo quiere consultar con otro especialista. Con el suficiente número de especialistas el hombre puede llegar a ser inmortal. ¿Qué hacen aquí todos los especialistas la noche del sábado? Vienen a efectuar el más importante examen a Susan.

—¿Dónde has estado? —pregunta Lise—. ¿Por qué no sabemos nada de ti?

Se han vuelto extraños. Han encogido a ojos vistas, los dos. El hecho de recurrir a especialistas está convirtiéndolos en unos judíos viejos. ¿Qué se ha hecho del luchador liberal, del ídolo de los estudiantes? Mi padre enciende la pipa y la mano le tiembla ligeramente. Mi madre se ha vuelto canosa de la noche a la mañana. De pronto, intuyo que sus vidas se han vuelto demasiado dolorosas como para mantener relaciones sexuales.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste caliente? —pregunta Lise.

Me lavo en el piso de arriba. Paso al dormitorio de atrás, donde solía pasar el día. Cuando mi hermana tenía doce o trece años tenía la costumbre de mostrarme su sexo jugoso y tentador, y coqueteaba y se pasaba horas peinándose, y fruncía el labio inferior y se pintaba de negro los párpados y accidentalmente me rozaba el brazo con sus pequeños pechos. Hacía una magnífica actuación. Eran momentos extraordinarios y me provocaban la risa. Y ella tenía sentido del humor: un día interrumpió su labor cuando advirtió que la estaba observando desde el vano de la puerta, levantó los brazos y me saludó con un golpecito de su trasero.

Ahora está amueblado como un cuarto de huéspedes, es un primoroso y vacío cuarto de huéspedes. Desde la ventana se ven las luces de Boston en una extensión de diez o doce kilómetros hacia el este. ¿Qué sensación experimento, qué espantosa necesidad? Al caer la tarde, el sol se reflejaba en las ventanas del centro de Boston, como si alguien hiciera señales con un espejo. Esta era mi ventana. Imaginaba que las señales iban dirigidas a mí. No tenía necesidad de descodificarlas porque era suficiente con que alguien las estuviera enviando. Lo que me causaba una inmensa satisfacción era pensar que si alguien trataba de interceptar las señales y descifrarlas, fracasaría. Fuese quien fuese, el FBI o los nazis, nadie que no estuviera exactamente aquí, en esta ventana, sería capaz de leer las señales exactamente como eran enviadas

ni de comprenderlas tal como tenían que ser comprendidas.

Daniel trató de alejarse de la ventana. Miraba fijamente el cielo vespertino; las luces de Boston resplandecían en la pesada atmósfera como las brasas de una fragua. Es una sensación sin fondo, sin raíz, que no procede de ningún *punto en concreto*. Surge de sus entrañas como una onda de radio, de todas las partes de su cuerpo a la vez, *necesita salir, necesita expandirse*. Se disemina, se difunde, y en un momento determinado él piensa que se trata de algo que su corazón anhela en toda su plenitud, en otro, algo que sus brazos desean estrechar, y al siguiente, algo que su polla quiere penetrar. Pero aunque pudiese acomodarla en alguna parte de su cuerpo, la sensación no desaparecería, sino que persistiría en todas las partes a la vez, y cada célula de su cuerpo irradiaría su propia y apasionada necesidad.

Pero lo peor de todo era que no había recordado que aquella sensación era una vieja amiga suya.

—Tengo que hablar contigo.

Mi padre suspira. Ya hemos hablado antes. Está sentado a la mesa del comedor, con una pila de libretas de exámenes de color azul delante de él. Su ejemplar del *New Yorker* aún conserva puesta la faja de envío por correo.

—¿Sabes si mis padres hicieron algo que perjudicase el caso tal como Ascher lo llevaba?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a algún testigo, alguna prueba, algo que ellos no quisieran que Ascher utilizase.

—¿Con quién has estado hablando esta vez? —pregunta mi madre.

—¿Qué importa eso?

—¿Con Fanny Ascher?

—Sí.

Lise suelta un bufido.

—Claro. He preparado *kartoffel*. ¿Qué prefieres, carne estofada o un bistec?

—Me da igual. No tengo hambre.

—Daniel, de todos modos estoy preparando la cena.

—Cualquier cosa, no me importa.

—Nunca importa...

—¡Joder! —grita Daniel—. ¡Cualquier cosa, maldita sea!

—¡Pero cuando te sientas a comer sí que importa!

—Calmaos los dos —tercia mi padre—. Comeremos carne estofada. ¿Te parece bien, Dan?

—Sí, está bien.

—Gracias —dice Lise, y desaparece por la puerta con expresión glacial.

Mi padre carraspea.

—Vamos al salón. Lo que ocurre, ¿sabes?, es que los sentimientos de Fanny Ascher son bien conocidos. Y es comprensible. Está muy amargada por la muerte de

Jake.

Daniel se sienta. Permanece muy quieto.

—Sólo dime si sabes algo acerca de eso.

—Jake nunca me dijo nada en ese sentido. Por otra parte, no colaboré con él en el manejo diario del caso. Fue en esa época cuando obtuve mi primer puesto como profesor, en Virginia. Sólo participé en las últimas apelaciones. Le eché una mano. Pero para entonces había muchos abogados involucrados en el caso. Para entonces, era de dominio público.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho. No sé más de lo que tú ya sabes. ¿Has revisado el expediente?

No es una respuesta útil. Tienen el corazón hinchado por demasiadas picaduras. No me han perdonado las declaraciones que hice a Jack Fein para el *Times*. Aún recuerdan que amenacé de muerte a Duberstein. Están resentidos porque les negué sus derechos sobre Susan, sus derechos sobre mí. No les consulté cuando decidí introducir cambios en mi aspecto: la barba, el cabello echado hacia atrás, la nueva actitud desenfadada que da color a la cara y hunde los ojos. Sospechan que han llevado una existencia inútil.

Hasta parece que la propia casa ha encogido y ha perdido su esplendor. Los muebles se ven anticuados y gastados. Las paredes están amarillentas. Flota por toda la casa un olor a algo inferior a una existencia segura.

Una sensación de que mi padre, por la forma en que está sentado con los brazos apoyados en la butaca, ha cruzado la línea de la vida tras la cual todo lo que fue un éxito comprende ahora muy bien que fue un fracaso.

—Papá, puedo recitar ese expediente de memoria.

—¿Tomas un trago de vez en cuando?

—¿Cómo?

—Voy a tomar un trago antes de cenar. ¿Te apetece un whisky?

Va a la cocina en busca de vasos y hielo.

—Claro que un hombre suele contarle a su esposa cosas que a nadie más le diría. ¿Quién sabe? Tus padres eran miembros del Partido, y es posible que creyesen que a la hora de considerar los aspectos de su defensa debían tener un ojo puesto en el Partido. Quizá haya habido algo de eso. No lo sé. Claro que el Partido no movió un dedo para ayudarles. Sólo fue más adelante, después de la sentencia, cuando el valor de la propaganda se les hizo evidente.

—Bueno, pero ¿sería algo importante? ¿Algo que hubiese podido cambiar la sentencia?

—¿Te refieres a su testimonio?

—Sí.

—Lo dudo. Tienes que comprender a Fanny. Perdió a su esposo y le echa la culpa al caso. Eso significa que culpa a la familia Isaacson. Y para empeorar las cosas, está convencida de que todos los que analizan el proceso y encuentran fallos en la forma

de llevarlo, recuerdan el gran sacrificio que tuvo que hacer Jake. Ella es muy sensible a este hecho. Le duele que censuren a su marido. Es natural.

—Jake tenía un enfisema. Padecía del corazón.

—Eso es cierto. No era un hombre sano. Pero no cabe duda de que el trabajo le ayudaba a seguir viviendo. Era como mi padre. Sólo paraban para comer y dormir. Ambos tenían el mismo temperamento.

Pone hielo en los vasos.

—Fue una buena sociedad.

—Ella quería que te quedaras con la clientela.

—Así es.

Esboza una sonrisa. Guarda el whisky en la vitrina, al lado de la vajilla de fiesta.

—Siempre se mostró insensible a los ideales de Robert —acota mi madre.

—Prueba esto. —Me ofrece el vaso—. Es lo que bebemos los viejos. Sí, Fanny se quedó muy trastornada cuando no acepté quedarme con la clientela. Siempre hay algo que la trastorna.

—Nunca tuvieron hijos —dice Lise.

—Los Ascher y mis padres estaban muy unidos. Siempre me traían un regalo el día de mi cumpleaños. Cuando mi madre murió, Fanny comenzó a dar consejos. Durante años trató de convencer a mi padre de que volviera a casarse. Le presentaba a las mujeres de Hadassah que habían perdido al marido. Pero Sam sólo estaba interesado en ejercer la profesión de abogado. Decía que nunca había tenido tiempo para hacerlo.

—A ella le desagrada la gente que no le pide consejo —observa mi madre.

—*L'chayim* —dice mi padre, levantando el vaso.

—Actualmente, el poder judicial es más sensible; ahora, la tendencia consiste en ejercer una protección más estricta para preservar la integridad del proceso. A mi modo de ver, no hay duda de que, si fuesen juzgados hoy, el gobierno no podría hacer lo que hizo entonces para lograr su condena. Durante el juicio, el FBI detuvo a aquel otro tipo como si fuese un espía más de la pandilla, y dijo que su testimonio confirmaría la confesión de Mindish. Nunca lo llamaron a declarar, y nunca lo juzgaron. Mucho antes de que se iniciara el juicio, los Isaacson fueron juzgados y declarados culpables en los periódicos. En mi opinión, unas sugerencias tan explícitas al jurado como las que realizó el juez Hirsch, también hoy se considerarían lesivas para los acusados. En la actualidad un juez sería más prudente en su conducta. Tendría que serlo.

—¿Quieres decir que los habrían absuelto?

—Bueno, no necesariamente. Quiero decir que el juicio se habría llevado a cabo de manera diferente. Habría sido más difícil condenarlos. Por ser ellos quienes eran, la ley federal por el delito de conspiración se habría aplicado del mismo modo. Eso

no ha variado. Sigue siendo la forma de encontrar a alguien culpable aun cuando no se pueda probar que cometió un delito.

—¿Has ido a ver a Susan? —pregunta mi madre.

—Sí.

—Hoy le lavé el pelo. Le compré un albornoz precioso, pero es demasiado grande. Tendré que conseguir una talla más pequeña.

—Cuando comenzó este asunto, estoy absolutamente seguro de que los del FBI no sabían lo que tenían entre manos ni a dónde los conduciría. Sabían que estaban obligados a obtener algo. En esa época, unos años antes del suceso del Sputnik, se solía menospreciar a los científicos rusos. La gente que tenía conocimientos sobre el tema no cometía ese error. Pero en el nivel social de la revista *Time*, el chiste era que lo copiaban todo y luego se atribuían el mérito. Bueno, por supuesto, el corolario de todo eso es que ellos tienen nuestra bomba y eso significa que fuimos traicionados. Después de la guerra, toda nuestra política exterior dependía del hecho de que nosotros teníamos la bomba y los soviéticos no. Fue un terrible error de cálculo. Esa fue la causa de la militarización del mundo. Y cuando ellos la tuvieron, la única opción para no reconocer la bancarrota de nuestro liderazgo mundial y nuestra falta de visión nacional fue descubrir conspiraciones. Era una cosa o la otra.

—En ocasiones yo pensaba en las probabilidades en contra.

—¿Qué?

—Que tenía que tocamos a nosotros. Una familia en particular en un país de millones de familias.

—Bueno, si uno pertenece al FBI dispone de un gran archivo, en especial de conocidos activistas de izquierdas. Es a lo primero que recurre, a los archivos propios. Con la policía ocurre lo mismo; se comete un crimen determinado, digamos de tipo sexual, y entonces lo que se hace es interrogar a los pervertidos fichados. Y cuando el tipo va a parar a la comisaría, sabe que es vulnerable. Hará todo lo posible por demostrar su inocencia, o por diferenciarse de quienquiera que sea el culpable. Pero digamos que lo detienen cuando aún no se sabe que se ha cometido un delito; bueno, en ese caso, las declaraciones que hace le revelan a la policía la noción que el individuo en cuestión tiene de su propia vulnerabilidad. Y la policía se pone a trabajar sobre eso. Se pone a trabajar sobre eso con la impresión de que su decisión inicial de interrogarlo estaba justificada.

—¿Te refieres a Mindish?

—Antes de detenerlo lo interrogaron durante varias semanas. Y después de que lo hubieron detenido, siguieron interrogándolo. Y fue así como se convirtió en su hombre.

—Preferiría que no habláramos de eso, Robert.

—Se convirtió en su hombre porque mencionó a tus padres.

—Al principio sólo detuvieron a Paul.

—Sí.

—Y luego, al cabo de unas semanas, a Rochelle.

—Bueno, ¿y qué, acaso se lo pensó mejor con respecto a mi madre?

—Bien, lo más probable es que la detuvieran como un medio para persuadir a tu padre de que declarase. Él no estaba tan dispuesto a cooperar como Mindish. Así era como procedían; se trataba de un procedimiento de investigación. Y aun después de que detuviesen a Rochelle, si tus padres hubieran delatado a otras personas, podrían haberse convertido en testigos de la acusación, como Mindish. Pero no lo hicieron. Por lo tanto, se convirtieron en acusados. El gobierno trató de llevar el caso tan lejos como pudo. Ése era su interés. Pero se detuvo en Paul y Rochelle. Incluso después del juicio y de la condena, el gobierno les comunicó que, si confesaban, no se cumpliría la sentencia. Eso me indica que el gobierno nunca tuvo la completa seguridad de que habían condenado a muerte a los verdaderos cerebros de la organización. El propósito de la confesión no consistía en lograr que tus padres se arrepintiesen ni en exonerar a la justicia norteamericana. Lo que se pretendía era que mencionaran a otras personas. Ya ves, pues, que la propia sentencia de muerte se utilizó como un procedimiento de investigación.

—¿A qué se debe esta ansia permanente de castigar a la familia? —dice mi madre —. No logro entenderlo.

Deja sobre la mesa el tenedor y el cuchillo.

—Lise, el muchacho me ha hecho una pregunta.

—¿Es necesario decirle esas cosas? ¿Acaso no las sabe?

—Lo que hago es explicarle por qué Jake hizo la defensa que hizo.

—Y ahora irás a decirle, cuando los Isaacson ya llevan doce años en la tumba, cómo habrías llevado tú la defensa. No creo que eso le sirva de consuelo.

—Oye, mamá, ¿acaso he pedido consuelo? ¿Acaso he dicho que necesitaba consuelo?

—Lise, tendrás que perdonarme; nunca creí que fuese una buena idea hablarle a Susan del caso.

Esta observación nos une a todos. El ambiente se despeja. El color vuelve a nuestras mejillas. Alrededor de la mesa de la cocina se hace posible, por un brevísimo instante, que este hijo y sus padres estén cenando juntos.

—De modo que Mindish era su hombre. Y Ascher eligió basar la defensa en la desacreditación de Mindish. Esa fue su defensa. En aquel momento parecía la única posible. Sabe Dios que posiblemente yo mismo no habría podido sugerir algo mejor. La presión era enorme. Por lo tanto, Jake puso el acento en el egoísmo de Mindish. Tienes que saber que la teoría por la cual se acepta el testimonio sin corroborar de un cómplice se basa en que la conspiración es, por su propia naturaleza, secreta, y por lo tanto sólo las partes implicadas pueden saber que ha existido. Pero en la práctica esto significa que la culpa del cómplice se modifica de acuerdo con el grado en que puede perjudicar al acusado. Mindish confesó y lo separaron del proceso; no iba a saber qué pena le correspondería hasta que tus padres fueran sentenciados. Por el mismo delito,

a ellos les aplicaron la pena capital, y en cambio a él lo sentenciaron a diez años de cárcel. Ascher determinó la motivación. El tema de los celos... tú debes recordarlo. Luego, la revelación de que Mindish nunca se naturalizó de manera adecuada y que su ciudadanía estaba en tela de juicio. Seguían suscitándose dudas de todas formas, pero al parecer bastaba para demostrar fehacientemente que Mindish temía que lo deportasen y que, por consiguiente, estaba dispuesto a declarar todo lo que el gobierno quisiera que dijese. Ascher elaboró otro esquema de la conspiración para demostrar que Mindish era más culpable de lo que él mismo confesaba. Su miedo a ser deportado, su malevolencia, su lujuria frustrada. Recordarás esa declaración en el sumario. Puedes verlo señalar con el dedo. Ahí está el espía. Él y sólo él es el responsable.

—Así es.

—Bien, pues ahí tienes el tremendo error que contiene ese argumento: reconocer que existió un delito.

—¿Cómo?

—Al argumentar de esa manera, Ascher le proporcionó al gobierno la única premisa que no debería haberle ofrecido. Que se cometió un delito.

—¡Pero Mindish lo confesó!

—Sí. Y la única posibilidad de Ascher consistía en desacreditar su confesión. He meditado mucho acerca de ello. No se trata de lo que denominaríamos un procedimiento ordinario. Pero todo apuntaba hacia ellos y se requería algo extraordinario. Existía una muy leve posibilidad... A pesar de la honradez generalizada y del miedo de la época, y de la inexorable maquinaria federal, aún había una forma de lograr otro veredicto. Y consistía en demostrar que los Isaacson eran inocentes probando que Mindish también lo era.

La tecnología consiste en la elaboración de metáforas del mundo natural. El vuelo es la metáfora del aire, las ruedas son la metáfora del agua, la comida es la metáfora de la tierra. La metáfora del fuego es la electricidad.

—Lo sé, lo sé. Eso es navegar contra corriente. Pero cuanto más atacaba Ascher a Selig Mindish, más fuerza proporcionaba a los argumentos del gobierno. Al fin y al cabo, todo se reduce a lo mismo, a qué testimonio dará crédito el jurado. Si la defensa se une tácitamente a la acusación en la presunción de que efectivamente se cometió un delito de espionaje, ¿dónde radicará la diferencia con respecto a quien estaba implicado y quien no lo estaba? ¿Crees al testigo de la fiscalía que confiesa o al acusado que niega? Como ves, bajo este enfoque incluso el testimonio presentado por la defensa, la cuestionable ciudadanía de Mindish, opera en favor de la fiscalía. Si no es ciudadano norteamericano, es un extranjero, y por lo tanto debe lealtad a otro país. Su propio testimonio tiende a prestarle apoyo. ¿Comprendes lo que quiero decir? Ascher le pedía a un jurado norteamericano que creyera que un individuo era lo bastante malvado como para acusar con el dedo a sus inocentes amigos de más de quince años, para quienes era prácticamente un padre, según la propia definición de

Jake. Una relación más cercana que la propia familia, tal como también la describió. Eran más íntimos que si hubiesen sido parientes. Resulta más fácil creer en un delito contra el Estado.

—Pero, si Mindish era inocente, ¿por qué había confesado?, ¿qué motivos tenía para ello?

—Bien, después de todo lo que se ha escrito resulta difícil recordar ciertos datos sobre el doctor Mindish. Se trataba de un hombre ignorante. Nunca aprendió a hablar correctamente el inglés. Obtuvo el título en alguna facultad de segunda categoría, cuando la odontología aún no era una rama plenamente integrada en la medicina. Mindish era un simple mecánico dental. Afectaba una refinada educación europea que se esfumaba a los cinco minutos de conversar con él. Tengo la impresión de que no era un hombre apasionado por la política, sino una persona muy vulgar, muy tosca, perfectamente capaz de afiliarse al Partido Comunista por la única razón de que éste satisfacía sus aspiraciones sociales, posibilitaba que un dentista del Bronx de clase media baja pudiera formar parte de una especie de club selecto. Me preguntas qué motivos pueden llevar a una persona inocente a hacer lo que él hizo. Bien, uno de los motivos es que creyó, o le persuadieron para que creyera, en su propia culpabilidad. Y tuvo que vivir con un miedo mortal a las consecuencias. Otro es que creyó en su propia inocencia, y a la vez creyó, o le persuadieron para que creyera, en la culpabilidad de sus amigos. Y tiene que vivir con un miedo mortal a las consecuencias.

om om omm omm omm om om ommmmmmm  
ohm ohmm ohn ohm ohm ohmm ohm ohmmmmmm  
qué es lo que no puedes ver pero puedes sentir  
qué es lo que no puedes saborear, no puedes oler, no puedes tocar, pero  
puedes sentir  
ohm ohm ohm ohm ohm  
qué es lo que no puedes sentir pero hace que parezca que lo sientes  
ohm  
qué es eso que no puede moverse a menos que pongas algo en su camino.  
Qué es eso que se mueve a través de los demás, viene del cielo  
y es invisible, y sólo puede detectarse una vez que ha desaparecido: no es  
Dios ni el Llanero Solitario.  
ohm ohm ohm ohm  
Qué hace que huelas cuando lo tocas, te ennegrezcas cuando  
lo sientes  
y mueras cuando lo saboreas.  
ohm  
Qué es lo que ilumina la vida de un hombre y lo conforta en invierno y canta  
que él es el amo del universo; hasta que se sienta en ello.

Un descubrimiento interesante es un análisis de la transcripción del juicio que realizaron varios estudiantes de Derecho de la Universidad de Virginia y publicaron en el número de su revista correspondiente a abril de 1954, o sea, un par de meses antes del fin. El asesor de esos estudiantes no fue otro que el profesor agregado Lewin. Los estudiantes de Derecho encontraron no menos de diecisiete irregularidades procesales que habrían bastado para justificar la repetición del juicio. La presunción es que los defectos del proceso original no fueron estructurales sino de naturaleza excepcional. Sin embargo, cabe preguntarse cómo es posible que, después de un proceso judicial de tres años en el cual estuvieron comprometidos los cerebros más preeminentes de la jurisprudencia norteamericana, ningún miembro de la judicatura fuese capaz de demostrar la mínima agudeza que tuvieron esos estudiantes para descubrir tales errores. O para expresarlo de otra manera: si no se puede lograr que la justicia funcione bajo las peores condiciones posibles de histeria social, ¿qué importa cómo funciona en otras ocasiones?

Robert Lewin aún sigue trabajando para encontrar la manera de revocar el veredicto. Estoy empezando a mostrarme intolerante con los reformistas. Ascher aún confía en los tribunales de apelación. Estoy empezando a sentir asco por los hombres de buena voluntad. Aquí nos encontramos ante un fracaso a la hora de establecer relaciones. El fracaso a la hora de establecer relaciones es complicidad. La reforma es complicidad.

Es complicidad con el sistema dejarse seducir por la estructura moral del sistema.

Tengo delante de mí, sobre esta mesa, los seis libros que se han escrito acerca del juicio a que fueron sometidos mis padres. Dos de ellos están de acuerdo con el veredicto y la sentencia, dos están de acuerdo con el veredicto pero no con la sentencia, que encuentran muy severa, y los otros dos niegan la justicia tanto de la sentencia como del veredicto. Expresan todas las opiniones posibles, desde la de Sidney P. Margolis, el famoso filósofo a sueldo de Hearst (*Espías procesados*), hasta la del vampiro liberal Max Krieger (*La tragedia de los Isaacson*). He aquí un párrafo de cada uno de ellos: «A pesar de toda la histeria orquestada por los rojos, sus compañeros de viaje y víctimas de su engaño, los Isaacson obtuvieron un juicio justo (...) ¿Quién sino los ideólogos decididos a destruir nuestro estilo de vida democrático puede atreverse a gritar, a la vista de cómo los acusados emplearon todos los subterfugios jurídicos que la ley permite mediante el procedimiento adecuado, que no se ha hecho justicia?»: Margolis. «La historia registra con vergüenza la persecución y la infame ejecución de que fueron objeto en Estados Unidos de América dos ciudadanos norteamericanos, marido y mujer, padre y madre de dos niños, que ni siquiera eran culpables de cruzar mal la calle, por defender con orgullo sus opiniones izquierdistas»: Krieger. No existe ninguna diferencia sustancial entre ambas afirmaciones. Por no hablar de la prosa.

Estoy dispuesto a aceptar la idea de que, en la medida en que Ascher se tragó las premisas de la guerra fría, cometió errores. Estoy dispuesto a aceptar también la idea de que el doctor Selig Mindish era inocente. Esta es una idea que ellos mismos no estaban dispuestos a considerar. Yo odiaba a Mindish desde mucho antes de que se celebrara juicio alguno. Odiaba su olor, su sonrisa afectada. Odiaba su acento, y la alegre expresión de muerte de sus ojos de ostra. Sin embargo, estoy dispuesto a aceptar la idea de que también él era inocente. Pero sólo porque debió de sufrir mucho en aquel entonces. Pero sólo porque ha sufrido mucho más desde entonces.

La inocencia es complicidad.

Después de que se dictara la sentencia, se celebró una gran fiesta. En la fiesta, tomando champán, estaban el juez Barnet Hirsch; el abogado defensor Jacob Ascher; Robert Lewin, hijo del antiguo socio de Ascher; los escritores Margolis y Krieger (quien se emborrachó y cantó *La Internacional*); el fiscal judío Howard *Red* Feuerman; el presidente del B'nai B'rith; Thomas Flemming, conocido como Tom *el Locuaz* porque fue testigo del gobierno en al menos cuatro juicios por espionaje; Boris Brill, el famoso experto anticomunista; Mindish, y mis padres. El último en llegar para presentar sus respetos fue V. Molotov.

El juez llamó a Ascher al estrado. Conferenció con él, mientras se erguía en el sillón y se apoyaba con los antebrazos. Extendió las manos, que surgieron de la toga como las garras de un ave de negro plumaje, y se aferró al borde del escritorio. Se inclinó sobre el oído de Ascher como un enorme pajarraco que fuera a picotearle la mejilla. El viejo abogado asintió enérgicamente. Luego sacudió la cabeza y se volvió, levantando la vista, para refutar lo que acababan de decirle.

El estrado era de nogal barnizado en color claró, al igual que las sillas y los bancos del público. Eran muebles de escuela. En la pared se oía el tictac de un reloj, también semejante a los de las escuelas, de esfera redonda y grandes agujas negras. Una bandera de color gris a causa del polvo se erguía en su asta en un rincón de la sala. Detrás del estrado había un retrato del presidente, y, en el otro rincón una bandera del estado de Nueva York.

La sala de tribunal estaba casi vacía. Bajo una de las ventanas un policía permanecía de pie con los brazos cruzados. Iba desarmado y no llevaba gorra. Bostezó. Una mujer de gruesas piernas y zapatos de tacón bajo, que llevaba un vestido del mismo color azul que el uniforme del policía, estaba sentada directamente detrás de otra pareja. En aquella ocasión trascendental no había ningún periodista presente. Las pocas personas que ocupaban el sector del público se encontraban allí por los asuntos que tenían pendientes con el juez. Se mostraban nerviosos y se hablaban con acritud. Murmuraban algo con premura antes de imponerse silencio unos a otros.

Ascher regresó del estrado y se dirigió a sus dos clientes:

—Poneos en pie, por favor, y venid conmigo. El juez quiere haceros unas preguntas. Vamos, vamos, que no os va a morder.

Daniel y su hermana Susan se levantaron, se deslizaron por el banco y salieron al pasillo central. Susan tenía bien apretada la mano de Daniel.

—Venid. Daos prisa, que aquí la gente está muy ocupada.

Se detuvieron delante del estrado y miraron al pajarraco de negras plumas y cresta blanca que estaba encaramado en lo alto de su rama.

—Tú eres Daniel, ¿verdad?

El niño asintió con la cabeza.

—Y tú, Susan.

La pequeña lo miró fijamente sin dar señales de haberlo oído.

—¿No eres Susan? Susan Isaacson, ¿no es así?

—Tienes que responder al juez —dijo Ascher.

Susan tragó saliva. Daniel la vio hacerlo. Le sacudió la mano, sujeta a la suya como si estuviera pegada con cola, se la sacudió hasta que ella asintió.

—Muy bien. Ahora quiero haceros una pregunta, niños, y quiero que ambos contestéis. Se trata de una pregunta muy sencilla, más sencilla que las que os hacen en la escuela. ¿Entendido?

—Entendido —respondió Daniel.

—La pregunta es: ¿os gusta vivir en el internado? No mires al señor Ascher. Tendrás que responder a esa pregunta tú solo.

El niño estaba aterrado. No sabía qué decir. La niña seguía mirando fijamente al juez. Era incapaz de dejar escapar un sonido siquiera.

—Bien, estoy seguro de que puedes decir si un lugar te gusta o no. ¿Te tratan bien? ¿Estás contento allí? ¿O preferirías estar en otro lugar?

—En otro lugar —dijo Daniel—. Queremos ir a casa.

Ascher sacudió la cabeza. Murmuró algo en yiddish y luego comenzó a discutir con el juez. Los ojos del magistrado eran castaños, pero la circunferencia de las pupilas tenía una orla de color azul celeste. Los párpados reposaban como capuchas sobre la parte superior de los ojos. Mientras hablaba con Ascher observaba a los niños. Y éstos lo observaban a él.

De repente desapareció.

—Vamos a su despacho —anunció Ascher, al tiempo que nos colocaba delante de él y nos empujaba en dirección a una puerta.

Nos encontramos en un despacho que tenía una mullida alfombra de color gris, un escritorio enorme, butacas de cuero negro y un sofá de cuero negro. Había librerías con puertas de cristal, atestadas de volúmenes. Nos sentamos en el gran sofá de cuero; Ascher ocupó una de las butacas, frente a nosotros, y el juez la otra. Se había quitado la toga negra y parecía más pequeño. De los costados de la calva rosada brotaban sendos penachos de pelo blanco. Llevaba un traje de cheviot de color claro, complementado por un chaleco que, por quedarle demasiado ajustado, se le separaba

entre los botones y formaba unas aberturas elípticas que dejaban ver la blancura de la camisa blanca. Era un hombre menudo, y cuando cruzó una pierna sobre la otra se tuvo que ayudar con una mano, levantando la pierna por debajo de la rodilla y asentándola sobre la otra.

—¡Ah, aquí estamos! —dijo.

Una mujer de cabello canoso había entrado por otra puerta y se acercó a nosotros con dos botellas de refresco en las manos. Llevaba alrededor del cuello una cadena de la que colgaban unas gafas. Nos entregó las botellas y luego depositó varias monedas en la mano del juez. Acto seguido, salió del despacho. El juez tuvo que descruzar las piernas de nuevo para guardarse el cambio en el bolsillo.

Era Coca-Cola. En una ocasión mi padre me había dicho que estropeaba los dientes. Que si introducías un diente en un vaso con Coca-Cola, se pudría. En casa nunca la bebíamos.

—Esto está mejor, ¿verdad? Así podremos charlar todos juntos mejor que allí fuera. ¿Os ha dicho el señor Ascher mi nombre?

—Juez Greenblatt —murmuró Ascher.

—Eso es, juez Greenblatt —repitió el juez, como si hubiésemos sido nosotros quienes habían pronunciado el nombre—. Y el Estado me ha designado como juez del Tribunal Tutelar de Menores, para que me ocupe de que los niños que, por un motivo u otro, se encuentran en apuros, puedan estar en las mejores condiciones posibles. ¿Sabéis a qué me refiero?

—Lo entienden —dijo Ascher—. Son chicos inteligentes.

—Me doy cuenta de ello —replicó el juez—. Me doy perfecta cuenta de ello.

A Susan se le pegaba la parte interior de los muslos al cuero del sofá. Constantemente levantaba las piernas, lo que producía un ruido semejante al de la cinta adhesiva cuando se despega de la piel.

—De modo que tenemos un problema —prosiguió el juez—. Y es determinar si, en vista de las circunstancias, lo mejor para vosotros es que permanezcáis en el internado o confiaros al cuidado de una familia, para que podáis vivir en un hogar tal como se supone que deben vivir todos los niños. Y con el fin de ser lo más justo posible, quería conocer lo que pensabais acerca de este asunto.

—Discúlpeme —intervino Ascher—. Se les debería informar, su señoría, de qué es lo que opinan sus padres sobre el particular.

—No influyamos en su decisión, señor Ascher —replicó el juez, mirándome fijamente al tiempo que tenía la mano metida entre las piernas cruzadas.

—Estoy de acuerdo con eso —dijo Ascher—. Y con que nadie les diga cómo se supone que deben vivir. —Tras meditar por un instante, añadió—: Ni siquiera los magistrados del Distrito Federal.

—Bien niños, estoy esperando vuestra respuesta —dijo el juez. Luego, dirigiéndose de nuevo a Ascher, añadió—: Debe usted comprender que lo único que me interesa está aquí, en este despacho. Por su actitud, advierto que usted supone que

estoy en connivencia con cierto magistrado del Tribunal Federal.

—¡Oh, no, nada de eso! —exclamó Ascher.

Parecía verdaderamente horrorizado.

—No me siento obligado a practicar el corporativismo judicial por ese hombre —prosiguió el juez—. Y me ofende el hecho de que pretenda usted presionarme.

—Ha sido un juicio largo y frustrante —explicó Ascher—. No me encuentro bien. Me gustaría oír de una vez por todas una resolución que favorezca a una moción presentada por la defensa.

—¡Mi querido Ascher, no se está juzgando a estos niños!

—Por supuesto que sí —replicó Ascher al tiempo que se ponía en pie. Comenzó a caminar por la estancia—. Sus padres aún viven. Tienen esperanza. Tienen la esperanza de estar todos juntos de nuevo.

—No hago más que formular una pregunta.

—Ya fue contestada. Que Dios me perdone, pero si usted no puede devolverles a estos niños a su madre y a su padre, no les obligue a aceptar a otros padres.

—Según sus propias palabras, una docena de familias se han ofrecido a acogerles en su hogar. ¿Cabe suponer que en todos los casos actúan movidos por la compasión?

Ascher soltó un suspiro y dejó caer de golpe los brazos contra los costados.

—¿Sabe usted cómo es la vida en una institución estatal? —inquirió el juez—. ¿Cree que puede ser beneficioso para una criatura permanecer en una especie de cuartel civil ya no durante unos meses, sino tal vez durante años? y eso en el mejor de los casos... Además, tenemos el antecedente de una huida.

—Sólo fue una vez.

—Y fue suficiente. No; es usted muy melodramático.

—Los padres...

—No me interesan los padres. Su salud mental no es competencia de mi tribunal. Son los niños a quienes debo considerar, y las decisiones que se tomen deben atender exclusivamente a su bienestar. Y usted tiene que explicárselo. —El juez entornó los ojos y se apretó con los dedos el puente de la nariz—. Existe una cosa que se llama exceso de esperanza —sentenció.

## LA VERDADERA HISTORIA

### DE LA GUERRA FRÍA: RAGA

«Guerra fría» es un término atribuido a Bernard Baruch, asesor extraoficial de presidentes y uno de los arquitectos del plan Baruch para el control internacional de la energía atómica. Este plan, que fue presentado a la consideración de las Naciones Unidas en junio de 1946, proponía que, en bien de la humanidad, Estados Unidos — el único país que poseía entonces armamento atómico— siguiera acumulando bombas y desarrollando la tecnología para su fabricación hasta que se hubiera

establecido un sistema efectivo de inspección y control internacional al que estuviese sujeto todo el mundo, incluida muy especialmente la Unión soviética. Mientras se discutía el plan, Estados Unidos hizo explotar otra bomba atómica en el Pacífico Sur, en la isla de Bikini. A modo de ensayo, podríamos definir el concepto de «guerra fría» como un estado de hostilidad incipiente a base de bombardeos, mediante el cual Estados Unidos se proponía aplicar tanta presión sobre la Rusia soviética que el gobierno de este país acabaría por hundirse y el poder de los bolcheviques quedaría destruido para siempre. Citas disponibles de Kennan (conocido también como mister X), Acheson, Dulles.

Como es bien sabido, el miembro más antiguo del gabinete, Henry Stimson, creía que el uso diplomático del monopolio temporal de la bomba con el fin de transformar las condiciones en la Rusia soviética era un terrible error de cálculo que podía conducir al desastre. Veamos quién era Stimson. Una larga existencia dedicada a los intereses de su nación. Una vida profesional no carente de ardor patriótico, y un par de errores garrafales. Miembro de la clase dirigente, como dicen ellos mismos. Pero treinta y cinco o cuarenta años en altos cargos del gobierno pulen el cráneo hasta conferir una sabiduría que resulta casi oriental en su translucidez. En el ámbito de las relaciones internacionales la vida no es nada complicada, pero pulida por los grandes a la vez que simples sucesos del egoísmo nacional puede llegar a brillar con una belleza simple (y, tal como señalan todos los sabios de oriente, la verdad siempre es simple y bella, y ni siquiera hace falta expresarla). Quizá Stimson tiene la sensación de que, tal como ocurre con los cambios genéticos inducidos por la radiación, la mera posesión de esta electrizante energía nuclear está modificando nuestro carácter nacional... o colmándolo incluso. Sea como fuere, él lo ve con los ojos pulidos de un anciano que se encuentra a las puertas de la muerte. Nos encontramos en un momento en el que poseemos el poder de transformar la historia de la humanidad o de confirmarla definitivamente en sus antiguos y horribles derroteros. Stimson escribe un memorándum a Harry Truman con fecha del 11 de septiembre de 1945. No son las argumentaciones de Lao-tsé, pero para un diplomático no está nada mal. No está nada mal respaldar esos conceptos como sólo un anciano puede tener la fortaleza de hacerlo en el último ardor juvenil creado por el espíritu, en la postrera extrusión anterior a la muerte: «Si ahora dejamos de aproximarnos a ellos y nos limitamos a sentarnos a la mesa de negociaciones al tiempo que les mostramos de manera ostentosa esta arma en las narices, sus sospechas y desconfianza con respecto a nuestros propósitos y motivos no harán más que aumentar [...] A menos que se invite a los soviéticos a integrarse voluntariamente en una asociación basada en la cooperación y confianza mutua, sólo conseguiremos que el bloque anglosajón continúe en pugna con ellos por la posesión de esta arma. Es casi seguro que semejante estado de cosas estimulará a los soviéticos a desarrollar una actividad

febril con objeto de fabricar su propia bomba, lo que constituirá, en efecto, una secreta carrera de armamentos de naturaleza más bien desesperada. Existen evidencias de que tal actividad ya ha comenzado». Harry, escúchame. Esta es la ocasión de rehacer el mundo.

Al amanecer, Harry camina con paso vivo por los jardines de la Casa Blanca. Alguien, Byrnes, le ha contado que Rusia se halla en pésima forma, precisamente en el momento en que Estados Unidos es el país más poderoso del mundo. Stimson está perdiendo el pulso. Quiere negociar directamente con Rusia un tratado mediante el cual nosotros pondríamos a buen recaudo todas nuestras bombas e interrumpiríamos su desarrollo con la condición de que ellos, así como Gran Bretaña, hicieran lo mismo; las tres naciones acordarían no utilizar la bomba atómica a menos que lo decidieran en conjunto. La idea consiste en renunciar a la ventaja militar, que él considera que de todas formas va a ser efímera, con el fin de negociar un tratado internacional que ofrezca posibilidades de que será respetado y de que permitirá salvar a la civilización, no durante cinco años, ni veinte, sino para siempre. Al amanecer, Harry pasea con paso vivo por los jardines de la Casa Blanca. Stimson ya lleva un tiempo tremendamente largo en el cargo. También el presidente, me refiero a Franklin, permaneció demasiado tiempo en el cargo. Los dos estuvieron demasiado tiempo. Con respecto a Stimson, cunde la sospecha de que ha dejado de sernos útil. En vez de pensar en nuestros intereses, está pensando en la humanidad. Que deje a Joe Stalin pensar en la humanidad.

Para confirmar cuán equivocado está Stimson, son los propios rusos quienes presentan en las Naciones Unidas un tratado muy parecido al ideado por aquél. El memorándum del 11 de septiembre es archivado. El honorable secretario es archivado. Harry y su secretario de Estado, James Byrnes, utilizarán la bomba de la manera en que tiene que ser utilizada. Rusia, debilitada por la guerra, con las fuerzas de combate reducidas, es vista como un oso tambaleante que puede ser abatido. Para ello basta con no darle nada que le sirva para sostenerse. Un mes después de la muerte de Roosevelt, todos los envíos de material y capitales a la Rusia aliada que se efectuaban de acuerdo con el Tratado de Préstamos y Arriendos quedan cancelados de forma súbita y sin advertencia previa. Leo Crowley, el encargado de la política económica exterior de Harry, expone ante el Congreso la teoría que se oculta tras la jugada: «Si en los países extranjeros se crean buenos gobiernos, automáticamente obtendremos mejores mercados». Con un coño tan jugoso delante de las narices, uno se olvida de todos los principios.

No existe evidencia de que aun antes del fin de la guerra contra Alemania y Japón se hubiese considerado seriamente una política de coexistencia con los rusos, y mucho

menos de que se intentara hacerlo. La falsa imagen popular de Yalta. La profunda confusión de la diplomacia con la política del apaciguamiento. Según la formulación de Truman, Byrnes y Vandenberg, no se considera a la diplomacia como un medio con el que crear las condiciones para una entente pacífica con los soviéticos una vez acabada la contienda, sino como un medio con el cual atiborrar a Rusia de un mundo hecho a imagen y semejanza del norteamericano. El historiador W. A. Williams llega a la conclusión de que los dirigentes de Estados Unidos no han olvidado la Depresión y están preocupados por la posibilidad de que en la posguerra se produzca un hundimiento económico. La solución consiste en conquistar los mercados extranjeros para los productos norteamericanos. Esta es la solución que tradicionalmente se ha dado para asegurar la prosperidad del país. Muchas personas la denominan de distintas maneras, pero para el Departamento de Estado se llama política de Puertas Abiertas.

Nosotros quizá prefiramos un análisis más primitivo: cuando uno derrota al enemigo se le exige que le devore el corazón. De esta manera, la victoria queda registrada en los anales de los Dioses. Asimismo, de esta manera los Dioses se aseguran de que la diversión continúe: devoras el corazón de tu enemigo con el fin de que ya no pueda decirse que existe; pero sigue existiendo en tu interior.

En *El coloso del mundo libre*, Horowitz, citando a Blackett, otro historiador de la guerra fría, demuestra que los soviéticos efectuaron reducciones comparables a las nuestras en lo que a fuerzas armadas terrestres se refiere: con fronteras potencialmente hostiles en Europa, Oriente Próximo y Extremo Oriente, su fuerza se redujo en un veinticinco por ciento en 1945. Nosotros, en posesión de la bomba atómica, y sin fronteras amenazadoras, efectuamos una reducción del trece por ciento ese mismo año.

En Potsdam, Rusia plantea a los norteamericanos la necesidad de obtener reparaciones de guerra por parte de Alemania, preferiblemente en forma de equipamiento para la industria pesada, a fin de poner de nuevo en marcha su destrozada economía y reducir al mismo tiempo la posibilidad de futuras incursiones alemanas, puesto que este país era ahora una nación de la que Rusia tenía razones históricas para mostrarse morbosamente desconfiada, mortalmente temerosa. Los norteamericanos replican que ni hablar del asunto. En ese momento el oso no tiene nada. La habilidad, sin embargo, no consiste en negarle todo al adversario, puesto que si no tiene nada, tampoco pierde nada al entrar en guerra. La habilidad consiste en no darle nada mientras se le hace creer que se le está dando algo. James Byrnes, nacido

en Carolina del Sur, sabe eso muy bien. Es uno de los grandes momentos en las relaciones internacionales. Molotov y Stalin permanecen impassibles luciendo sus trajes de pésimo corte. No se permiten el lujo de enfurecerse. Son los dirigentes de una multinación vasta y violenta fraguada en hielo cuya principal industria es la muerte, y que encuentra su única plenitud en la muerte violenta. Byrnes abre su maletín. Comprende que todos los conserjes, traductores, guardias, micrófonos, auriculares e hileras de negociadores que hay en torno a la mesa no son nada. Comprende que las brasas del fuego que calienta la cabaña están enfriándose. Y al tiempo que a su lado, Harry, en una representación a pequeña escala del fuego de artillería, tamborilea con los dedos mientras las chispas y el humo destellan en sus gafas, Byrnes saca del maletín con sus exquisitas manos una muestra de paño reluciente que presenta a los ojos de aquellos salvajes. Esta ha sido siempre la manera de negociar con los salvajes: con pedazos de oropel y diseños de mal gusto. Y qué es eso, preguntan ellos, cuando él inclina su aristocrático cuello sureño y les ruega que aprecien la textura de la tela.

Molotov: Si le he entendido bien, secretario Byrnes, usted tiene en mente la propuesta de que cada país deberá obtener las reparaciones a partir de su propia zona (de ocupación).

El secretario: En efecto.

Molotov: ¿No significa eso que cada país debería tener las manos libres en su propia zona y que podrá actuar con total independencia de los demás?

El secretario: En líneas generales, así es.

Byrnes cierra el maletín. Ya los tenemos encerrados en la reserva; ahora hagamos que entiendan que nosotros somos los propietarios. El problema es que los rusos suponen otra cosa. Cuando hablamos de manos libres, ¿era exactamente eso lo que queríamos decir? Tras aceptar a regañadientes la propuesta de Byrnes como un magro sustituto de las reparaciones alemanas, los soviéticos están decididos a sacar el máximo partido de ella. Eso no es lo que persigue el plan norteamericano. En marzo de 1946, Churchill pronuncia un discurso en Fulton, Missouri, acompañado en la tribuna por un Truman que aplaude con entusiasmo. Churchill considera una amenaza y una provocación el «telón de acero» que los soviéticos han dejado caer frente a la Europa oriental.

UN MENSAJE DE CONSUELO PARA LOS HERMANOS GRIEGOS ENCERRADOS EN LOS CAMPOS DE PRISIONEROS, Y PARA MIS HERMANOS HAITIANOS, MIS HERMANOS NICARAGÜENSES, MIS HERMANOS DOMINICANOS, MIS HERMANOS SUDAFRICANOS, MIS HERMANOS ESPAÑOLES Y PARA MIS HERMANOS SUD VIETNAMITAS, TODOS ELLOS ENCERRADOS EN CAMPOS DE PRISIONEROS: ¡ESTÁIS EN EL MUNDO LIBRE!

Se retrata a los rusos como a seres agresivos, tortuosos, indignos de confianza y

brutalmente sinceros. Sin embargo, según ha escrito William en *La tragedia de la diplomacia norteamericana*, en fecha tan reciente como 1946 Rusia aún no había resuelto cuál sería su política de posguerra. Ha respaldado muchos puntos y se ha mostrado indecisa en otros muchos. Existe un conflicto en Moscú entre quienes suscriben una relación amistosa con Estados Unidos y quienes no la apoyan. Existen pruebas de que Stalin se inclina por la primera actitud, sobre todo tal como la expresa el economista Eugene Varga, quien argumenta que Rusia puede recuperarse de la guerra si se concentra en la resolución de sus problemas internos más que en la puesta en práctica de políticas expansionistas. Varga también aboga por una nueva valoración del capitalismo norteamericano. No es hasta 1947 cuando Varga y su pandilla de sensibleros desaparecen del mapa y su lugar es ocupado por los integrantes de la línea dura, con Molotov a la cabeza. Eso ocurre aproximadamente en el momento en que Henry Wallace es expulsado del gabinete de Truman por hacer la siguiente declaración: «Deberíamos estar dispuestos a juzgar las exigencias de Rusia sobre la base de lo que nosotros mismos y los británicos hemos considerado esencial para nuestra propia seguridad».

En 1947, una comisión del Congreso informa sobre el volumen sin precedentes de la propaganda antisoviética que produce el gobierno de Estados Unidos. Resulta absolutamente necesaria. Por una parte, Estados Unidos se considera la nación más fuerte, la primera y única nación nuclear, la más rica, la más poderosa nación de la tierra. Por otra parte, debe vivir con temor a los rusos. El secretario de Estado, Acheson, atestiguará años después que en las reuniones del gabinete de Truman nadie consideró nunca seriamente que Rusia supusiera una amenaza militar, ni siquiera después de que consiguieran la bomba. El senador y estadista por ambos partidos Vandenberg explica en qué consiste la estratagema: «Tenemos que asustar al pueblo norteamericano hasta que se le ponga los pelos de punta», dice.

La doctrina Truman no será anunciada como una política cuyo objetivo es brindar seguridad militar a los países extranjeros que acepten nuestras inversiones, sino como una forma de proteger del comunismo a las naciones amantes de la libertad. El Plan Marshall no se anunciará como un medio a través del cual conseguir mercados en el exterior para los productos norteamericanos, sino para ayudar a los países europeos a recuperarse de los estragos de la guerra. Rusia ha tenido la desfachatez de no derrumbarse. Debemos enfrentarnos a una conspiración comunista y atea internacional de dimensiones satánicas. ¿Qué partido toma usted? Rusia invade Rumania, Bulgaria, Alemania oriental. Rusia aplasta Checoslovaquia. Aquí está la OTAN. Aquí está el bloqueo de Berlín. Y ya veis, eso es lo que tenía que pasar, ése es precisamente el mundo que habíamos anunciado...

No recuerdo quién conducía el coche. No era Ascher, pues Ascher iba sentado a mi lado en el asiento trasero. Yo estaba en el medio. Susan iba a mi derecha: le había cedido la ventanilla. De todos modos, podía contemplar el paisaje por encima de su cabeza. Subíamos por la carretera principal de Saw Mill. El asfalto estaba seco, pero en los arcones se acumulaba la nieve. Era nieve vieja cubierta de hollín y de tierra. Yo sabía que aquél era el camino para ir a Peekskill. Las ruedas zumbaban sobre el asfalto. Las colinas se estaban tornando de color verde.

—¿Qué? —dijo Ascher—. ¿Qué pasa?

—Los gases del tubo de escape. Quiero abrir la ventanilla.

—¿Gases del tubo de escape? No hay gases.

—Sólo un poco.

Me costaba respirar. No recuerdo quién conducía. Ascher iba detrás con nosotros. Yo estaba sentado entre Ascher y Susan. Me dolía el estómago. Me dolían los dedos. Llevaba un paquete envuelto en papel de estraza que contenía un regalo para mi padre. En el taller de carpintería de la escuela había hecho un par de soportes para libros: eran unas tablas de madera clavadas en ángulo recto, con los bordes biselados, y cuya superficie habíamos lijado. Luego tallamos unos arabescos con el pirógrafo y por último teñimos el conjunto de color nogal. Mi diseño era una gran «I» grabada en la cara vertical de cada soporte.

El regalo de Susan era para mamá: un manojito de dibujos que había hecho con sus lápices de colores, atados con un cordel rematado con un lazo.

Susan no paraba de moverse y retorcerse. No se quedó quieta ni siquiera después de que se lo pidiese de buenas maneras. Le pegué en el brazo, y ella intentó arañarme la cara.

—¡Niños! —gritó Ascher—. Por favor, niños, basta de tonterías.

Fue un largo viaje. Habíamos salido después de almorzar. Cuando viajas para ir a ver a unas personas, no puedes sacártelas de la cabeza. Sus voces y sus actitudes. Pero no lograba verlos claramente; sólo veía sus sombras. No me sentía bien. Tenía miedo de ir a verlos. Fue un largo viaje. No sabía cómo reaccionarían. No estaba seguro de que se alegraran de verme.

—¿Éste es el día fijado? —le pregunté a Ascher, y no era la primera vez que lo hacía.

—Sí, Daniel.

—¿Saben que vamos a verlos?

—Ya te he dicho que sí.

—¿Nos esperan esta misma tarde?

—Sí.

—Están muertos —dijo Susan.

—No, hijita, eso no es cierto. Están vivos.

—Ya no lo están, los mataron —replicó Susan—. Salió en los periódicos.

—¿Cómo lo sabes, si aún no has aprendido a leer? —preguntó Daniel.

—Ya sé leer, me han enseñado.  
—Eres una mentirosa —dijo Daniel.  
—Por favor... —terció Ascher.  
—Soy buena lectora —insistió Susan—. Puedo leerlo todo.  
—¿Qué periódico era?  
—Uno que había en el aula.  
—¿Y qué decía?  
—Decía que mi madre y mi padre estaban muertos. Los bichos los mataron.  
—Por favor, niños, basta.  
—¿Qué clase de bichos?  
—Unos bichos que matan.  
—Eres una estúpida —dijo Daniel.

Pero me preocupaba que pareciera tan segura de sí misma.

Llegamos a la prisión a media tarde. A pesar de que brillaba el sol hacía frío. Me alegré de salir del coche. Habíamos aparcado al lado de una pared de ladrillos de color amarillo. Tenía unas ventanas enormes: rematadas en arco, como las vidrieras de una catedral, pero con rejas. Retrocedí unos pasos para obtener una mejor vista. Era un edificio muy grande. En la esquina se alzaba una torre hexagonal revestida con vidrios en la parte superior, como si fuese un faro, y cubierta por un tejado que parecía un sombrero chino. En el extremo más alejado del edificio se alzaba otra torre.

Caminamos a lo largo de una valla semejante a la que rodeaba el patio de la escuela, salvo que ésta estaba rematada en tres hileras paralelas de alambre de espino.

Oí un zumbido, y al volverme vi a un hombre que me filmaba con una cámara provista de un multilentes giratorio. Delante de nosotros apareció otro individuo, que corría hacia atrás al tiempo que multitud de fiases estallaban a nuestros pies. Levantamos las manos. Esto no puedo describirlo. Estoy cansado de describir cosas. Ahora somos clientes de un nuevo bufete de abogados: Voltani, Ampere y Ohm. Cuando se ha visto una prisión, se han visto todas. Tuvimos que entregar nuestros paquetes, pese a las protestas de Ascher. Estábamos en un despacho, junto con un hombre que iba uniformado como un policía. Ascher cogió los soportes de los libros y rasgó el envoltorio.

—¡Son regalos de los niños para sus padres!

—No pueden llevarlos —dijo el agente.

—¡Son cosas de niños!

—Lo siento, letrado.

Ascher discutió con vehemencia, luego se calló de repente y nos indicó con un gesto que aquello no tenía importancia.

—Todo está bien —dijo en voz baja—. Hablaré con alguien.

Fuimos al pabellón de los condenados a muerte, adonde no llegaba el rumor del resto de la prisión. En otros sitios podía oír voces, o ruido de máquinas bajo los pies.

Allí, el silencio era absoluto. Nos encontrábamos en una estancia desprovista de todo a excepción de una mesa de madera y unas sillas. La mitad inferior de las paredes estaba pintada de color marrón. La mitad superior, de amarillo. No había nadie en la habitación. Todo estaba en silencio.

—Ahora los traerán —dijo Ascher en voz baja—. Primero a vuestra madre, y luego a vuestro padre.

Esperamos, pero nadie venía. Nos quedamos con los abrigos puestos y seguimos esperando. Me acerqué a la ventana y miré hacia fuera entre los barrotes. Estábamos en un piso alto. Podía ver el río Hudson. Ascher se sentó en el borde de la mesa, se echó el sombrero hacia atrás, puso las manos sobre las rodillas y soltó un suspiro. Oí que se abría la puerta. Me volví, pero era un guardia. Entró en la habitación, cerró con cuidado la puerta y se colocó de espaldas a la pared con los brazos cruzados. Me acerqué a él y levanté las manos.

—¿Qué estás haciendo, Daniel?

—Tiene que registrarme —expliqué sin bajar los brazos.

—Está bien, pequeño —dijo el guardia.

Se aclaró la garganta. Tenía un acné horrible, una virulenta erupción roja que se extendía por toda la cara.

—No, adelante, regístrate; podría tener un arma.

El guardia miró a Ascher. Volvió a aclararse la garganta.

—Está bien, pequeño, estoy seguro de que no llevas ningún arma —dijo.

—¿Cómo puede estar seguro si no me registra?

—A mí, también —dijo Susan.

—Vamos, niños —terció Ascher—. Hace más de un año que no ven a sus padres —le explicó al guardia.

—Sí, bueno, ya están aquí —dijo el guardia.

—Regístrate —insistió Daniel, esta vez más alto.

—Está bien, pequeño, he dicho que está todo bien —replicó el guardia.

Se comportaba como si temiera que yo pudiese despertar a alguien.

—¡REGÍSTRAME! —grité.

Sentí que enrojecía.

El guardia miró a Ascher, que se había levantado y estaba detrás de mí. Debió de asentir con la cabeza, porque el agente se inclinó y me palpó con rapidez los bolsillos del abrigo.

—Ahora, a ella.

El hombre tocó ligeramente el borde del abrigo de Susan, y a continuación se enderezó hasta apoyarse de espaldas contra la pared, se cruzó de brazos y nos ignoró por completo.

Pero no acudía nadie. Susan comenzó a caminar alrededor de la estancia, midiendo con sus pasos la longitud de cada pared. Cuando llegaba al lugar donde se encontraba el guardia, se limitaba a pasar de largo como si el hombre formase parte

de la pared. Yo ocupé mi puesto de vigía junto a la ventana. Me pregunté por qué habían construido la cárcel en un emplazamiento desde el que podía verse el río, pues con ello incitaban a la gente a huir. Si dispusiera del tiempo suficiente, buscaría la manera de ayudar a la gente a escapar. Si dispusiera del tiempo suficiente, buscaría la manera de conseguir o fabricar una cuerda lo bastante larga, serrar los barrotes de modo que nadie lo notase y saltar la valla. Con tiempo suficiente, aprendería a hacer todo eso. Descendería por el muro, escalaría la valla de alambre de espino y bajaría corriendo hasta el río. Una vez que llegara al río, no podrían atraparme. Oiría mi propia respiración mientras corría. Cuando me zambullera en el río, el agua fría que me iba cubriendo por todas partes, y luego entraría en calor al tiempo que nadaba río abajo con vigorosas brazadas a las que la corriente imprimiría aun mayor vigor. El relente del atardecer acariciaba las colinas. El cielo estaba volviéndose imperceptiblemente más oscuro. Nadaría hasta Nueva York. El río se había vuelto negro. A través de la ventana enrejada, la escena era de una quietud absoluta. Nada se movía. El mundo se había congelado en la absoluta quietud de aquella ventana cubierta de costras de suciedad.

Mi madre había entrado en silencio en la habitación y me había estado observando por un buen rato. Había sido tan silenciosa como las piedras del pabellón de los condenados a muerte. No hablé, sino que se quedó observándonos a Susan, absorta en su paseo, y a mí, sumido en mi contemplación. Guardo las cartas que mis padres intercambiaron: durante toda la semana previa a nuestra visita mantuvieron una activa correspondencia, en la que diseñaban la manera adecuada de presentarse ante nosotros. Adoptarían una actitud tranquila, serena, jovial, normal. Responderían a nuestras preguntas con franqueza y sin despertar alarma. Nos enseñarían, por ejemplo, cómo se vive en el pabellón de los condenados a muerte.

Lo que ocurrió fue que Susan corrió hacia mí y me cogió de la mano. Entonces, yo también la vi. Estábamos cerca de la ventana y mirábamos a nuestra madre.

Había empequeñecido. Llevaba un vestido de color gris de tela de saco y calzaba pantuflas. Su pelo parecía más corto. Se la veía delgada, y muy pálida, de un color casi céreo. Nos observaba con una expresión que no era ni de alegría ni de dolor terrible; no sabría definirla, pero me resultó tan intensa que no pude sostener la mirada. Cerré herméticamente los ojos, y cuando pude abrirlos de nuevo vi que se apretaba las sienes con los dedos, con tanta fuerza que parecía que tuviese los ojos rasgados.

Susan me estrujaba los dedos.

—¡Dejadme que os vea! —exclamó mi madre—. Estáis tan crecidos que no os reconozco.

—Te hemos enviado fotos —dije.

—Lo sé, lo sé. Y adoro esas fotos. Las tengo pegadas en la pared, donde puedo verlas en todo momento, incluso cuando me acuesto.

—¿En tu celda?

—Sí.

—¿No podemos ir allí?

Mi madre miró de soslayo al guardia, que permanecía inmóvil como si no viera ni oyese nada.

—Me temo que no nos dejarían —dijo con una sonrisa.

Pero la sensación que yo tenía era que mi madre gobernaba aquel lugar, y que los guardias eran una especie de criados a su servicio.

—¿No vais a darme un abrazo? —dijo mi madre.

Susan y yo nos miramos, arrastramos los pies a través de la estancia y tuvimos que hacer un terrible esfuerzo para quedarnos de pie delante de ella, mientras se arrodillaba y nos estrechaba entre sus brazos por turnos. Estábamos rígidos como tablas. Cuando me abrazó no experimenté aquella sensación tan familiar para mí. No olía igual que antes.

—¡Cómo habéis crecido! Sois preciosos. Sois mis preciosos hijos.

Llevaba los labios pintados, lo que acentuaba la horrible palidez de su cara. Los ojos, profundamente hundidos en las cuencas, fulguraban en su rostro.

—¿Cuándo van a matarte? —preguntó Susan.

—Oh, nadie hará semejante cosa. Es sólo su manera de hablar. Estoy segura de que tío Jake os ha hablado de las apelaciones, y de que existen otros jueces que tienen que examinar de nuevo las pruebas. Todo eso lleva tiempo, ¿sabéis? En estos momentos no corremos peligro alguno.

—Pero ¿y si de todos modos os matan? —insistió Susan—. ¿Cómo lo harán?

—Bueno, hijita, lo que hacen se llama electrocución, y no duele en absoluto. Es tan rápido que no hace daño.

Pero no hablemos de eso. ¿No tenéis calor? Quitaos los abrigo, dejadme que os vea. Vais muy bien vestidos. Estáis preciosos. Tomad, tengo algo para vosotros.

Sacó del bolsillo dos barras de chocolate Milky Way, una para cada uno.

Nos sentamos a la mesa y nos comimos el chocolate mientras ella permanecía sentada entre ambos y nos acariciaba la cabeza, las piernas, los hombros.

—Fíjate qué hombros tan anchos tienes —me dijo.

Ahora parecía contenta.

Traté de imaginar cosas que podría decirle, cosas que hicieran que se sintiese feliz. Le dije que me gustaba la escuela. Le dije que me encantaban las matemáticas. Le dije que tenía muchísimos amigos. Eran las mentiras que le contaba en mis cartas y, para mi desilusión, parecía que se las creía todas. Es lo mismo que cuando mientes a las personas muy enfermas o muy ancianas para reconfortarlas y les haces creer que su dolor ha servido al menos para traer un poco de orden al mundo. Pero el hecho de que te crean es precisamente lo que marca la distancia insalvable que te separa de ellos.

—¿Dónde está papá? —quiere saber Susan.

—Vendrá enseguida. Primero os visito yo y luego os visitará él.

—¿Por qué no juntos?

—No lo sé. Es una de sus reglas.

—¿Por qué?

—Lo ignoro, hijita mía. Mira qué largo tienes el pelo. ¡Qué bonito!

—¿Dónde está?

—Aquí cerca. En otra galería. No muy lejos.

—¿Tú puedes verlo?

—¡Oh, sí! Una vez por semana charlamos a través de una mampara.

—Fuimos a casa —dijo Susan.

—Sí, ya lo recuerdo.

—Pero había desaparecido —dijo Susan.

Consideraba de vital importancia distanciarme de los comentarios de mi hermana. Dije a mi madre que tenía pensado ser abogado, para poder liberarla.

—¿De veras? —exclamó Ascher desde el otro extremo de la mesa—. No sabía nada de eso.

—Serás un buen abogado. ¿No es cierto, Jake?

—Claro.

—No dejaré que te maten —juré—. Los mataré a ellos primero.

—¡Vaya! —exclamó mi madre—. ¿Dónde has escuchado esa expresión?

Sacó un pañuelo de papel del bolsillo y le limpió a mi hermana los restos de chocolate que se le habían pegado a las comisuras de los labios. Susan no se había terminado su Milky Way, pero se levantó, inquieta, y comenzó a caminar en torno a la mesa con el brazo extendido, de modo que sus dedos rozaban ligeramente todo lo que tocaban: una silla, mi espalda, la de Ascher, mi madre. Yo experimentaba la terrible sensación de estar en presencia de una enfermedad, la enfermedad de mi madre. Era como si en aquel lugar ella fuese una paciente más que una prisionera. Era como si ya estuviese muerta. Era tan distinta de sí misma que perdí toda esperanza de poder comunicarme con ella.

La sorprendí mirándome con una sonrisa triste y apenas esbozada.

—Resulta difícil recuperar todo el tiempo perdido. Es una sensación extraña, ¿verdad?

—Sí —dije, y a continuación le espeté lo que anidaba en mi mente culpable—: Vamos a ir a vivir con una familia de Westchester.

—Lo sé.

—Es en New Rochelle. No muy lejos de aquí. Está más cerca que el internado.

—Lo sé. Me he escrito con ellos. Los Fischer son gente muy buena. No te preocupes, estoy enterada de todo.

—El juez nos obligó. Ocurrirá al final del curso.

—Tú no lo comprendes, Danny. Es con nuestro consentimiento. Lo hemos decidido nosotros. Los elegimos entre otras muchas personas. Aún pasaremos aquí algún tiempo, y será demasiado para que viváis en el internado.

Susan había vuelto a recorrer las paredes de la estancia. Mi madre se volvió para contemplarla. No podía apartar los ojos de Susan, y yo me sentía avergonzado al ver la expresión de su cara. Advertí que ya no me parecía guapa.

Al cabo de unos minutos, vi que el guardia consultaba su reloj, y casi al instante una celadora que llevaba el mismo uniforme de color azul que el guardia abrió la puerta y le dijo a mi madre que se había acabado el tiempo.

Nos despedimos. Ella nos estrechó de nuevo entre sus brazos.

—Regresaréis muy pronto, ¿verdad que sí?

—Sí.

—Os adoro, dulces angelitos. Adoro vuestras cartas. Adoro vuestras caras. Muy pronto todo esto habrá terminado y viviremos en paz. Es terrible que le hagan esto a la gente, ¿no es cierto? Pero no os preocupéis. Saldremos de aquí. Volveremos a divertirnos. ¿De acuerdo?

—Sí.

Nos echamos hacia atrás hasta apoyarnos totalmente en sus manos, que nos sujetan por la espalda, mientras ella permanece arrodillada ante nosotros como si deseara enterrarnos su rostro en los riñones.

—A pesar de todo lo que ha ocurrido no os he olvidado ni por un solo instante. Estoy muy orgullosa de vosotros. ¿Verdad que lo sabéis?

—Sí.

Nos besó, se incorporó y se marchó sin llevarnos con ella.

Lo que resulta monstruoso es la secuencia de hechos. Cuando estamos llegando, ¿por qué nos retiramos con el único fin de regresar de nuevo? ¿No hay nada que sea lo bastante admirable para dejarnos estupefactos? Si ella es verdaderamente digna de que la folien, ¿por qué tengo que follarla de nuevo? Si la flor es bella, ¿por qué mi hijito no permanece contemplándola eternamente? Paul arranca la flor y sale corriendo, con la flor prendida del cordón de su zapatito. Paul empieza a sostenerla, la sostiene, deja de sostener la flor contra el cielo, contra su ojo con el trasfondo del cielo. Engullo con mi cabeza fungosa la boca de la matriz de la madre de Paul. Cuando alcanzamos el orgasmo, ¿por qué no persiste eternamente? El lector monstruoso que avanza de una palabra a la siguiente. El escritor monstruoso que coloca una palabra detrás de otra. El mago monstruoso.

Cuando entró mi padre, se lo veía excitado, como si representase la parodia del buen humor. Saludó con entusiasmo, se mostraba muy efusivo. Le habían dado unas gafas diferentes, con montura de plástico incoloro. Llevaba el cabello muy corto. Le sobresalían las orejas. Vestía pantalones de color gris y una camisa del mismo color que era demasiado holgada. Iba en zapatillas y sin cinturón. Parecía muy joven. Más pequeño de lo que yo lo recordaba. Rostro encendido. Demente.

Cuando más tarde pensé en ello, experimenté una angustia tremenda por el hecho de que tuvieran que llevar aquellos uniformes de color gris. ¿Por qué consentían en que los vistieran de aquella manera?

—¿Cómo están los mejores hijos del mundo? ¿Cómo están mis niños favoritos? Míralos, Jake. Un millón de dólares. Un millón de dólares. Apuesto a que no saben lo que he estado haciendo durante todo el tiempo que llevo en prisión. ¿Lo sabéis? ¿Sabéis qué tengo dentro de esta caja?

—No.

—Bien, pues os lo voy a mostrar. Prestad atención.

De debajo del brazo sacó una caja de cigarros que se mantenía cerrada mediante una goma, pues el papel que hacía las veces de bisagra se había roto, como suele suceder con las cajas de cigarros. Con un floreo ampuloso, semejante al de un prestidigitador en un escenario, colocó la caja sobre la mesa, le quitó la goma y levantó lentamente la tapa.

—¿Veis? Es mi colección.

La caja contenía un cúmulo de insectos muertos: polillas, cucarachas, arañas, escarabajos y moscas, y en el fondo, debajo de todo lo demás, una enorme chinche de agua con las patas arrugadas.

—El mundo de los insectos es verdaderamente sorprendente. Sólo con que te limites a observarlos descubres cosas maravillosas.

—¿Cómo los atrapas? —pregunté.

—Con un vaso de papel, que es todo el equipo que necesito. Lo mantengo sobre ellos hasta que mueren por asfixia. De ese modo no sufren daño alguno, si bien no puedo evitar que se sequen. No puedo montarlos adecuadamente —explicó—. No me dejan tener alfileres ni algodón ni fluido letal. Pero los he solicitado, los he solicitado. Algunas de esas polillas, son preciosas. Mirad ésta.

Nos mostró una polilla de color marrón y negro que reposaba sobre un pedazo de papel. La mano le temblaba, de modo que la polilla muerta se agitaba, como si tratara de echar a volar.

—La odio —dijo Susan—. Odio las cosas muertas.

—Y éstos son mis escarabajos... Por lo general puedo conseguir todos los ejemplares que quiera. —Rió—. Pero son difíciles de atrapar. Tienes que engañarlos, tienes que tenderles una trampa. A veces hay que esperar varias horas.

Se inquietó por la reacción de Susan. Cerró la caja en mitad de una frase. Se incorporó y empezó a caminar por la estancia. Estaba confuso. De repente, no sabía qué decirnos. Se sentó, hundió la cabeza entre las manos y se quedó mirando el suelo.

Cuando levantó la vista, se había serenado.

—Vuestra madre y yo, ¿sabéis?, lo hemos calculado: a vuelo de pájaro no estamos más que a unos seis metros de distancia el uno del otro. Yo me encuentro un piso más abajo y un bloque más allá. Y, por supuesto, nos separa una gran cantidad de piedra y acero, pero estamos muy juntos. Pobre mamá. No hay nadie más con ella, ¿sabéis? Es la única mujer. Por lo menos yo tengo asesinos con quienes charlar. —Se echó a reír. Daba la impresión de que nos miraba por primera vez—. Cada vez te pareces más a mí —le dijo a su hijo.

—¿Y yo también? —quiso saber Susan.

—Ah, tú eres más afortunada —respondió Paul con una sonrisa. Tendió los brazos y la atrajo hacia él—. Tú eres la viva imagen de tu madre. ¡Jake! —llamó por encima del hombro—. ¿No es ésta la situación ideal?

¿Qué más podría pedir un padre, sino que su hijo se parezca a él, y su hija, a su esposa? ¿No es eso lo ideal?

—Por completo —asintió Ascher.

—Somos una familia ideal —exclamó mi padre.

Sacó unos dulces Baby Ruth del bolsillo y nos los depositó en la mano.

—Acabamos de comer unas barras de chocolate —dije.

—Entonces, guardadlos para después. Guardadlos para el viaje de vuelta.

Le pregunté si le dejaban salir de la celda en algún momento.

—¡Oh, sí, oh, sí! Todos los días hago quince minutos de ejercicios en el patio. Jugamos a lanzar la pelota con los guardias. O me pongo a correr por el perímetro. Suelo encontrar algunos especímenes por allí. De hecho, los mejores ejemplares de polilla los atrapé allí. Quieres saberlo todo, ¿no es cierto? —Rió y me alborotó el cabello. Era la primera vez que me tocaba—. También juego al ajedrez con alguno de los otros reclusos. Fabricamos los tableros con cartón, y las piezas con trozos de papel en los que dibujamos cada figura. Y señalamos los movimientos en voz alta. ¿Recuerdas que te enseñé cómo se anotan las jugadas?

—Sí.

—Siempre pensé que el ajedrez era una pérdida de tiempo. ¡Lo es! Es una terrible pérdida de tiempo. Estoy esperando a que llegue la temporada de los campeonatos de béisbol. Ya han retransmitido algunos de los partidos de exhibición de los Dodgers y los Giants. Por los altavoces. ¿Aún eres aficionado al béisbol?

Me encogí de hombros. Aquella afición hacía que me sintiese culpable. Él creía que todos los deportes eran un medio para mantener sojuzgada a la gente.

Consideraba que ser fiel a un equipo de béisbol era el peor ejemplo de la ingenuidad de la clase obrera.

—¡Pues van a conseguir que acabe por aficionarme yo también! —dijo mi padre, y soltó una carcajada.

Yo lo miraba fijamente a la cara, a los ojos, que los cristales de las gafas tornaban más grandes y severos. Dejó escapar un suspiro, nos apartó de su lado y volvió a caminar por la estancia. Sacó del bolsillo de la camisa un paquete de cigarrillos, que sacudió hacia arriba para hacer salir uno. Se lo colocó entre los labios, encendió una cerilla y volvió a guardar la caja de cerillas y el paquete en el bolsillo de la camisa. Hizo todo eso con una ejercitada economía de movimientos. Sin embargo, yo no sabía que fumara.

—El tiempo —dijo—. Puedes leer mucho. Hacer mucho ejercicio. Tienes que encontrar la manera de pasar el tiempo. De llenarlo. ¿Sabes qué quiero decir? El tiempo que es tan valioso... en la cárcel tienes que matarlo. Pero estoy escribiendo un

libro. Ahora estoy tomando notas. Lenin escribió cuando estaba en la cárcel. Todos ellos. Sabían aprovechar el tiempo. Al igual que en todos los aspectos de la vida, uno tiene que tomar como modelos a los maestros.

Se sentó a mi lado y me cogió del hombro. Sostenía el cigarrillo entre los dedos, y el humo se elevaba en espiral por delante de mi ojo. Advertí que la ceniza estaba a punto de caer: si se desprendía, me caería sobre el hombro.

—Pueden encerrar a una persona en la cárcel —dijo—, pero no pueden hacer lo mismo con su mente.

Me solté bruscamente. Me sacudí el hombro.

—¿Qué ocurre? ¿Te he quemado? No, mira, no se ha caído, la ceniza aún sigue ahí, ¿lo ves? —Rió—. Es su mente la que está encerrada en la cárcel. Pero no te preocupes. No te preocupes. Ya están empezando a ocurrir cosas. No llegarán a consumir esta afrenta. Lo sé de buena tinta: el sentimiento popular está de nuestra parte. En este país no se puede condenar a muerte a gente inocente. No se puede hacer. La verdad nos liberará. Ya verás. Ya verás, mi guapo y fuerte hijo. ¿No tengo razón, Jake?

—Por supuesto. Pero ahora, cálmate.

—Los mercenarios de la prensa servil nos habían declarado culpables incluso antes de que se iniciara el juicio. Sólo sobre esta base, la posibilidad de que nos sometieran a un proceso justo era nula.

—Paul —Ascher se incorporó. Estaba mirando al guardia—. No creo que sea oportuno hablar de eso aquí.

—Está bien. Quiero que mi hijo lo sepa. Se ha creado una organización para luchar por nuestra libertad. Para decirle la verdad a la gente. Él tiene que saberlo. Tiene que saber que no estamos solos, que la familia Isaacson no está sola. Muy pronto el mundo entero nos seguirá en nuestra lucha por recuperar la libertad. ¡Y mi hijo puede ayudar! Tú quieres ayudar, ¿no es cierto?

—Sí —respondí.

—¡Ése es mi hijo, ése es mi maravilloso hijo!

Me cogió la cara entre las manos, me atrajo hacia él y me besó en lo alto de la cabeza.

¿Por qué mi madre no había mencionado esa noticia? Sin su confirmación, no podía asegurar que fuese cierta. Sin embargo, durante el camino de regreso a Nueva York era la voz de mi padre la que resonaba en mi mente. Había experimentado la humillación de tener que dejarlos allí dentro. Pero mientras pensaba en ello, tenía la impresión de que el hecho de estar en la cárcel era menos degradante para mi padre que para mi madre. Era la voz de mi padre la que resonaba en mis oídos fuera de la prisión, en el coche, de vuelta a Nueva York.

Probablemente, nada de lo que he narrado sea cierto. Hay otras muchas cosas que no puedo recordar. Pero la primera visita fue la peor. Las demás fueron más fáciles. Teníamos cosas que contarles. Jugábamos. Sacábamos fotos. Establecimos una rutina

regular. Compartimos las alegrías de un buen número de huelgas de brazos caídos. Y hacia el final, dejaron que nos viéramos los cuatro al mismo tiempo. Y los cuatro estábamos en aquella estancia del pabellón de los condenados a muerte, la familia entera, juntos de nuevo, por fin. Y los cuatro estábamos juntos en aquella estancia. Y estábamos unidos de nuevo. Y por fin estábamos unidos de nuevo.

Antes de la famosa corrección que en el año 4000 a. de C. realizaron los egipcios del calendario caldeo, la astrología judiciaria propuso trece signos del zodiaco de aproximadamente veintisiete grados de extensión cada uno. El signo decimotercero era la Estrella de Mar. En la actualidad se desconoce dónde estaba localizada en el zodiaco. Se cree que, puesto que el eje terrestre se desvía gradualmente, todo un sector del cielo nocturno, que incluía dicha constelación, había desaparecido cuando los egipcios efectuaron su reforma. Pero hasta ese momento se consideraba a la Estrella de Mar como uno de los signos más beneficiosos. Un ascendente en la Estrella de Mar significaba serenidad y armonía con el universo y, por consiguiente, gran felicidad. Las cinco puntas de la estrella no se extendían hacia fuera, como por lo general se cree, sino hacia dentro, hacia el centro. Eso simbolizaba la unión de las diversas facultades mentales y la coordinación de las facultades físicas. Aludía al vínculo de los cinco sentidos en el corazón. Denotaba la unificación de todos los sentimientos. La fe iba unida al intelecto, el lenguaje a la verdad, y la vida a la justicia. Cuando se hallaba en oposición a Marte, la Estrella de Mar significaba por lo general el Genio. Bajo la influencia de Venus, sugería la Paz. Por alguna razón, los astrólogos modernos no mencionan a la Estrella de Mar, y se ha extendido la superstición de que conlleva mala suerte. Eso obedece, sin la menor duda, a que el hombre moderno no puede concebir nada más espantoso que la autosuficiencia existencial de la hermosa Estrella de Mar: la confunde con la muerte.

#### BUSCANDO A STERNLICHT

No quería llevar a Phyllis conmigo. Había cierto elemento de riesgo, multitudes, confrontación. Y puesto que yo iba a hacer lo que precisamente estaba haciendo, quizá sin una buena disposición, quizá sin una resolución firme, quizá equivocándome, quizá ensuciándome en los pantalones, no quería que ella estuviese allí. Pero comenzó a experimentar el antiguo tormento, dijo que la excluía. Si bien no era cierto, no deseaba que se sintiese de esa manera. Y entonces reparé en que iba a viajar completamente solo al corazón de las tinieblas, a través de fronteras, puestos de control, así que la idea de conversar con ella me pareció atractiva. De modo que allí estábamos, viajando en una mañana seca y soleada de finales de octubre de 1967. Había invertido ciento ochenta dólares en aquel viaje. Frenos, tren delantero, dos

neumáticos nuevos, bujías nuevas, puesta a punto. Era un Volvo pequeño, recio, despierto. Había otros vehículos en la carretera con gente reconocible en su interior, coches con cinco y seis pasajeros, y las bocinas atronaban en la autopista de peaje, y los que viajaban en los pequeños automóviles, que adelantaban a toda velocidad a los camiones de gran tonelaje, sacaban la mano por la ventanilla y se saludaban haciendo la V con los dedos. Sin embargo, se tenía la sensación de estar atravesando fronteras. Atravesando puestos de control. La sensación de estar viajando al corazón de las tinieblas.

En esta capital de amplias avenidas, blancos monumentos de mármol y verdes jardines públicos, se tiene la sensación de hallarse en un país extranjero.

—¿Sólo me ocurre a mí?

—Creo que todo el que viene a pasar el fin de semana debe de sentirlo —respondió Phyllis.

Se requieren grandes precauciones. Hay que conducir despacio. Abrazar el volante. Uno de los edificios oficiales alberga un famoso museo del crimen. En el famoso museo del crimen se exponen fotografías de los Isaacson esposados. Un transmisor de onda corta procedente de Isaacson, Venta y reparación de radios. Un aparato de rayos X dental montado como una Kodachrome contra una pantalla iluminada. Los turistas pasean por las salas. En otro edificio oficial se encuentra un archivo que nadie ha visto jamás.

Nos dirigimos hacia la iglesia designada, aparcamos el coche y nos unimos a los demás. Es viernes por la tarde, temprano, y ha dado comienzo un apacible Fin de Semana del Pentágono. Son sólo unos centenares de personas las que marchan desde el sótano de una iglesia hacia las puertas del Departamento de Justicia. Ocupamos una extensión de unos cuatrocientos metros. Los reporteros cinematográficos caminan hacia atrás para filmarnos de frente. No veo a Sternlicht. El ronroneo de las motos con sidecar que transportan a los policías de Washington, nos escolta bajo el sol ardiente. Parece una reunión académica. Muchos poetas de las universidades. Editores de mediana edad con trajes de *tweed*. Esposas de académicos y atractivas feligresas en zapatillas de deporte. Estudiantes que lucen téjanos y largas cabelleras entonan *Hell No We Won't Go*. Es una manifestación ordenada y pacífica. El sol se nubla. Yo llevo a Paul. A mi lado, Phyllis sonrío y me coge del brazo. La conciencia de que están haciendo algo valioso anima a los manifestantes. Los viejos amigos intercambian chismorreos. La columna está en marcha.

Charlamos con el profesor Sukenick, que también ha venido. Poseedor de un delicado sentido de la oportunidad, no me pregunta por los progresos de mi trabajo. Avanzamos hacia el Departamento de Justicia. En la escalinata han instalado un micrófono para los oradores. La policía protege nuestro derecho de reunión. La policía monta guardia en las puertas del Departamento de Justicia para asegurarse de que permaneceremos fuera. Los fotógrafos sacan instantáneas de nuestros rostros. Cuatro jóvenes del Partido Nazi de Estados Unidos que llevan fajas con la esvástica

en el brazo, están ahí para provocarnos con sus insultos. Son provocadores. Cuando comienzan los discursos, busco un lugar donde sentarnos. Phyllis da de comer al bebé. Me pongo a dar vueltas por los límites de la multitud, del sol a la sombra, de la sombra al sol. El doctor Spock está presente. El capellán de Yale está presente. La manifestación de hoy es un acto de desobediencia civil. Los jóvenes llamados a filas devuelven las cartillas militares, los veteranos los apoyan y alientan. Invitan al arresto. Sentado en la escalinata mientras escucha a los oradores, se encuentra Norman Mailer. Lleva un traje oscuro con chaleco. Está inclinado hacia adelante, con el antebrazo izquierdo apoyado en la rodilla izquierda y el puño derecho sobre la rodilla derecha. A sus espaldas, en el hondo antepecho de piedra del ventanal del Departamento de Justicia que se encuentra a ras del suelo, está Robert Lowell, cubierto de festones. Lowell ofrece un aspecto angelical. Observo a Lowell mientras fuma y se ajusta las gafas sobre el puente de la nariz. Lo observo mientras compone su poesía.

Llega el momento culminante del drama, y las cartillas militares de centenares de estudiantes universitarios de todo el país son arrojadas dentro de una bolsa por los representantes que ellos han elegido. El gentío aplaude. Se invita al resto de los presentes a que añadan sus cartillas. Muchos lo hacen. Me abro paso entre la muchedumbre y arrojo mi cartilla en la bolsa, al tiempo que digo mi nombre por el micrófono. Daniel Isaacson, aunque la cartilla está a nombre de Daniel Lewin. Una oleada de rectitud y miedo que surge de lo más profundo de mi ser hace que se me pongan rojas las orejas. ¡Qué ostentación! Pero he venido a hacer lo que precisamente estoy haciendo.

Entregan la bolsa al Departamento de Justicia, la manifestación llega a su fin y nada parece haber sucedido salvo ella misma.

Esa noche, el comité organizador nos aloja en casa de una simpática dama que ha abierto las puertas de su hogar al «Movimiento». Era una casa vieja, bien conservada, situada en un barrio tranquilo. La señora nos acompaña a nuestra habitación.

—No estoy en condiciones físicas de participar en las marchas —dice—, pero puedo ayudar a quienes lo hacen.

Era una mujer frágil, graciosa, cuya voz dulce y temblorosa parecía surgir de sus propias manos, las cuales sufrían una ligera parálisis. Vivía en una casa muy apacible. Rebosaba silencio. Ante la ventana de la habitación colgaban unas delicadas cortinas blancas. Había una cama amplia y extraordinariamente mullida, con una cabecera de caoba en forma de catedral gótica. Depositamos al bebé en una cuna mecedora de madera. El suelo era de tablas machihembradas. Sobre un viejo arcón astillado reposaba una jofaina blanca, la cual contenía una gran jarra con finísimas resquebrajaduras en el esmalte. Phyllis se mostró encantada con la habitación. Acarició las cortinas y examinó la jofaina y la jarra. Acunó a Paul para que se durmiera, se desnudó, se sentó con las piernas cruzadas en medio de la mullida cama y comenzó a cepillarse la larga melena. En aquella plácida habitación, sumida en la

absoluta quietud que inundaba la casa, se sentía serenamente feliz.

La última vez que había estado en Washington DC fue con ocasión de una noche de vigilia que pasé delante de la Casa Blanca. Susan y yo llevábamos velas en la mano y apoyamos la frente en la verja de la Casa Blanca. Esa es una famosa fotografía periodística. Da la impresión de que estuviéramos mirando a través de los barrotes de una cárcel. Washington era nuestra ciudad, yo jugaba a ser Washington cuando era niño.

Al día siguiente, sábado, es el gran acontecimiento. Permanecemos durante horas sentados en la hierba ante el monumento a Lincoln mientras escuchamos los discursos. Estamos rodeados de gente que enarbola pancartas con todo tipo de símbolos. Varones y mujeres de Jóvenes Cristianos, veteranos de guerra, progresistas con largas melenas. Profesores tímidos, ancianas que llevan zapatos cómodos y la nariz enrojecida por su animada participación. Guitarristas. Tipos raros con las caras pintadas y esclavinas de gendarme francés que agitan palos de escoba coronados con cajas decoradas con fotos de flores, de Joan, de Bobby, de Allen. Submarinistas con esqueletos pintados de blanco sobre los trajes impermeables negros. Sacerdotes. Miembros de diversas organizaciones que llevan pancartas pintadas a mano. Es un día maravilloso. Todos los tipos extravagantes de la guerra fría han descendido de los autobuses alquilados, se han levantado de sus sacos de dormir y han venido a la marcha sobre el Pentágono. La multitud es enorme. En la escalinata del monumento a Lincoln, los oradores gritan con voz afónica por los micrófonos. Me estremezco ante la conmoción que causa el asentimiento de la multitud. Me asalta la terrible convicción de que cualquiera tiene más derecho que yo a estar aquí. Me siento al margen. Me parece que prácticamente todos los presentes, incluida Phyllis, que escucha con más atención de lo normal los interminables y adormecedores discursos, se han integrado en el evento de una forma que a mí me supera. Tengo la sensación de que me he colado, que no he pagado, o sencillamente, que ignoro algo que todos los demás conocen. De que aún puedo conocerlo, quizá. O de que ya es suficiente. En plena canícula del mediodía llega de repente el momento de ponerse de pie y formar para iniciar la marcha. El sol alancea con rayos láser las lentes de las cámaras. Los cuerpos se levantan. El calor aumenta. Se levantan las pancartas, ahora desplegadas, el equipo del ejército de excursionistas cruje, rechina, resuena al formar filas.

Estrujado entre la multitud, experimento los primeros estertores de la muerte por asfixia.

—Ahora es cuando empiezan a ponerse las cosas serias —le digo a Phyllis.

Me mira con expresión de alarma. La cojo del brazo para sacarla de allí y empezamos a alejarnos a través del césped en dirección contraria.

—¡Pero si es para esto por lo que hemos venido!

—No quiero tener que preocuparme por ti, Phyl. Quiero que regreses a la casa de aquella señora y me esperes hasta que esto haya terminado.

Se mostró contrariada.

—Phyllis, no pretenderás hacer pasar a tu hijo por todo esto. Soldados con bayonetas. Gases lacrimógenos. ¿Eh? No sabemos qué puede suceder.

—¡Pero yo quiero ir!

—De acuerdo, vete. Dame al niño y vete.

Ella no quiere, pero noto que se somete a mi razonamiento lógico —a la lógica de mi derecho y mi necesidad de venir aquí a hacer lo que precisamente estoy haciendo — en la súbita falta de resistencia que mi mano encuentra en su brazo. Advierto el consentimiento en sus pasos apresurados mientras caminamos en busca de un taxi que vaya en dirección a cualquier punto de Washington.

Todo el día estuve buscando una satisfacción. En un momento dado, durante los apretujones en el puente que cruza el río desde el monumento a Lincoln, creí reconocer a Sternlicht en una figura lejana que llevaba un sombrero de tres picos. Pero me encontraba muy lejos de la primera línea, donde él debía de estar. En un aparcamiento situado al otro lado de la autopista que viene al Pentágono se celebraron más discursos. Luego seguí a algunas personas que corrían hacia un agujero abierto en la valla: subes por un terraplén, cruzas la autopista y llegas a la Alameda, en la boca misma del Pentágono.

Aún no se veía muy claro qué iba a suceder. El ambiente era festivo. Corría el rumor de que no tenía sentido tomar por asalto la Alameda, porque estábamos autorizados a ocuparla pacíficamente, gracias a un acuerdo entre los organizadores de la marcha y los funcionarios del Pentágono. Luego, cuando comenzó a oscurecer, mucha gente empezó a marcharse. Entonces hubo espacio para ver a la Policía Militar y a los alguaciles alineados frente a la escalinata de la entrada principal. Entonces hubo espacio para llegar hasta las primeras filas. Se podía escudriñar el rostro de los mandarines. Dios estaba de su parte. Sea lo que sea lo que esté en juego, siempre se encontrará a gente dispuesta a dar su vida por ello. Instantáneamente, aparecerán los soldados, formarán filas y se dispondrán a morir por la noble causa. Y científicos que se sentirán felices de poder investigar su funcionamiento. Y académicos sagaces que con toda la racionalidad del mundo establecerán la verdad que la envuelve. Y poetas que encontrarán su voz proclamando los sentimientos personales que la noble causa les inspira. Y en todas las casas de la tierra, los músculos faciales se acomodarán para disimular lo que saben acerca de ella. Y la gente continuará con sus propios asuntos y la utilizará para ganarse la vida. Y los religiosos rezarán para que la confrontación tenga un fin justo, en términos satisfactorios para la noble causa.

Ya había oscurecido y empezaba a hacer frío. Se podía encontrar una hoguera y estar con los demás. Había mucha hierba para fumar. La sensación era deliciosa. Aquí y allí, quema ritual de cartillas militares, grupos que no paran de importunar con sus cánticos, indios que hacen la ronda repartiendo pan, chucherías, cerveza y Pepsi. Con todo, tanto trajín me deja exhausto. Es como si mi presencia —aunque nadie la perciba— hubiera frustrado un día genial.

Pero en la noche glacial, un pequeño grupo de elegidos está empezando a insistir

en su insistencia de aprovechar las sombras que difuminan los enormes muros negros del Pentágono, y cada vez la gente es más joven en su creciente tozudez. No son en absoluto corteses, muchos de ellos no son particularmente simpáticos, cuando, excitados por las insinuaciones de los gases lacrimógenos que les trae el cambio del viento, causan escaramuzas ocultas a las miradas y la comprensión de lo que significan los gritos distantes. Y sus modales no son delicados, sino que tienen que atravesar muchos niveles que no son especialmente civilizados, y no digamos nada de una conducta serena, con el fin de aclarar ante ellos mismos y ante los soldados el verdadero valor de la causa que los motiva, lo cual equivale a decir su verdadera naturaleza. Y sí, hermanos míos, la guerra te chupa la sangre, y el imperialismo norteamericano te chupa la sangre, y estoy comenzando a sentir la inminencia de la satisfacción. Y he aquí que la mayoría de los ancianos ya se han marchado, y los periodistas se han marchado, y los camarógrafos se han marchado, y lo que las postreras horas de la noche encuentran —tal vez sea ya medianoche— es una comunidad fortuita de cuáqueros duros, progres, chicos nuevos y chicas nuevas del nuevo estilo de vida, así como un aventurero pusilánime que se arrastra y trepa hasta las primeras filas de combatientes con el fin de hacer lo que precisamente está haciendo. Y de repente allí está, sentado hombro con hombro con la verdadera gente del momento, cuyos brazos entrelazados cierran filas en actitud pasiva mientras las botas, bien lustradas, se acercan, y las porras, bien lustradas, y las armaduras, bien lustradas, embisten la cadena humana, esa bestia de mil cabezas acorazadas nacidas del vientre de nuestra propia nación, que penetra con botas, porras y culatas a través de nuestra carne, a través de nuestra tozudez enfermiza, a través de nuestra sangre penetra... mi país. Y golpea y pateo, y pateo y aporrea... levanta en alto la porra y déjala caer, no te pares, sigue, mantén la cabeza gacha, recuerda que hay que doblar la muñeca con un golpe seco, culmina el golpe, elévala bien alto, déjala caer, piensa en un surco que se forma en el aire, surca el surco, fija el ojo en la pelota, el ojo en las pelotas, el ojo en los coños, el ojo en la cresta del cráneo, arriba y abajo, métele todo el cuerpo, ahora golpea con la máxima energía, álzate de puntillas, arriba, abajo, gira, arriba bien alto, abajo con fuerza, tan fuerte como puedas, tan fuerte como puedas, más fuerte más fuerte ¡SIGUE ADELANTE!

Daniel se bebía su propia sangre. Era la Noche de Sábado en el Pentágono. Se tragaba trocitos de dientes. Y en la Noche de Sábado en el Pentágono lo levantaron por las piernas y los brazos y lo dejaron lisiado.

Y ahora contaré cómo en la gran celda, en esa vasta comunidad que es la hermandad de los lisiados, un muchacho es incapaz de compartir la alegre camaradería magullada de sus compañeros, ni de prestar atención a la verborrea con que Artie Sternlicht ha coronado de laurel a todo el mundo por el hecho de haber ido a parar al hospital, ni de conmoverse ante el espíritu de grupo que proclaman los dientes caídos y los setenta y seis pañuelos teñidos de costras de color carmesí que envuelven otras tantas cabezas; por el contrario, el chico está sentado en un rincón,

incapaz de estirar las piernas, víctima de un espasmo de cautela que le arquea la columna vertebral y le anuda los dedos a las palmas, las rodillas al pecho, la cabeza a las rodillas. No puede sentirse a gusto en lugares como ése. Son demasiado familiares. Sabe que están muy lejos de su hogar. En sitios así no puede sobrevivir con una valentía despreocupada. Es sensible al aire viciado que le irrita la piel, a la noche que envuelve ese lugar y cuyo hocico le restriega las orejas. Suda con un escalofrío de posibilidades por cuanto sabe ahora qué significa hacer lo que precisamente se está haciendo, y suda cada minuto de una sola noche, sólo una noche, suda cada segundo de un viaje interrumpido de diez días y veinticinco dólares. ¡INOCENTE, SOY INOCENTE TE LO JURO! La vista patina arriba y abajo por las paredes como una mosca mientras interpreta el significado del espacio que mide entre los barrotes, y Daniel analiza las interminables reverberaciones de cada momento del tiempo que permanece allí, divide ese tiempo en instantes discontinuos, y analiza el tema, estructura, articulación y metáfora contenidos en cada instante con ella, con la Estrella de Mar, mi silenciosa Estrella de Mar, mi niña.

A la mañana siguiente pago la fianza y me dejan libre. Fue otro día maravilloso. Regresé a Washington, busqué el coche, me dirigí hacia el barrio de antiguas casas norteamericanas y encontré a mi esposa en la plácida habitación blanca de la plácida casa norteamericana. Phyllis rompió a llorar en cuanto me vio. Tenía el ojo derecho ocluido, los labios hinchados y llenos de costras, y no podía abrir la boca lo suficiente para comer. Me dolía respirar, pero descubrí que si apretaba los brazos contra las costillas conseguía aliviar el dolor. La sangre que cubría toda la camisa se había secado.

No quería que ella siguiera hablando y hablando.

—Oye —le dije, tratando de no silbar entre dientes—, es menos grave de lo que parece. No había nada que hacer. Hoy día resulta más fácil que antaño ser un revolucionario.

## *Libro cuarto*

NAVIDAD

A principios de diciembre, Daniel Isaacson cogió un 707 de la American Airlines con destino a Los Ángeles. Vestía la chaqueta de lanilla, los pantalones y la camisa de la cárcel, y sandalias. Llevaba la barba muy crecida, y la larga melena sujeta con una cinta de tela roja que le rodeaba la cabeza. La montura metálica de sus gafas resplandecía. Mostraba unos dientes grandes, blancos y brillantes, y las sandalias hacían que los dedos de los pies, que siempre habían sido más bien grandes, parecieran enormes; eran unos dedos toscos, de huesos prominentes y gruesas uñas amarillentas no muy limpias. Al otro lado del pasillo una mujer lo observaba fascinada; Daniel agitó con un escalofrío el dedo gordo del pie y la mujer, ruborizada, volvió la cabeza.

Un buen número de pasajeros creía que Daniel iba a secuestrar el avión. Consideró la posibilidad. Dos ejecutivos hacían comentarios sobre su melena. La azafata tuvo dificultades para conservar la sonrisa cuando le entregó el menú del almuerzo. De hecho, parecía estar enfadada con él. Pero, sin embargo, le guiñó un ojo con expresión estudiada.

Después del almuerzo, que consistió en bistec con guisantes y pastel de manzana, Daniel recibió de manos de la azafata una bolsa de plástico dentro de la cual había una especie de estetoscopio. El patronato pagó un dólar por él. Sirve para escuchar la respiración de la fantasía. *El espía que vino del frío*, con Richard Burton. Burton, un agente del servicio secreto inglés, o sea, un espía, es víctima de una manipulación por parte de sus propios superiores, quienes acaban por traicionarle en el marco de una complicada trama destinada a proteger a un doble agente de Alemania oriental. A su inocente amiguita, Claire Bloom, la matan junto al muro de Berlín, y Burton, decidido a morir con ella, se pone de pie para que también le disparen. La trama de la vida nunca está tan bien planificada como la de esta historia, pero la película pretende destacarse por su realismo. Fue filmada en blanco y negro, lo que siempre es una muestra de sinceridad. Burton anda por todas partes como un individuo que hubiera de acarrear una carga realista de mierda en los pantalones. Y el propio muro está allí, con sus puestos de guardia, las verjas enrejadas y los reflectores. Pero ¿es realista presentar el muro de Berlín como un muro? El muro de Berlín no es un muro. Es una costura. Una costura que ciñe el mundo. El globo entero se encuentra revestido de plomo, cerrado herméticamente con remaches, cerrojos fajas alambres cerraduras y guarnecido de pinchos, al igual que una gigantesca maza de guerra. Está hueco. En ocasiones, este revestimiento de acero y plomo ardiente se dilata o incluso se resquebraja por el calor del sol, y a lo largo de las costuras, una de las cuales se denomina muro de Berlín, aparece de modo efímero una hendedura o grieta que tiene la anchura suficiente para que una persona pueda caer por ella. En un mundo dividido en dos partes, el progresista es libre de elegir un lado u otro. Esa es la elección del progresista. Las dos mitades del mundo son como los hemisferios de Mingleburg. Mi madre y mi padre se precipitaron a través de una costura abierta y luego los hemisferios se unieron firmemente.

Daniel se detuvo en el bordillo de la acera del aeropuerto internacional de Los Ángeles, mientras esperaba el taxi cuyo servicio era una gentileza de la empresa de alquiler de coches Low Dollar Rent-a-Car. Las copas de las despeinadas palmeras inclinaban sus flequillos sobre el tráfico. Y aquí estaba, en el sur de California. El aire tenía la consistencia de un extraño trago de un veneno balsámico. El cielo era una neblina de color azul, una flema sólida que alguien había escupido sobre el horizonte.

Daniel pensaba que alquilar un coche de la Low Dollar Rent-a-Car era una buena idea. El taxi gentileza de la empresa llegó luciendo su enorme cartel en el techo, y un muchacho negro descendió de él y subió a la acera en busca del cliente.

—Soy yo —le dijo Daniel a modo de saludo—. Fui yo quien telefoneó.

—¿Tú? ¿Tú mismo?

—Sí.

El negro se quitó la gorra y volvió a ponérsela.

—Bueno, no te lo tomes a mal, pero a un colega como tú no le van a dar ningún coche.

—¡Mierda! —exclamó Daniel.

Se rascó la barba.

—Así es. Quiero decir que te llevaré hasta la empresa, pues a mí me da igual, pero ya te adelanto la verdad.

—Muy bien, te lo agradezco.

—Sólo van a discutir contigo, ya sabes. Hasta que captes el problema.

—Entendido. Bueno, ¿puedes llevarme hasta algún sitio donde pueda hacer autostop?

—Claro. ¿A dónde vas?

Daniel se instaló en el bulevar Century, a pocos pasos de la curva de la autopista de San Diego. Estaba con el bolso entre los pies y el pulgar alzado. Le dolía el pecho. Finalmente se detuvo una furgoneta Volkswagen. El conductor era un muchacho rubio de largo bigote que iba sin camisa. En la furgoneta llevaba una cama, un colchón con un saco de dormir encima, cortinas en las ventanillas, libros en un anaquel.

—¿Adónde vas?

Daniel consultó el plano. La furgoneta bajó a toda velocidad por la autopista, gimoteando bajo el sol grisáceo mientras dejaba atrás refinerías de petróleo, vallas publicitarias, centrales eléctricas, polígonos industriales, altos hornos, aparcamientos de camiones, depósitos de chatarra, tanques de almacenamiento, rampas, encrucijadas en forma de trébol, centros comerciales, banderolas que anunciaban la venta de casas en una nueva urbanización, y siempre en dirección al sur del país.

No sé qué escribir a fin de transmitir el cambio de temperatura del libro. Hace calor aquí, de modo que quítese la chaqueta. Una punzada le atraviesa los ojos. Tiene que ver con la atmósfera, con la luz. La luz lo quema. El sol lo calienta y broncea, pero no lo quema. La luz lo quema, le chamusca los extremos posteriores de la

visión. En esta parte del libro, el sol tiene que estar fuera. Es un sol químico. Brilla a través de una bruma grisácea. Brilla a través de la balsámica inmovilidad del aire, que carece de todos los olores naturales. Y pensar que tiempo atrás todo esto no era más que naranjales.

Todo junto era demasiado de lo mismo, tanto, que me deleitaba en su contemplación. Estaba alborozado, respiraba hondo el aire balsámico. Los cables de alta tensión atravesaban el espacio. Un humo sulfuroso flotaba sobre la llanura. Las ciudades de acero hacían vibrar la tierra. Era el país de los niños de estroncio.

## ÁMALO O DÉJALO

Daniel cayó en la cuenta de que, aunque había recorrido cuatro mil ochocientos kilómetros para llegar a un lugar que no había visto nunca, se sentía como en su casa. Así son las cosas. Todos los que viven allí acaban de llegar. Uno reconoce de inmediato el lugar. Por la autopista adelantamos un convoy de camiones del ejército. Los helicópteros nos sobrevuelan. Un enjambre de reactores semejantes a mosquitos riza el rizo frente al sol a gran altura sobre el océano. En los prados anidan plantas de material electrónico. Un complejo industrial militar se muestra sin tapujos. Todo a cielo abierto, en los resplandecientes espacios abiertos de California.

Vivo en una caravana estacionada en una vasta llanura rodeada de colinas. En esa vasta llanura que se extiende al pie de las colinas del sur, un helicóptero de color verde oscuro se eleva y parte rauda a través del firmamento. Sobrevuela la caravana y su hélice bate el aire blanquecino hasta que por fin lo espesa. El helicóptero vuela hacia las colinas del norte. Allí, todavía en la vasta llanura, desciende hasta tomar tierra. Es un helicóptero de la infantería de marina. Me dicen que se pasa todo el día y toda la noche despegando de la vasta llanura, sobrevolándola y aterrizando de nuevo en ella. Nadie sabe por qué. Todos los estudiantes que se encuentran aquí ofrecen un aspecto andrajoso y mustio. Visten pantalones hechos jirones, con una cuerda a modo de cinturón, y van descalzos; completan su indumentaria unas camisas raídas, y unos sombreros de culi trenzados con paja en forma cónica, que llevan sujetos con un cordel bajo el mentón. El agua comienza a invadir la llanura. Poco a poco vamos abandonando los coches en favor de las bicicletas.

La caravana pertenece al muchacho que me recogió por el camino. Es un profesor ayudante, un PA, y comparte la caravana con otros tres PA. Posee una actitud serena y reconcentrada muy propia de la gente del oeste. En el nuevo estilo de vida uno se valora a sí mismo y a sus sentimientos. No se hacen preguntas. Ni siquiera se pregunta el nombre de un compañero si él no lo dice antes. No tiene importancia. Existe un contramundo con el que todos debemos tratar. Así que deja que utilicen tu

despacho. Se trata de la nueva Universidad de California en Irvine, condado de Orange. Es un anillo de enormes cajas de huevos fabricadas de hormigón y cubiertas con tejados rojizos, todo lo cual hace pensar en España. Aún no han acabado de construirla. El claustro de profesores de rango inferior tiene su despacho en las caravanas.

—Diga.

Una voz femenina.

—¿Phyl?

—¿Ya has llegado?

—Sí, un tipo me trajo desde el aeropuerto.

—¿Estás bien?

—Sí. Aunque hace un calor de mil demonios.

—¡Qué extraño! Aquí ha comenzado a nevar.

—¿Cómo va el folletín?

—No hay quien le haga cambiar de actitud.

—Vamos, no me vengas con historias.

—No son historias. Yo misma la he visto. Continúa igual que siempre.

—¿Los Lewin siguen allí?

—Sólo tu padre. Nosotros hemos regresado a casa para preparar la cena. Luego tu madre volverá al hospital para recogerlo.

—¿Se encuentra bien el niño?

—Sí. Todos estamos bien.

—¿Pero?

—¿Qué?

—Dices que todos estamos bien como si pasara algo.

—Bueno, tu madre no deja de preguntarme qué andas haciendo. Quiere saber por qué no estás aquí.

—¿Se lo has contado?

—No es fácil.

—Te parece un capricho absurdo, ¿no es cierto?

—No; ya sabes que no.

—Pues lo es. Todo este viaje es una auténtica locura. Aun cuando consiga lo que busco no sé si servirá de algo. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? ¿Puedes decirme qué otra cosa se puede hacer?

—No te estoy criticando, Daniel.

—¿Qué ha dicho ella al respecto?

—Dijo: «¿Es la verdad algo que pueda administrarse a un enfermo de neumonía?».

—¡Mierda! No. La respuesta es no. Pero ¿qué diablos espera que haga... que me quede sentado y la acompañe en el velatorio?

—¿Quieres hablar con ella? Está en la cocina.

—No. Dile que he llamado y que regresaré tan pronto como me sea posible. Están atravesando una situación muy dura. Haz lo que puedas.

—Es lo que hago.

—No permitas que te cuiden.

—Estoy tratando de que no lo hagan. Pero creo que a ella le gusta mantenerse ocupada. No confía en mí, Daniel. Y tu padre apenas me dirige la palabra. Apenas le presta atención al bebé.

—Bueno, su propio bebé puede estar muriéndose, Phyl. —No tienes por qué decirme eso.

—Está bien... lo siento. No pierdas la calma. ¿Estás llorando?

—No. Pero te repito que hago todo lo que puedo.

—Lo sé. Espero estar de regreso mañana a última hora. Te llamaré. ¿De acuerdo? ¿De acuerdo, Phyllis?

—De acuerdo.

## SEGUNDA LLAMADA TELEFÓNICA

### SIN COBRO REVERTIDO

—Diga.

Una voz femenina.

—¿Hablo con la residencia de los Mindish? —Silencio—. ¡Oiga!

—¿Qué?

—¿Eres tú, Linda?

Silencio de nuevo.

—Me temo que se ha equivocado de número.

—No, vamos, escucha, soy Danny Isaacson. Eres Linda, ¿no es cierto? Linda Mindish, de la avenida Weeks.

Una mano cubre el auricular. Silencio. La impresión de que alguien escucha con la mano colocada sobre el auricular. Allí, donde se ha producido la súbita conexión, en esa caja de reverberación. La mano de una mujer que se siente desfallecer.

—¡Oye! ¿Estás ahí? ¿No eres tú?

—Esta no es la residencia de los Mindish. Se ha equivocado de número.

Daniel sonrío.

—Bien, en ese caso, ¿es la residencia de quién?

—Lamento no poder decírselo.

Se dispone a colgar.

—¡Espera! Tengo tu dirección: 1099 Poinsettia, ¿verdad? ¿Lo ves? Tengo tu teléfono. Podrías hablar un momento conmigo, ¿no crees?

—No pasa nada —oigo que le contesta a alguien tras la mano que emboza el auricular.

—¿Linda?

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Oye, Linda, ¿te acuerdas de los codazos que solías darme en las costillas? ¿Te acuerdas de cómo nos doblábamos los dedos el uno al otro? Sólo que por lo general ganabas tú, porque eras mayor. Eras una chica muy fuerte; para ser mujer, tenías mucha fuerza en las manos.

—Adiós.

—¡Eh! Si cuelgas, volveré a llamar. O iré a golpear a tu puerta. ¿Qué ganarás con ello?

—Será mejor que te enteres de que la ley castiga a los que molestan a la gente.

—Pero nosotros nos conocemos. ¿No puedes hablar un momento conmigo? ¿Qué mal puede hacerte?

—No tengo nada que hablar contigo. Aléjate de nosotros. Déjanos en paz.

—Estoy en el vecindario, ¿sabes?

La mano ahuecada suavemente sobre el auricular.

—No pasa nada, es un amigo —oye que dice la voz amortiguada.

—¿Linda?

—¿Qué?

—Resulta que estoy en el vecindario. Pero tranquila, no tengo malas intenciones. De verdad. Hace mucho tiempo que sé dónde vivís. Estoy visitando a unos amigos en... ¡hum!, la universidad, y he decidido ir a verte. ¿Es tan terrible?

—Hemos leído acerca de ti en el periódico. Sé lo que estás tratando de hacer. Si crees que te tengo miedo, te equivocas.

—No pretendo causarte miedo. Ese artículo exageraba las cosas, el tipo comprendió erróneamente el propósito del patronato.

—Tenemos amigos aquí. Tenemos amigos leales que conocen nuestro verdadero nombre. No tenemos nada que ocultar. De modo que no creas que puedes asustarme.

—Sólo quiero hablar con tu padre.

—Pues él no quiere hablar contigo.

—Solía tenerme simpatía.

—Voy a colgar. Si vuelves a molestarnos, llamaré a la policía.

—Linda, compórtate como una persona civilizada. ¿Qué tiene de malo que hable con tu padre?

—Es viejo y está enfermo. Quiere que lo dejen en paz. ¿Lo entiendes?

—Por supuesto. Me gustaría pasar y saludarlo. Sólo me quedaría unos minutos.

—Debes de estar loco.

—Cuando ocurrió todo aquello yo no era más que un niño, Linda. ¿Crees que puedo guardar rencor toda la vida? Es perjudicial para el espíritu. Yo tengo mis propias ideas.

—¡Oh, Dios, me lo imaginaba, un hippie! Eso sí que puedo creerlo.

—Todos salimos dañados. ¿De acuerdo? Fue una experiencia terrible. Pero nos

sucedió a todos. Ninguno de nosotros puede olvidarlo, pero antes estábamos todos muy unidos. Siento necesidad de veros. ¿Es tan difícil de entender que quiera veros, nada más que veros de nuevo?

Sollozos.

—¿Cómo has sabido dónde vivimos?

—No lo sé. Alguien me lo dijo hace mucho tiempo.

—¿Quién?

—Ni siquiera lo recuerdo. ¿Qué importancia tiene? No se lo he contado a nadie, ni siquiera a mi hermana. No se lo pregunté a quien me lo dijo, fue por iniciativa suya. En aquella época estaba lleno de dolor. Pero, Linda, las cosas cambian. Lo que parece evidente, al cabo del tiempo no lo es tanto. Entonces parecía una cuestión del bien contra el mal.

—Comprendo. —Silencio en la línea. Sorbe las lágrimas—. Te crees un privilegiado porque puedes perdonar a mi padre, ¿es eso lo que quieres decir?

—No exactamente.

—Pura arrogancia, eso es. La típica arrogancia de los Isaacson. Tan altivos y poderosos...

—Mira, no es así y no creo que el teléfono sea el mejor lugar para explicarlo.

—¿Cómo te atreves a llamarnos? ¿Cómo te atreves?

Esta vez soy yo quien calla. Que crea que estoy maldiciendo el momento en que se me ocurrió llamarla. Se suena la nariz con un pañuelo de papel. Traga saliva. Escucha en el otro extremo de la línea. Espera.

—Claro que hay resentimientos, diferentes puntos de vista. ¿Cómo puedo negar eso? Ni siquiera sé por qué te he llamado. Supongo que no he tenido en cuenta que saber de mí podía causarte una profunda conmoción. Lo lamento. Tal vez debería haberlo pensado dos veces antes de llamar. Pero estoy aquí, y de pronto me ha parecido que tenía que hacerlo. Quería ver a tu padre, eso es todo. ¿Cómo está?

—¿Que cómo está? Bien. Tanto como pueda esperarse.

—Bien, bien. ¿Y tu madre?

—Bien.

—Me alegro. ¿No podríamos concertar una cita? Sólo me quedaré aquí hasta mañana.

—No lo sé.

—Tengo que regresar al este. He venido para mantener una entrevista por un puesto, pero no creo que me acepten.

—¿Te dedicas a la enseñanza?

—Sí. Acabo de obtener el título.

—Ya veo. Enhorabuena.

—Tuve que hacer un inmenso esfuerzo.

Reí con una falsa nota de desaprobación. Dejé que las imágenes se fijaran. Jack P. Fein realmente me facilitó las cosas.

—A mí no me mezcles en eso —había dicho cuando le di las gracias.  
Luego cortó la comunicación.

En 1949, el año en que los rusos consiguieron la bomba, C. G. Jung lanzó tres monedas al aire y preguntó al *I Ching*, un antiguo libro de profecías chino, qué recepción creía que le brindarían en Estados Unidos. El *I Ching* estaba a punto de ser publicado allí y nadie en el país, aparte de Jung y unos pocos sinólogos, sabía gran cosa acerca de él. El *I Ching* respondió que creía que las cosas le irían bien.

Al concluir la conversación telefónica tuve la sensación de que le había inoculado a Linda Mindish los gérmenes de la alegría. Lo describiría de esta manera: uno vive durante muchos años, en realidad tantos como puede recordar, bajo la continua amenaza de un asunto inacabado. Suena el teléfono. Entonces te das cuenta de la intimidad que tienes con aquello que precisamente temes. O digámoslo de esta otra manera: supongamos que la persona a la que han jodido te llama para pedir, nada más y nada menos, que la jodan de nuevo. Una nueva vida se abre para ti. Te sientes excitado hasta alcanzar aquella sensación erótica que se produce cuando comprendes que, después de todo, vas a quedar satisfecho.

La casa era un pequeño modelo de estuco rosado como los coquetos chalés que se alinean en las calles bordeadas de palmeras. Estaba situada a media manzana de distancia de la autopista del Pacífico, que es una especie de Boston Post Road del Oeste, de tal manera que prácticamente constituía un tramo de una carretera que se extendía entre gasolineras, agencias inmobiliarias, estudios de fotógrafos retratistas, supermercados, puestos de venta de *tacos* de acceso en coche y funerarias pintadas de color blanco marfil. Fui yo quien tocó el timbre. La novela es un yo ermitaño.

Linda me saluda con una fina sonrisa de asco. Lleva una blusa con mangas rizadas y cuello alto, también rizado. La falda le llega justo por encima de las rodillas. Es una muchacha delgada de cabellos claros muy cortos y cardados, con un cutis blanco que traduce las emociones con manchas rosadas, los mismos ojos de su padre, excesivamente juntos y de color gris, nariz grande, cara larga. Lisa de pecho, pero con unas piernas sorprendentemente estupendas. No tan alta como pensaba. Por otro lado, es más madura. Más adulta de lo que parecía por teléfono.

Me conduce a una pequeña sala de estar immaculada, sencilla y ordenada, con muebles de arce de Sears y una miscelánea de enseres y objetos escogidos de diferentes tiendas. Una sala en la que nunca ha puesto los pies alguien como yo. Un individuo de traje oscuro y corbata a tono se levanta del sofá. Lleva el pelo cortado a cepillo y aplanado en la coronilla. Somos presentados y nos estrechamos la mano. Me entrega su tarjeta. Se llama Dale y no sé qué más y es abogado.

Lo cierto es que la gente no experimenta la revelación. Linda había tenido que

pasar demasiados años adaptando y conformando su vida a las exigencias de la carrera de su padre. Este había salido de la cárcel en 1959. Lo llevaron al distrito de Orange. La madre, Sadie, era una mujer ignorante. Linda, con dieciocho años, había elegido el lugar, el nuevo apellido de la familia y había hablado con los abogados. Había trabajado, estudiado, obtenido el título de odontóloga, y ahora tenía su propia consulta en un centro comercial de Newport Beach. Todo eso lo supe por boca de Jack Fein. Era ella la que mantenía a los padres. Y quien daba las órdenes. No se puede renunciar fácilmente a eso.

—Linda ha actuado correctamente —me dice el abogado—. No puede usted pretender que la gente lo reciba en tales circunstancias sólo porque llame por teléfono. Ella no tenía manera de comprobar siquiera si usted era quien decía ser.

—No; es él —dijo Linda—. Es Danny Isaacson.

—De modo que tu padre no está aquí —dijo Daniel.

—Así es.

—¿Sabe que he telefoneado?

—Déjeme que sea yo quien haga las preguntas —terció el abogado—. ¿Qué quiere? ¿Por qué ha venido?

Daniel dejó escapar un suspiro.

—¿Lo sabe?

—Resolví no decírselo hasta decidir si sería conveniente que te viera o no. Por lo tanto, si crees por un instante que te tiene miedo, estás muy equivocado.

—No quiero que nadie me tenga miedo —replicó Daniel.

Parecía ofendido. Se sentó en una butaca de *tweed*, se retrepó, estiró las piernas y cruzó los tobillos. Se frotó la frente con una mano. Miré a Linda Mindish y advertí las prematuras arrugas de la mediana edad en las comisuras de los labios y debajo de los ojos. Es cinco años mayor que yo. Diez años mayor que Susan. Ha trabajado duro. Me mira y espera. En sus ojos, quizás el recuerdo de nuestra extraña relación basada en codazos en las costillas, empujones, toqueteos: ella, que ya ha tenido la menstruación, y yo, un chico de ocho años. Siempre tratando de romperle la mano al pequeño Daniel, de retorcerle los dedos, de clavarle las uñas en los brazos. ¿Por qué? Del mismo modo con que Selig, su padre, la precede cuando entra en casa de los Isaacson sin llamar y mira lo que hay en la nevera. Del mismo modo con que se ríe y hace bromas con su acento polaco. Del mismo modo con que trata con altivez al pequeño Paul. Del mismo modo con que, guiado por sus bajos impulsos crónicos, desea a la esposa de Paul. ¿Cómo empezó mi historia con Linda? En este momento, en su rostro se refleja la niña de trece años que padece la terrible desgracia de parecerse a su padre. Muérete. Ésa era la expresión preferida de Linda. Daniel, ¿quieres hacerme un favor? ¿Cuál? Muérete. Seguida de una falsa sonrisa, un triste fulgor de dientes encendido y apagado, para iluminar la segunda etapa de mi aprendizaje: yo sólo tenía derecho a unos niveles cada vez más profundos de su alienación. Había adoptado aquel aire de alguna comedia o película muy importante

por entonces en el Bronx. Hazme un favor: muérete. Se ejercitaba conmigo, trayendo de alguna selva social poblada por las chicas de los cursos superiores que yo sólo podía imaginar, los insultos más obscenos del día.

—Linda, creo que deberíamos ir al grano. Después de todo, esta mañana tienes otros compromisos —terció el abogado.

Imaginen bata blanca manos en los bolsillos goma de mascar aparte durante un par de días. La clase de mujer que encuentra su ambiente óptimo en un despacho.

—Reconozco en ti el mismo aspecto, el mismo aspecto que veo cuando me miro en el espejo. Me resulta muy familiar.

—No sé a qué te refieres.

—El aspecto de los mismos recuerdos. Damos vueltas a los mismos recuerdos. Es como una comunidad.

Se sentó en el sofá al lado del abogado, y sus manos se encontraron. Se quedaron con las manos entrelazadas mientras permanecían sentados frente a mí en el sofá.

—Linda ya es una mujer adulta y yo sólo puedo aconsejarle acerca de lo que le conviene hacer —dijo el abogado—. Díganos que se propone. No hay nada que Linda o su padre deban temer de usted. No hay ningún asunto legal en juego. No tenemos obligación de hablar de aquel caso con usted. —Dice «aquel caso» como si tuviese colgando de la mano los calzoncillos sucios de otra persona—. ¿Quiere dinero? ¿Qué problema tiene?

—¿Cómo has dicho que te llamabas? —dije—. ¿Dale? ¿Por qué no cierras el pico por un jodido minuto, Dale? Estoy tratando de decirle algo a Linda. Tú no estuviste presente entonces, ¿verdad? No recuerdo haberte visto por allí.

El abogado miró de soslayo a Linda, y se puso bruscamente de pie. Estaba lívido.

—Quiero advertirle que, como abogado, estoy en condiciones de denunciarlo ante los tribunales del estado de California por intimidación, expresa o tácita y por agresión, o amenaza de agresión.

Lo señalaba con un dedo tembloroso. Daniel aguardó, como un orador ante el público, a que se callara. Tenía los ojos entornados. Ya estaba harto de verle la cara al abogado. A través de él comprendía mejor a Linda: un tipo de brillantes ojos pardos, pestañas como las de los animalitos de Disney, traje a cuadros, corte de pelo al estilo militar. Exhala pasividad. Intención de ser amable. Quizá se deba a su mentón, que dentro de unos años se le habrá metido totalmente hacia adentro. Sin embargo, es dulcemente bien parecido. Treinta y siete o treinta y ocho años. Un blanco de caderas anchas muy peligroso.

Daniel abrió los ojos. El abogado había vuelto a sentarse. Creo que su única intención había sido mostrarle a Linda que era capaz de actuar de manera loable. Daniel dijo:

—Me refiero a nosotros dos; ambos hemos vivido tratando de integrar en nuestra existencia un hecho del que ninguno de los dos fuimos responsables. ¿Estás de acuerdo con esto? ¿Es ésta una descripción medianamente razonable?

Ella le clavó la mirada. Agachó casi imperceptiblemente la cabeza, como si al asentir quisiera que él supiese cuán reducido cuán abismal era el espacio que los dos juntos podían ocupar. Y aun de ese gesto tuvo que retractarse:

—Sin embargo, eres tú quien lo trae a colación. Eres tú quien ha venido a escarbar el pasado.

—Tengo la esperanza de que tu padre pueda ayudarme a resolver algunos interrogantes.

—¿Qué interrogantes? ¿Todavía quedan interrogantes? Por lo que sé, todos los interrogantes fueron aclarados hace mucho tiempo.

—¿Realmente quieres que hable delante de este tipo?

—Dale y yo vamos a casarnos.

Sus manos entrelazadas reposaban entre ambos, en el sofá. Me miraban adoptando la misma pose: los pies bien plantados en el suelo, las rodillas juntas, la odontóloga y su prometido, una pareja de profesionales, y mi corazón naufraga en esa isla de miradas vacías y se encoleriza a medida que me doy cuenta de que, no importa lo que realmente pretenda hacer, necesito recurrir a ellos, confiar en ellos, y que he tenido que recorrer cuatro mil ochocientos kilómetros para verlos.

Pero hay ciertas cosas de las que estoy bastante seguro. No es probable que Linda Mindish y sus padres se encuentren en condiciones de reclamar su identidad. Puedo suponer que los amigos leales que mencionó por teléfono sólo se reducen a aquel tipo. Él es su bastión. Por lo tanto, yo sigo constituyendo una amenaza, el elemento potencialmente capaz de descubrir en público lo que ninguno de ellos desea que se descubra en estos momentos. Por otro lado, si bien tienen algo que proteger, estoy seguro de que él, al menos, cree que sus conocimientos legales y el hecho de que ejerza como abogado en el estado donde ambos viven le otorga una cierta ventaja. Yo soy un escollo transitorio. Dale desearía persuadirla de que puede manejar a su antojo.

No obstante, después de que la llamara por teléfono, a Linda puede habersele ocurrido, concediéndole una sagacidad superior a la mía, que un paso como el que yo acababa de dar era, en esencia, un acto diplomático. Y que aunque hubiera imaginado, por supuesto, algo tan estúpido como una acción violenta por mi parte, no era probable que fuera a llevarla a cabo. Y que quizá valía la pena soportar unos momentos de tensión para averiguar qué era lo que yo quería proponerle. Y la intuición, tal vez, de que en cualquier caso ella puede vencerme; y eliminar para siempre el último vínculo con el pasado. *Tenían hijos. Algún día tendremos que enfrentarnos con los hijos. Pero soy una buena negociadora. Mis padres no tienen por qué sufrir más inviernos. Carecen de amigos de verdad, pero eso le ocurre a todo el mundo. Aquí todos proceden de otras partes. Sus vecinos los saludan por la mañana. Una vez por semana, un jardinero japonés les arregla el jardín. Tengo mi propia consulta. Tengo a Dale. La familia Mindish posee más dinero del que Selig jamás soñó. Por qué tendría que suponer que este barbudo inadaptado constituye*

*algo más que otra de las pruebas por las que he tenido que pasar desde que detuvieron a mi padre.*

—Tengo interés en saber cómo os mantuvisteis tú y tu madre después de que tu padre fue a parar a la cárcel.

—¿Cómo?

—Linda, eso a él no le importa.

—Tú tenías catorce o quince años. Tu madre no era la clase de mujer que sale a buscar trabajo. Los ahorros no duran seis o siete años. Y cuando os mudasteis aquí con tu padre, él nunca volvió a ejercer su profesión, ¿verdad? Me refiero a que, según tengo entendido, desde que cumplió la condena no ha ejercido. Y a pesar de todo pudiste graduarte en la universidad y terminar la carrera de odontología.

—Linda, no tienes obligación de explicar...

—No; está bien, Dale. Ya veo a dónde quiere llegar. En primer lugar, si vives aquí no pagas ninguna matrícula ni cuota mensual —me informó—. Por otra parte, conseguí becas. Y además asistía a clases extraordinarias para poder compaginar el curso con otros trabajos. Y, en segundo lugar, hasta hace pocos años mi padre trabajó en un laboratorio.

Estaba sentada en el borde del sofá, con las manos cruzadas sobre el regazo y los tobillos remilgadamente unidos.

—Es cierto lo que dices, Danny, ni tú ni yo fuimos responsables de lo que sucedió. Pero hemos tenido que sufrir las consecuencias. Cuando encarcelaron a mi padre, mi madre y yo sufrimos de una manera terrible. Pero la experiencia tuvo su lado positivo: descubrí una reserva de energía dentro de mí que de otro modo quizá nunca habría sabido que existía. Por lo que puedo ver, y por lo que he oído decir, ni tú ni tu hermana habéis sido tan afortunados.

»En muchos aspectos, yo lo pasé peor. Al fin y al cabo, tus padres fueron elevados a la categoría de héroes en algunos círculos. Tengo entendido que, actualmente, se pueden encontrar por toda Europa oriental calles que llevan el nombre de Isaacson. En cambio, Selig Mindish no fue un héroe para nadie, por no decir otra cosa. Lo que mi padre hizo no le aporta ningún honor a él ni a su familia. Por un hecho semejante, se pierde a los amigos. Uno va a parar a la cárcel, donde se le quebranta la salud. Y cuando sale no logra hacer nuevas amistades. Como puedes ver, en muchos aspectos a nosotros nos ha ido mucho peor. Te diré algo: hubo momentos en los que deseaba ardientemente, muy ardientemente, que mi padre fuese ejecutado, que los Isaacson y los Mindish intercambiasen los papeles, y en los que me habría gustado estar en tu pellejo siempre y cuando tú estuvieses en el mío. Dame tu pañuelo, Dale.

Daniel la miró fijamente. Unió las manos debajo de la barbilla y apoyó los codos en los brazos de la butaca. Una mirada sorprendentemente fría y objetiva se posó en él mientras Linda se sonaba la nariz.

—Pides una entrevista con toda esa falsa humildad hippie y en cuanto entras por

la puerta comienzas a comportarte de manera grosera.

—Yo no he venido con mi abogado —replica Daniel.

—Tal vez debieras haberlo hecho.

—Ni escondí a mi padre en ningún sitio.

—¿Me tomas por imbécil? ¿Pretendes que te crea? Yo no te debo nada. Todos los de tu familia habéis sido siempre unos embusteros. Todos llenos de altos ideales, salvo cuando se trata de los demás. Salvo cuando se trata de arruinar la vida de los amigos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tus padres descarriaron a papá. Desde el día en que lo conocieron. Siempre se consideraron demasiado inteligentes comparados con él, pero no tuvieron inconveniente en que les sirviera de chófer para llevarlos a dónde quisieran ir, o que les hiciera recados, o les arreglara las muelas, o que se convirtiera en un espía sometido a sus órdenes. Él no era un intelectual. Yo era una hiña, pero no me pasaba inadvertido lo poco que lo respetaban y cómo se aprovechaban de él.

—Linda, cariño, tranquilízate —dijo Dale.

Pero Linda estaba más tranquila que él. Del mismo modo que un actor está tranquilo mientras el público se emociona. Por un instante percibí que la verdadera naturaleza de aquella situación era la equidad del mal. Esto es lo que nos sucede a nosotros, los hijos de los juicios; nuestros corazones se vuelven arteros, nuestras mentes afiladas como garras. Hay que dejar que esa sagacidad arda en lo más profundo del alma, sólo se forja con fuego. En ninguno de nuestros respectivos mundos existe medio alguno que nuestras tristes vidas no estén dispuestas a utilizar; ninguna traición a nuestro dolor es imposible; ningún despilfarro de nuestro patrimonio es excesivo. ¡Si al menos Susan hubiese recibido una pequeña porción! Pero nada de lo que Susan hizo carecía de inocencia: no importa cuán escandaloso fuera, cuán exigente, cuán estúpido, cuán autodestructivo; nada de lo que Susan hizo carecía de inocencia. Esta zorra era harina de otro costal. Me la imaginaba en la cama. No había cuestión alguna en mi mente que ella no fuese capaz de refutar. Por eso había llamado a su prometido: no para protegerse de mi violencia, sino para conservar intacta la planeada curación de su vida como Linda Mindish. Si ella quisiera podría retomarla rápidamente. Con un simple empujón. Resultaría interesante, pues no sería sin sangre, un incesto de sangre muerte semen y óvulo, más corrupto que el que yo hubiese podido cometer con mi verdadera hermana. Linda Mindish y yo, criminales sin tacha forjados en la percepción, poseíamos la suficiente corrupción, y de la peor especie, como para apagar el fuego del sol.

Y luego ese instante pasó y la vi tan encerrada en las verdades de su familia como nosotros lo estábamos en las de la nuestra. Las contundentes declaraciones que me acababa de lanzar, ¿provenían de su boca o de la de Sadie, su madre? ¿Es que Sadie y su esposo no las habían elaborado en el curso de los años durante las horas de visita? ¿Acaso no las harían? Me vi a mí mismo como el instrumento que le había brindado a

Linda la oportunidad de proferir en voz alta la justa queja que esa familia había estado ensayando durante quince años.

—Pues los horribles Isaacson están muertos, Linda. El único que puede quitarte el sueño soy yo. Y yo ¿qué puedo hacer? ¿Desenmascararte delante de tus amigos y vecinos del condado de Orange, California? Pero te mudaste aquí por una razón. Fuiste muy astuta al elegir este lugar. Si se levanta la liebre y descubren vuestra verdadera identidad, siempre hay sitio para un ex comunista en el condado de Orange. ¿No es así? Al fin y al cabo, tu padre contribuyó a desbaratar un notorio círculo de espías. No estuvo libre de una parte de culpa en la ejecución de los infames Isaacson, ¿verdad?

Linda fruncía el entrecejo. El abogado dijo:

—El testimonio del doctor Mindish consta en el sumario del caso. Allí puede leerlo.

—Claro, por supuesto. Pero aún quedan preguntas sin respuesta. —Daniel meditó por un instante—. Por ejemplo, ¿te has preguntado alguna vez por qué confesó? Tú eres abogado, Dale. ¿No sientes un interés profesional? Se trata de uno de los grandes casos del siglo.

—Ésa es una pregunta ingenua.

—¿Por qué, porque lo pescaron? ¿Y para purgarse a sí mismo, confesó y dijo la verdad? Para cumplir *esa* terrible pena, ¿no?, que siempre es mejor que la silla eléctrica. ¿Es por eso por lo que lo hizo, porque lo pescaron y no tenía elección? ¿O bien lo hizo para salvarse, para salvar su propio pellejo? Mis padres así lo creyeron: creyeron que los había denunciado para salvarse. Creían que era un espía. O fingían creerlo. Todo es muy confuso.

—¿De qué estás hablando? —exclamó Linda.

—¡Mierda, no lo sé! Quería decirle a tu padre que creo que él era inocente. Quería que lo supiera.

La pareja intercambió una fugaz mirada, como si una idea que habían considerado antes de mi llegada —que yo estaba loco— se demostrara ahora que rebosaba presciencia. Linda cruzó las piernas, se ajustó la falda. Cogió un cigarrillo de un paquete situado al extremo de la mesa y lo sostuvo ante ella con los dedos rígidos, tal como suelen hacerlo las mujeres fumadoras, mientras Dale sacaba el encendedor.

—Me das lástima.

—Sí, bueno, comprendo que es difícil de aceptar. Para mí también lo era. Pero parte de la idea de que existía un círculo de espías y que todo lo demás sucedió tal como él lo atestiguó ante el tribunal. Tienes que preguntarte por qué lo hizo. No hubo otra prueba más que su confesión. Si no hubiese confesado, nadie, ni siquiera él mismo, habría sido acusado. Mi padre, quiero decir mi padre adoptivo, cree que el FBI lo presionó. Cree que Selig, sencillamente, no pudo resistir el interrogatorio. Lo tuvieron durante mucho tiempo en sus manos. Tenían algo contra él... quizá lo de la ciudadanía. Cree que no es... ¡hum!, una persona de muchas luces y que estaba

asustado puesto que no sabía qué podían hacerle. Pero yo no comparto esa opinión.

—¿De veras?

—Sí. Es posible que Selig se diera perfecta cuenta de todo lo que estaba en juego en aquella situación. La interpretación de mi padre carece del conocimiento de lo que era la antigua izquierda. La vida de los miembros más beligerantes del Partido Comunista de aquella época. Eso es lo que falta en su análisis. Había otro matrimonio conocido por todos los militantes del Bronx que había abandonado el partido unos años antes. ¿Has oído hablar de ellos alguna vez? Entre las filas de los subordinados (porque ninguna de nuestras familias ni de sus amigos eran otra cosa que soldados rasos), corría el rumor de que el otro matrimonio había pasado a la clandestinidad para dedicarse a tareas de espionaje. Se habían revestido de cierto misterio heroico. ¿Sabes cómo se llamaban? ¿Te ha hablado en alguna ocasión tu padre de ellos? ¿Ha comentado algo acerca de este asunto?

—No, Danny.

—Bien, ese otro matrimonio... eran prácticamente de la edad de mis padres, y tenían dos hijos. Se creó toda una mitología en torno a ellos. Se los mencionaba en voz baja. ¿Quién sabe a ciencia cierta cuántos hijos tenían? ¿O qué edad tenían? Pero se suponía que eran muy jóvenes, y que tenían hijos, y se decía que vivían a pocas manzanas de distancia, en el Concourse.

Meditan por un instante. Me miran.

—¿Eso es todo? —pregunta el abogado.

—Bien, es el quid del asunto.

El abogado sacudió la cabeza y sonrió con tristeza.

—Es una especulación altamente teórica, por no decir otra cosa.

—Eso es cierto. Por eso quiero hablar con Selig.

—Deja de llamar Selig a mi padre —dijo Linda.

—Aún conservo los empastes que me hizo —replicó Daniel, al tiempo que elevaba las palmas de las manos.

—Vamos a ver si lo entiendo.

—Oh, Dale, es una locura.

—No, cariño, aguarda. ¿Quieres decir que el doctor Mindish mintió acerca de tus padres por deferencia hacia otro matrimonio que se parecía a ellos?

—No sé si se parecían. Digo que su intención fue proteger a otro matrimonio que todo el mundo creía que estaba actuando en la clandestinidad. Quería alejar al FBI de las personas que realmente tenían importancia. El cerco de los federales se cerraba por momentos. Había que despistarlos. Desviar el incendio.

—¿Y dices que el doctor Mindish, que era inocente, inventó toda esa historia acerca de sí mismo y de tus padres?

—Bueno, en realidad no es necesario que Selig sea inocente para que la teoría sea cierta. Podría haber estado implicado de un modo marginal. Podrían haberle ordenado que actuara de esa forma. Pero no importa, digamos que era inocente.

—¿Y que ese mítico matrimonio, esas otras personas, fueran las que realmente robaron los secretos?

—No necesariamente, porque nunca pudo probarse que se hubiera robado secreto alguno. No se trataba de lo que realmente sucedió o iba a suceder. Se trataba de lo que Selig u otras personas *creían* que había sucedido o estaba por suceder. Era algo que estaba tan mezclado de fantasía como el complot que el FBI creía que había tenido lugar.

—Comprendo. ¿Y has traído alguna prueba, alguna información que pueda sustentar esa teoría?

—Es sólo una teoría, amigo —respondió Daniel con una sonrisa—. Es mi teoría sobre el otro matrimonio.

#### LA TEORÍA SOBRE EL OTRO MATRIMONIO

En *La decadencia del comunismo norteamericano*, Shannon demuestra la enorme contribución que hizo el Partido Comunista norteamericano para llegar a su propia destrucción al cabo de pocos años de terminada la guerra. Estaban imbuidos del instinto arrogante y sabelotodo característico del suicida que se sale con la suya. No es extraño que en ese club poblado por ideólogos de la clase obrera, mártires por elección propia, estalinistas que marcaban el compás, sentimentalistas, visionarios, inadaptados, histéricos, fabuladores y gente que soñaba con la justicia... no es extraño, digo, que se creara un mito a partir de su veneración cuasi religiosa por los seres que son verdaderamente poderosos. Resulta irónico que dicho mito surgiese sin que lo planease y ni siquiera pretendiera su mítico yo colectivo, que con tanto esfuerzo había logrado inspirarlo. Y sin embargo, estaban completamente desvalidos antes de la aparición de aquel mito. *Nosotros también tenemos nuestros propios individuos temerarios. Tenemos nuestros propios ladrones intrépidos y caballeros burlones. Nuestros propios George Raft que lanzan monedas al aire. Nuestros propios jinetes enmascarados de las praderas. En serio que los tenemos.*

El misterioso matrimonio del Grand Concourse, acompañado de sus dos hijos, salió de su apartamento un domingo como si fuese a dar un paseo. No llevaban equipaje. El esposo llevaba una cámara colgada del hombro. La esposa, un bolso en la mano. Dejaron el apartamento intacto, con los platos en el escurridor, y nunca más se los volvió a ver. Eso ocurrió poco después de que detuvieran a mi padre. Más adelante, se dijo que vivían con otro nombre en Nueva Zelanda. Se dijo que viajaban por Gran Bretaña con pasaportes australianos. Se dijo que viajaban por Francia con pasaportes británicos. Los detuvieron en Berlín occidental, permanecieron encerrados durante seis meses sin que se los juzgara y luego fueron canjeados por dos ingleses que estaban en poder de los rusos en Moscú. Finalmente, se dijo que vivían en Leningrado.

Cuando llamaron a Selig Mindish a declarar, mi madre se incorporó en el asiento, se cruzó de brazos e irguió la cabeza. Ahí estaba. Parecía haber encogido. Físicamente era un hombre robusto, pero ahora ella se sorprendió al verlo tan distinto, abatido, derrumbado sobre sí mismo, con el cuello estirado al máximo, y una chaqueta que parecía deslizársele de los hombros cuando hacía algún movimiento. Pero la nariz aplastada aún seguía aplastada, y los ojillos de color gris perlado brillaban con inteligencia perruna ante el ayudante de Feuerman, el grasiento, quien comenzó a guiarlo a lo largo de su testimonio.

Fue en ese momento del juicio cuando Rochelle estuvo a punto de perder la compostura. Jake les había explicado lo que debían esperar. Sin embargo, oír aquella traicionera declaración, enfatizada por un continuo asentimiento de cabeza y pronunciada con el acento familiar de su amigo de tantos años, era algo imposible de soportar. Mientras lo escuchaba con los brazos cruzados, sentía que estaba sujetándose a sí misma para no desmoronarse. Las lágrimas llenaron la cuenca de sus ojos y empezaron a derramarse por la garganta. No movía ni un músculo. Por fin, el llanto generó una descarga eléctrica de ira que recorrió todas las fibras de su cuerpo. Quería saltar del asiento, coger a Selig Mindish por el cuello y arrancarle la lengua.

Y éste no los miró ni por un instante. Incluso cuando le pidieron que los señalara, lo hizo sólo con la mano, e indicó la mesa a la que estaban sentados sin apartar la vista del fiscal. No quería mirar en su dirección. En ese momento Jake estaba escribiendo en su bloc de notas y rompió la punta del lápiz. Mindish siguió hablando, dando nombres y datos, recordando conversaciones. Ella lo miraba fijamente. Cesó el llanto. Cesó la rabia. Siguió mirando al testigo, al estrado, con los brazos cruzados, sin que le temblara el pulso. Había llegado a un punto en que consideraba más importante que su propia vida el hecho de lograr que Selig Mindish reconociera su presencia en la sala del tribunal. Lo deseaba con toda el alma. Quería extraer de aquella miserable máscara mortuoria una expresión que reconociera que ella realmente existía. Era capaz de aceptar la persecución a la que estaba sometida, la muerte incluso, pero jamás que sus sentidos la engañaran de forma tan monstruosa que ni siquiera le garantizaran la verdad de su propia existencia. ¡Mírame, cerdo! ¡Mírame! Sabré por qué has hecho esto. No te atreves a ignorarme. ¡Me debes una mirada de tu podrida alma cobarde, cosaco asesino! ¡Cerdo! Mírame. Te desafío a que me mires.

En aquel punto de su declaración, el dentista explicaba que el laboratorio de revelado que había montado en el gabinete de su consultorio guardaba ciertos dibujos. Habían sido reducidos a escala y grabados en radiografías dentales. En medio de los ficheros, las lijas y las mandíbulas de yeso. El pequeño ayudante del fiscal se acercó a su mesa y regresó sosteniendo entre los dedos pulgar e índice una radiografía dental engastada en un marco de diapositivas.

—¿Se refiere a esto?

—Sí.

—¿Quiere hacer el favor de examinarlo y decirle al tribunal qué es?

Selig Mindish cogió la placa, la miró a contraluz y esbozó una auténtica sonrisa: un gesto muy similar al que les ocurre a los niños, que cuando están a punto de revelar un secreto hinchan las mejillas y dejan escapar unos bufidos por la nariz. El tipo era un idiota. Pero antes de que soltara las palabras que los llevaron a la tumba, se volvió y miró por un instante a Rochelle, la miró por una fracción de segundo a los ojos con la misma sonrisa de retrasado mental que se le iba desvaneciendo del rostro, mientras sostenía entre sus dedos de espátula la radiografía dental, aquel objeto absurdo pero lleno de trascendencia; y en los grises ojillos de cerdo del dentista apareció la expresión de reconocimiento que ella buscaba. Una mueca que reconocía aquel instante que transcurría en la sala del tribunal, en sus vidas, y se quedó estupefacta al descubrir que no era el mensaje de un traidor

la novela como secuencia analítica. Pero ¿y qué hay del verdugo? Un individuo absolutamente respetable, ahora jubilado. Figura en el listín telefónico de Yonkers

no como un traidor que implorase perdón, no hubo ninguna petición de perdón, ni tampoco descubrió ninguna señal de un odio racionalizado que le hubiera permitido cometer aquel acto, y justificarlo, no, ni la mirada hipnotizada de un amnésico programado, ni la expresión de un actor que busca que el tribunal beneficie a un compañero de conspiración... nada de eso: expresaba la íntima fe de un camarada, el uno por el otro, cómplices en el autosacrificio, el uno por el otro, y eso es todo lo que puedo transmitir, pero a estas alturas usted y a debe de saber qué está sucediendo y por qué. Rochelle descubrió en los ojos del camarada el reflejo de toda una vida atormentada por el terrible remordimiento, por la triste determinación de seguir adelante el uno por el otro, unos ojos que asumían lo que ambos conocían, que expresaban la sexualidad que lo envolvía. Y entonces se volvió para mirar a su esposo. Ascher estaba inclinado sobre la mesa, escribiendo frenéticamente. Junto al hombro del abogado, la escultura del pesar humano, su esposo Paul, que estaba sentado completamente erguido, con los ojos cerrados y las comisuras de los labios crispados en una mueca de dolor. Y no se encontraban en la sala del tribunal sino en el campamento de verano, en Paine Lodge, los tres, Mindish, Paul y Rochelle, con las manos unidas y levantadas hacia la noche impregnada del olor de las zarzamoras; y al ritmo de la orquesta formada por los violines de los grillos y los trinos de las ranas, giraban a través de los intrincados pasos de la danza, se zambullían en los arcos que formaban sus propios brazos, y deslumbraban a todos los hermanos de la causa con una danza popular de belleza infinita, de gracia eterna. Y de pronto se abatió sobre ella la horripilante convicción de que Paul no tenía por qué devolver aquella mirada de Mindish. Que mientras ella había estado ocultando su propio terror para protegerlo, él le había ocultado su propia percepción crucial. Y que el secreto que en ese momento la abrumaba era algo que su esposo ya tenía dentro de sí mismo y que se había guardado para sí mismo.

En una de las últimas cartas que Rochelle le escribió se puede leer una línea: «El

jugador no tiene derechos». Es un *non sequitur*. Es una línea que carece de ningún otro sentido. Hay que buscar su contexto en una de esas conversaciones miserables que les permitían mantener a través de la malla metálica una vez por semana, en realidad una pelea conyugal, sostenida en voz baja, apremiante, preñada de fiebre, humillación y náusea; mientras él trataba de que ella aprobara lo que había hecho por su cuenta y riesgo, la complicidad que había echado sobre sus mutuas espaldas, la clase de defensa que los dos habían planteado ante el tribunal, por la terrible apuesta a todo o nada en que se había convertido la vida de ambos. Después de que fracasara la tercera apelación, ella suspendió toda comunicación con su esposo. Eso se atribuyó, por lo general, a sus bien conocidos problemas mentales, que habían llevado al tribunal a designar un psicólogo para que la atendiera una vez por semana. «Quieren que me haga a la idea de morir», le escribió a Ascher. Pero no escribió ni una sola letra a Paul durante el último mes de su existencia, y no es seguro que se vieran la víspera de la ejecución, aunque se cree que fue así. Y posiblemente se vieron, para celebrar la danza de la muerte, una reconciliación ardiente, amorosa y aterrada, mientras los carceleros corrían por los pasillos y las piedras rugían y las rejas se estremecían; y ellos sufrían hormigueos, espasmos, sacudidas y temblores por todo su cuerpo, como si la electrocución fuese algo que las personas producen cuando están juntas.

—Has perdido la razón —dijo Linda Mindish. Aplastó con furia la colilla en el cenicero—. Me das pena. ¿Por eso quieres ver a mi padre? —Se echó a reír—. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

Se puso de pie y se alisó la blusa y la falda.

—Así que no te lo tragas.

—¡Pobre muchacho atormentado! Sabía que eso era lo que quería. Una manera de sacarse un peso de encima. ¿Te imaginas? —Se ha dirigido a Dale—. ¿Has oído alguna vez tontería más inconsistente? Dios mío. Escúchame bien, Danny, no obtendrás ningún desagravio por parte de mi padre. ¡Dios mío, cuanto más pienso en ello...! Te diré algo, porque tengo que irme. Ya he perdido bastante tiempo. Y no olvides que no tengo miedo, ni de ti ni de las molestias que puedas ocasionarme. Nosotros estamos establecidos aquí: si intentas algo, lo lamentarás. Papá no contó ni la mitad de lo que sabía. Tus padres estaban metidos en toda clase de asuntos que nunca fueron desvelados en el juicio. Tenían contactos en los centros de investigación del espacio, de misiles, de la guerra bacteriológica. En todas partes. Eran los cabecillas de una inmensa red. Ellos llevaban la batuta. Eran quienes se encargaban de planear las cosas y de pagar a la gente. El láser... años antes de que nadie oyese hablar del láser. Lo controlaban todo. De modo que no te hagas la víctima diciéndome que mi padre los sacrificó. O de que estaba en condiciones de sacrificar a quien le diera la gana. No podrás librarte de esa carga tan fácilmente. Tus padres eran lo que eran, y nada de lo que hagas podrá modificar esa realidad. ¡Otro matrimonio! ¡Dios mío, resulta patético!

—Linda, acabo de recorrer cuatro mil ochocientos kilómetros. Quiero algo más que la versión familiar. Es lo único que me interesa. ¿Puedo tomar un poco de agua? —Me incorporé—. Sólo dime dónde está la cocina y yo mismo iré a servirte un vaso.

—No te muevas de aquí —replicó ella—. Yo te lo traeré. Y luego quiero que te largues.

Cuando Linda salió de la sala, pregunté al abogado:

—¿Dónde está Selig?

Él me miró pero no dijo nada, como si contemplase un trozo de madera.

—¡Selig! —grité—. ¿Selig Mindish, estás ahí?

Linda volvió con un vaso de plástico de color verde.

—No malgastes saliva.

El abogado se puso de pie y ambos me observaron mientras bebía el vaso de agua.

—¡Ah, Linda! —exclamé; me sentía como si estuviésemos charlando en un rincón rodeados de una fiesta muy concurrida—. ¿Qué te ha pasado? Ya no eres la chica despierta que solías ser. Cuando los rusos tuvieron la bomba, ¿qué sucedió? La situación se estabilizó, ambas superpotencias se calmaron, y eso nos concedió a los demás un poco de tiempo, y la bomba echó por fin a Rusia de la Revolución. Rusia estaba refrenándola, colega. Estaba vaciándola de contenido. De modo que eso también fue positivo. Se abrió todo un cúmulo de acciones posibles, la guerrilla, la guerra de guerrillas, la restauración de las antiguas posibilidades revolucionarias; eso es lo que sucedió, colega. La revolución volvió a manos del pueblo, y mira cómo está el mundo hoy. Está excitado ante la posibilidad de acceder a su propia educación. Está excitado, colega, el mundo entero se yergue como si tuviera una erección. Ahora bien, si mis padres cometieron ese delito en su momento, y esta esperanzadora situación es el resultado de lo que ellos hicieron, ¿creéis realmente que estaría tratando de convencerme de que no eran culpables?

Linda sacudía la cabeza.

—Estás chalado.

—No, Linda. Eres tú quien le ha dado la espalda a su propia historia. Mira esto. —Abarqué la casa con un ademán de los brazos—. Esta no es la chica que yo conocí. Estoy horrorizado, realmente horrorizado. Quiero decir que, si esto es una fachada, es de muy mal gusto. ¿De verdad tu padre acepta seguir adelante con esta mierda?

—Dale, quiero que se vaya de aquí.

—¿Eres realmente una sacamuelas... es decir, con el sillón y las tenazas?

—Es un bulo sin ninguna gracia. Es lo que dice la gente.

—Te lo ruego, Dale, está loco.

—Es hora de irnos —dijo Dale—. Si no te marchas ahora mismo, llamaré a la policía.

—No lo hagas, Dale. Sólo dime dónde está el viejo. No voy a hacerle daño. ¿De

veras no se encuentra aquí?

—No.

—¿Lo ves, Linda? Mira a Dale con su elegante traje y su corbata cara. Mira su corte de pelo. Si ellos fueran los padres de un tipo semejante, entonces él sí que desearía que hubiese otro matrimonio. Pero se trata de mis padres. Y yo, ¿me parezco a Dale? Mírame. ¿Comprendes a qué me refiero? Tengo que oír de labios de Selig lo que tú acabas de decirme. Quiero saber si los tipos a quienes él señaló con el dedo fueron los verdaderos culpables. Quiero oírlo de sus labios, eso es todo.

En ese momento, es probable que a Linda se le ocurriese que yo era verdaderamente peligroso. Sonreí y brindé con el vaso de agua. El Daniel a quien había llamado patético era su Daniel, el que ella tan bien conocía. Y si todo lo que había dado por supuesto la traicionaba, ¿quién era yo en realidad? ¿Y qué era lo que realmente quería? Si cambias de vida, pierdes la conexión. Si te tomas un respiro, pierdes el contacto. Linda estaba asustada. Tal vez podamos permitirselo, siempre y cuando no le pidamos que actúe en consecuencia: lo único que ha conseguido es fortalecer su miedo. Un golpe seco con el dedo, y las fortificaciones se tambaleaban.

Estoy familiarizado con el fenómeno... Susan, dile que tu hermano, el que vive en la biblioteca, conoció en aquel instante la terrible duda en la que se hallaba la hija de Selig Mindish. Si ya no confiaba en su propia opinión, sólo estaba a salvo si suponía lo peor. Y a través de su rostro pude ver, por fin, que reconocía que yo había ido allí para borrar de mi vida a su familia.

—Yo también tengo mis derechos, ¿no lo crees, Linda? Piensa en ello. ¿Es que ya no merezco nada? ¿Ni siquiera un minuto de conversación con tu padre? Piensa en ello.

—Danny, te juro que no servirá de nada.

—Hará que me sienta bien. Y luego me marcharé y nunca más volverás a verme. Tengo que coger el avión esta misma tarde.

—Es un anciano. No es lo que era. Francamente, no creo que pueda ayudarte.

—Deja que sea yo quien lo decida.

Linda me miró. Sólo puedo lanzar especulaciones acerca de lo que estaba razonando. Quizá yo había hecho saltar algún fusible que disparaba la temeridad; quizá todos vivimos con el deseo de que nos destruyan, y Linda no menos que mi hermana y yo. Tal vez odiaba a su padre tanto como lo quería y, de alguna extraña manera, sólo se persuadió de que existía una comunidad entre nuestros mutuos intereses a causa de la súbita y aguda percepción de que su vida se encontraba en peligro. Si yo estaba loco y mataba a Selig Mindish, ¿no la libraría así por el resto de sus días de toda la culpa que había heredado? ¿Era una mujer tan segura de sí misma, esa Linda! ¡Cómo incita a los demás a alcanzar esa capacidad de control! O tal vez deseaba que lo que yo decía fuese verdad; de esa manera, podría verse a sí misma no como a la hija de un desgraciado delator, sino de un arquitecto que había fraguado un plan tan sagaz que no sólo les había bajado los humos a los arrogantes Isaacson, sino

que había burlado la atenta vigilancia del gobierno más poderoso del mundo.

O tal vez sólo se daba cuenta de la vulnerabilidad de mis inclinaciones progresistas y creía que ella sería la última en reír cruelmente.

Telefoneó a su consulta, canceló las citas y con Dale al volante de su Oldsmobile 98, Linda en el medio y yo a su lado, muslo contra muslo, me llevaron a Anaheim, una ciudad situada en algún lugar entre Buchenwald y Belsen, donde el doctor Selig Mindish y su esposa estaban pasando el día en Disneylandia.

## DISNEYLANDIA EN NAVIDAD

Este famoso parque de atracciones tiene la forma de una matriz. Está situado en una llanura llena de moteles, restaurantes, gasolineras, boleras y otros lugares de diversión, y limita con su propio aparcamiento gigantesco. Un monorraíl recorre su periferia como una bala, describiendo un rizo que conduce al hotel Disneylandia. Una réplica del ferrocarril del siglo XIX, el Santa Fe y Disneylandia, con sus estaciones, maquinistas, locomotoras de vapor y birlochos de dos asientos, delimita su circunferencia. Dentro del parque propiamente dicho existen cinco zonas principales de diversión destinadas a diferentes temas: la del Oeste americano, llamada La Frontera; la de la tecnología actual, llamada la Tierra del Mañana; la de los personajes de la literatura infantil, llamada la Tierra de la Fantasía; y la Tierra de la Aventura, que propone la exploración colonial de junglas salvajes pobladas por caza mayor y aldeas de nativos. Esta estructura invita al público a visitar a su antojo cada una de las zonas y los encantos que ofrece. En el centro del parque, donde convergen todas las zonas, hay una plaza; y la quinta zona temática, una avenida llamada Main Street USA, que reproduce de manera romántica una pequeña ciudad de comienzos de siglo, lleva, como un conducto vaginal, de la plaza a la entrada del parque.

Al igual que en todos los parques de atracciones, la fantástica experiencia que se ofrece al público consiste en el viaje o excursión. Lo notable de Disneylandia es la forma con que convierte una diversión tan simple en un placer perfectamente elaborado. Allí no encontraremos la montaña rusa ni la noria corrientes, salvo en la forma de un trineo que se desliza por la ladera de un Monte Cervino de plástico, o de un «camión de mudanza de personas». En los submarinos de juguete, pero provistos de auténticas escotillas, el público experimenta una inmersión simulada bajo el agua, con burbujas que se elevan ante las troneras y peces de goma que mueven la cola. Dicen que los submarinos son nucleares y llevan los nombres de las naves de la flota nuclear estadounidense. Disneylandia no sólo invita al público a experimentar las emociones controladas de un viaje carnavalesco, sino a participar en los rituales míticos de la cultura. La excursión en bote se realiza en un barco de rueda de paletas al estilo de los que navegaban por el Mississippi. La excursión en poni consiste en acompañar a una reata de mulas por las montañas en busca de un venero de oro. El

valor de la experiencia no reside en la excursión en sí, sino en su carácter vicario.

Al público se le plantean dos problemas en sus esfuerzos por satisfacer las expectativas que Disneylandia ha creado en él. El primero es que, por algún motivo, mientras que la maquinaria de los viajes es impresionantemente real —es decir, tecnológicamente perfecta e históricamente precisa—, las plantas, los animales y los entornos geológicos son artificiales. Cuando se elige el crucero por el río de la selva, las plantas y los animales que te observan desde las márgenes delatan su ser de plástico y su alma electrónica. Las rocas del desierto pintado o del Gran Cañón no logran causar siquiera la ilusión más simple. La segunda dificultad estriba en el hecho de que Disneylandia está, por lo general, repleta de gente. La gente la invade por doquier. De modo tal que, cuando el público que navega por el Mississippi en el vapor de Mark Twain contempla las colinas, ve a los visitantes que recorren a lomos de una mula los caminos escarpados, quienes, a su vez, los contemplan a ellos. Existe una constante retroalimentación de multiplicidad humana; el espejo que forman los ojos de los demás frustra constantemente cualquier esfuerzo por participar en aquella experiencia de manera vicaria.

Dentro de las unidades temáticas de Disneylandia, hay varios números de referencia, por lo general en forma de excursiones, objetos expuestos o pertrechos, que señalan a algún personaje u obra de nuestro acervo literario. Algunos de ellos son: *Alicia en el país de las maravillas* (El viaje en la taza de té del sombrerero loco), *Peter Pan* (El vuelo de Peter Pan), *Vida en el Mississippi* (El vapor de Mark Twain), *El viento en los sauces* (El recorrido enloquecido del señor Sapo), *El robinson suizo* (La casa en el árbol de la familia suiza) y *Tom Sawyer* (Viaje en balsa a la isla de Tom Sawyer). Además, existen referencias que de algún modo implican una relación de propiedad con varias figuras históricas, mitológicas y legendarias, tales como el Rey Arturo, la Bella Durmiente, Blancanieves, Casey Jones, Mike Fink, Jean Lafitte y Abraham Lincoln. Resulta difícil determinar la norma que se ha seguido en el proceso de selección de todas estas figuras. La mayoría han pasado por un proceso previo de reducción a meros personajes de películas y dibujos animados, y tienen como objeto recordar la supremacía de la organización Disney con respecto a la cultura occidental. Pero aparte de eso no hay ningún principio de selección que sea obvio. Es interesante advertir, sin embargo, que los primeros éxitos de Walt Disney en su medio original, los dibujos animados, empleaban personajes animales creados por él mismo. El dibujo animado en sí, con excepción de que Disney lo elevara posteriormente a la respetabilidad de la literatura de dominio público, vino a representar el subconsciente colectivo de la ingenua comunidad norteamericana. Un análisis actual de los productos surgidos de la industria del dibujo animado durante la década de los años veinte, treinta y cuarenta, nos ofrecería la siguiente teología: 1. Las personas son animales. 2. El cuerpo es mortal y está sujeto a sufrimientos increíbles. 3. La vida es antagónica para con los seres vivos. 4. La carne se puede serrar, aplastar, congelar, estirar, quemar, hacer estallar, incluso puntear para hacer

música. 5. Los más listos maltratan a los más tontos y son destruidos, a su vez, por su propia astucia. 6. Los grandes torturan a los pequeños y son destruidos a su vez, por su propio ímpetu. 7. Somos capaces de caminar por el cielo, pero sólo mientras nos sostenga nuestra propia ilusión. Es posible interpretar el implacable programa de adaptaciones literarias, mitológicas y legendarias que efectúa la organización Disney como un intento por eludir las oscuras y quiméricas conclusiones del género que copia: del mismo modo que un chico del Lower East Side de Nueva York podría haber crecido con la ambición de construirse una mansión en la Quinta avenida. *La Alicia en el país de las maravillas* original es una obra simbólica y surrealista creada por un benigno genio descarriado. Mark Twain era ateo y pornógrafo, y su obra más importante, *Huckleberry Finn*, es la pesadilla de una infancia que se ve enfrentada a la realidad social norteamericana. Bajo esta luz, puede comprenderse cómo la estética de las adaptaciones en dibujos animados reviste un carácter totalitario.

Es evidente que muy pocos de los niños que suben a la Taza de Té del Sombrero Loco han leído o leerán jamás *Alicia en el país de las maravillas*, por no hablar de las obras de Mark Twain. La mayoría de ellos sólo conocen, en todo caso, la historia de Alicia por medio de la película de Disney. Y eso sugiere una separación de dos grados ontológicos entre el público de Disneylandia y las reliquias literarias que se supone que logrará atesorar en su visita. El recorrido en la Taza de Té del Sombrero Loco es emblemático de la película de dibujos animados de Disney, la cual constituye, en su forma y contenido, una drástica revisión de una de las más sutiles obras de fantasía que ha creado el idioma inglés. Y aun la persona adulta que vagamente recuerde haber leído la obra original, pero cuya compleja respuesta a ese libro poderosamente simbólico se haya incorporado hace tiempo al edificio psíquico de su vida, advertirá que lo que se le ofrece no sugiere siquiera la resonancia de la obra original, sino que es una nueva síntesis sentimental de algo que ya es, en sí mismo, una mentira.

Descubrimos que este proceso radical de reducción se plantea asimismo con respecto a la naturaleza de la realidad histórica. La vida y el estilo de vida de la Norteamérica esclavista que tenía como eje central el río Mississippi, durante el siglo XIX, quedan sintetizados en un viaje tecnológicamente fiel de cinco a diez minutos de duración que se realiza a bordo de un vapor por un río a escala. El intermediario entre nosotros y esa experiencia histórica real, el escritor Mark Twain, autor de *Vida en el Mississippi*, ahora no es más que el nombre del vapor. La piratería en los grandes mares, ciento cincuenta años de hostigamiento contra el comercio y la exploración mercantil europea, se convierte en un diorama móvil de todas las escenas y situaciones extraídas de las películas de piratas producidas por Hollywood en la década de los años treinta y cuarenta. Cuando luego se invita al público a comprar, por ejemplo, un sombrero de pirata en uno de los múltiples bazares situados en los edificios anexos, puede decirse que se completa el proceso pavloviano de transferencia simbólica al consumidor final.

Puede decirse que el cliente ideal de Disneylandia es aquel que responde a un proceso de manipulación simbólica que le permite alcanzar su sentimiento más puro y culminante en el momento en que realiza una compra.

Las siguientes corporaciones exhiben y prueban sus productos en Disneylandia: Monsanto Chemical Co., Bell Telephone, General Electric y Coca-Cola. Otras representaciones empresariales visibles incluyen a McDonnell Aircraft, Goodyear, Carnation Milk, Sunkist, Eastman Kodak, Upjohn Pharmaceuticals, Insurance Company of North America, United Air Lines y Bank of America.

Es obvio que existen implicaciones políticas. Lo que Disneylandia propone es una técnica de cultura taquigráfica para las masas, una emoción desprovista de inteligencia, como una descarga eléctrica, que, al mismo tiempo, incide en la rica relación psíquica del receptor con la historia, la lengua y la literatura de su país. En un futuro determinado por el dominio absoluto de los gobernantes sobre las masas en un mundo superpoblado, esta técnica puede ser extremadamente útil tanto como sustituto de la educación como, en última instancia, de la experiencia misma. En la actualidad, uno no puede darse una vuelta por Disneylandia sin que advierta su verdadero logro, esto es, la manipulación de la multitud. Varios trenes de vagonetas enganchadas a tractores recogen al público en diferentes puntos de las zonas de aparcamiento y lo depositan en la entrada del parque. Este parece construido como para absorber un número infinito de personas en su espacio finito en virtud de la fascinación simultánea que ejercen las diversas atracciones, que no sólo incluyen a las excursiones, exhibiciones, restaurantes y tiendas permanentes, sino también otras especiales, como desfiles, ceremonias de izar y arriar la bandera, conciertos al aire libre, etcétera. (En Navidad, los residentes de la Main Street USA, vestidos para la ocasión, entonan villancicos al pie de un enorme abeto inodoro, cuyas agujas de goma brotan al tacto). Delante de las atracciones principales se extiende un dédalo de rediles, diseñados para albergar a un gran número de personas mientras esperan para abordar un vehículo, montar en un animal o entrar en un recinto. Por todas partes hay una gran abundancia de guardias, asistentes, guías y demás empleados, incluidos macrocefálicos personajes de Disney. Cuando se producen enormes concentraciones de gente aparecen los miembros del servicio de seguridad, en ropa de paisano y provistos de radiotransmisores. Los problemas de entrada y salida de las grandes masas de público se han resuelto aquí hasta un grado tal, que habría provocado la encendida admiración de un oficial de transporte de las SS.

Sorprende el número de adultos que acuden a Disneylandia sin la compañía de niños pequeños. Se advierte también que la gente de color y los chicanos están presentes en un número desproporcionadamente pequeño, quizá porque resulta muy caro pasar todo un día en Disneylandia. Hay una ausencia completa de jóvenes de pelo largo, cabezas rapadas, hippies, chicas en minifalda, gitanos y motociclistas, hasta el punto de que uno llega a dar crédito a la idea de que Disneylandia ahuyenta a la gente cuyo aspecto no es de su agrado. Esta idea particular se le ocurrió a Linda

Mindish mientras Dale entraba con el coche en la explanada del aparcamiento. El día estaba nublado, y la nube tóxica delineaba los contornos del sol. Cuando aparcamos y subimos a uno de los trenes remolcados por tractores, la impecable conductora me dirigió una mirada que interpreté como de pesar, pues el hecho de que conociera de antemano lo que me esperaba entraba en conflicto con la atracción natural que sentía por mi cabello largo hasta los hombros y mi aire de follador nato. Era evidente que, si no me dejaban entrar, Linda no sabría si alegrarse o lamentarlo. No creo que pensara que fuera a marcharme de allí de buenas maneras.

Decidí que, si me prohibían entrar, rompería la barrera y saltaría por encima del torno. Dale compró las entradas y pude advertir la mirada significativa que intercambiaron un guardia y un portero. Un tipo se me acercó. Dale lo llevó a un lado y habló con él por un instante. El caso era que yo era un tipo raro, efectivamente, pero él asumiría la responsabilidad. Nos entregaron los billetes y, como si fuese un extranjero que atravesara la aduana, fui aceptado en Disneylandia.

Linda, Dale y yo enfilamos con paso vivo la Main Street USA. Pasamos por delante de un tranvía tirado por un caballo, de un antiguo autobús de dos pisos. Pasamos por delante de una pequeña galería con moviolas que ofrecían escenas de Charlie Chaplin. Gigantescas pianolas que reproducen el sonido de toda una banda. Pasamos por delante de una botica. Una heladería pintada con franjas rojas y blancas. Gente que estaba sentada con una gran sonrisa en la terraza de cervecerías sin cerveza. Gente que atestaba las aceras y la calzada. Gente que paseaba ante las tiendas de grandes escaparates. Gente que me miraba.

—¿Cómo nos las arreglaremos para encontrarlo? —pregunté a Linda.

—Estarán en la Tierra del Mañana —contestó—. Es la parte que a él más le gusta.

En la plaza que se abre al final de la avenida Main Street traspasamos las puertas de la Tierra del Mañana. El mundo entero se torna coloridamente moderno. Linda nos conduce hacia la Autopia de Richfield.

La gente espera para montarse en los pequeños coches impulsados por gas de la Autopia, un viaje que transcurre por raíles que brinda a la persona que se sienta al volante la ilusión de que va conduciendo. Los pequeños descapotables refunfunan mientras se apiñan en la parada de la autopista, los conductores se apean, y los que esperan su turno para ocupar las plazas numeradas que les han asignado suben a los vehículos. El flujo de coches es incesante, el aire se inunda del zumbido de los motores de juguete. Linda señala por encima de la verja. Allí está. Sentada a su lado está Sadie, muy erguida y orgullosa. En el coche de juguete. Tiene un talonario entero de billetes. Le entrega otro al empleado y no se apean. Selig aferra el volante a la espera de que comience la nueva carrera. Lleva los brazos desnudos, una camisa floreada de manga corta. Está increíblemente avejentado. Le tiembla la barbilla, los labios chocan entre sí, la boca se le abre y cierra, y por un instante aparece en su rostro una expresión de asombro, seguida de otra de belicosidad, asombro, belicosidad, que se alternan bajo el efecto de una parálisis nerviosa. Tiene el pelo

cano. Le tiemblan las manos mientras aferra el volante. Un coche los golpea por detrás, un niño ríe, sus cabezas de color gris miran al cielo, y parten dando tumbos en su viaje a la Autopia.

El corazón me latía con furia. Necesitaba más aire. Reparé en que tenía a Dale a un lado y a Linda al otro y que ambos me observaban atentamente.

—Quiero hablar con él, Linda.

—¿Aún insistes?

—Sí.

Su expresión era muy triste. Al cabo de unos minutos, Selig y Sadie aparecieron de nuevo y llegaron a la parada. Sadie se dispuso a entregar otro billete al empleado y por un instante no oyó que su hija la llamaba.

—¡Mamá! ¡Mamá!

El coche partió de nuevo a toda velocidad, al tiempo que Sadie miraba hacia atrás por encima del hombro para ver quién la había llamado.

Se decidió que Dale y yo nos retiraríamos a la sombra que ofrecía la Terraza de la Coca-Cola de la Tierra del Mañana, mientras Linda esperaba a sus padres y los preparaba para su encuentro conmigo. Me sentía como si estuviéramos haciendo los preparativos de un entierro. En la Terraza de la Coca-Cola, una banda de rock terminaba su actuación. Eran rockeros con pelo corto. Saludaron con la mano y el escenario desapareció de la vista ante el aplauso de las matronas.

—Está senil —me dijo Dale mientras esperábamos—. Eso es lo que Linda trataba de decirte. No le queda nada aquí —agregó, dándose unos golpecitos en la sien.

La gente aguardaba en fila para comprar hamburguesas y botellas de Coca-Cola. Realzados en los extremos de mi campo visual, se extendían todos los raíles de los trenes aéreos y de los cohetes espaciales, los submarinos sumergibles y los coches giratorios; el continuo arranque y parada de los paseantes, la arrolladora estela de niños que iban dando bandazos. Yo estaba sentado con los brazos cruzados sobre la mesa de formica. En el centro de mi mirada, la familia Mindish se disponía a tenderse bajo el sol. Linda hizo una seña a Dale de que se uniera a ellos.

Sadie Mindish se mostraba inflexible. Creía que si se acercaba un poco más se contagiaría de una terrible enfermedad o le sobrevendría una muerte súbita. No dejaba de observarme con detenimiento para luego mandar a Linda al diablo. Linda le habló a Dale, éste cogió a la anciana de la mano y le dijo algo. Sadie se soltó de un tirón y levantó el brazo hacia mí. El abogado se puso delante de ella para que no me viera.

Linda vino hacia la terraza llevando a su padre por el codo.

Me senté a la mesa de formica anaranjada frente al doctor Selig Mindish. Su hija se arrodilló a su lado, al tiempo que le preguntaba si quería un batido de chocolate. Las medias transparentaban la blancura de sus rodillas.

—Los batidos de chocolate son sus preferidos —me explicó.

Luego volvió a preguntarle a su padre, esta vez en voz más alta, si quería un

batido.

Me incliné hacia adelante con las manos en las rodillas para que se fijara en mi presencia. El blanco de sus ojos carecía de brillo. Necesitaba un afeitado. Tenía la piel sembrada de lunares y manchas de color marrón. Los cabellos eran blancos y ralos. Los ojos estaban hundidos en unas bolsas de grasa y piel envejecida. La mandíbula le temblaba, y los labios producían un ruido semejante al gotear de un grifo cuando se abrían y cerraban. Pero aún conservaba los restos de aquella tosca energía que yo recordaba.

—Hola, señor Mindish —dije—. Soy Daniel Isaacson. El hijo de Paul y Rochelle. Danny.

Linda estaba arrodillada a su lado y le sostenía la mano. Mindish hizo un esfuerzo por entender lo que yo le decía. Meneó la cabeza como una tortuga cuando saca la suya del caparazón. Sonrió e hizo un gesto de asentimiento. Luego, mientras me miraba a los ojos, fue quedándose gradualmente inmóvil, incluso su parálisis facial se interrumpió, y dejó de sonreír. Sentí náuseas al ver que el agua brotaba de las amarillentas y congestionadas comisuras de sus ojos. Un reguero de lágrimas le corría por las mejillas.

—¿Denny?

—Todo va bien, papá —le decía Linda. Le dio una palmada en la mano. Se había echado a llorar—. Todo va bien, papá.

—¿Es Denny?

Por un instante me reconoció y volvió a la vida. Lleno de asombro, levantó su torpe manaza y me acarició la cara. Buscó mi nuca y me atrajo hacia él al tiempo que se inclinaba y me tocaba la frente con los labios temblorosos.

Recientemente, en Houston, Texas, unos cirujanos implantaron un corazón nuevo en el cuerpo de un vendedor de coches de cincuenta y cuatro años cuyo propio corazón estaba matándolo. Dos semanas después del trasplante, el vendedor rechazó el nuevo corazón. En Brooklyn, una abuela divorciada de setenta años que sufría una enfermedad cardíaca aguda recibió el corazón de una joven de diecisiete que había fallecido unas horas antes en un accidente automovilístico. La abuela sólo vivió tres días antes de que su organismo rechazara el nuevo corazón. El rechazo de órganos es un grave problema. El cuerpo ataca su nuevo corazón como si se tratara de un objeto extraño. Los anticuerpos del organismo atacan el organismo. Lo destruyen. En Los Ángeles, una mujer joven que llevaba años postrada en la cama y cuyo color natural era el azul, recibió el corazón de un jugador de baloncesto de dieciocho años minutos después de que éste falleciera como consecuencia de una hemorragia cerebral. Dos días después, sonrosada y con aspecto adorable entre las almohadas, sonreía a los fotógrafos. Al cabo de una semana, empezaba a caminar. A los seis meses se casó con un joven médico interno del hospital en el que ella había estado. Falleció al cabo de

un año; su organismo rechazó el nuevo corazón. Los médicos tienen mucho que aprender acerca de las causas por las que rechazamos los corazones. Sí, los médicos tienen mucho que aprender. Un viejo vendedor ambulante de la calle Delancey recibió un corazón nuevo en el hospital Monte Sinaí y lo escupió minutos después de recuperar el conocimiento. A eso lo llamamos sacarle a alguien el corazón. Un cartero negro de Pittsburg, Ohio, recibió el corazón de un obrero metalúrgico blanco que había muerto en un bar en el transcurso de una pelea. El negro murió casi de inmediato. Es lo que denominamos descorazonamiento. La ciencia médica tiene mucho que aprender.

En Atlantic City, Nueva Jersey, los médicos le colocaron una válvula nueva a un corazón mecánico. La máquina rechazó la válvula nueva, y el hombre que estaba enganchado a la máquina falleció.

Las pancartas planteaban ciertos interrogantes. La gente estaba confusa. Todo el mundo iba de un lado a otro, y nosotros estábamos sentados ante el viejo escritorio de alguien, aguardando a que nos dijese qué teníamos que hacer. El señor Fischer nos había dejado allí y dijo que volvería enseguida. La gente estaba arrodillada en el suelo, dibujando pancartas con pinceles y pintura. Era un almacén vacío. Un hombre serraba listones de madera y los apoyaba contra la pared. Luego se produjo una gran conmoción en la puerta, alguien lanzaba vítores, y entraron dos personas a todo reír que arrojaron al suelo unos fajos de grandes cartones en los que aparecía la foto de mi madre y de mi padre. Susan y yo permanecíamos sentados ante el escritorio con las piernas cruzadas, en tanto nos mirábamos el uno al otro y tratábamos de mantener cierta entereza ante lo que estaba ocurriendo. De vez en cuando entraba alguien y sabíamos sin necesidad de mirar que éramos objeto de todo tipo de elogios. A pesar del barullo, algunas frases podían oírse con toda claridad. *¿Son ellos? Pobres criaturas.*

Sabíamos que quien lo decía no formaba parte del círculo íntimo. Las personas que nos conocían consideraban que éramos unas criaturas terribles y caprichosas. Momentos antes de una aparición en público, decidíamos de pronto que queríamos leche malteada o hamburguesas. En una ocasión, Susan pidió *chow mein* de pollo. Expoliábamos a cualquier incauto que cometiera el error de tratarnos amigablemente. Siempre constituíamos una amenaza. Si no cooperábamos, podíamos echar al traste los mejores planes. Nuestras apariciones en público provocaban emociones intensas. La imagen que dábamos era la de dos niños buenos y educados. Los que nos conocían sabían que eso era falso.

Los Fischer sentían hacia nosotros una antipatía feroz. Siempre nos llevaban precipitadamente a las manifestaciones y mítines, y nos hacían comer a toda prisa. Los odiábamos. Vivían en una casa muy grande, y nosotros ocupábamos sendos cuartos en la segunda planta. La señora Fischer nos dejó un aspirador viejo para que mantuviéramos el suelo limpio. Había una bolsa de la lavandería donde metíamos la ropa sucia; cuando estaba llena, yo la bajaba al sótano. A veces nos encontrábamos

sobre la cama prendas de ropa nueva procedente de los almacenes Alexander. Nuestro horario figuraba en el tablón de notas de la cocina. La casa, una mansión de estilo Tudor, estaba situada lejos de la calle, y toda la propiedad se encontraba rodeada de altos setos. A menudo espiábamos a través de los setos, pero todo lo que veíamos era otra casa de estilo Tudor. Una furgoneta nos llevaba a una escuela privada, y una furgoneta nos traía de vuelta a casa. No teníamos ningún amigo.

Un día nos escondimos en el sótano, detrás de la caldera de petróleo. Permanecimos allí todo el día y no fuimos a la manifestación. Me estaba creciendo vello en torno al pene y se lo mostré a Susan. Charlamos acerca de ello un buen rato. Susan se puso a leer *El jardín encantado*. Yo me eché una siesta. Arriba, el teléfono sonaba a cada rato. Al fin, tuvimos hambre y subimos. Eran las diez de la noche. El señor Fischer llevaba el nudo de la corbata flojo, el cuello de la camisa desabrochado, y las puntas dobladas hacia arriba. Empezó a gritarnos. La señora Fischer estaba pálida, y no paraba de encender cigarrillos que casi de inmediato aplastaba en el cenicero. Era una rubia delgada de ojos saltones.

—¿Os pensáis que hacemos esto por placer? —gritaba el señor Fischer—. ¡Hijos desnaturalizados! ¡Son vuestros padres! ¡Mocosos despreciables!

No obstante, una semana, cuando llegó el momento de realizar la visita a la cárcel, no hubo nadie para llevarnos.

Entonces Jacob Ascher vino a casa. Hacía mucho tiempo que no lo veíamos. Nos llevó de nuevo a presencia del juez Greenblatt en el Tribunal de Menores, y el juez nos retiró de la custodia de los Fischer.

—Que no los vea otra vez por aquí —dijo, al tiempo que señalaba a Ascher con el dedo.

El viejo abogado rió amargamente y sacudió la cabeza. ¿Qué más hay que decir? TU CURSO DE ELECTRICIDAD. La electricidad es una forma de energía. Se genera mediante diversas fuentes de energía impulsadas por agua, vapor o la fisión atómica. Los principales países productores de energía eléctrica son los Estados Unidos de Norteamérica (987.432.000 kwh al año) y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (379.096.000 kwh al año). La teoría de la electricidad consiste en que los átomos ganan o pierden electrones, y de ese modo quedan con carga positiva o negativa. Un átomo cargado se llama ion.

Supongo que usted piensa que no puedo describir la electrocución. Sé que hay un usted. Siempre ha habido un usted. USTED: yo le demostraré que puedo describir la electrocución.

Primero trajeron a mi padre. Habían considerado correctamente que mi madre era la más fuerte. Había que tener en cuenta todos los factores. Querían que todo se desarrollara con el menor alboroto posible. Que todo marchara sobre ruedas. Ejecutar a la gente no es una tarea agradable, y ellos querían hacerlo con prontitud. Le flaqueaban las piernas. Había que sostenerlo. Tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar, pero se le habían agotado las lágrimas y ahora estaban secos. Llevaba

pantufas, pantalones anchos de color gris y una camisa holgada con las mangas vueltas hacia arriba. Lo habían tonsurado, y le habían rasgado la pernera derecha con unas tijeras.

Varias personas lo acompañaban en la estancia. El alcaide, el verdugo, tres guardias, el rabino, dos médicos y tres periodistas elegidos por sorteo para representar a la prensa. Uno de los reporteros era del *Herald Tribune*, otro, de Associated Press, y el tercero, del *News*. A mi padre le temblaban las manos y su respiración era rápida y poco profunda. Le habían anunciado que en la cámara de la ejecución habría un teléfono con una línea directa a Washington. Al entrar en la cámara, no lo buscó con la mirada. No dio señales de advertir la presencia de ninguno de los espectadores. Tuvieron que ayudarlo a sentarse mansamente en la silla, como si fuese un inválido. Cuando estuvo sentado, su respiración se hizo más rápida. Cerró los ojos y apretó los puños en su regazo.

Nada había salido bien. Ninguna causa había logrado convocar a la gente. El mundo no había ardido en las llamas de la revolución. El tema de la conmutación de la pena, sus posibilidades de seguir viviendo, parecía que se hubieran vuelto contra la excelencia, la nobleza y la buena crianza de las personas que luchaban por ellos. Parecía como si la causa se hubiera desacreditado como maniobra política. Como si se hubiese producido una formidable fusión de culpa asociativa: la culpabilidad de los Isaacson quedó ratificada a causa de aquellos que hicieron campaña en favor de su libertad, y sus defensores se desacreditaron porque hacían campaña en favor de los Isaacson. La verdad estaba fuera del alcance de cualquier tipo de reclamación. El presidente de Estados Unidos había llamado al Fiscal General de Estados Unidos justo antes de anunciar su decisión con respecto a la petición de clemencia que habían efectuado los Isaacson. Se cree que el Fiscal General le dijo al presidente: «Señor presidente, esa gente tiene que freírse en la silla eléctrica».

Levantaron las manos de mi padre, las separaron, y le sujetaron los brazos por las muñecas a los brazos de la silla. Los brazos de la silla eléctrica son de madera. La estructura es de madera, aunque del respaldo surge una abrazadera de metal, y la silla está fijada al suelo de hormigón también mediante abrazaderas de metal. Le sujetaron los tobillos a la silla. Las correas son de cuero. Le cruzaron una correa sobre el vientre, otra sobre el pecho y otra, a modo de filacteria, en torno a la cabeza. Un guardia le quitó suavemente las gafas, plegó las patillas y las dejó a un lado. Otro guardia se acercó, hundió los dedos en un jarro y, con un movimiento circular, frotó la zona afeitada de la cabeza de mi padre con una pasta adhesiva y conductora de electricidad; luego se arrodilló y repitió la operación en el lugar de la pantorrilla que previamente le había afeitado. Acto seguido fijaron los electrodos en su sitio.

La electricidad fluye en circuitos. Si el circuito está abierto o incompleto, la electricidad no puede circular. En una electrocución, el circuito se cierra o completa por medio del cuerpo humano. Mientras la capucha caía sobre su rostro, mi padre tenía los labios hundidos entre los dientes; hacía acopio hasta del último

estremecimiento de la energía que le quedaba en un supremo esfuerzo por no gritar. La capucha es de cuero negro, y tiene por objeto respetar el derecho a morir en la intimidad. Sin embargo, también es posible que la capucha se coloque en la cabeza con el fin de ahorrarse a los testigos la contemplación de los efectos que causan dos mil quinientos voltios en la musculatura y coloración de la cara, así como en los órganos faciales, la lengua y los ojos. Las manos de mi padre se aferraron a los brazos de madera de la silla con tal fuerza que daba la impresión de que los estrujaría hasta convertirlos en serrín. Aquella silla le causaría la muerte, pero en ese momento era su único apoyo. El verdugo ocupó su puesto en una especie de bóveda, detrás de un muro protector. En la pared de la bóveda había una palanca en forma de tenedor. La palanca se acciona de arriba abajo. El verdugo miró a través de un panel de cristal y observó al alcaide, que observaba a mi padre. Tras esperar durante un momento interminable, el alcaide se volvió de cara al panel de cristal y asintió con la cabeza. El verdugo accionó la palanca. Mi padre se aplastó dentro de las correas como si lo hubiese embestido un tren. Chasqueó adelante y atrás, restalló como un látigo. Las correas de cuero crujieron y rechinaron. De la cabeza de mi padre surgió una columna de humo. Un hedor repugnante a carne quemada, excrementos y orina invadió la cámara de la muerte. La mayoría de los testigos habían vuelto la cara. Debajo de la silla, sobre el suelo de hormigón, se formó un charco de orina.

Cuando se cortó la corriente, el cuerpo rígido de mi padre se desplomó súbitamente sobre la silla, y a los testigos quizá se les ocurriese que, lo que ellos habían interpretado como los últimos espasmos de terror de su vida durante Dios sabe cuántos segundos, no era más que un esquema de la corriente eléctrica, por lo general invisible, cuando circula a través de un campo de resistencia.

A los pocos minutos de haber sacado el cadáver de mi padre en una camilla, y una vez fregado el suelo, así como disimulado el olor orgánico de su muerte con el perfume amoniacal del desinfectante, condujeron a mi madre a la cámara. Vestía la bata informe de color gris de la cárcel y calzaba unas zapatillas de tela. Sabía que mi padre estaba muerto. En su rostro flotaba una irónica sonrisa cuidadosamente esbozada. Miró con una calma absoluta a cada uno de los testigos hasta que les obligaba a volver la cara. Cuando la escrutadora mirada se acercaba, alguno sencillamente desviaba la vista. Luego los ojos de mi madre se toparon con el rabino de la prisión. Era el mismo cuyos oficios había rechazado en el curso de las últimas cuarenta y ocho horas. «No lo quiero ver aquí», dijo. El rabino, con su *tallis* y su *yarmulke*, se dirigió hacia la puerta. Antes de que saliera, mi madre lo llamó: «Que hoy sea el *bar mitzvah* de mi hijo. Que nuestra muerte sea su *bar mitzvah*». Más tarde, el rabino dijo que no oyó el comentario, que la voz de mi madre no era en aquel momento muy fuerte.

Mi madre se volvió de espaldas a la silla al tiempo que rehusaba la ayuda de los

guardias. Abrazó a la celadora que durante dos años sólo la había atendido a ella en el pasillo de la muerte. Se habían hecho amigas íntimas. La celadora rompió a llorar y salió corriendo de la cámara. Mi madre, sin perder su peculiar sonrisa, se sentó en la silla eléctrica y observó cómo le ataban las correas al igual que si fuese una pasajera de un avión que se dispusiera a partir. Cuando le ajustaron la capucha tenía los ojos abiertos. Cuando accionaron la palanca, inició la misma danza del arco voltaico, acompañada de zumbidos y chisporroteos. Cortaron la corriente. El médico se acercó al cuerpo desplomado y lo auscultó con el estetoscopio. Su rostro expresaba consternación. El electrocutor salió de su bóveda y ambos conferenciaron. El alcaide estaba sumamente agitado. Los tres periodistas cuchicheaban en apremiantes murmullos. El ejecutor volvió a situarse detrás del muro, y de nuevo recibió la señal, y de nuevo conectó la corriente. Más tarde, dijo que la primera «dosis» no había sido suficiente para matar a mi madre, Rochelle Isaacson.

## TRES FINALES

1. LA CASA. Por motivos que Daniel no puede explicar, al cabo de una semana de regresar a Nueva York, vuelve a su antiguo barrio en el Bronx. Ha cambiado. La autopista Cross Bronx se extiende como una profunda trinchera a través de lo que antes era la calle Ciento setenta y cuatro. Las antiguas casas del vecindario, una hilera tras otra, una calle tras otra, siguen bajo la misma capa de hollín, como una ciudad en ruinas que estuviera llenándose de polvo. Pero la gente continúa viviendo aquí. Grandes bolsas de plástico llenas de basura se apilan como sacos de arena contra los costados de los edificios. Los basureros están en huelga. La basura se acumula en las aceras. El viento arrastra los cartones vacíos de leche a través de las calzadas. La borra del café se extiende por el patio de la escuela como la arena en el desierto. La vieja escuela morada aún sigue en pie. No es tan grande como la recordaba. Apoyo la frente en la verja, levanto los brazos sobre la cabeza y me aferré al alambre. Detrás de mí, al otro lado de la calle, está mi casa. En la escalera de la casa, debajo del porche astillado, dos niños negros juegan sentados a las cartas. Una mujer negra abre la puerta principal y los llama para que entren. Cae la noche. El viento ha empezado a soplar sobre el patio de la escuela. Me gustaría volverme y preguntarle a la mujer si puedo entrar en la casa y echar un vistazo. Pero los niños recogen las cartas, entran, y la madre cierra la puerta. No haré nada. Ahora es su casa.

2. EL ENTIERRO. Fue un entierro impresionante. El cortejo fúnebre se extendía a lo largo de varios kilómetros: autobuses, automóviles e incluso taxis. La policía dirigía el tráfico. La policía dirigía el tráfico fúnebre. La policía custodiaba las puertas del cementerio. No todos los que acompañaban a la comitiva tenían permitida la entrada. Podían pisar las tumbas. Fue una jornada larga y sofocante, pero no careció de aspectos sociales. En la capilla funeraria, Jacob Ascher nos presentó a mucha gente,

incluso a una pareja joven, los Lewin, que serían propuestos como nuestros padres adoptivos. Aun cuando era verano, hacía un calor intempestivo. Susan y yo íbamos en la primera limusina negra que seguía al coche fúnebre. Aristocracia. Teníamos toda la parte trasera para nosotros solos. Pero estábamos sentados muy juntitos con las piernas en contacto y cogidos de la mano como si estuviéramos apretujados entre otras personas. Multitud de rostros desconocidos espiaban por las ventanillas.

Vamos detrás del coche fúnebre, en un Cadillac negro. Es uno de esos días de calor en que la primavera rezuma, se escurre con un siseo hacia el invierno como el aceite en el agua, como la sangre en la leche. Es la clase de día en que las flores de azafrán se dejan polinizar, mostrando a la primavera sus pétalos internos de delicados tonos amarillos y blancos, con matices de espliego y carne. Y es demasiado temprano. Hay un error de cálculo. Flor del azafrán, la primera, flor muerta, flor de los revolucionarios.

Estamos de pie al lado de las tumbas. A nuestras espaldas se apiña una multitud enorme. Se entonan rezos. Todo el mundo lleva luto. Miro a Susan de reojo. Está absolutamente tranquila. Ofrece un aspecto primoroso y pulcro con su vestido negro sin mangas. Un pañuelo de encaje negro cubre su cabeza. Está muy hermosa, y me siento orgulloso de ella. Va camino de ser toda una joven señora, con el cabello partido en medio y recogido en la nuca de una manera muy adulta. Siento su cálida mano en la mía y veo sus adorables ojos fijos en la tierra, a nuestros pies, y un amor inexpresable hace que sienta un nudo en la garganta y se me aflojen las rodillas. Creo que si logro amar a mi hermanita por el resto de nuestras vidas, eso será todo cuanto necesite.

Los Lewin ocupan el asiento trasero; Phyllis y yo estamos sentados en los asientos plegables, delante de sus rodillas. Mi madre lleva un sombrero negro con un velo que le cubre los ojos. Tiene los ojos hinchados y enrojecidos, y la boca crispada en un feo gesto de dolor. Mi padre viste un traje oscuro con corbata. Es una auténtica ruina. No se ha afeitado bien, y puedo ver manchas de pelo gris bajo el mentón y en las comisuras de los labios que escaparon a la navaja. Phyllis está pálida, tensa. Hace un día soleado y sus ojos llorosos se han vuelto de color azul. Lleva una chaqueta de color guisante y pantalones con peto.

En el cementerio, esperamos detrás del coche fúnebre mientras los conductores fuman y charlan en la acera, y el director de la funeraria entra en las oficinas y habla con los empleados del cementerio. Se trata de un entierro de poca monta y ese mismo día tiene que atender otros.

Mi hermana está muerta. Murió de un error de análisis.

Las últimas hojas del otoño revolotean a través de las parcelas, las cuales están separadas por setos. Recorremos las angostas calles del cementerio. Me parece absurdo que las calles de los cementerios tengan nombres, y que a una persona se le asigne un lugar y no otro donde ser enterrada. A los ojos de los muertos, es una ciudad diseñada para ellos, un lugar santo de reposo para los muertos, dividida en

cuadrículas urbanas, con lápidas y mojones semejantes a edificios, y barrios de clase alta con criptas elegantes, y apartamentos comunitarios a nombre de este o aquel inquilino. Algunas lápidas son tan antiguas que se han vuelto de color marrón, y están muy juntas entre sí, como si formaran guetos. Las modas cambian, incluso en lo que a lápidas se refiere. El estilo más reciente consiste en grabar el apellido de la familia, sin ningún adorno, en una gran lápida, y la identidad individual de cada miembro en otras más pequeñas al pie de la sepultura. Parece que han pasado de moda los poemas y las citas bíblicas. En ocasiones, breves frases crípticas en hebreo estilizado. Las lápidas nuevas son de color blanco y gris, con la superficie central pulida y los bordes toscos.

La tumba de Susan está situada bajo un árbol muy cercano a las tumbas de mis padres. Yo mismo me encargué de disponerlo todo. Una alfombra de color verde cubre la tierra del lugar donde se cavó la fosa. Mientras nos apeamos del coche, tres sepultureros se alejan y aguardan a una discreta distancia. Son muchachos jóvenes, no mucho mayores que yo. Nunca perderán la curiosidad por las distintas variedades de dolor. A la vuelta de la esquina de la callejuela del cementerio hay una excavadora amarilla. El ataúd de Susan descansa ya en su fosa, y el jefe de la funeraria me mira. He rechazado la presencia del rabino, y ha llegado la hora de pronunciar las oraciones y arrojar las paladas de tierra sobre el ataúd de Susan. Le digo que aguarde un momento. Cruzo el cementerio a todo correr y contrato a unos viejecitos judíos, de los que siempre se avienen, por una propina, a decir las oraciones que los judíos jóvenes no conocen. Hombrecillos barbudos que se ganan la vida en los cementerios: *shamuses*, eruditos, vagabundos, inadaptados, que se dedican a rogar a la gente que haga decir unas plegarias por sus muertos actuales, por sus muertos recientes y por sus muertos de hace tiempo. Suelen ser tipos andrajosos, con los tacones de los zapatos desgastados. Algunos son borrachos.

Recorro el cementerio mientras voy contratando a uno tras otro y les indicó el sitio, y para cuando regreso, ya hay reunidos una media docena de ellos, que sin mirarse los unos a los otros entonan con su sonsonete ritual las plegarias por Susan, balanceándose sobre los talones con los ojos cerrados, desgranando sus plegarias con acento nasal. Es un gran negocio. Cuando ven a la gente congregada, otros *shamuses* acuden corriendo, como palomas. Yo acepto a todos los benditos oradores. Llevo un fajo de billetes en el bolsillo. Soy un banco ambulante. Mi madre y mi padre regresan al automóvil. El director de la funeraria espera con impaciencia junto al brillante coche mortuorio. Pero yo animo a los rezadores, y cuando alguno acaba, le digo que *comience de nuevo*, esta vez por mis padres. Isaacson. Pinchas. Rachele. Susele. Por todos ellos. Cojo a mi esposa de la mano. Y creo que por fin podré llorar.

3. LA BIBLIOTECA. Para el tercer final, tenía la esperanza de poder comentar algunas de las cuestiones planteadas en esta narración. Sin embargo, hace un instante, mientras estaba aquí sentado escribiendo la última página, alguien vino a anunciarme que la biblioteca está cerrada.

—Es hora de irse, amigo, están cerrando la escuela. ¡La Iglesia debe largarse! ¡Lo estamos logrando, estamos obligando a toda la jodida universidad a agachar el culo!

—¿Quiere decir que tengo que salir?

—Así es, amigo, mueve el culo, que este edificio está oficialmente cerrado.

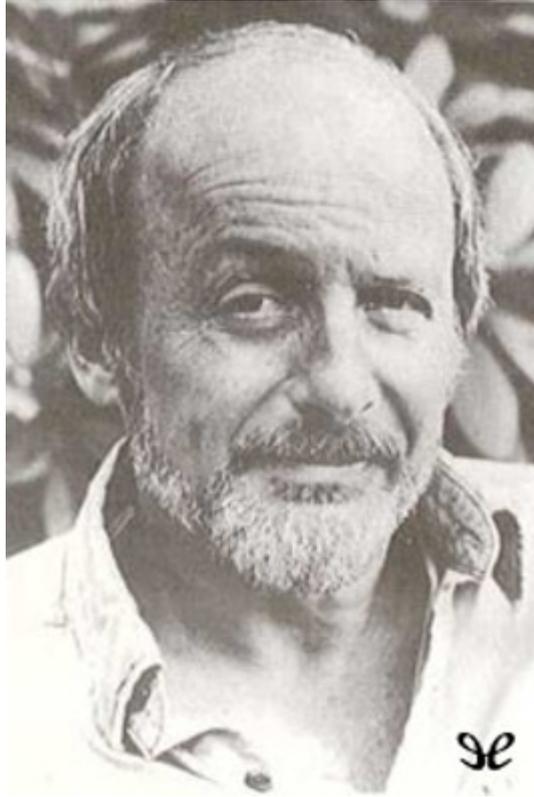
—Espere...

—Nada de espere, amigo, ha llegado la hora. Han cortado el agua. Están apagando las luces. Cierra el libro, amigo. ¿Qué diablos te pasa, no sabes que eres libre?

No puedo evitar una sonrisa. No es algo inesperado. Saldré al reloj de sol de la explanada y veré lo que sucede.

El LIBRO DE DANIEL: Una Vida Dedicada al Cumplimiento Parcial de los Requisitos para el Doctorado en Biología Social, Entomología Macroscópica, Anatomía Femenina, Cacofonía Infantil, Archidemonología, Escatología y Contaminación Térmica.

*Y llegará un tiempo de angustia como no habrá habido desde que existen las naciones [...] y en aquel tiempo se salvará tu pueblo: todos los que se encuentren inscritos en el libro. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, algunos para el oprobio, para el horror eterno. Y los doctos brillarán como el fulgor del firmamento, y los que enseñaron la justicia a la multitud, como las estrellas, por toda la eternidad. Pero tú, Daniel, guarda en secreto estas palabras y sella, el libro hasta el tiempo del Fin [...] Sigue tu camino, Daniel: porque estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del Fin.*



E. L. DOCTOROW (Nueva York, 1931) ha sido durante los últimos veinticinco años una de las voces prominentes en el panorama de la literatura norteamericana contemporánea.

Su obra ha merecido los premios literarios más importantes de su país, el reconocimiento unánime de la crítica y el favor del público, que convierte en un *best-seller* literario cada nueva novela del autor.

# *Notas*

[1] Sustituido por «nuestros amados niños» por parte del corrector que revisó la versión impresa para que todo el mundo supiera a qué niños se refería; por aquella época, pocos de los que aún militaban en el Partido Comunista tenían la menor idea de cómo escribir con propiedad. <<